

Joaquín Berges



UNA SOLA PALABRA

colección andanzas



Lectulandia

Un relato de emoción contenida sobre el olvido, las experiencias formativas y la importancia de quienes nos rodean para definirnos.

Una sola palabra es la historia de una convalecencia en la que Celia intentará rehabilitarse, volver a la normalidad después del ictus, del largo tiempo en coma y del despertar con una amnesia profunda y selectiva. También es la historia de un redescubrimiento, el de su entorno y sus hábitos, a partir del cual puede reconstruir el mundo en que ha vivido, saber quiénes son los que la rodean y, en definitiva, descubrir quién fue ella, porque ahora, definitivamente, ya es otra. Periodista, divorciada, con dos hijos, una nieta, un perro fiel y una asistente centroamericana, Celia tiene leves recuerdos plácidos, pero en lugar de nubarrones en su vida no encuentra sino vacíos. Y con la apremiante necesidad de reconstruir su biografía y de encontrar la contraseña con la que abrir sus escritos, Celia viajará con su hija a su casa en la playa, a Zaragoza, a París, donde sabe que fue feliz.

Lectulandia

Joaquín Berges

Una sola palabra

ePub r1.0

Titivillus 05.09.17

Joaquín Berges, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*a Bux
a Marcos
a Miguel
a mi madre
a mi hermana*

*Somos nuestra memoria,
somos ese quimérico museo de formas inconstantes,
ese montón de espejos rotos.*

Jorge Luis Borges

Una casa con terraza

La mujer baja del taxi y mira a su alrededor como si estuviera en un remoto lugar del planeta. No reconoce el portal de su propia casa. No recuerda que vive en ese edificio desde que se divorció. Su hija le ofrece el brazo para acceder a la acera mientras el taxista la ayuda con una bolsa poco común, demasiado grande para ser un bolso y demasiado pequeña para una maleta.

Paula se detiene ante el edificio y levanta la cabeza.

—¿Recuerdas tu casa? —le pregunta a su madre.

Celia duda un momento.

—Recuerdo una casa pero no es esta.

—¿Cómo es?

—Tiene un portal estrecho con rejas en los cristales y un número cuatro de color granate puesto encima.

Paula trata de hacer memoria.

—No recuerdo que hayamos vivido nunca en un portal con ese número.

—Quizá sea un catorce o un cuarenta.

—Tampoco.

Alguien ha abierto el portal. El ascensor las conduce al último piso mientras Paula saca de su bolso un manojito de llaves. Lo hace sin perder de vista a su madre. Está en todo momento pendiente de ella porque ignora lo que recuerda y lo que no. Incluso mueve las llaves y las hace sonar, quién sabe si involuntariamente o para provocarle algún tipo de recuerdo auditivo.

—Deja que te oriente —dice cuando abre la puerta del piso—. Aquí, a la derecha, nada más entrar, está tu estudio. La siguiente puerta es tu dormitorio. Luego está el mío. Enfrente el baño. A su lado la cocina y al fondo el salón.

Celia entra en su casa con la mirada perdida y el ceño relajado, como quien se esfuerza por recordar algo imposible. Entreabre la puerta de su estudio y echa un vistazo. Hay una mesa de trabajo con un ordenador portátil, un sillón orejero y una lámpara de pie junto a una estantería llena de libros. Se asoma también a su dormitorio y suspira. Al otro lado de la cama hay dos puertas cerradas. Paula no hace ademán de abrirlas. Prefiere que sea su madre quien vaya redescubriendo la casa por sí misma.

Celia se mueve muy despacio y en completo silencio. Avanza por el pasillo sin intención de abrir ninguna otra puerta hasta que llega al salón, una estancia dividida en dos alturas, una con un tresillo de piel y otra con una mesa de comedor frente a un haz de luz que entra por la izquierda.

—No tienes que pedirme permiso para salir a la terraza —dice Paula, cuando su madre la mira—. Estás en tu casa.

Salen juntas. Hay maceteros demarcando el perímetro de la terraza, una mesa en el centro con cuatro sillones y una techumbre de nubes blancas en movimiento.

—Recuerdo una terraza desde la que se ve el mar —dice Celia.

—Debe de ser la casa de la playa —sugiere Paula—. ¿Recuerdas algún detalle especial?

—Simplemente se ve el mar. Y el mar se ve igual desde cualquier sitio.

Paula tuerce ligeramente la cabeza.

—Recto y azul con destellos brillantes —añade Celia—. Da igual desde donde mires.

Se ha sentado en uno de los sillones.

—¿Quieres beber algo?

—¿Qué suelo beber?

—Te traeré un vaso de agua.

Paula se da la vuelta y entra en el piso dando largas zancadas, como si tuviera una prisa innecesaria. Celia no puede interpretar su actitud. No sabe si ha dicho algo inoportuno o si su hija se mueve siempre a esa velocidad.

—Aquí tienes —le dice Paula trayendo dos vasos de agua y sentándose frente a ella, de espaldas a la barandilla—. No sé si eres consciente, pero te has sentado en tu sillón favorito.

Celia posa las manos en los brazos del sillón y lo mira con curiosidad.

—Mi culo tiene más memoria que yo —dice.

Y confirma las sospechas que ha tenido Paula desde que su madre despertó del coma. No ha perdido su sarcasmo habitual.

—¿No tienes que trabajar? —pregunta Celia.

—Hoy no. Me han dado el resto del día libre.

—Qué suerte.

No se miran a la cara mientras hablan. Están incómodas porque saben que ha llegado la hora de la verdad. Ya no hay médicos, enfermeros ni asistentes con los que hacer comentarios banales, ni visitas con las que entablar conversaciones de hospital. Están solas la una frente a la otra.

—¿Tampoco tienes que atender a tu familia? —Continúa preguntando Celia—. ¿O en casa también te han dado el día libre?

Paula sonríe con la boca. No con los ojos.

—Así es —dice.

—¿Y qué hacemos?

—No tenemos que hacer nada. Simplemente estar aquí tomando el sol.

—¿Y cuando se haga de noche?

—Entraremos a ver la televisión o a leer un rato. Quiero seguir leyéndote en voz alta.

Celia abre mucho los ojos.

—No me he quedado ciega —dice.

—Me gusta hacerlo —replica Paula—. Y además estoy segura de que si escuchas tus propias palabras te recuperarás mucho antes.

—Es un libro muy aburrido. —Celia da un manotazo al aire—. ¿Por qué lo has elegido?

—Es el primero que te publicaron.

—¿Cómo se titula?

—*Primer beso*.

Celia frunce el ceño y curva los labios hacia abajo.

—No es un libro romántico —dice.

—Es una recopilación de los artículos que publicaste en el dominical. ¿Quieres que te lea un par de ellos?

Paula entra en casa y regresa con el libro.

—¿Me has leído todo eso?

Celia se sorprende viendo las páginas que quedan a la derecha del marcapáginas.

—Comencé la semana pasada —responde Paula con una mueca de preocupación—, por las tardes, antes de que te entraran la merienda. No me digas que no te acuerdas.

—Sé que me has estado leyendo pero solo recuerdo alguno de esos artículos.

Paula repasa lo leído acariciando el borde de las páginas con su pulgar, como si fueran naipes recién mezclados.

—Es normal que no recuerdes algunas cosas —dice sin dejar de mirar el libro—. Ya oíste a los médicos.

—¿Y qué te hace pensar que recuerdo lo que dijeron los médicos?

—Mamá —Paula sonríe—, no juegues conmigo.

Celia bebe un sorbo de agua y se arrellana en el sillón para escuchar a su hija, pero Paula no lee. Tiene una curiosidad.

—¿Qué artículos recuerdas?

—Los que ahora mismo no podría escribir.

—¿Por qué no?

—Porque no sé nada de los temas que tratan.

A Paula le gustaría saber cuáles son esos artículos, pero no se atreve a iniciar ningún tipo de discusión. Todo lo que hace es elevarse sobre las puntas de los pies, como quien se queda con las ganas de decir algo. Celia afirma con la cabeza y encoge los hombros. Entrecierra los ojos, coloca una mano en su barbilla y mira a Paula sin enfocarla, como si estuviera cegada por un destello brillante. Es una conversación sin palabras.

Paula no se mueve. Ni siquiera desvía la mirada. Supone que el cerebro de su madre está clasificando y ordenando los recuerdos. Sus colegas del hospital le han advertido de que algo así sucedería y considera que no debe molestarla de ninguna

manera.

—Quiero acostarme un rato —dice Celia unos minutos después.

Paula se levanta para ayudarla. Esto también se lo advirtieron. La recuperación de la memoria es un ejercicio extenuante que deja al paciente sin fuerzas para seguir despierto. La acompaña a su dormitorio, la sienta en la cama y la ayuda a descalzarse. Celia se agarra a los brazos de su hija para acostarse encima de la colcha, tal como está, y se duerme al instante. Paula permanece un par de minutos más en la habitación. Aunque sabe que forma parte de su confusión mental, no puede creer que su madre haya olvidado el contenido de sus artículos.

Celia se despierta dos horas después en un estado de suprema relajación. Tanto es así que tiene que mover los dedos de las manos y los pies para confirmar que están operativos. Últimamente se despierta con el temor de haber recuperado la memoria a costa de haberse quedado inválida. Cuando comprueba que puede moverse y que no tiene ningún gotero pinchado en el brazo se incorpora y se sienta en el borde de la cama. Ya no está en el hospital.

Se levanta y abre una de las puertas que hay junto a la cama. Es un vestidor que se ilumina automáticamente mostrando una nutrida colección de prendas de vestir y todo tipo de accesorios, además de un montón de zapatos ordenados por parejas. Pasa una mano por las prendas colgadas a la derecha sin detenerse en ninguna, como si estuviera tocando un acorde de harpa. Se fija en las chaquetas de punto, cuidadosamente dobladas y ordenadas por colores. Abre un cajón y revuelve la ropa interior que contiene sin prestarle ninguna atención mientras se mira en el espejo. No puede apartar los ojos de sí misma. Da dos pasos hacia delante para aproximarse y se mira con la cabeza levantada, examinándose con curiosidad y extrañeza.

Su hija la mira más o menos de la misma forma cuando sale a la terraza vestida con unos pantalones de algodón y una camiseta lisa sobre la que hay bordada una gran flor de colores plateados.

—La ropa que hay en el vestidor es mía —dice Celia como quien no se atreve a preguntar una obviedad.

Paula tampoco se atreve a responder.

—No me vale nada —protesta Celia—. Esto es lo único que he encontrado de mi talla.

Mira a su hija esperando una explicación.

—Has adelgazado —le dice Paula.

Celia se cruza de brazos. Se acaba de despertar de una larga siesta y aparenta tener la energía necesaria para quedarse de pie hasta que Paula sea más explícita.

—Ya te lo dije —añade esta—. Has pasado dos meses en el hospital y has perdido varios kilos.

—Dime cuántos.

—Doce.

Celia se mira, por este orden, los brazos, el abdomen y las piernas. Está tratando

de calcular cuánto pesa.

—Estaba muy gorda —dice a modo de conclusión.

—Un poco, sí.

—¿Comía mucho o es que no hacía ejercicio?

—No hacías nada de ejercicio —responde Paula deseando cambiar de tema—. He preparado algo para cenar. Espero que te guste.

Se levanta del sillón con intención de entrar en el piso, pero no puede dar ni un paso porque Celia se interpone en su camino.

—Siéntate —le ordena—. Tengo algo que decirte.

Paula obedece.

—No sé lo que te han contado tus amigos del hospital, pero quiero que comprendas que sé perfectamente quién soy. —Hace una pausa para sentarse en el mismo sillón que antes—. Lo que no recuerdo es cómo soy. Por eso necesito ayuda. Tú y todos los que compartíais la vida conmigo tenéis que ayudarme a recordar cómo vestía, cómo me comportaba en público, qué cosas me gustaba hacer y cuál era mi comida favorita.

—Por supuesto.

—De nada sirve que me leas mis libros si luego no respondes mis preguntas, así que dime, ¿por qué crees tú que estaba tan gorda?

Paula no sabe qué hacer. Sus colegas de neurología le han aconsejado que trate a su madre con extrema delicadeza, evitándole cualquier tipo de sobresalto o disgusto.

—No entiendo por qué quieres saber una cosa así —responde tratando de agarrarse a una última excusa.

—Por algún sitio hay que empezar.

Paula suspira como quien se enfrenta a lo inevitable.

—Comías más de la cuenta y hacías poco ejercicio —dice.

—¿Y qué más?

—Y bebías mucho.

Como si ella también supiera que debe recuperar la salud sin llevarse ningún disgusto, Celia guarda silencio. No pregunta por qué bebía mucho. Se limita a asentir un par de veces mientras levanta una mano para que Paula sepa que es libre de ir a donde quiera.

—He preparado una ensalada de pasta y he cortado algo de fruta —dice cuando regresa de la cocina con una bandeja—. Te gustan mucho las ensaladas, aunque creo que las aliñas con un exceso de mayonesa y otras salsas calóricas.

Mira a su madre con las cejas muy levantadas en señal de pretendida sumisión.

—Esta solo lleva aceite y vinagre —continúa diciendo—. No puedes tomar sal. Eres hipertensa.

—Lo sé —responde Celia. Y para evitar confusiones añade—: Es una enfermedad habitual en nuestra familia. Mi padre era hipertenso. Y sus hermanos también.

Paula reparte los cubiertos.

—¿Recuerdas a tu padre? —le pregunta sirviendo la ensalada.

Celia bebe un sorbo de agua.

—Recuerdo a mi padre cuando tenía los mismos años que tengo yo ahora, más o menos.

Luego se queda inmóvil, en silencio, pero no es más que una manera de reunir fuerzas para seguir preguntando.

—Supongo que ya habrá muerto —dice.

Paula no duda esta vez, quizá porque esperaba este tipo de preguntas.

—Hace más de diez años.

—Lo que sí recuerdo es la muerte de mi madre —añade Celia.

A Paula le extraña que sea capaz de recordar la muerte de la abuela y haya olvidado la del abuelo pero no dice nada. No se atreve a preguntar ni a dar más detalles que los estrictamente requeridos.

—Todo es muy confuso —dice Celia mientras Paula le rellena el vaso de agua—. Los recuerdos van y vienen sin ningún orden, como si en mi cabeza hubiera estallado una revolución.

—Es normal —contesta Paula—. Ya te lo han explicado. Pasará un tiempo hasta que tu cerebro se recupere y puedas ordenarlos cronológicamente.

Celia asiente jugando con el tenedor en la ensalada.

—¿Cuándo volveré a hablar con tu hermano? —pregunta.

—Me dijo que llamaría mañana, pero no te lo tomes al pie de la letra porque siempre está muy ocupado. Además está el problema de la diferencia horaria. ¿No te gusta la ensalada?

—No tengo apetito. Vuelve a contarme lo de tu hermano.

—¿Qué quieres saber?

—Me dijiste que vivía en Argentina, ¿qué hace allí?

Paula mira a su madre con suspicacia. No es posible que haya olvidado todo lo que le ha contado en el hospital. Se siente vigilada, como el detenido que tiene que repetir una y otra vez su coartada para demostrar su solidez.

—Es periodista como tú y trabaja para la agencia EFE. Lleva cuatro años como corresponsal en Buenos Aires y se ocupa de cubrir todos los conflictos de Sudamérica.

—Ya.

—Por eso el otro día te llamo desde Colombia, porque hay problemas en la frontera con Venezuela.

—¿Está casado? ¿Le gusta su trabajo?

Paula se encoge de hombros.

—No está casado —dice a punto de resoplarse de impaciencia—. Y supongo que sí, que le gusta su trabajo. Podrás preguntárselo tú misma cuando venga a verte.

—¿Cuándo será eso?

—No tengo ni idea pero te aseguro que vendrá. No te preocupes.

Celia se queda pensativa mientras mastica muy lentamente.

—¿Nos llevamos bien? —pregunta.

—¿Por qué preguntas eso?

—Si los dos somos periodistas es probable que nos llevemos mal. Ya sabes, por simple rivalidad profesional.

Paula sonríe, inspira y niega con la cabeza.

—Os lleváis bien —dice suspirando—, no te preocupes.

A Celia le disgusta la condescendencia de su hija. La hace sentirse como una niña muy vieja, una anciana incapaz de razonar a quien hay que darle siempre la razón. Acaba su ensalada sin hacer más preguntas. Con la ayuda de un palillo se come un par de trozos de piña y deja la servilleta sobre la mesa para indicar que ha terminado.

—¿Tengo que tomarme este brebaje?

Paula le ha servido una taza humeante.

—Siempre tomas una infusión después de cenar. ¿No te apetece?

—No me gusta beber agua caliente.

—No te la bebas si no quieres —dice Paula—. Te la he preparado para recordarte cómo eras, tal como me has pedido.

Celia observa cómo el calor asciende formando volutas de vapor.

—¿Te han hablado los médicos de esto? —pregunta.

—¿De qué?

—De que el ataque haya podido cambiarme de alguna manera.

—No sé qué decirte —responde Paula—. Hemos hablado de muchas cosas. En teoría solo sufres una pérdida parcial de la memoria. No tiene que haberse producido ningún otro cambio orgánico.

Celia niega convencida.

—He adelgazado doce kilos —dice.

—Eso es otra cosa.

—Y no sé cómo pude escribir los artículos que me leíste.

Paula siente una curiosidad científica cuando se dirige a su madre.

—No entiendo qué quieres decir.

—¿Quién soy yo para opinar sobre ideas políticas, avances científicos, problemas sociales, inquietudes espirituales o acontecimientos históricos?

Paula muestra sus manos abiertas, con sus dedos muy separados.

—Eres una periodista que siempre se ha documentado a conciencia antes de escribir sus artículos.

Celia no termina de comprender.

—¿Cómo hacía semejante cosa? —dice.

—De muchas formas —responde Paula—: hablando con la gente, reflexionando, leyendo libros de consulta y repasando las hemerotecas.

Sus pestañas se mueven como abanicos en un día de calor.

—No creo que pueda hacerse de otra manera —añade.

—Quizá solo deberíamos escribir sobre lo que no requiere ningún tipo de documentación —contesta Celia.

—No es eso lo que has hecho durante toda tu vida.

—¿Toda mi vida?

—Al menos desde que te conozco.

—Cuando tú naciste yo ya había vivido buena parte de mi vida.

Paula tiene que morderse la lengua. Le gustaría seguir conversando con su madre, como en los viejos tiempos, cuando ella era una adolescente con ideas incendiarias y su madre una mujer tan segura de sí misma que daba miedo llevarle la contraria, pero sabe que no debe alterarla ni provocarla. Es mejor esbozar una sonrisa y levantarse para recoger la mesa pretendiendo tener una prisa totalmente inverosímil.

Celia se queda un rato más en la terraza con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, mirando al cielo de la noche. No lo dice pero recuerda el nombre de algunas estrellas, las que se ven desde las ciudades, las estrellas urbanas. Suspira hondo. Ella también habría querido seguir hablando con Paula. Tiene infinidad de preguntas que hacerle. Recuerda algunas cosas con claridad, quizá con más claridad que antes del ataque, pero intuye que ha olvidado otras que seguramente habría descrito como inolvidables. Y luego están los recuerdos que aparecen y desaparecen, subiendo y bajando como si su mente fuera un líquido hirviendo dentro de su cráneo. Y los sueños que tiene por las noches, y el recuerdo que guarda de ellos, mezclado con otras remotas vivencias del pasado.

Algunas mañanas no sabe si lo que recuerda es real o soñado, quizá soñado hace mucho tiempo, o leído, escuchado, imaginado o visto en una película. Ni siquiera sabe si el recuerdo de una película puede considerarse real o soñado.

—¿Quieres ver un rato la televisión?

Paula ha salido a la terraza frotándose los brazos con las manos.

—Está refrescando —añade—. Será mejor que entres.

Celia no se mueve del asiento. Sin ser consciente de nada, está siendo ella misma. Nunca le ha gustado levantarse de una mesa sin saber adónde dirigirse. Y en ese momento no lo sabe.

—Puedo leerte un poco —le propone Paula—, o igual te apetece pasar un rato en tu estudio con tus libros y tus cosas.

Celia la mira a los ojos.

—¿Es eso lo que suelo hacer después de cenar?

—Hace años que no vivimos juntas —responde Paula—, así que no sé lo que haces después de cenar. Y además no sueles cenar en casa.

Celia acepta la ayuda de su hija para levantarse. Tiene el equilibrio algo inestable y no quiere tropezarse. Ni mucho menos caerse. Sabe que es una carga y no quiere empeorar las cosas. Recorre su casa en el sentido inverso al de entrada y llega hasta su estudio. Paula la invita a sentarse en el sillón orejero.

—Te dejo sola —dice encendiendo la lámpara que hay junto al sillón—. Voy a mi

cuarto pero estaré leyendo un buen rato. Luego, cuando quieras acostarte, me llamas y te acompaño a la cama. ¿De acuerdo?

Celia recorre con la vista la librería que tiene enfrente. Está atestada de ejemplares colocados vertical y horizontalmente hasta ocupar todo el espacio disponible. Balda a balda, la estantería es una especie de mosaico formado por lomos de enciclopedias, libros y revistas.

No se levanta pero siente un respingo de entusiasmo cuando reconoce alguno de esos libros, más de los que esperaba. Es difícil evitar el entusiasmo cuando uno desconoce los límites de su memoria. Recuerda a alguno de sus autores favoritos, como su admirado Borges, Rulfo, Faulkner y los norteamericanos de la primera mitad del siglo xx. Recuerda a varios personajes de ficción, algunas tramas y lugares que ha conocido gracias a la literatura, así como los grabados que adornan algunos de esos libros, aunque no se arriesga a levantarse para comprobar la veracidad gráfica de sus recuerdos. No quiere desilusionarse.

—¿Necesitas algo?

Paula ha aparecido silenciosamente en el marco de la puerta. Lleva un pijama de manga corta y el pelo suelto.

—Estoy bien, gracias.

—No te acuestes tarde.

—Tranquila.

Paula no se va. Quiere decir algo pero no encuentra el modo de hacerlo de manera espontánea y natural.

—Mamá —dice.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de mí?

Celia parpadea un par de veces y sonrío interiormente. Ha percibido un reconfortante atisbo de humedad en los ojos, una sensación inédita desde que despertó del coma.

—Claro que sí —dice casi susurrando, como si estuviera diciendo algo completamente innecesario.

Aunque lo está, Paula no quiere parecer aliviada. No sonrío ni nada parecido. Se está comportando como un maniquí. O un vegetal.

—Me acuerdo perfectamente de ti —añade su madre—, cuando eras una niña.

La misma palabra

Hace rato que ha amanecido y su madre continúa durmiendo. Paula está sorprendida porque en el hospital solía despertarse al amanecer. Ha entrado ya dos veces en el dormitorio para asegurarse de que duerme. De que respira y duerme. Eso le ha traído recuerdos del pasado, cuando su hija era pequeña y entraba en su cuarto con esa doble intención.

A las nueve en punto han llegado Rosario y *Charlie*. El perro lo ha olisqueado todo a conciencia, casi con suspicacia, como si buscara algo distinto de lo habitual, amoscado por haber pasado la noche en otro sitio. Paula pensó que sería mejor que la casa estuviera completamente vacía cuando llegara su madre, así que pidió a Rosario que se lo llevara y lo trajera por la mañana.

Rosario se pone la bata de trabajo y comienza a barrer las hojas de la terraza. Es lo que hace todos los días, especialmente cuando se acerca el otoño. Luego limpiará los baños y hará la comida. Ha traído judías verdes y pescado, tal como le encargó Paula. *Charlie* se ha tumbado delante de la puerta del dormitorio de Celia. No es el lugar donde suele hacerlo. Normalmente prefiere tumbarse junto a la puerta principal. Ha apoyado la cabeza sobre las patas delanteras pero mantiene una oreja levantada. Sabe que su dueña ha vuelto. Lo que no sabe es que su dueña ignora que es la dueña de nadie.

El teléfono suena pasadas las diez. Es Luisa. Nunca llama al número fijo pero esta vez no le ha quedado otro remedio porque el móvil de Celia hace dos meses que está fuera de servicio. Ha visitado varias veces a su amiga en el hospital y quiere saber cómo se encuentra ahora que ya está en casa.

Charlie se incorpora, se despereza y olfatea por debajo de la puerta mientras emite un murmullo agudo de ansiedad, señal de que Celia se ha despertado. Paula abre la puerta y el animal se cuela apresuradamente en el dormitorio.

—Hola, precioso.

Celia acaricia la cabezota de su perro con las dos manos.

—Has dormido mucho —dice Paula entrando en el dormitorio.

—No tanto.

—Son más de las diez.

—Me acosté tardísimo.

Paula se acerca a la mesilla para comprobar si el vaso de plástico está vacío.

—Tomé las medicinas, no te preocupes —dice su madre—. Simplemente no tenía sueño. Estuve repasando mi biblioteca, releí algunos libros y recuperé algunos recuerdos. Eso me mantuvo despierta.

—Una de esas pastillas está indicada precisamente para ayudarte a dormir —objeta Paula.

Celia compone un gesto de inocencia mientras pide ayuda para bajar de la cama.

—Algunos recuerdos son más fuertes que las pastillas —dice al oído de su hija.

Entra en el cuarto de baño pero no cierra la puerta. Solo la vuelve. Quiere la intimidad que le corresponde, ni un centímetro más. *Charlie* la espera fuera.

—¿Te acuerdas de Rosario?

Unos minutos después, vistiendo la misma ropa que la tarde anterior, Celia aparece en la cocina, donde están su hija y su asistenta.

—Lo siento, no —dice Celia.

Y se acerca a ella con intención de darle la mano.

—Señorita. —Rosario acepta la mano y se aproxima para dar y recibir un beso en cada mejilla—. Me alegro mucho de que ya se encuentre mejor.

Rosario habla con un acento centroamericano sin definir. Celia no se atreve a preguntarle de dónde es.

—Le voy a servir el desayuno en la terraza —dice Rosario—, que es donde a usted le gusta tomarlo.

Celia asiente en silencio, como si tomara nota del detalle. Es evidente que Paula ha aleccionado a su asistenta. Sale a la terraza y ocupa su sillón. *Charlie* se tumba debajo de la mesa con el hocico muy cerca de sus pies.

—Zumo de naranja, tostadas de pan integral, galletas de avena y té con limón.

Rosario enumera y señala lo que hay en la bandeja que ha dejado sobre la mesa.

—Muchas gracias —dice Celia—, pero prefiero un café con leche.

—Tendrá que hablar con su hija.

La aludida se acerca a su madre.

—No puedes tomar café —dice colocándose detrás de ella—. Al menos por el momento. Los médicos han sido muy estrictos con el tema de la dieta.

Celia se dirige a Rosario, que permanece a su lado.

—Hazme un café con leche descafeinado —dice—. Y llévate esta taza, por favor.

Rosario busca los ojos de Paula antes de abandonar la terraza.

—Ya te dije ayer que no me gusta el agua caliente —añade Celia cuando Paula se sienta junto a ella.

—Me pediste que te ayudáramos a recordar cómo eras.

Celia no quiere discutir.

—¿Tú ya has desayunado? —pregunta.

—Hace rato.

—¿Tampoco hoy tienes que ir a trabajar?

—No te preocupes. Tenía días de vacaciones pendientes. Luego iré un rato a casa para cambiarme de ropa y ocuparme de la niña.

Celia suspira antes de hablar.

—No sé cuáles son tus planes —dice—, pero no es necesario que vivas conmigo.

Puedo apañármelas sola con la ayuda de Rosario y la protección de mi perro.

Paula no tiene apetito pero coge una galleta de avena y la mordisquea.

—Has estado dos meses en el hospital, mamá.

—Me han dado el alta.

—Te han dado el alta porque yo soy médica y me he comprometido a cuidar de ti, al menos durante estos primeros días.

Celia chasquea la lengua.

—Para eso no tienes que vivir aquí —dice—. Puedes venir un rato por la mañana o por la tarde. O llamar por teléfono.

—No voy a dejarte sola por las noches.

—Hoy lo has hecho.

—He dormido en el cuarto que hay junto al tuyo.

—Lo sé. Y lo has hecho tan profundamente que ni te has dado cuenta de que he entrado para arroparte.

Paula deja la mitad de la galleta en el plato.

—Hacía fresco —añade Celia.

—Hablaremos más tarde —responde Paula poniéndose de pie—. Ahora tengo que salir a hacer algunas compras. Te quedas con Rosario. Si necesitas algo no tienes más que llamarla. Vamos, *Charlie*.

El perro se levanta pesadamente de debajo de la mesa. No quiere abandonar a su dueña pero necesita bajar a la calle. Y de alguna manera sabe que su dueña no va a salir de casa.

Rosario aparece con una taza de café con leche.

—Siéntate un momento conmigo —le pide Celia.

La asistenta tiene que vencer la inercia de la costumbre para aceptar la invitación.

—Quiero preguntarte algo.

—Usted dirá.

—¿Por qué me llamas señorita?

Rosario es una mujer alegre, de gesto distendido y risa fácil, pero sabe mantener la seriedad cuando debe.

—¿Quiere que la llame de otra manera?

Celia enarca las cejas.

—Aún no lo sé —dice.

—La llamo así porque está usted soltera —contesta Rosario con los ojos fijos en sus manos.

—No estoy soltera. Estoy divorciada.

—Por eso mismo.

Celia se limpia los labios con la servilleta y la deja sobre la mesa, mientras admira el mar de tejas y antenas que se extiende hasta el horizonte.

—¿Hace mucho que trabajas conmigo? —dice.

—Tres años, señorita.

—¿De dónde eres?

—De Guatemala.

—¿De dónde exactamente?

—De la ciudad de Coatepeque, ¿la conoce?

Celia niega con un gesto de disculpa.

—Perdona que te haga tantas preguntas —dice—. Tengo que ponerme al día de ciertas cosas para volver a ser la persona que fui.

Rosario la mira con una fugaz indulgencia, como haciéndose cargo de su situación.

—¿Por qué me miras así? —pregunta Celia.

—Nunca antes le había dicho de dónde era. Tan solo le dije que era de Guatemala. No me preguntó nada más.

Celia apoya la cabeza en su mano izquierda.

—¿Alguna vez te dije de dónde era yo? —pregunta.

Rosario piensa un momento.

—¿No es usted de Madrid?

—Soy de Zaragoza, ¿la conoces?

—No, pero sé dónde está —responde Rosario levantándose—. Y ahora, si me disculpa, tengo mucho que hacer.

Celia muestra las palmas de las manos.

—Siento haberte entretenido —dice—. Solo necesito saber una cosa más.

—Dígame.

—¿Qué hago por las mañanas cuando estoy en casa?

—Normalmente nunca está en casa por las mañanas. Cuando está, se encierra usted en su estudio y se pone a trabajar, aunque alguna vez la he visto leyendo o escribiendo aquí, en la terraza, especialmente si hace sol.

Celia asiente y levanta una mano en señal de despedida. No quiere seguir molestando a su asistente. Tampoco quiere comportarse de forma extraña. Quizá debería ir a su estudio para continuar repasando los libros y documentos que ha encontrado en su biblioteca. Está en su casa y debe volver a ser ella misma lo antes posible, pero no se levanta del sillón. Más bien al contrario, estira las piernas, se arrellana apoyándose en el respaldo y observa un cielo tan profundo y azul que parece un mar por el que surcase una flota de nubes blancas.

Luego cierra los ojos sin intención de dormir. Proyectadas al contraluz de sus párpados distingue imágenes que suceden de forma aleatoria e inconexa, como si estuviera soñando. No se sorprende. Los médicos le advirtieron de que su cerebro aprovecharía cualquier momento de descanso para tratar de recomponerse.

Un poco antes de la hora de comer Paula y *Charlie* regresan a casa. El perro está sediento y acude de inmediato al bebedero que hay en una de las esquinas de la terraza. Luego se acerca a su dueña y se deja acariciar la cabeza, donde más le gusta, entre los ojos y el hocico, un lugar al que le es muy difícil llegar con sus patas. Paula

organiza la compra en la cocina, repartiendo los alimentos entre una pequeña despensa y el frigorífico.

—Rosario me ha contado que no te has movido de aquí en toda la mañana —dice saliendo a la terraza con un mantel.

Celia sigue acariciando a *Charlie* sin responder.

—Quizá prefieras comer en la cocina —añade Paula—. O en el comedor.

—Hace un día estupendo.

—En ese caso voy a poner la mesa.

—¿Cuándo llamará tu hermano? —pregunta Celia.

Paula consulta su reloj de pulsera.

—Ahora mismo se estará levantando de la cama —dice moviendo la cabeza como quien conjetura—, de modo que lo más seguro es que llame por la tarde. No te preocupes. Luisa vendrá luego para hacerte una visita. Así estarás distraída. ¿Tienes apetito?

—No mucho.

—Es igual. Debes comer a tus horas, regularmente.

—¿Aunque no esté hambrienta?

—Exacto.

Celia guarda silencio. Prefiere no decir lo que piensa sobre las prescripciones médicas. Todo lo que hace es buscar a *Charlie* con la mano y recibir un sonoro lametón entre los dedos. Ha descubierto que la presencia del perro le proporciona un bienestar instantáneo.

—Rosario te ha preparado unas judías verdes rehogadas con cebolla y un poco de pescado al horno —dice Paula colocando una bandeja sobre la mesa.

—¿Y tú? ¿Qué vas a comer?

—Yo solo comeré un plato de judías verdes —contesta Paula—. No tengo mucho apetito y ya sabes que no me gusta el pescado.

—No lo sabía —responde Celia sin dejar de mirar el plato que tiene delante—, pero no me extraña porque tampoco es mi comida favorita. ¿O sí?

Paula la mira suspirando. Sabe que no puede engañarla.

—No —reconoce entre dientes—. Nunca te ha gustado demasiado.

—Entonces se trata de otra prescripción médica, ¿no?

—El pescado tiene nutrientes que ayudarán a tu organismo.

Celia inclina la cabeza hacia la izquierda.

—Lo que ayuda a recuperar la memoria son las pasas —dice entrecerrando los ojos—. O incluso las aceitunas. No el pescado.

Paula responde sin gestos ni palabras, tomando el tenedor y empezando a comer. Rosario sale a la terraza con una barra de metal y despliega sobre ellas un toldo de color arena con su correspondiente sombra. Celia se pregunta si su asistente habrá comido ya y está a punto de preguntárselo, pero no lo hace. No quiere dar la impresión de que su dolencia la ha cambiado de ninguna manera, aunque no puede

evitar la sensación de ser una persona nueva, recién liberada de su pasado por el expeditivo método de haberlo olvidado. Si Rosario no se ha sentado a la mesa será porque nunca antes lo ha hecho.

—¿Qué te pareció tu biblioteca? —comenta Paula sirviéndole un poco de agua fresca.

—Hay libros buenos.

—Siempre has estado muy orgullosa de ellos.

—Me acuerdo de algunos —dice Celia.

Paula levanta los ojos del plato tratando de no mostrar su ansiedad.

—En realidad me acuerdo de bastantes —añade Celia—. Tendré que volver a leer los demás.

—Si quieres, puedo ayudarte.

Celia deja el tenedor junto al plato.

—¿Cómo lo harás? —dice—. ¿Leerás unos cuantos y me harás unos resúmenes para ahorrarme tiempo?

—Me refería a que puedo leerte en voz alta.

—Te agradezco que me hayas leído en el hospital —Celia vuelve a coger el tenedor—, pero ahora puedo hacerlo yo sola.

—Como quieras.

Rosario saca una bandeja con una lubina abierta por la mitad, como un libro mostrando sus páginas en blanco sobre un atril. Paula sirve media ración en un plato con la ayuda de una pala de acero inoxidable.

—Sin embargo —dice Celia cuando su hija termina de servir—, sí que necesito ayuda para otra cosa.

Paula ha hecho el propósito de no sorprenderse por nada, incluso si su madre le pide ayuda para apartar las espinas del pescado.

—Ayer encendí mi ordenador portátil, el que está sobre la mesa del estudio.

Paula sabe que no hay ningún otro ordenador en la casa.

—Repasé el contenido de algunas carpetas. Vi muchas fotos, portadas de mis libros, pruebas de imprenta y hasta contratos con mi agente y mi editorial.

—Tienes que tomártelo con calma —dice Paula.

—Lo sé, pero hay un problema.

—¿Cuál?

—Hay una carpeta llamada «Obras de CRA», así, con mis iniciales.

—Es tu modo de firmar —explica Paula—. Todos tus artículos acaban con esas tres letras.

Celia no lo recordaba pero lo comprende.

—La carpeta contiene varias subcarpetas con un montón de archivos entre los que parecen estar mis artículos —continúa diciendo—, mis reseñas literarias, mis apuntes y todos mis libros.

Paula inspira profundamente el aire bajo el toldo.

—¿Y cuál es el problema? —pregunta.

—Que no puedo acceder a esos archivos. Están protegidos con una contraseña.

Paula se lleva la mano derecha a la boca, tal vez para no decir una obviedad.

—¿Todos?

—Todos los que he intentado abrir, sí —dice Celia a la vez que suspira—. ¿Tú sabes cuál puede ser mi contraseña?

Paula se levanta del sillón y da unos pasos hacia la derecha, como si fuera a entrar en el salón. *Charlie* la observa desde debajo de la mesa.

—No tengo ni idea —responde volviéndose hacia su madre—, pero sé al menos que es una sola palabra.

—¿Una sola palabra?

Paula se acerca a ella.

—Has usado la misma palabra para proteger todos tus documentos —le dice.

Celia está perpleja. Quizá por eso se acaricia las cejas con las yemas de los dedos.

—¿Cómo puedes saber una cosa así? —dice elevando la mirada.

—Tú misma me lo contaste una vez.

—¿Y no te dije qué palabra era?

—Solo me dijiste que siempre usabas la misma palabra para proteger todos los archivos. No querías usar varias para no tener que recordarlas todas.

Paula se sienta de nuevo muy despacio, consciente de que la situación es a la vez alarmante y ridícula, puede que hasta graciosa.

—¿Protegerlos de quién? —pregunta Celia.

—Quizá de mí. O de Emilio. O de papá. Siempre has sido muy celosa de tus cosas.

Celia desvía la mirada hacia la puerta del salón. A veces tiene la sensación de que está siendo objeto de una broma para la televisión y cree que de un momento a otro va a aparecer su hijo Emilio con un ramo de rosas en la mano pidiéndole disculpas.

—¿Se te ocurre qué palabra puede ser? —le pregunta Paula.

Celia tiene que vencer la tentación de levantarse del sillón e ir en busca de un diccionario de la lengua española.

—Será una palabra especial —conjetura Paula—, el nombre de una persona o de un lugar.

—¿Por qué?

—¿Qué va a ser si no?

—¿Y si es una palabra inventada?

—¿Cómo?

—Una que no esté en el diccionario.

Paula niega con la cabeza.

—En ese caso más vale que la hayas anotado en alguna parte —dice muy seria—. ¿Has mirado en los cajones de tu mesa de trabajo?

—¿Qué tengo que mirar?

—¿Escribías un diario o algo parecido?

—No sé —responde Celia—. ¿Lo hacía?

—Nunca lo mencionaste.

Paula junta las manos y las apoya entre su nariz y su boca. No sabe cómo ayudar a su madre ni si puede ser beneficioso o perjudicial que esa palabra se convierta en una fijación mental.

—Busca algún cuaderno donde tomaras notas y apuntes para tus libros —añade levantándose para poner fin a la conversación—. Tal vez la anotaras allí.

—Buena idea —replica Celia chasqueando dos dedos—. Buscaré en mi agenda, en la C de contraseña. Seguro que la encuentro.

—Mamá.

—También es posible que esté sujeta en la puerta de la nevera con un imán.

Una pesadilla lejana

Son más de las cinco cuando Celia se despierta de la siesta. Lo primero que hace es mover las puntas de los pies para asegurarse de que no se ha quedado parálitica. Luego bosteza sonoramente. *Charlie* entra en el dormitorio y coloca su cabeza sobre las sábanas.

—Ha llegado Luisa, te espera en el salón.

Paula está en la cocina colocando unas pastas de té en una bandeja. Celia ha abierto el frigorífico en busca de algo para comer. El sueño le ha abierto el apetito.

—Fue a verte varias veces al hospital —insiste Paula.

—La recuerdo perfectamente —replica Celia cerrando la puerta del frigorífico—. ¿Me preparas un café?

—Por supuesto. ¿Quieres algo más?

—¿Puedes bajar a *Charlie* a la calle?

Paula comprende la naturaleza del recado y asiente. Es normal que su madre quiera quedarse a solas con quien puede considerarse una de sus mejores amigas.

—Luisa.

—Cariño.

Celia y Luisa se funden en un abrazo. Luego se apartan unos centímetros sin soltarse las manos, como si bailasen. Al menos eso es lo que le parece a Paula cuando entra en el salón con la bandeja de las pastas.

—Estás fantástica —dice Luisa—. Has rejuvenecido.

—He perdido doce kilos y me cuelgan las carnes.

—Tendrás que hacer algo de deporte para recuperar el tono muscular.

—Eso será cuando me dejen los médicos.

Celia dice esto último mirando a su hija.

—Ah, los médicos y sus prohibiciones —exclama Luisa cómicamente—. Siéntate a mi lado.

Luisa no le suelta la mano. Ambas se sientan en uno de los sofás mientras Paula deja una taza de té delante de Luisa y una de café delante de su madre.

—¿Café a estas horas? —Se extraña Luisa.

—Es descafeinado.

—No le gusta el agua caliente —anuncia Paula.

Luisa sonrío con el puño delante de la boca. Podría decir que el café también se hace con agua caliente pero prefiere callar. Celia se da cuenta de que ambas están compinchadas de alguna manera. Es fácil deducir que han tenido la oportunidad de hablar a solas en el hospital. Vuelve a sentirse como la víctima inocente de una broma

pesada.

—¿Tú no tomas nada? —dice mirando a su hija.

—Tengo que salir con *Charlie* —responde esta señalando hacia el pasillo—. Él necesita estirar las patas y a mí no me vendrá mal un paseo, así que voy a ir caminando hasta mi casa.

Luisa suelta la mano de Celia para poner un poco de azúcar en su té.

—¿Cómo estás? —dice aprovechando que se han quedado a solas—. Dime la verdad.

—No sé qué decirte.

Celia mira a su amiga con la cabeza agachada, de medio lado. No lo dice pero la recuerda más joven, con el pelo más largo y con menos manchas en el cutis.

—Me siento como si estuviera viviendo una pesadilla —acaba diciendo.

—Me imagino.

—De hecho, cada vez que me despierto tengo miedo de haberme quedado parálitica.

—¿Por qué?

—Cuando me desperté del coma no podía mover las piernas. Tardé unas horas en hacerlo, así que no me siento tranquila hasta que no las muevo.

—Es una buena manera de comenzar el día.

Celia da un sorbo a su taza.

—Vivo en una montaña rusa —dice dejando la taza sobre el plato—, con subidas y bajadas vertiginosas.

—¿Recuerdas lo que te pasó?

—Solo sé que sufrí un derrame cerebral.

—¿Quieres conocer los detalles?

Celia duda un momento pero acaba asintiendo.

—Estuviste toda la mañana en la redacción —dice Luisa—. Teníamos mucho trabajo. Nos reunimos con Álex y Sonia para repasar los contenidos del suplemento de cultura. Luego te marchaste a comer. Bajaste al parquin, montaste en tu coche pero no llegaste a ponerlo en marcha. Álex te encontró media hora más tarde. Salió a comer y le extrañó que tu coche siguiera allí. Te descubrió tendida sobre el asiento del copiloto. Trató de abrir la puerta. Como no pudo, llamó a tu teléfono móvil. No le respondiste, así que rompió el cristal de la ventanilla y pidió una ambulancia.

Celia ha seguido el curso de la narración con algunas dificultades, como si le faltara o le sobrara información.

—¿Por qué me llamó al teléfono móvil? —pregunta.

—No sé —dice Luisa—, supongo que no respondías a los golpes que dio en la ventanilla del coche.

Celia compone un gesto de incredulidad.

—¿Qué creía que estaba haciendo allí tumbada? ¿Echarme una siesta?

Luisa no responde salvo tomando una pasta de la bandeja para darle un mordisco.

A continuación se encoge de hombros, como quien no puede hablar con la boca llena. Celia también aprovecha la pausa y coge una pasta. Sabe que podría presionar a su amiga para que le contara la verdad pero declina hacerlo.

—Te lo he contado porque quiero ayudarte a recuperar la memoria —dice Luisa después de beber un sorbo de té.

—Los médicos no saben si voy a recuperarla al completo —responde Celia.

—Verás como sí. Yo te ayudaré.

Celia asiente un par de veces.

—¿Tú sabes si yo tenía una palabra especial? —pregunta.

—¿Cómo?

—Una palabra fetiche, un conjuro, algo que dijera en ocasiones especiales. No sé cómo explicarlo.

Luisa trata de mantener el ceño inmóvil.

—¿Por qué quieres saber una cosa así? —dice.

—Porque he olvidado la contraseña con la que protegí los documentos de mi ordenador.

El ceño de Luisa se arruga visiblemente. Va a decir algo, probablemente la retórica que se emplea para hablar de lo increíble, pero prefiere mostrarse práctica.

—Lo normal es que se trate de tu nombre o el de tus hijos —dice moviendo la cabeza—. O tu apellido. O una combinación de tu nombre y tu fecha de nacimiento.

—O el nombre de mi perro —replica Celia—. O el de mi primer amante. O la fecha de nacimiento de mis hijos. O la fecha en la que me divorcié de su padre.

—¿Has probado todo eso?

—Y más cosas. Me acosté a las cuatro y media de la mañana.

—¿Y no tuviste suerte?

Celia se acaba el café y niega.

—No se te ocurra decirle a Paula que me he acostado tan tarde.

A sus años le resulta ridículo decir una cosa así. La presencia de Luisa le hace sentirse como una adolescente en esa clase de apuros que luego, con el tiempo, se convierten en anécdotas llenas de ternura.

—Piensa en lo que te he dicho, y si recuerdas alguna palabra que tenga un significado especial para mí, me lo dices.

Como si ya se hubiera puesto a pensar, Luisa asiente con los ojos entrecerrados. Luego cambia de tema.

—¿Cuándo vas a venir por la redacción del periódico? —dice—. Todos preguntan por ti y están deseando verte.

—No lo sé.

—No me refiero a trabajar sino a una visita de cortesía.

Celia mira hacia la puerta que da al pasillo. Empieza a echar de menos la presencia de *Charlie*.

—Iré en cuanto me dejen —dice suspirando—. Los médicos me están dosificando

el presente como si fuera alguna clase de sustancia venenosa.

Luisa vuelve a tomar la mano de Celia.

—¿Qué recuerdas exactamente?

Celia la mira confundida, como si no pudiera verla.

—Del presente —especifica Luisa—. ¿Qué recuerdas del presente?

Celia se sujeta a la mano de su amiga antes de contestar.

—Nada —dice.

—¿No recuerdas esta casa? ¿Y la nueva redacción del periódico?

—No recuerdo ni a *Charlie* —confiesa Celia—, pero sé que es mi perro. Y está claro que él sabe que soy su dueña. Hay cosas que no hace falta recordar.

Luisa pone su otra mano sobre la de Celia para transmitirle calor. Gira la muñeca y consulta su reloj. Todavía es temprano y sin embargo está deseando marcharse de allí. Su situación es cada vez más incómoda. No debe hablar del presente con su amiga ni indagar sobre sus recuerdos del pasado. Así se lo ha pedido Paula.

Celia no puede permitir que Luisa se marche tan pronto. Se pone en pie y propone salir a tomar el aire a la terraza. La temperatura todavía es agradable. Y Paula no tardará en volver con *Charlie*.

—Hay otras cosas que me hacen dudar del presente —dice cuando vuelven a sentarse en los sillones de la terraza.

—¿Por ejemplo?

—¿Le ha pasado algo a Carmen?

—¿A Carmen?

—A nuestra Carmen, sí.

Luisa mira a derecha e izquierda, como quien busca algo para entretenerse.

—Luisa.

—Escucha, Celia —comienza a decir la aludida—. Los médicos también han hablado conmigo.

—¿Sí? ¿Y qué te han dicho?

—Tienes que ir poco a poco. No puedes recuperar tu vida de un día para otro. Tu mente necesita tiempo para revivir los recuerdos.

Celia aprieta los labios y afirma una sola vez con la cabeza.

—¿Cuántos años tenemos? —le dice a su amiga.

Esta se inclina hacia delante muy concentrada, como quien se enfrenta a un difícil acertijo.

—No te lo estoy preguntando porque no lo recuerde —añade Celia.

—Yo sesenta y tres —responde Luisa—. Tú ya has cumplido los sesenta y cuatro.

—Exacto —responde Celia—. No tengo tiempo para revivir mis recuerdos día a día, semana a semana ni mes a mes. Soy demasiado mayor y alguien tiene que resumírmelo todo.

Luisa hace un gesto de comprensión.

—¿Por qué me preguntas por Carmen? —Quiere saber.

—Porque tengo la sensación de que le ha pasado algo pero no sé cómo explicarlo. Es una sensación muy vaga, como si fuera el recuerdo de una pesadilla lejana.

—El mes que viene hará cuatro años de su muerte —dice Luisa cerrando los ojos un momento.

Celia traga saliva y carraspea.

—¿De qué murió? —pregunta.

—Tres años antes le diagnosticaron un cáncer de mama.

—Vino a buscarme a París —dice Celia.

Luisa sonrío aliviada.

—Yo había ido a perfeccionar mi francés mientras trabajaba de *au pair* cuidando a unos niños —añade Celia—. No sé por qué pero conservo algunos recuerdos de aquellos años.

—Quizá porque fueron años felices —apunta Luisa.

Celia encoge los hombros fugazmente. No quiere detenerse a examinar el patrón temporal de sus recuerdos ni seguir ningún método científico que la lleve a sacar conclusiones.

—¿Alguien más? —dice mirando a Luisa.

Esta le devuelve la mirada.

—¿Ha muerto alguien más? —Insiste Celia—. Ya sabes a lo que me refiero: a mi alrededor, en el presente. En este presente que no soy capaz de recordar.

Luisa se remueve en el asiento sin atreverse a preguntar cuáles son los límites que comprende ese presente.

—Puedes estar tranquila —añade Celia—. Sé que mis padres han muerto, si es eso lo que te preocupa.

—Solo Carmen —dice Luisa.

A Celia se le pierde la mirada más allá de la perspectiva de tejados, donde comienza ese cielo marinero que se enciende conforme avanza la tarde. Sabe que no puede abusar de la confianza de su amiga, entre otras cosas porque tiene la intención de seguir interrogándola en cuanto se le presente otra oportunidad. Luisa se ha limitado a ser honesta con Paula y no hay nada que reprocharle. El problema es que, pese a haber dormido la siesta, Celia no puede permanecer despierta ni un minuto más. Su respiración se ha relajado y parece el rumor del mar.

—¿Y Luisa?

—Ya se ha marchado —responde Paula.

Celia acaba de despertarse y se agacha para acariciar a *Charlie*.

—¿Lo habéis pasado bien?

Paula hace la pregunta con una entonación jovial y despreocupada, como si no hubiera interrogado a Luisa antes de dejarla marchar.

—Muy bien —responde Celia—. Hemos estado hablando del presente. Es un

tema fascinante.

Paula no está dispuesta a aceptar ninguna clase de sarcasmo.

—Estoy muy cansada —anuncia, entrando en casa—, tendrás que ayudarme a preparar la cena.

Celia niega mirando a *Charlie*. Todo le parece artificioso y teatral. Es evidente que Paula no necesita ninguna ayuda para preparar la cena, así que lo más probable es que esté tratando de enrollarla en alguna clase de terapia ocupacional. Quizá por eso le pide que abra un paquete de jamón serrano envasado al vacío y lo disponga en un plato. Celia lo hace formando una simetría angular con las lonchas para demostrar que al menos no ha perdido sus aptitudes espaciales. Paula corta un tomate y una cebolla en una ensaladera. Añade olivas negras, un poco de sal y un generoso chorro de aceite de oliva.

—¿Vas a volver a pasar la noche conmigo? —Pregunta Celia, sentándose a cenar a la mesa del salón—. Ya te dije ayer que no era necesario.

Paula no responde. No quiere dar lugar a ningún tipo de discusión. Piensa seguir al pie de la letra el plan que ha establecido con sus colegas del hospital.

—¿Cómo está Alba?

Celia prefiere cambiar de tema.

—Muy bien —Paula contesta con una sonrisa—. Ha preguntado por ti. Quiere venir a verte.

Celia también tiene muchas ganas de ver a su nieta.

—¿Y Jose? —continúa preguntando.

—Te manda muchos saludos.

—A mí también me gustaría ir a verlos.

Paula le sostiene la mirada una décima de segundo más de lo necesario.

—Claro —dice entre dientes—. Te conviene comenzar a dar paseos, aunque me temo que mi casa está demasiado lejos.

—¿Dónde vives?

—En Fernando el Católico, a una media hora andando desde aquí.

Celia saborea la combinación agridulce del jamón y el tomate.

—Eso está en Chamberí y se va por Alberto Aguilera, ¿verdad?

Paula celebra su sentido de la orientación.

—Así es —dice.

—El centro de Madrid está más o menos igual que cuando llegué aquí por primera vez —replica Celia—, en 1969.

—Si conoces el camino hacia mi casa es porque recuerdas tu dirección —subraya Paula.

Celia estira los labios sin sonreír.

—Tú misma se la dijiste al taxista. Si viviera en un barrio del extrarradio tendría que coger un plano para salir de casa, pero puedo manejarlo perfectamente por el Madrid de toda la vida.

Paula no exterioriza el alivio que siente. No le gustaría que su madre fuese incapaz de salir sola de casa. Prefiere reencontrarse con la mujer libre y autosuficiente que siempre ha sido.

Cuando terminan de recoger la mesa, en ese momento de duda en el que hay que decidir si se sale un rato a la terraza, se lee en voz alta o se ve la televisión, el móvil de Paula suena en un bolsillo de su pantalón. Paula intercambia un breve saludo con quien llama y le pasa el teléfono a su madre.

—Es Emilio —dice.

Celia se sienta en el sofá del salón antes de contestar. No se fía de su equilibrio. Y sabe que el oído es precisamente el órgano donde reside. Paula se dirige a la cocina acompañada de *Charlie* para que su madre pueda hablar con más intimidad. Recoge los restos de jamón, ordena el frigorífico y friega los platos.

Luego se prepara una infusión y uno de esos cafés descafeinados que toma su madre.

—¿Ya has colgado? —dice cuando regresa al salón.

Celia está mirando hacia la puerta de la terraza, como si desde allí pudiera perder la vista en el horizonte.

—Se ha cortado —dice.

—¿Pero has hablado con él? —pregunta Paula.

Su madre asiente sin mirarla.

—Se le ha pegado un poco el acento argentino —dice.

—Es normal —contesta Paula, dejando la infusión y el café sobre la mesita—. Hace cuatro años que vive allí. ¿Qué te ha contado?

—Nada en especial. Solo quería saber cómo estoy.

Paula se sienta a su lado.

—No sé si volverá a llamar —añade Celia—. Supongo que se estaría preguntando si me acordaba de él.

Charlie se tumba ante la puerta de la terraza, con la cabeza vuelta hacia su dueña.

—¿También a él lo recuerdas cuando era un niño? —pregunta Paula.

—Más o menos —dice Celia—. Pero hay una diferencia entre el recuerdo que guardo de ti y el de tu hermano.

—¿Cuál?

—En el hospital soñé varias veces con él. Y contigo no.

Paula da un sorbo a su infusión. No está segura de si los sueños pueden formar parte de los recuerdos.

—Quizá sucedió porque a mí me veías cada día.

—Es posible —admite Celia—, pero lo curioso es que en mis sueños Emilio no se me aparecía como un niño, sino como un adulto. No soy capaz de recordarlo como un adulto cuando estoy despierta y sueño con él cuando estoy dormida.

Toma la taza de café y mira a su hija con firmeza, como si estuviera desafiando a toda la comunidad científica.

—Puedes contárselo a tu amigo neurólogo —dice.

—No hay nada que contar —contesta Paula con intenciones defensivas—. El mundo de los sueños es inexplicable.

Celia bebe un sorbo de café y se relame. No comprende cómo podía preferir una bebida cuyo sabor se diluye en una cantidad extraordinaria de agua caliente teniendo a mano algo tan intenso como el café, aunque sea en su versión descafeinada.

—Sueño todas las noches —confiesa dejando la taza sobre su plato—. Ya sé que todos soñamos todas las noches, pero dudo que antes recordara los sueños con tantos detalles como ahora.

Paula enarca las cejas y cierra los ojos un momento. No quiere mostrarse demasiado interesada ni pecar de divulgativa.

—Quizá sea obra de las medicinas que tomo —añade Celia—. Me dijiste que había una pastilla para dormir.

—Las pastillas ayudan a conciliar el sueño —dice finalmente Paula—, pero no tienen nada que ver con los sueños. No hay pastillas para soñar.

Celia está a punto de replicar algo, quizá pensando en las drogas y los alucinógenos, pero prefiere acabarse el café.

—¿Quieres saber con qué sueño? —dice.

—Te aseguro que no tiene ninguna importancia desde el punto de vista clínico.

Celia se recuesta en el sofá y suspira muy hondo.

—¿Fumaba? —dice.

—¿Qué?

—Tengo la sensación de que me falta algo y estoy segura de que solía fumarme un cigarrillo después de cenar. Solo es una pregunta, no te preocupes. Imagino que no voy a poder fumar nunca más.

—Cuando más fumabas era precisamente después de cenar.

Celia mira a su hija de reojo, tratando de encontrar una explicación a ese comportamiento aséptico y distante que tanto le molesta.

—Dime con qué sueñas —dice Paula recostándose igualmente en el sofá.

—Con la lluvia —responde Celia.

No se miran.

—Llueve, llueve muchísimo y las calles se convierten en ríos de agua turbia.

—¿Las calles de dónde?

—No lo sé. Es un sueño recurrente, como el de Emilio. Oigo la lluvia y me asomo a la ventana con el miedo de que el nivel del agua ascienda y llegue hasta donde me encuentro.

En ese momento *Charlie* se levanta para ir a sentarse delante de la mesita del salón, frente a su dueña.

—Nunca te ha gustado mucho el agua —dice Paula, tratando de poner una nota de humor a la conversación.

—Prefiero el aire, sí —contesta Celia en el mismo tono—. Es menos denso y se

respira mejor.

Paula consulta la pantalla de su teléfono móvil.

—Es hora de dormir —dice—. ¿No tienes sueño?

Celia niega con la cabeza sin dejar de mirar a su perro.

—¿Quién le puso el nombre a *Charlie*?

—Tú.

—¿Cuántos años tiene?

—Diez.

Charlie sabe que están hablando de él y se desplaza al otro lado de la mesita para que su dueña pueda acariciarle la cabeza.

—¿Por qué lo llamé así?

Paula alarga la mano para recibir un lametón del perro.

—No lo sé —dice—. Tal vez sea la palabra clave que necesitas para acceder a tus archivos.

Celia vuelve a negar sin necesidad de abrir la boca.

—Podemos llevar el ordenador a una tienda de informática —añade Paula—. Supongo que habrá alguna forma de desbloquear los archivos protegidos.

Charlie mira a Paula con la cabeza torcida, como si fuera capaz de traducir gestualmente lo que está pensando su dueña.

—No pienso hacer una cosa así —dice Celia.

—¿Por qué no?

Celia suspira con el fastidio de tener que decirlo todo, hasta lo evidente.

—Tengo que encontrar esa palabra por mí misma —dice en voz muy baja.

Paula sabe que no están hablando de una simple contraseña para abrir unos archivos. Su madre no necesita los servicios de un informático sino, en todo caso, los de un psicólogo.

—Estás en tu derecho de hacer lo que quieras —resuelve Paula—. Si puedo ayudarte en algo, no tienes más que pedírmelo. Ahora me voy a la cama. No te acuestes muy tarde.

Se despiden dándose dos besos, como si una de las dos fuera a marcharse. Celia se sienta en su estudio, enciende el ordenador y se pasa las dos horas siguientes probando contraseñas para abrir sus documentos. Más tarde se asoma al cuarto de Paula, igual que hizo la noche anterior. La joven duerme boca abajo, como cuando era una niña, respirando con la boca abierta. Su amiga Carmen también dormía en esa postura, respirando con un sonido grave y velar que por momentos se convertía en un ronquido.

Carmen era una mujer atractiva y glamurosa, difícil de olvidar. Celia se acuesta pensando en ella. No recuerda a la Carmen de hace cuatro años, sino a la muchacha que encontró en el autobús de línea un día de septiembre de 1969, cuando ambas viajaban a Madrid para iniciar sus estudios de periodismo. Recuerda su melena morena y sus párpados hinchados. Tenía un exótico aspecto oriental. No tardaron en

comenzar a hablar, sentadas una al lado de la otra. Entonces descubrió que su voz resultaba grave y un poco nasal y supo que sería una estupenda locutora de radio, como acabó siendo.

Muchas veces, por las noches, cuando se sentía sola porque Fran estaba de viaje o, más tarde, una vez que sus hijos se fueron de casa, Celia encendía la radio con el único objetivo de escuchar la voz de Carmen, como si estuviera a su lado y le hablara solo a ella.

De pronto echa de menos ese viejo transistor que siempre estaba sobre la mesilla, junto a la cama, para poder escucharlo antes de acostarse o nada más levantarse. Echa de menos el primer y el último sonido del día. Aprieta los párpados sin poder evitar un pinchazo de angustia en la boca del estómago y sin perder un minuto más se toma las pastillas de Paula.

Sabe que hay una concebida para provocar el sueño.

La solapa de tus libros

Celia espera pacientemente en una de las salitas de la planta de neurología del Gregorio Marañón, el hospital donde ha pasado los dos meses en coma. Las enfermeras que la atendieron se han acercado a ella para saludarla, regalándole toda clase de piropos y carantoñas. Como habría hecho cualquiera en su lugar, Celia se ha dejado querer con una sonrisa de complicidad.

Paula la ha acompañado en un taxi hasta el hospital. Celia ha aprovechado el trayecto para mirar por la ventanilla, tratando de comparar el Madrid que guarda en su memoria con el actual. La sorpresa es que no ha notado ningún cambio.

Por la mañana Paula la ha ayudado a ducharse. A veces lo hace ella y a veces Rosario. Lo único que necesita es que alguien le dé la mano cuando entra y sale del plato de la ducha para minimizar el riesgo de resbalarse.

No ha reconocido su cuerpo con esas piernas blancas surcadas de venas oscuras, ese vientre flácido y movedizo, como hecho de arena, esos pechos amorfos y esos brazos anchos sin consistencia. Le ha parecido que vestía la piel de una mujer de otra talla, como si se encontrara dentro de un cuerpo prestado.

Lo único que le ha resultado familiar son las pecas que siempre ha tenido en el escote.

—Te encuentro muy bien —le dice el médico después de leer los resultados de unos análisis, comprobar su equilibrio y hacerle algunas preguntas.

—Yo a ti también, Ignacio —replica Celia.

Él ya se ha acostumbrado a este tipo de respuestas.

—Tienes que seguir con la misma medicación al menos otras dos semanas más. Luego hablaré con Paula y le daré las instrucciones, así tú te olvidas de este tema.

—Soy muy buena olvidando cosas.

—Debes seguir las pautas de alimentación, tal como has hecho hasta ahora. Muchas verduras, frutas, pescado y algún lácteo desnatado. Evita los alimentos grasos, no tomes azúcar y por supuesto nada de alcohol.

—Solo bebo zumos, agua y café —responde Celia—. ¿O no puedo tomar café?

—Puedes tomar un café por la mañana.

—¿Crees que voy a recuperar la memoria?

El médico suspira hondo y se cruza de brazos. Es evidente que a Celia no le interesan los detalles de su alimentación ni de la medicación que tiene que tomar.

—Ya estás recuperando la memoria —responde a modo de diagnóstico—. Cada día y sobre todo cada noche, tu cerebro está recuperando los recuerdos que has perdido.

Celia asiente poco convencida.

—No puedo darte una fecha exacta —añade el médico—. Ni siquiera puedo asegurarte que vayas a recuperarlos todos. Lo único que puedo decirte es que no debes mostrarte ansiosa por hacerlo. Sería incluso contraproducente. Tienes que vivir relajada y en calma, evitando cualquier tipo de estrés o ansiedad, ¿de acuerdo?

—¿Tú estabas conmigo cuando desperté del coma? —pregunta Celia.

Ignacio la mira intrigado.

—¿Por qué lo preguntas? —responde.

—¿Estabas o no?

—Llegué a los pocos minutos de que abrieras los ojos.

—¿Qué fue lo primero que dije al despertar?

Otra vez la mirada de intriga, casi de preocupación.

—¿Por qué quieres saber una cosa así?

—Quiero saber si dije algo fuera de lo común, si pronuncié alguna palabra en concreto. Algo que os llamara la atención.

El médico se levanta y se sienta junto a Celia, al otro lado de la mesa.

—Lo que me llama la atención es que quieras saberlo ahora —dice.

—Es importante para mí.

—Que yo sepa no pronunciaste ni una sola palabra hasta dos o tres días después de despertar del coma, pero si quieres reviso tu historial y hablo con las enfermeras.

—Por favor.

Paula espera a su madre en la salita que hay junto a la consulta. No lleva puesta su bata de médico, lo que significa que no está allí como una profesional del hospital. Celia se despide del personal de planta mientras Paula intercambia unas palabras con el neurólogo. No se hablan como médico y familiar de una paciente, ni siquiera como colegas. Es evidente que son amigos.

Un taxi las espera a la puerta del hospital.

—San Mateo con Mejía Lequerica.

Es Celia quien dice la dirección, quizá porque le gusta recordar dónde vive. No añade nada más ni aparta la vista de la ventanilla hasta que el taxi se detiene finalmente.

—¿Cómo ha ido, señorita?

Rosario está en la cocina, de pie contra el fregadero, escurriendo el arroz recién hervido.

—¿Dónde está *Charlie*? —responde Celia.

Lo dice con cierta premura porque hace rato que necesita la presencia del pastor alsaciano. Además, se extraña de que no haya salido a recibirla.

—Está en la terraza —responde Rosario moviendo la cabeza hacia atrás, como si tuviera ojos en el cogote—, haciéndole compañía al señorito Tobías.

—Mandó un mensaje anoche —dice Paula mirando a su madre—, se me olvidó avisarte. Supongo que querrás verlo.

Celia no responde. No sabe si quiere ver a su agente. Lo recuerda pero, como le pasa con todo el mundo, cuando era un hombre joven.

—Tendréis mucho de que hablar —añade Paula.

Charlie se acerca a ella gimiendo una disculpa entre dientes por no haberla recibido como merece. Celia le rasca la cabeza mientras sale a la terraza.

—Celia.

Tobías la espera a la sombra del toldo, de pie y con los brazos abiertos. Tiene menos pelo que cuando era joven pero no se ha engordado. Viste un chaleco sobre una camisa, como siempre. Se abrazan sin apretarse. Tobías le da un sonoro beso en la mejilla. Celia lo acepta mientras recuerda el perfume dulzón de su loción de afeitado.

Paula los interrumpe un momento. Tiene que salir y quiere aprovechar para llevarse a *Charlie*.

—Os dejo solos —dice—. Rosario os servirá una taza de café enseguida.

—Me cuida como si fuera mi madre —dice Celia cuando Paula se marcha.

—Eso es porque ahora eres como una niña —responde Tobias con su acento extranjero.

Celia sonrío. Dado que ha olvidado los últimos años de su vida, esa puede ser una buena definición de sí misma.

—Tenía muchas ganas de verte —dice Tobias.

—¿No viniste al hospital?

—Paula no me dejó. Ni a mí ni a tus compañeros del periódico. La única que pudo visitarte fue Luisa.

—Vino ayer.

—Lo sé. ¿Cómo te encuentras?

Celia se está cansando de escuchar esa pregunta.

—No me preguntes eso —dice—. Estoy bien pero no recuerdo muchas cosas. Prefiero ser yo quien pregunte.

Tobias mira de reojo el bolso de cuero que cuelga de uno de los sillones. En ese momento le apetecería encenderse un cigarrillo, pero ha recibido la orden expresa de no hacerlo delante de ella.

—¿Habíamos estado alguna vez en esta terraza, así, a solas? —pregunta Celia.

Tobias mira a su alrededor y niega.

—Pero supongo que, como agente y escritora, nos reuniríamos con cierta frecuencia —añade Celia—, ¿no?

—Lo que solíamos hacer era hablar por teléfono —confiesa él—. Especialmente cuando ibas en el coche.

—¿Me gusta conducir?

—Odias conducir. Por eso aprovechas los desplazamientos en coche para hablar por teléfono con el manos libres.

Rosario sale a la terraza con una bandeja que tintinea al caminar.

—Acá les traigo un poquito de café descafeinado —dice sirviendo una taza a cada uno.

—El médico me deja tomar café normal —responde Celia—. Me lo acaba de decir.

—En la casa no tenemos más que café descafeinado —contesta Rosario.

—Mañana tendrás que comprarlo.

—La señora Paula es quien se encarga de las compras, señorita.

No hay nada más que decir. Rosario vuelve a sus quehaceres mientras Celia esboza una sonrisa de sorpresa. Pese a conocer el criterio de su asistente, le parece curioso que ella sea una señorita y su hija una señora. Pone una cucharada de azúcar en su café y le da un buen sorbo.

—¿No te parece extraño? —dice mirando fijamente la taza.

—No solías beber café —admite Tobias—, es cierto. Bebías té verde en todas sus variantes. Con menta, con limón, con verbena o con frutas. O solo, con una cucharadita de miel.

—No sé cuántas cosas han cambiado aquí dentro —dice Celia, tocándose la cabeza con los nudillos de la mano derecha.

—Espero que no demasiadas —responde Tobias—. Tus lectores están muy preocupados por ti. Hemos recibido un montón de mensajes. Todo el mundo quiere que vuelva la Celia Ruiz Álvarez que ellos conocen.

Celia escucha con atención. Como es natural en alguien que no se expresa en su lengua materna, todo lo que dice Tobias tiene un sentido grave y trascendente. Si manifiesta que sus lectores esperan a la escritora que conocen es porque no está dispuesto a aceptar que haya cambiado de ninguna manera.

—Tobias.

—Dime.

—No recuerdo ni uno solo de mis libros.

Celia se acaba el café y se recuesta contra el respaldo del sillón, como si ya hubiera dicho todo lo que tenía que decir.

—He hablado con Paula —confiesa él—. Me ha dicho que poco a poco los recuerdos irán volviendo a ocupar el espacio que les corresponde en tu memoria.

Celia asiente sin ninguna convicción.

—Es posible —responde—. El problema es que nadie sabe cuánto tiempo tiene que pasar para que eso ocurra. Puedo levantarme mañana mismo habiendo recuperado la memoria o tardar mucho más tiempo, quizá tanto como el que costó formar todos esos recuerdos.

—¿Estás leyendo tus libros?

Tobias ha decidido pasar a la acción.

—Paula me ha leído fragmentos de *Primer beso* —responde Celia.

—Lo sé. Yo mismo se lo sugerí. Tienes que leer el resto de tu obra. Eso te ayudará a recuperar la memoria.

Celia fija la vista detrás de su agente, en un punto invisible del cielo.

—*Primer beso, Segunda oportunidad, Tercer día, Cuarto poder, Quinto piso, Sexto sentido y Séptimo cielo* —recita Tobias—. Estos son tus siete libros publicados.

—Es imposible recitarlos en desorden —replica Celia.

—Tú misma decidiste que fuera así, usando un ordinal que ascendiera, para que fueran fáciles de recordar.

—Pues ya ves que no ha servido de nada.

Tobias frunce el ceño. No pretendía dar pie a la ironía.

—Son libros de vivencias, opiniones, experiencias, anécdotas y todo tipo de reflexiones. Eres una especie de filósofa popular, Celia, y la gente te lee de la misma forma que se leía a los antiguos filósofos, con una mezcla de gusto literario, ganas de pasarlo bien y necesidad de autoayuda.

Celia busca inútilmente el contacto de *Charlie* dejando caer un brazo hasta el suelo.

—¿Recuerdas las primeras columnas que escribiste en la prensa? —pregunta Tobias.

—Al menos recuerdo que lo hice.

—La base de tus libros está en los artículos que publicaste en el dominical, una colaboración que se extendió desde que comenzaste a trabajar en el periódico hasta hace apenas unos años.

—¿En qué año comencé a trabajar en el periódico?

—En el ochenta y dos.

—¿Ya eras entonces mi agente?

—Todavía no.

—En ese caso, ¿cómo lo sabes?

Tobias se levanta un momento.

—Lo pone en la solapa de todos tus libros —dice.

Saca su teléfono móvil del bolsillo, teclea en la pantalla con las yemas de sus dedos y se lo ofrece en posición horizontal para que pueda leer la nota biográfica que aparece en sus libros.

Celia le devuelve el móvil y se queda pensativa.

—Ahí dice que dejé de escribir mi página de opinión en el dominical en 1999. ¿Por qué lo hice?

Tobias vuelve a sentarse.

—No lo sé —dice sin mirarla—. Quizá te cansaste. Publicar una página de opinión todas las semanas es algo estresante, sobre todo si quieres mantener el nivel analítico y la variedad de los temas tratados.

—Dejé de escribir mi página en 1999 y publicamos mi primer libro en 2002.

Celia no hace más que repetir los datos que ha leído en su biografía.

—Eso es.

—¿Y qué hice durante esos tres años?

Tobias no muestra signos de preocupación, pero se inquieta.

—¿Qué quieres decir? En 2002 decidimos convertir tus últimos artículos publicados en un libro de opinión. Eso es todo. Era una especie de experimento editorial. Queríamos saber si el público estaría interesado en leerlos si los compilábamos todos juntos.

—Y lo estuvo.

Tobias asiente mientras vuelve a mirar de reojo su bolso.

—Se vendió tan bien que no tardamos en sacar *Segunda oportunidad*, que recogía otro grupo de artículos publicados en el dominical, más otros inéditos que escribiste para la ocasión.

Pese a su enorme laguna mental y a que se da cuenta de que Tobias habla con tanto cuidado como si estuviera jugando a las palabras prohibidas, Celia asiente comprensivamente.

—Luego vino *Tercer día* en 2004 y *Cuarto poder* en 2005 con el mismo esquema, parte de artículos ya publicados y parte inéditos. El resto de tu obra es completamente original y no tiene nada que ver con los artículos del dominical.

Tobias espera en vano a que Celia asienta de alguna manera.

—Publicamos *Quinto piso* en 2008 —añade—, *Sexto sentido* en 2010 y *Séptimo cielo* en 2013.

Vuelve a mostrar la pantalla del móvil para que Celia compruebe los títulos y las fechas. En ese momento Rosario sale a la terraza.

—¿El señor se quedará a comer?

—No, muchas gracias —responde Tobias.

Y consulta la hora en el móvil.

—Se me ha hecho muy tarde y tengo una comida de trabajo.

—Lo pregunto porque es hora de que la señorita Celia coma —explica Rosario.

—Comeré más tarde —replica Celia.

—La señora Paula me dijo que le diera de comer a la una y media en punto —insiste Rosario—. Y son y cuarto.

Celia no muestra ninguna objeción ni resistencia, lo cual indica la gravedad de lo que le ha ocurrido. Nunca antes habría admitido semejante rigidez horaria.

—Enseguida me voy, no se preocupe —dice Tobias mirando a Rosario.

Pero no tiene intención de moverse. Está esperando a que Rosario vuelva a marcharse. Quiere quedarse a solas con su escritora.

—Entonces voy preparando —concluye Rosario.

Y regresa al interior de la vivienda.

—Tienes que perdonarme —dice Tobias, chasqueando la lengua—. No me gusta dejarte sola para comer.

—No estoy sola.

—¿Vas a comer con Paula?

—Estoy con Rosario.

Tobias sonrío fugazmente.

—Antes de irme, tengo algo que decirte. Es sobre *Octavo mandamiento*, tu siguiente libro.

Celia repite mentalmente «mi siguiente libro», pero no abre la boca.

—Estaba previsto que saliera en noviembre —continúa Tobias—. No sé si lo recuerdas.

—¿*Octavo mandamiento*? —dice ella—. ¿Lo has leído?

Tobias se acaricia las cejas con dos dedos de la mano izquierda.

—Nunca me dejas leer tus manuscritos hasta que no están totalmente repasados. Ni a mí ni a nadie.

—Supongo que estoy en mi derecho.

Tobias se aproxima a Celia para seguir hablando en voz baja.

—Escucha, Celia. Paula me ha pedido que no hablemos de trabajo, pero tengo que pedirte el manuscrito del libro. Sé que lo tienes terminado. Me lo dijiste unos días antes de sufrir el ictus.

—¿Por qué no te lo entregué entonces?

—Te faltaba dar un último repaso. —Tobias suspira—. Siempre has sido muy obsesiva con esas cosas. Repasas y repasas hasta lo innecesario. Por eso sé que el manuscrito está listo para maquetar y dar a la imprenta.

—¿Tú crees?

—No puedo pedirte que le eches un último vistazo porque no hay tiempo.

—Y además le has prometido a Paula que no me hablarías de trabajo.

—Exacto. Pero sí puedo pedirte que me mandes el archivo por *email*, como haces siempre.

Celia lanza una mirada a la puerta que da al salón. Rosario está a punto de aparecer con la comida.

—Hay un problema —dice.

Tobias no se molesta en hacer ninguna pregunta. Simplemente cierra los ojos como quien se teme lo peor.

—No recuerdo la contraseña con la que protegí el manuscrito —confiesa Celia.

—¿Qué contraseña?

—Protejo todos mis documentos con una contraseña, ¿nunca te lo había dicho?

—Creo que no.

—Pues así es y no recuerdo cuál es.

—Entonces, ¿no puedes abrir el archivo de *Octavo mandamiento*?

—Ni ese ni ningún otro —confiesa Celia—. Uso la misma contraseña para todos.

Tobias continúa acariciándose las cejas.

—Es igual —dice dejando de hablar en voz baja—, envíamelo de todos modos. Supongo que algún informático de la editorial sabrá cómo desbloquearlo.

Celia mira fijamente a su agente.

—Preferiría recordar la contraseña yo misma —dice.

—No hay tiempo para eso.

—¿Por qué no? Puedo recordarla mañana mismo.

—O tardar años en hacerlo, tú misma lo has dicho.

Rosario sale al fin a la terraza con un mantel individual y unos cubiertos que deja sobre la mesa.

—Tus lectores te esperan, Celia —repite Tobias—. No podemos defraudarlos.

—Te entregaré el manuscrito tan pronto como recuerde la contraseña que lo protege.

—¿Qué importancia tiene esa contraseña? Te aseguro que puedo abrir el documento y que, tan pronto como lo haga, te lo enviaré a vuelta de correo para que puedas leerlo.

—No lo entiendes.

Tobias coge el bolso y se pone de pie.

—¿Qué es lo que no entiendo? —dice.

—Que lo protegí por alguna razón —contesta Celia.

—Lo protegiste para preservar tu intimidad.

Celia permanece sentada en el sillón.

—¿Te parece poco?

Rosario vuelve a salir a la terraza con un plato de arroz salteado con verduras que deja delante de Celia.

—Es la una y media —anuncia antes de retirarse—. Tiene usted que comer ahorita mismo.

—Sé razonable, Celia —dice Tobias.

—Voy a comérmelo todo, no te preocupes.

Tobias suspira de impaciencia y vuelve a sentarse. Celia revuelve el arroz con el tenedor y lo prueba.

—Está delicioso —dice con cara de satisfacción—. ¿Quieres un poco?

—¿Qué podemos hacer? —Tobias eleva el tono de voz—. La primera interesada en publicar ese libro eres tú, que por algo lo has escrito. Tenemos un contrato firmado y unos plazos que cumplir.

Celia continúa degustando su comida. La insistencia de Tobias le ha abierto el apetito.

—Dame unos días —dice.

—¿Cuántos?

—No sé. Un par de meses. O tres.

Tobias niega con la cabeza varias veces.

—No puede ser —dice—. Estamos a mediados de septiembre y el manuscrito tiene que entrar en la imprenta a finales de octubre. De lo contrario no podrá estar distribuido como es debido para la campaña de Navidad.

Celia se encoge de hombros.

—Si no he encontrado la contraseña para entonces, prometo que te lo enviaré

como está.

—Celia.

—Solo te estoy pidiendo unos días.

Tobias se levanta de nuevo, pero esta vez con ganas de marcharse de allí.

—Esto no tiene sentido —dice—. Hablaré con Paula.

—En ese caso descubrirá que hemos estado discutiendo asuntos de trabajo.

—Me da igual.

Tobias se acerca a Celia y le da un beso en la frente.

—Perdona que te haya molestado —dice después de pronunciar un hondo lamento—, pero no tenía más remedio que hacerlo. Ojalá te recuperes pronto y encuentres esa dichosa palabra. Espero tu llamada.

Celia se limpia los labios con la servilleta y bebe un trago de agua.

—Te llamaré, descuida —contesta dejando el vaso en la mesa—, pero no lo haré desde el coche.

—¿Por qué no?

—Porque de la misma manera que ahora me gusta el café es muy probable que me encante conducir.

Todos los puntos del universo

Celia ha terminado de comer con una inexplicable sonrisa en la boca, como si todo aquel asunto de la contraseña le hubiera puesto de buen humor.

—¿A ti te gustan los juegos de palabras? —le pregunta a Rosario mientras esta recoge la mesa.

—¿Qué clase de juegos?

—Los crucigramas, las sopas de letras, esas cosas.

—No soy hábil con las letras —responde Rosario—. Prefiero los sudokus. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque tengo que encontrar una palabra.

Rosario no quiere entrar en el juego de su señorita. Se ha hecho tarde y tiene que marcharse.

—¿Dónde vives? —le pregunta Celia.

—En la ronda del Sur, en Entrevías.

—¿Tienes familia?

—Mi familia está en Guatemala.

—Entonces, ¿vives sola?

—Vivo con mi hermana y sus tres hijos.

A Celia le gustaría saber el nombre de todos ellos.

—Es viuda —añade Rosario—. En cuanto venga la señora Paula tengo que marcharme.

—¿Tienes prisa?

—A las cuatro entro a trabajar en otra casa.

—¿Dónde?

—No muy lejos de aquí, en Chamberí.

Está justo en la dirección contraria a su casa, piensa Celia satisfecha de poder moverse mentalmente por la ciudad.

—Paso allí la tarde —añade Rosario—, y luego regreso a casa.

—¿He tardado mucho?

Paula llega con la respiración agitada más o menos igual que *Charlie*.

—La señorita ha comido a la una y media en punto —anuncia Rosario.

—Lo sé —contesta Paula—. He hablado con Tobias.

Aunque le gustaría saberlo, Celia no pregunta si se han visto cara a cara o han mantenido una conversación telefónica. Es la hora de la siesta y tiene sueño. Fiel a su costumbre, *Charlie* monta guardia en el pasillo, frente a la puerta del dormitorio. Rosario se quita la bata y se marcha. Paula come un plato de arroz con verduras, de

pie, en la cocina.

Celia no sueña con lluvias torrenciales ni con nada que tenga que ver con el agua, sino con un hombre que no es Tobias pero también habla con acento extranjero. Es moreno, alto y tiene tatuada una pequeña sirena en el antebrazo derecho. Se despierta confundida. No sabe quién es. Ni siquiera sabe si es parte de un recuerdo o una simple fantasía. Lo único que sabe es que la presencia de ese hombre le ha producido una especie de conmoción orgánica, como si de pronto tuviera mucha sed o mucho apetito.

Una vez más comprueba que puede mover los dedos de los pies antes de levantarse. Paula se ha dormido en el sofá del salón. *Charlie* la espera en la puerta de la terraza para salir al exterior. Celia se apoya en la barandilla y examina las calles que quedan a la vista desde allí. La ciudad parece el tablero de un juego de mesa, uno de esos laberintos que hay que recorrer para conseguir ser libre.

—¿Has descansado?

Paula sale a la terraza con la manta del sofá por los hombros.

—¿Y tú?

—Un poco. ¿Quieres ver a Alba?

Celia se vuelve hacia ella.

—Luego iré con *Charlie* a buscarla al colegio —añade Paula.

—Puedo ir yo misma —sugiere Celia—, así tú descansas.

—No es necesario.

—Si lo que temes es que me pierda por la ciudad, puedes estar tranquila. La recuerdo perfectamente, al menos la parte que se ve desde aquí.

Paula se acerca a la barandilla y mira al frente.

—Me alegro mucho, de verdad, pero aún es pronto para que salgas.

Celia se sienta en su sillón y estira las piernas.

—¿Acaso no es recomendable que camine y me mueva? ¿Preferirías que me pasara todo el día en la cama?

—Claro que no.

—Entonces, ¿qué es lo que temes? Ya te he dicho que no voy a perderme, mucho menos si voy con *Charlie*.

—Es un perro muy grande.

—¿Lo dices como un cumplido?

—Es muy corpulento —responde Paula—. A veces tira muy fuerte de la correa y podría hacerte daño.

Celia se dirige al perro, que se ha tumbado a sus pies.

—¿Estás oyendo eso, *Charlie*? —le dice en voz baja—. Te acaban de llamar bruto, a ti, que eres el ser más delicado que conozco.

—Tienes que cuidarte más que antes. Más que nunca.

Paula pronuncia estas palabras mientras se sienta en el sillón que ha ocupado Tobias.

—No estoy hecha de cristal —dice Celia a modo de protesta—, ni de porcelana.

—Ya lo sé.

—Entonces deja de comportarte como si así fuera.

Paula se quita la manta de los hombros y la deja sobre la mesa.

—Soy responsable de que te hayan dado el alta hospitalaria —dice—, no lo olvides.

—No lo olvido —contesta Celia—, pero no creo que estés tomando todas estas precauciones por eso.

Paula frunce el entrecejo.

—Quiero saber por qué lo estás haciendo —añade Celia.

—Has estado dos meses en coma.

—Te comportas como si todavía lo estuviera. Hablas con mis amigas, con mi agente, con Rosario. Les das instrucciones sobre lo que pueden contarme y lo que no. Quién sabe si no has hablado también con *Charlie*.

—No te montes películas, mamá.

—¿Por qué nadie me llama? ¿Por qué todo el mundo te llama a ti? ¿Dónde está mi teléfono móvil?

Paula aprieta los labios y traga saliva.

—Lo apagué y le quité la batería —dice—. No sabía cuánto tiempo ibas a estar en coma. Espera un momento.

Ha ido en busca de su bolso, donde guarda el móvil. Celia lo recibe con cautela, sopesándolo entre las manos, como si no lo hubiera visto en su vida.

—Pensaba dártelo luego —dice Paula—. No sabía si lo echabas de menos o no. Como no me lo pedías, creía que preferías vivir unos días tranquila, sin atender llamadas, contestar mensajes ni nada parecido.

—¿Por eso no hay conexión a Internet en esta casa?

Paula tarda unos segundos en responder. No acierta a comprender cuáles son los límites de la memoria de su madre.

—No recuerdo muchas cosas de mi pasado —añade Celia—, por eso necesito una conexión a Internet.

—No sabría decirte por qué —responde Paula—, pero estaba casi segura de que te habrías olvidado de Internet.

—Es difícil olvidar algo de lo que habla todo el mundo en todas partes, incluso en los hospitales.

Paula asiente suspirando.

—Simplemente apagué el *router* y lo metí en un cajón de tu estudio. Puedes conectarlo cuando quieras.

—Sabes perfectamente que no tengo ni idea de cómo se conecta ningún aparato de la casa —dice Celia muy segura de su incapacidad—. Y no es nada que tenga que ver con lo que me ha pasado. No he sabido hacerlo nunca.

—Lo conectaré cuando vuelva.

Celia alarga el brazo derecho para tocar a su hija con la mano. Lo hace porque necesita subrayar sus palabras con el contacto corporal.

—No tengas miedo —le dice.

Paula inspira audiblemente por la nariz.

—¿A qué crees que le tengo miedo? —pregunta entre dientes.

—A que lo descubra todo. Todo eso que estáis tratando de evitar que recuerde.

Paula consulta su reloj de pulsera y se levanta.

—Vas a quedarte sola una hora —dice muy seria, sin entrar en el juego de suspense que le propone su madre—. La batería del teléfono está cargada. Si te encuentras mal o te pasa algo llámame enseguida.

Celia mira la pantalla del teléfono con una mueca de fastidio. Su hija no se lo ha dado porque ella lo haya pedido. Pensaba devolvérselo de todos modos con el único fin de tenerla controlada.

—¿Sabes cómo funciona?

Por toda respuesta Celia levanta la vista sin mover el ángulo de su cuello, lo que significa que la conversación ha terminado. Paula llama a *Charlie* chasqueando los dedos dos veces, como si de pronto tuviera mucha prisa, pero antes de salir se vuelve un momento para comprobar que todo está en orden y le hace un último gesto a su madre acercando la mano a su mejilla como si fuera un teléfono.

Celia agita su mano a modo de despedida. O de hartazgo. Es la primera vez que se queda sola desde que despertó del coma y tiene una sensación en cierta forma adolescente, como si acabara de descubrir la libertad. Observa la pantalla del teléfono con curiosidad pero no se atreve a tocarla. Supone que en ese pequeño aparato están todos sus contactos, sus registros de llamadas y un acceso al resto del mundo a través de su conexión a Internet. Ese teléfono es una representación del Aleph que describió Borges, lo recuerda perfectamente, el lugar donde las cosas son infinitas porque pueden verse desde todos los puntos del universo.

Lo deja sobre la mesa y se recuesta en el sillón con los ojos cerrados a la espera de que vuelvan Paula y Alba. Cree que va a poder relajarse como otras veces pero no soporta la inacción. Si al menos estuviera *Charlie*, podría acariciarle la cabeza y sentir la humedad de su hocico. La soledad resuena en sus oídos como si el teléfono no dejara de sonar.

Se incorpora y lo toma entre sus manos. El fondo de la pantalla es una foto de un mar recto y azul sobre el que se disponen los iconos que dan acceso a las aplicaciones. No sabe para qué sirven y por eso mismo los va tocando todos. Las últimas llamadas registradas son de principios del mes de julio, seguramente del mismo día que sufrió el ictus. Hay llamadas de Tobias, Luisa, Paula y otras de números no grabados en la memoria que muestran todos sus dígitos. En la sección de contactos descubre un verdadero universo de amigos, compañeros y familiares.

Respira aliviada. Estaba casi segura de que Paula habría eliminado todos esos contactos y esas últimas llamadas recibidas. Tiene la permanente sensación de que su

hija quiere modificar el mundo que la rodea para ayudarle a recobrar la salud. El hecho de encontrar intacta la información de su teléfono la hace dudar de su inquietud. Tal vez es ella quien está siendo víctima de una paranoia por otra parte inevitable si se ha perdido la memoria con que poder combatirla.

También encuentra el número de su hijo Emilio y está a punto de pulsarlo. No lo hace porque en realidad no tiene nada que decirle. No quiere hablar con él. Lo que quiere es verlo en persona para comprobar con sus propios ojos en qué clase de adulto se ha convertido. Quiere saber si sigue pareciéndose a Fran, su padre, como cuando era un niño, o si ha ganado algún rasgo suyo al madurar.

Encuentra también el teléfono de Fran y el de la residencia donde su madre pasó sus últimos años. Y el de sus primos Isabel y Carlos. Y hasta el de su nieta Alba. Todo su mundo está allí dentro, ordenado alfabéticamente como en una enciclopedia monográfica dedicada a ella misma. Su propio Aleph.

Inevitablemente su cerebro trata de recordar, como si el orden alfabético pudiera convertirse en cronológico y los recuerdos ocupasen el lugar que les corresponde en el tiempo, a costa de un terrible esfuerzo que da con su cabeza en el pecho.

—Abuela.

Cuando su nieta llega junto a ella, tiene que despertar de un sueño corto y pesado que le provoca una terrible sequedad en la boca.

—Soy Alba.

—Sé quién eres, preciosa.

—Mamá me ha dicho que no te acuerdas de algunas cosas.

Por toda respuesta, Celia la abraza tan fuerte como puede y le da un sonoro beso en la frente. *Charlie* se acerca a ellas, quién sabe si valorando la posibilidad de mostrarse celoso. Paula sale a la terraza sin intención de quedarse, solo para dejar una botella de agua y un par de vasos sobre la mesa.

—Voy a cuarto de primaria —dice Alba, sentándose al lado de su abuela—. Mis mejores amigas se llaman Claudia e Inés. Juego a baloncesto y toco la guitarra.

Celia la mira con falsa severidad.

—¿Te ha dicho tu madre que me cuentes todo eso? —le pregunta.

La niña niega con la cabeza.

—He pensado que te gustaría saberlo —dice.

—Me gustaría saber más cosas.

La niña espera con los ojos abiertos, como si escuchara con ellos.

—¿Cuál es tu color favorito? —le pregunta Celia.

—El azul.

—¿Y tu número favorito?

—El nueve.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El 17 de noviembre.

—¿Cuál es tu palabra preferida?

—Recreo.

—¿Qué quieres que te regale para tu cumpleaños?

—Una bufanda del París Saint-Germain.

Celia pestañea desconcertada. Llena un vaso de agua y da un pequeño sorbo.

—¿Por qué quieres precisamente eso? —dice.

—Porque cuando era más pequeña me hablabas de ese equipo de fútbol.

—¿Qué te decía?

—Que era el único equipo que te había importado.

Celia se queda pensativa, mirando al cielo. Los recuerdos sobrevuelan su cabeza como bandadas de palomas incapaces de posarse en ninguna parte.

—¿Eso te dije?

Alba afirma con la convicción de los niños.

—No recuerdo por qué pude decirte una cosa así —confiesa Celia—, pero sé que pasé en París uno de los mejores años de mi vida.

—Quizá por eso te guste el París Saint-Germain.

Celia se acerca a su nieta como quien pretende hacer una confidencia.

—¿Tú sabes manejar un móvil como ese? —le dice señalando el teléfono que hay sobre la mesa.

Alba lo mira un segundo y vuelve a afirmar, aunque sin la convicción de antes.

—Claro —responde—, yo uso el móvil para todo, hasta para jugar.

—¿A qué juegas?

—Tengo una granja. ¿Quieres verla?

—Lo que quiero es que me enseñes a navegar por Internet —le dice su abuela.

—¿Ahora?

—Ahora, sí. Es una de las cosas que no recuerdo y necesito ayuda.

Celia advierte el nerviosismo de la niña. Es evidente que, como en un cuento de hadas, su madre la ha aleccionado antes de llevarla a casa de la abuelita. Ambas se miran con determinación, la una desafiando a su hija y la otra a su madre, y pasan la siguiente media hora sentadas juntas, atentas a la pantalla del móvil con la seriedad de quien es capaz de ver las cosas desde todos los puntos del universo.

Unos cipreses como esos

—¿Has encontrado ya la contraseña?

Paula se ha asomado al estudio de su madre con el pijama puesto. Le pesan tanto los párpados que sus ojos se ven más rasgados.

—Más bien al contrario —replica Celia—. Acabo de descubrir que tampoco puedo entrar en mi correo electrónico. Lo más probable es que también esté protegido por esa palabra.

—Puede ser cualquier otra.

—No creo.

Celia mira a su hija un momento.

—Gracias por conectarme ese chisme —dice.

Y vuelve a concentrar su atención en la pantalla.

—Si no lo he hecho antes —responde Paula—, ha sido porque lo último que te conviene ahora mismo es un exceso de información.

Celia tarda unos segundos en responder.

—El mundo está sobreexpuesto a la información —dice en voz baja, como si no estuvieran solas—. No solo a través de Internet. También está la televisión, la radio y la prensa. Y tú, y Rosario. Y Alba. Es inútil que trates de protegerme.

Paula asiente tres veces en busca de paciencia.

—Mañana va a venir a verte la tía Alicia —dice.

Celia vuelve a mirar a su hija pero esta vez sin ninguna prisa por regresar a la pantalla del ordenador.

—Me llamó ayer —explica Paula con una naturalidad impostada—. No sé si quieres verla o no, pero en todo caso no podía negarle que viniera. Es tu única hermana.

—¿Por qué crees que no quiero verla?

Celia ha levantado un dedo para hacer la pregunta. Paula se apoya en el quicio de la puerta.

—Hace años que no os habláis —dice.

—¿Sabes por qué?

—Algo pasó entre vosotras, aunque nunca he sabido qué.

Celia se lleva la mano a la boca.

—Yo sí lo recuerdo —dice. Y, como Paula no muestra ningún interés, se ve obligada a añadir—: ¿No quieres saberlo?

—Te lo pregunté muchas veces y nunca quisiste contármelo —responde Paula bostezando—. No quiero aprovecharme de la situación.

—¿Temes que me altere o disguste si te lo cuento?

Paula niega mirando al suelo.

—No es eso. Simplemente no quiero saberlo. Y no me reproches mi actitud. Has estado muy enferma y debo protegerte.

Celia aprieta los labios en señal de rendición. Sabe que es inútil discutir con su hija. Siempre ha mostrado una resolución inquebrantable.

—¿Necesitas algo más? —pregunta Paula antes de marcharse.

—Quiero mis fotos —responde Celia.

—¿Qué fotos?

—He buscado mis álbumes de fotos por todas partes y no están.

Paula cierra los ojos y se acaricia los párpados.

—Los tengo yo —dice en un susurro culpable—. Debes recuperar la memoria poco a poco. No puedes exponer tu cerebro a una carga emocional demasiado intensa. Y eso es exactamente lo que sucedería si pudieras ver tus álbumes fotográficos.

Celia no tiene más energías para discutir.

—Tráeme al menos una foto de tu hermano —dice para zanjar el asunto—. Me gustaría ver cómo está ahora que se ha convertido en un adulto.

Celia ha tecleado todas las palabras que ha ido almacenando en la memoria durante el día pero ninguna ha resultado ser su contraseña. Ha probado con el nombre de su nieta, el de su palabra favorita, sus mejores amigas o su equipo de fútbol. Ha tecleado el nombre de su hermana y hasta el de su cuñado. Y varias palabras malsonantes, insultos y dichos groseros que recuerda haber usado alguna vez. Ha tecleado incluso Aleph y otras ocurrencias intelectuales que le han ido asaltando la cabeza como kamikazes recién salidos de un diccionario.

Luego ha entrado en un navegador de Internet conteniendo el aliento, muy cautelosamente, como quien teme haber olvidado lo desconocido y no es capaz de identificar el origen de su miedo. Lleva un lápiz en la mano izquierda y ha dejado un cuaderno junto al ordenador. Ha entrado en la web del periódico para el que trabaja y ha accedido a la versión digital del dominical.

Allí estaban algunos de sus artículos, no sabe cuántos ni cuáles porque no se ha molestado en leerlos. Ni siquiera se ha fijado en las fotografías que los acompañaban. Solo quiere barrer las columnas, párrafo a párrafo, hasta que sus ojos encuentren una palabra que llame su atención de alguna manera, ya sea por el extraordinario número de sus sílabas, su exotismo, su sonoridad o su significado. Un ejercicio tan extenuante y baldío como buscar una aguja en un pajar. O una gota de agua en un océano.

Charlie ha permanecido en la puerta del pasillo todo el tiempo, con esa oreja que mantiene siempre levantada, ajena a la gravedad terrestre, sin cerrar los ojos del todo, como si no quisiera dormirse y tampoco permanecer despierto. De vez en cuando emitía un sonoro suspiro que parecía proceder a partes iguales de la impaciencia, el

aburrimiento y el esfuerzo que estaba haciendo para vencer al sueño.

Un rato después Celia se dirige a su habitación, toma las pastillas que hay sobre la mesilla y se acuesta en un colchón de palabras desconocidas cuyos fonemas suenan al recibir el peso de su cuerpo. A diferencia de *Charlie*, no se duerme enseguida. No puede hacerlo porque se acuerda de su hermana Alicia, aquella niña delgada que no crecía porque no comía, un manojito de nervios incontrolable con la sonrisa más encantadora que recuerda haber visto jamás. Y entonces se acuerda también de su madre, siempre persiguiendo a su hermana con alguna clase de alimento en las manos: un bocadillo, una madalena, un plátano, una tarrina de helado incluso, cualquier cosa que sirviera para que aquella morena incontrolable creciera un poco y se dejara controlar de una vez.

El trajín de Rosario la despierta unas horas después. No ha soñado con el hombre del tatuaje en el brazo ni con su hermana huyendo de la comida, sino con un mar infinito que no era recto ni azul, sino curvo y pardo, casi marrón. El sol se reflejaba en su superficie con destellos mates y oscuros, imposibles. Quizá se tratase de un mundo extraterrestre.

Desayuna en la cocina, junto a Rosario, mientras esta pone una lavadora. Paula se ha marchado al hospital. Alicia llegará a primera hora de la tarde. Celia suspira mirando hacia la luz que entra desde la terraza.

—¿Le ocurre algo, señorita? —pregunta Rosario.

—No me apetece volver a pasar ahí fuera toda la mañana.

—Puede ver un ratito la televisión en el salón. O leer tranquilamente en su estudio.

—Quiero salir a la calle.

Rosario se pone en pie con una toalla en la mano.

—No puede salir usted sola —dice—. Ya lo sabe.

—Puedo salir con *Charlie*.

Rosario devuelve la toalla al cesto de la ropa sucia y se cruza de brazos.

—La señora Paula me advirtió de que algo así podría suceder —dice afirmando con la cabeza.

—¿En serio? —Replica Celia—. ¿Y qué se supone que tienes que hacer si insisto en salir a la calle a pasear con mi perro?

—Tengo que impedírselo cerrando la puerta de la casa con esta llave.

Celia esboza una sonrisa mientras contempla la llave que Rosario ha sacado de un bolsillo de la bata. Se sostienen la mirada durante unos segundos que se van volviendo cómicos, hasta que ambas se contagian de una risa incontenible.

—¿Soy entonces una prisionera? —pregunta Celia.

—Una prisionera bajo arresto domiciliario —contesta Rosario.

—Entonces tendrás que acompañarme.

Rosario acaba de llenar la lavadora y la pone en marcha.

—Serán solo un par de horas —añade Celia—. Cuando volvamos la lavadora

habrá terminado y te ayudaré a tender.

La asistenta mueve la cabeza y aprieta los labios para dejar claro que no está de acuerdo con el plan.

—¿Quién te contrató? —dice Celia retándola con la entonación.

—¿Cómo dice?

—Cuando viniste a trabajar a esta casa —especifica, hablando más deprisa de lo normal—, ¿quién te contrató: la señora Paula o yo?

—Fue usted —responde Rosario señalándola.

—Cuéntame cómo sucedió.

—Usted llamó a la oficina de empleo para pedir mis datos. Vine un sábado por la mañana y me enseñó la casa. Me dijo cuáles eran mis funciones y mi horario, y me ofreció un sueldo con seguridad social y paga extra.

Celia se levanta con los brazos abiertos, como quien es incapaz de abarcar todo el perímetro de la evidencia.

—En ese caso, no se hable más —dice a modo de conclusión—. Me cambio en un momento y nos vamos.

—Pero yo tengo muchas cosas que hacer.

—Las harás luego, cuando volvamos.

—¿Y qué va a comer la señorita?

—Compraremos algo por ahí, no te preocupes.

—Sí me preocupo —replica Rosario—. ¿Qué dirá la señora Paula?

—De la señora Paula me encargo yo —responde Celia—, que para algo soy su madre.

Quizá no lo sabe, pero la perspectiva de salir a la calle le ha devuelto la vitalidad que siempre la ha caracterizado. *Charlie* la acompaña a su dormitorio olfateándolo todo. No ha dado un paseo con su dueña desde hace meses y no está seguro de haber sido invitado esta vez. Rosario no solo se quita la bata, sino que se pinta los labios de un rojo aterciopelado y se aplica un poco de rímel en los ojos.

Cuando Celia la ve no puede contener un mohín de sorpresa. Su empleada brilla como un sol de mediodía. Ella, por contra, no ha pensado en maquillarse y se ha puesto lo primero que ha encontrado en el armario. Rosario la mira de abajo arriba y eleva los pómulos en señal de desaprobación.

—¿Adónde vamos? —dice.

—A la redacción del periódico para el que trabajo. Quiero saludar a mis compañeros.

Rosario afirma en silencio mientras abre el vestidor. De entre toda la ropa que encuentra elige un vestido estampado, un cinturón, unas medias claras y unos zapatos de tacón bajo. Lo deja todo sobre la cama y acompaña a Celia al baño. La sienta sobre el inodoro y la maquilla ligeramente, más o menos como hacía ella misma antes del accidente. Después la ayuda a vestirse.

—Así era usted, señorita —le dice mientras ambas se miran en el espejo del

vestidor.

Celia se examina con atención. No reconoce su torso ni sus caderas, pero sí sus piernas dentro de las medias, y también sus pies. Tan pronto como se calza los zapatos recobra su verdadera estatura y vuelve a mirar el mundo desde el ángulo acostumbrado.

—Rosario —dice volviéndose hacia su asistenta—. ¿Tú crees que *Charlie* puede viajar en un taxi?

—No, señorita.

—¿Has oído, *Charlie*? —añade agachándose junto a él—. Esta vez no puedes acompañarnos, pero te prometo que cuando volvamos te llevaré a la plaza Villa de París, que está muy cerca de aquí. ¿De acuerdo?

El perro recoge la lengua, da media vuelta y se tumba pesadamente en una esquina de la cocina. Rosario elige un bolso para su señorita y mete en él un pintalabios, un paquete de pañuelos de papel, una caja con las pastillas que debe tomarse a mediodía, así como su cartera y su teléfono móvil. Celia añade su cuaderno de notas y se cuelga el bolso del hombro izquierdo.

Toman un taxi en la puerta de casa y dan la dirección que Celia anotó en el cuaderno la noche anterior.

—¿Vamos por Eduardo Dato o por O'Donnell? —pregunta el taxista.

—Por O'Donnell —responde Celia sin dudar un segundo.

Rosario la mira con una sombra de sonrisa en los ojos.

—Pasaremos por el Retiro y el cementerio de La Almudena —explica Celia tratando de contener el orgullo que le provoca su sentido de la orientación.

No se dirigen la palabra ni la mirada durante el resto de la carrera. Celia mira por la ventanilla con la misma curiosidad que quien zapea por los canales de un televisor, dejándose llevar por las calles en movimiento para no enfrentarse a la inquietud que siente. Rosario no sabe si está haciendo lo correcto ni si la chaladura de su señorita le ocasionará algún problema con su hija. En todo caso no deja que la preocupación le estropee una mañana diferente con excursión en taxi incluida, menos aún cuando descubre la emoción que le produce ser cómplice de su compañera de asiento.

—¿Por qué hay cipreses de distintas alturas?

Celia hace esta pregunta cuando el taxi transita por el eje de O'Donnell, dejando a la izquierda la tapia sur del cementerio más grande de Madrid. El taxista mira a Celia por el espejo retrovisor para comprobar si la pregunta va dirigida a él.

—Unos son más altos que otros —añade Celia viendo que Rosario no contesta—. Mira. Es extraño porque todos debieron de plantarse a la vez.

Ahora es Rosario quien busca la mirada del taxista a través del espejo retrovisor. Después se vuelve hacia la ventanilla de su señorita y comprueba que, en efecto, una fila de cipreses de distintas alturas circula hacia atrás a la misma velocidad que el taxi. No responde. Simplemente frunce el ceño pensando que hay cientos de razones para que un ser vivo sea distinto de otro.

Celia cierra los ojos. Algo en su memoria se ha removido levemente, como mecido por una brisa del pasado. No es la primera vez que se fija en unos cipreses como esos, ni es la primera vez que hace esa pregunta.

—Celia Ruiz Álvarez.

Su nombre y apellidos resuenan en la sede del dominical en cuanto ambas entran en la sala de redacción. Celia se sujeta del brazo de Rosario como si necesitara un apoyo para mantener el equilibrio, aunque lo que realmente necesita es que alguien le ayude a soportar la sensación de extranjería que le produce ese grupo de desconocidos. Todos se acercan para abrazarla, besarla y decirle lo mucho que se alegran de verla en tan buena forma.

Ella solo reconoce a su amiga Luisa y a Álex, el jefe de redacción, que la invita a su despacho con cierta precipitación, quizá para salvarla de un desconcierto que comienza a ser evidente.

—La esperaré aquí.

Rosario se sienta en un sillón que hay junto a la puerta del despacho con el último número del dominical en la mano.

—Si me necesita, llámeme.

Celia se da cuenta de lo mucho que ha comenzado a depender de los demás y comprende que, pese a su determinación por salir de casa, jamás se habría atrevido a hacerlo sin la compañía de Rosario.

—¿Qué quieres tomar?

Álex y Celia comparten un café de máquina tratando de rellenar con fórmulas de cortesía un silencio que prevén incómodo.

—Álex —dice Celia cuando deja el vaso vacío sobre la mesa—. No recuerdo a ninguno de tus periodistas.

El jefe de redacción da el último sorbo a su café. Eso hace que tenga que inclinar la cabeza ligeramente hacia atrás y se encuentre con la mirada de sincera perplejidad de Celia.

—Solo recuerdo a Luisa —añade esta—. Y a ti, claro.

—Estoy al corriente de todo —dice Álex, mostrando la palma de su mano derecha—. He hablado con Luisa.

—Y supongo que también habrás hablado con mi hija Paula.

Álex asiente con naturalidad.

—Hemos hablado a menudo, sí.

Celia pestañea con fuerza manteniendo los párpados abiertos durante un par de interminables segundos. Se siente defraudada. Esperaba encontrar a alguien que no hubiera recibido instrucciones de su hija. Alguien dispuesto a contarle la verdad.

—Te he preparado una copia de todos los artículos que has escrito para el dominical.

Álex deja un *pendrive* sobre la mesa, junto al vaso del café.

—Muchas gracias —dice Celia—. Pero no es eso lo que necesito.

—Luisa me ha dicho que no podías acceder a tus archivos —contesta Álex.
Celia niega con las manos.

—Puedo consultar mis artículos en la web del dominical y en los libros que he publicado gracias a Tobias. Lo que necesito es otra cosa.

Álex se quita las gafas y las limpia con un pañuelo de papel.

—Tú fuiste mi editor —dice Celia—. Entre otras cosas, tu trabajo consistía en decirme de qué temas podía y no podía escribir.

—Más o menos.

Celia se aproxima a la mesa tanto como puede antes de continuar.

—Ahora quiero que me digas de qué puedes y no puedes hablar conmigo.

Álex se pone las gafas mientras rodea la mesa para sentarse junto a Celia.

—Puedo hablar contigo de lo que me dé la puta gana —dice con rotundidad, a la manera de un camarada.

Celia le devuelve la sonrisa con la certidumbre de que no es así. Si Álex no trata de descubrir la causa de su suspicacia es sencillamente porque forma parte del juego.

—Recuérdame cuándo comencé a trabajar aquí.

El editor se queda pensativo durante unos segundos.

—Trabajas en la casa desde mucho antes que yo —dice—. Estuviste diez años escribiendo para el periódico antes de pasarte a nuestro suplemento.

—¿Tienes los artículos que escribí durante ese tiempo?

—Puedo conseguirlos.

—¿En qué sección escribía?

Álex se rasca la frente. Parece confundido. No es posible que Celia haya olvidado algo así.

—En local, en nacional y también en cultura —dice—. Recuerdas eso, ¿verdad?

Celia no contesta, seguramente porque no sabe si lo recordaba o lo está recordando mientras lo escucha.

—En 1992 te pasaste al dominical —añade Álex—. Tuviste una página de opinión para ti sola.

—¿De qué año a qué año?

Álex sostiene su mirada con dificultades, como si pesara más de lo que aparenta.

—Del noventa y dos al noventa y nueve —contesta.

Celia esperaba esa respuesta.

—Dado que publiqué mi primer libro en 2002 —dice—, me pregunto qué estuve haciendo de 1999 a 2002.

Álex no comprende.

—¿Me lo estás preguntando a mí? —dice.

—Así es.

—No lo sé.

—No me mientas.

—No publicaste ningún artículo en el dominical, si es eso lo que quieres saber.

—Lo que quiero saber es por qué no lo hice.

Ahora sí, Álex parece aquejado de una prisa ineludible. Levanta la vista hasta el reloj que hay en la pared de enfrente.

—Tengo una reunión importante dentro de quince minutos —dice—. ¿Por qué no quedamos más tarde y comemos juntos?

—Ya he quedado para comer —replica Celia.

—Podríamos hablar más tranquilos.

—Solo dime una cosa.

Álex enarca las cejas.

—¿Por qué me llamaste por teléfono cuando me encontraste dentro del coche el día que sufrí el ictus?

La pregunta deja un eco de silencio en el despacho.

—Golpeé el cristal varias veces y no me oíste —responde Álex.

—No te oí porque había perdido el conocimiento.

—Creí que te habías quedado dormida.

Celia clava su mirada al otro lado de las gafas de Álex, en sus pupilas. Quiere hacerle saber que merece una respuesta completa.

—Ya había sucedido otras veces —añade Álex después de suspirar con resignación—. Te quedabas dormida en el coche y yo te llamaba al móvil para despertarte porque no hacías caso de los golpes en el cristal.

—¿Me quedaba dormida en el coche? —repite Celia.

—¿No lo recuerdas?

—¿Era por la bebida?

Álex le pone una mano en la rodilla y asiente.

—Y por la medicación.

—¿Qué medicación?

—Habla con Paula, Celia, y hazle a ella todas estas preguntas —concluye Álex—. Yo no puedo decirte nada más.

Ambos se levantan al unísono, aunque con distinto sentido del equilibrio. Celia se marea y tiene que volver a sentarse. Tiene mala cara. Álex sale del despacho en busca de ayuda y no tarda en volver con Luisa y Rosario.

—Estoy bien —dice Celia cuando las ve—, no ha sido nada.

Luisa le trae un vaso de agua y Rosario la abanica con el ejemplar del dominical que ha estado leyendo. Celia vuelve a levantarse, aunque esta vez más despacio, cuidando de guardar el equilibrio y dejar las cosas como están.

—Por un momento he creído que iba a desmayarme —confesará poco después, cuando ya circula a bordo de un taxi en compañía de Rosario.

—La señora Paula tenía razón —responde esta.

Celia asiente varias veces.

—Esa es la cuestión —dice sin dejar de hacerlo—. Si llego a desmayarme, Paula se habría enterado y no podríamos volver a salir de casa.

Rosario la mira con severidad.

—No me ha pasado nada —añade Celia con el cuello entre los hombros—. Me he mareado un poco porque me he levantado de la silla demasiado deprisa. Eso es todo.

—¿Seguro?

Rosario es consciente de que se está jugando el puesto de trabajo. Puede que la señorita Celia fuera quien la contratara pero eso no significa que su hija no pueda despedirla en cualquier momento.

—Deténgase aquí.

Celia le entrega el monedero a Rosario para que pague la carrera. Ha detenido el taxi a la altura de la plaza de Santa Bárbara para sentarse a comer en una de sus terrazas, al aire libre. Rosario se acerca a casa para recoger a *Charlie* y regresa con él a tiempo de elegir el menú.

—Usted se va a pedir una ensalada variada y un pescadito a la plancha.

Celia no tiene ganas de tomar decisiones, ni siquiera en lo que respecta a los platos. Se encuentra tan cansada que se pasa toda la comida sin decir una palabra, sentada a la sombra de un árbol joven que no es capaz de eclipsar toda la luz que recibe. El silencio entre ambas resulta amable porque ninguna de las dos se siente obligada a rellenarlo con banalidades.

Charlie se ha tumbado debajo de la mesa con el morro apuntando a los tobillos de su dueña, como hace cuando están en la terraza de casa. Rosario se ocupa de pedir el postre. Y la cuenta.

—¿Qué se come en Coatepeque?

Celia ha recuperado parte de las fuerzas perdidas.

—Muchas cosas: el jocón, los paches, los tamalitos, las enchiladas, el ceviche o los frijoles.

—¿Las enchiladas no son mexicanas?

—En Guatemala también las cocinamos —explica Rosario—. Somos países vecinos, señorita.

—¿Alguna vez me has hecho alguno de esos platos para comer?

—Nunca.

—Podrías preparar alguno.

—Lo consultaré con la señora Paula.

Celia no dice nada pero sonrío por dentro. Le hace gracia el estricto protocolo que sigue Rosario en lo que se refiere a sus cuidados.

—¿Hace mucho que no vas a tu país? —pregunta.

—La última vez fue hace tres veranos —responde Rosario.

—¿Qué clase de familia tienes allí?

—Tres de mis hermanos.

—¿No estás casada?

—Estoy separada.

Celia la mira con cejas de sorpresa. Nunca antes se había interesado por su estado civil.

—¿Tienes hijos?

—No, pero como si los tuviera —responde Rosario—. Soy la segunda de cinco hermanos. Cuando mi madre murió, tuve que hacerme cargo de los tres pequeños.

—¿Y tu hermano mayor?

—Es una chica. Se casó muy joven y tuvo que cuidar de sus propios hijos.

—¿Es la que vive contigo en Entrevías?

Rosario asiente con notoria incomodidad, quizá porque le entristece hablar de los suyos desde la distancia, pero Celia no ha terminado de satisfacer su curiosidad.

—¿El resto de tus hermanos sigue viviendo en Coatepeque?

—Dos sí, el otro trabaja en la ciudad.

—¿En qué ciudad?

—En la de Guatemala. Los dos pequeños viven en Coatepeque. Son un muchacho y una muchacha.

—¿No trabajan?

—La muchacha se casó hace tres años —dice Rosario, poniendo una mano en su pecho, como si fuera a hacer un juramento—. Por suerte pude estar presente en los festejos de su boda. El muchacho no tiene un trabajo fijo, pero sobrevive con el dinero que yo le mando cada mes.

—¿Los echas de menos?

—Estamos en contacto permanente.

—¿Habláis por teléfono?

Rosario niega.

—No hablamos demasiado —dice—, pero nos enviamos fotos, vídeos y mensajes a través de las redes sociales.

Celia no pregunta nada más. Rosario acaricia la cabeza de *Charlie*, que se acerca a ella en cuanto se calla, y paga la cuenta. Los tres vuelven a casa andando despacio, como quien saborea lo comido. O lo escuchado. Celia tiene sueño. Nada más entrar en casa se acuesta sobre la cama, sin molestarse en cambiarse de ropa, como si no pudiera seguir despierta ni un segundo más.

Carmen1969

A las cinco de la tarde suena el timbre de la puerta, dos veces. Es la primera vez que Alicia pone los pies en aquel piso. Paula es quien abre. Besa a su tía y le frota los brazos a la altura de los hombros. Quiere transmitirle entereza y valor para enfrentarse a su hermana después de tantos años.

—Mamá —dice Paula—, la tía Alicia está aquí.

Ambas han salido a la terraza, donde está Celia. Esta ha perdido la mirada entre los tejados, como si siguiera durmiendo la siesta con los ojos abiertos. *Charlie* se acerca a la recién llegada y la olfatea con curiosidad.

—Siéntate a mi lado —dice Celia sin moverse.

Alicia deja el bolso sobre la mesa y se sienta junto a su hermana mayor.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—¿Cómo estás tú? —responde Celia.

—Un poco nerviosa.

—¿Por qué?

—Creía que no ibas a recibirme.

Celia sonrío y vuelve la cabeza para examinarla. Descubre los mismos ojos, el mismo pelo, la boca algo más arrugada, igual que el cuello y las manos. Los pómulos de siempre.

—Has envejecido —le dice sin dejar de sonrío.

—¿Qué esperabas?

—Pero estás muy guapa. Y sigues manteniendo tu buen tipo.

—Hago mucho ejercicio.

Paula aprovecha el silencio que sigue a estas palabras para reclamar la atención de *Charlie*.

—Me voy a buscar a Alba —dice a modo de despedida—. Os dejo solas. En la cocina hay cervezas, refrescos, café e infusiones por si queréis tomar algo.

—¿Tienes un cigarrillo? —pregunta Celia.

Las dos hermanas han pasado unos minutos en completo silencio, escuchando el eco del tráfico.

—Ya no fumo.

—¿Cómo están los niños?

—¿Qué niños? —Alicia se ríe—. Enrique tiene veintiocho años y Marta veinticinco.

A Celia no le parece divertido que sus sobrinos hayan crecido.

—Él es ingeniero informático —continúa diciendo Alicia— y ella graduada en

ADE.

—¿Qué es eso?

—Empresariales.

—¿Y Quique? ¿Sigues casada con él?

Alicia asiente a cámara lenta y pone los ojos en blanco.

—Te manda muchos recuerdos —dice.

—Eso es exactamente lo que me hace falta.

—Es mejor tener problemas de memoria que limitaciones físicas. Podías haberte quedado en una silla de ruedas.

Celia aprovecha el comentario para mover los dedos de los pies.

—Prefiero no pensar en eso —dice.

—¿Tienes muchas lagunas mentales?

—Muchas sí, aunque me acuerdo de papá y mamá. Y de la abuela Gloria. Y de la tía Paulina. Me acuerdo de las tardes de verano que pasábamos en su casa del pueblo escuchando los seriales de radio. Me acuerdo de mi boda pero no de la tuya. Me acuerdo de cuando nacieron mis hijos y de cuando dieron sus primeros pasos. Me acuerdo de muchas cosas que he imaginado, e incluso soñado, y de muchos textos que he leído y de muchas películas que he visto.

Hace una pausa.

—Sin embargo —añade, como si eso fuera lo más curioso de todo—, no recuerdo el contenido de ninguno de mis libros.

Alicia no se atreve a responder nada, quizá porque intuye que la enumeración no ha terminado.

—Como seguro que te lo estás preguntando —continúa Celia—, te confieso que recuerdo perfectamente lo que pasó al final de aquellas navidades.

—Celia.

—No vayas a disculparte ahora, te lo pido por favor.

—Iba a decirte que no quería hablar de eso.

Celia levanta las cejas tanto como puede.

—¿Por qué no? —exclama—. Para una cosa que recuerdo...

—No quiero que te enfades.

Las manos de Celia se juntan en su barbilla. Es evidente que Paula ha aleccionado a su tía.

—No estoy enfadada —responde Celia—. Al contrario, me alegro mucho de que hayas venido.

—Hacía muchos años que no nos veíamos.

—No lo digo por eso. Aunque nos hubiéramos visto el día antes de sufrir el ictus no lo recordaría, de la misma manera que no recuerdo a Rosario ni a *Charlie* ni a esa mujer adulta en que se ha convertido mi hija. Simplemente me alegro de verte.

Alicia arruga el entrecejo durante una significativa décima de segundo. No sabe si su hermana está hablando en serio o preparando el terreno para acabar insultándola.

—¿Cómo está Zaragoza? —pregunta Celia.

—¿Zaragoza?

—¿Ya no vives allí?

—Ahí es donde vivo, claro, perdona —Alicia tartamudea—. Todo está bien.

No sabe qué decir.

—Volvemos a tener una línea de tranvía.

Celia enmudece de nuevo durante unos segundos. Está decidida a ir a Zaragoza en cuanto le sea posible, no solo para visitar a su hermana y sus sobrinos, sino porque siente la necesidad de volver a pisar los lugares que recuerda, quién sabe si para no arriesgarse a volver a olvidarlos.

—¿Y el pueblo? —continúa preguntando—. ¿Vas alguna vez por allí?

Alicia niega con un gesto de derrota.

—¿No vas nunca? —insiste Celia—. ¿Ni siquiera de visita?

—No queda nadie a quien visitar —responde Alicia en voz baja—. La tía Paulina murió hace años.

Celia asiente con los ojos cerrados para que su hermana comprenda que el recuerdo todavía le resulta doloroso.

—¿Y la casa? —pregunta.

—Está vacía —contesta Alicia—. La única que va por allí de vez en cuando es la prima Isabel.

Celia respira hondo, como si hubiera satisfecho su curiosidad.

—¿A qué hora te vas? —pregunta.

Alicia consulta su reloj de pulsera.

—Mi tren sale a las ocho —dice.

—Tenemos tiempo suficiente.

—¿Para qué?

—Para estar juntas en silencio.

Antes de marcharse, Alicia ha tenido la oportunidad de saludar a su sobrina nieta. Hacía tiempo que no veía a la niña, aunque no tanto como Celia imagina porque Paula y Alba viajan con frecuencia a Zaragoza para visitar a unos compañeros de Paula que trabajan en el Hospital Clínico. Celia, sin embargo, apenas ha viajado a su ciudad natal, ni siquiera por cuestiones laborales.

—¿Tú sabes algo de las redes sociales?

Celia y Alba se han acomodado en el salón, mientras Paula prepara algo para cenar en la cocina.

—Tengo una cuenta en Tuenti. —La niña saca su teléfono móvil del bolsillo—. Y otra en Google Plus. ¿Quieres abrirte una?

—Sí, pero no sé dónde. Ni cómo.

Celia sostiene su teléfono móvil en una mano.

—La gente de tu edad suele usar Facebook o Twitter —dice Alba—. O las dos a la vez.

Celia le entrega el teléfono. La niña se acerca a su abuela para que pueda seguir paso a paso lo que hace. Lo primero que le propone es crear una nueva cuenta de correo electrónico.

—¿Qué contraseña quieres usar? —pregunta Alba.

—¿Qué contraseña usas tú?

—Yo suelo poner mis iniciales y el año que nací.

—Yo prefiero usar una sola palabra.

—Antes yo usaba el nombre de mi mejor amiga, pero dejé de hacerlo porque el curso pasado cambié tres veces de mejor amiga y era un rollo tener que acordarse de cuál era mi mejor amiga cuando creé la cuenta que estaba usando.

Celia sigue atentamente las palabras de su nieta. Su discurso es como un chorro de agua a punto de escurrirse por un desagüe.

—En ese caso pon Carmen —dice con resolución.

—¿Quién es Carmen?

—Mi mejor amiga.

—No es una contraseña segura.

—¿Por qué no?

—Lo dice el sistema, mira. —La niña señala la pantalla con un dedo—. Las contraseñas seguras son las que combinan letras y números.

—En ese caso pon Carmen1969.

—¿Es el año de su nacimiento?

—Es el año que la conocí.

Paula aparece en el salón secándose las manos en un trapo de cocina.

—Recoge tus cosas, Alba —le pide a la niña—, tenemos que irnos.

—No hace falta que vuelvas luego —dice Celia dirigiéndose a su hija—. Puedo quedarme sola sin problemas.

Paula cruza los brazos y echa el peso del cuerpo en su lado derecho.

—Sé que esta mañana te has mareado y has estado a punto de desmayarte —dice.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tu editor.

—Mi editor es un exagerado —protesta Celia—. Siempre lo ha sido. Solo le gustan las noticias grandilocuentes y tiende a magnificar lo que pasa a su alrededor. Es deformación profesional.

Alba no comprende las palabras de su abuela, pero detecta su tono de ironía y sonríe.

—No estoy para bromas, mamá.

La niña mira a su abuela y se encoge de hombros. Es su manera de decirle que tiene que callarse o su madre se enfadará mucho más. Celia le hace caso. Deja que se marchen con *Charlie*, se tumba en el sofá y pasa la siguiente hora y media a solas,

concentrada en su teléfono móvil.

—He visto tu cuenta en Facebook.

Después de saludarla con el hocico, el perro ha salido a la terraza a beber un poco de agua. Paula ha puesto la mesa y está sirviendo la ensalada de arroz que ha preparado antes.

—Y yo la tuya —responde Paula—. Alba me ha contado que ha estado ayudándote a abrirla.

—Lo que no he visto es ninguna cuenta de Emilio.

—¿Y eso te extraña? —Paula deja sus ojos en blanco—. Emilio odia cualquier tipo de contacto con gente desconocida. Las redes sociales están en las antípodas de sus preferencias.

—Pero es periodista.

—¿Y qué? Tú también lo eres y nunca has querido estar presente en las redes sociales.

Celia se sienta a la mesa observando la ensalada de arroz con una curiosidad ajena al plato.

—He visto un perfil con mi nombre, mi biografía y mis libros —dice.

—Eso es cosa de tu editorial —responde Paula—. Una estrategia comercial para estar en contacto con tus lectores.

Charlie ha entrado en el salón con el hocico completamente empapado.

—He tratado de llamar a Emilio —dice Celia.

Paula también se sienta.

—Tengo su número en los contactos de mi móvil pero no he podido hablar con él.

—Eso es porque hay que marcar el prefijo de Argentina —responde Paula comenzando a cenar.

—He estado rastreando mis llamadas y no he visto ningún número con el prefijo argentino.

Paula corta dos trozos de pan, uno para cada una.

—¿Y qué? —dice.

—¿No he llamado nunca a mi hijo desde el móvil?

—Claro que no. —Paula señala con la vista una esquina del salón—. Lo llamas desde el teléfono fijo. Desde el móvil cuesta una fortuna y no siempre se oye bien.

Celia observa a su hija mientras continúa cenando. No puede evitar la sensación de ser víctima de un engaño, pero no halla una sola fisura en su comportamiento.

—¿Dónde están enterrados mis padres?

Paula la mira con ojos somnolientos, como pidiéndole clemencia a esas horas del día.

—En Zaragoza —responde—. ¿Por qué lo preguntas?

—Esta mañana hemos pasado por el cementerio de La Almudena y me ha

parecido recordar algo.

—¿El qué?

—Unos cipreses eran más altos que otros.

Paula suspira con la misma impaciencia que si se encontrara ante un caso de demencia senil.

—¿Eso es lo que has recordado?

—He recordado haberme dado cuenta de ese detalle en una ocasión anterior.

—Sería durante el entierro de tu amiga Carmen —dice Paula.

Celia no sabe si asentir o no. Es posible que su hija tenga razón, aunque haya dicho lo primero que se le ha pasado por la cabeza.

—¿Cómo está Jose? —le pregunta.

Paula levanta la vista del plato sin mover la cabeza.

—Bien —responde—, como siempre.

—No ha venido a verme —señala Celia.

—Pregunta por ti todos los días. ¿Te acuerdas de él?

—Creo que no.

—Será porque, pese a ser amigo de Emilio, nunca te gustó.

Celia se limpia la boca con la servilleta.

—¿Tu marido es amigo de Emilio?

—Él fue quien nos presentó.

A Celia le gustaría sonreír para celebrar esa coincidencia, pero no lo hace.

—Me da igual que nunca me gustara —dice—. Lo importante es que sea un buen padre para Alba.

—Trabaja mucho y está poco en casa —responde Paula, como quien refleja una realidad que le disgusta.

—¿A qué se dedica?

—Es ingeniero.

—¿Os lleváis bien?

Paula no responde. No está acostumbrada a hablar a solas con su madre, mucho menos con ese nivel de intimidad doméstica.

—No tienes por qué preocuparte. Estamos bien —dice cambiando de tema—. ¿De qué has estado hablando con la tía Alicia?

—De mí.

Paula deja los cubiertos sobre la mesa y mira a su madre.

—Me ha contado muchas cosas, unas que recordaba y otras que no —dice Celia sin ninguna intención de entrar en detalles.

—No es eso lo que te conviene.

Celia está a punto de repetir las palabras de su hija con la voz nasal, como una burla, pero se contiene a tiempo. No quiere parecer una niña. Termina de cenar y se dirige a su estudio seguida de *Charlie*. Tiene prisa por probar unas cuantas palabras en su ordenador, todas ellas anotadas mentalmente durante la tarde, mientras hablaba

con su hermana.

Como cada noche, Paula aparece en el vano de la puerta un rato después, aunque esta vez no es para desearle buenas noches sino para ofrecerle el teléfono.

—Es Emilio —le dice.

Vidas separadas

Celia ha estado hablando con Emilio durante quince minutos. Ha sido una conversación banal, llena de lugares comunes y temas recurrentes, pero ha servido para calmar su inquietud. Sabe que Paula le oculta algo pero empieza a pensar que puede tratarse de un asunto sin importancia, una tontería. Algo igualmente banal. Luego ha seguido probando contraseñas durante más de una hora. En total habrá tecleado unas cincuenta nuevas palabras en el ordenador.

Más allá de la medianoche se ha metido en la cama con un libro. No es un libro de lectura, es de consulta. Lo ha estado hojeando un buen rato. Después se ha tomado sus pastillas, ha apagado la luz y ha cerrado los ojos con la esperanza de volver a soñar con el hombre del tatuaje en el brazo.

Rosario le ha preparado unas tortas de harina de maíz para desayunar. Celia ha extendido sobre ellas una fina capa de mermelada de fresa, todo acompañado por un tazón de café con leche.

—¿Tú conoces a mi esposo? —le pregunta a Rosario mientras se lo toma.

Esta niega con la cabeza pero no se vuelve hacia ella. Ha cortado unos calabacines y está pelando unas patatas para hacer puré.

—Era un hombre muy guapo.

Entonces sí, Rosario la mira un segundo.

—Lo digo en pasado porque no recuerdo cómo es ahora —matiza Celia—. Por eso te preguntaba.

—Nunca lo vi en persona —responde Rosario—, pero una vez la señora Paula me enseñó una foto suya.

—¿Cuándo?

—Cuando le comenté lo poco que se parecen ustedes dos.

Celia acoda el brazo en la mesa y apoya la mejilla sobre la palma de la mano.

—¿Te pareció guapo? —pregunta.

—Mucho, sí.

—¿Estaba calvo?

—No sé. Tenía el pelo rapado al cero.

Celia asiente y señala a Rosario con un dedo.

—Si se ha rapado el pelo es porque se ha quedado calvo —dice sonriendo—. Lo conozco muy bien. Es muy presumido.

Rosario termina con las patatas y se deshace de las peladuras.

—¿Cómo era tu esposo? —le pregunta Celia.

—No tan guapo, desde luego —contesta Rosario—. Ni tan alto.

—¿Cuánto tiempo estuviste casada?

—Cinco años.

—¿Y qué pasó?

Rosario ha llenado una cazuela de agua y la ha puesto sobre el fuego sin responder de ninguna manera, ni siquiera con un gesto.

—Perdona —dice Celia en un susurro—. No quería molestarte.

—No es molestia. Es solo que no estoy acostumbrada a hablar de mis cosas.

Celia inspira el aire de la cocina y luego suspira. Sabe que se ha convertido en una preguntona sin escrúpulos, inoportuna y quién sabe si latosa, pero no puede evitarlo. Tiene un enorme vacío que llenar.

—Supongo que nunca te había preguntado algo así —dice—, ¿no?

Rosario chasquea la lengua dos veces.

—No puedo tener hijos —responde en voz baja.

Celia se termina el café y se levanta para dejar la taza en el fregadero. Eso le permite situarse junto a su asistente.

—Esa no es razón para separarse —dice.

—Mi esposo no quería una mujer —explica Rosario—, sino una familia.

Celia no sabe qué decir. Ni siquiera sabe si debe decir algo.

—Cuando descubrió que no iba a darle descendencia, desapareció.

—¿No has vuelto a verle?

—Solo sé que se marchó a México y se casó con otra mujer. Me lo contó un amigo suyo que me trajo unos papeles para firmar.

Celia se descubre buscando algo para tomar notas. La historia de Rosario ha despertado su olfato periodístico.

—¿Por eso viniste a España?

—Vine para acompañar a mis sobrinos.

A Rosario le cuesta hablar pero no quiere mostrarse descortés, tal vez porque en el fondo se siente halagada por el interés de su señorita.

—Mi hermana llevaba ya un año trabajando en Madrid y había hecho todos los trámites necesarios para que los niños se reunieran con ella —añade—. Yo los había estado cuidando en Coatepeque y decidí acompañarlos.

—¿Como si fueran unas vacaciones?

—Eso mismo.

—¿Y por qué no regresaste después?

—Encontré un trabajo bien pagado en Madrid que me permitía enviar dinero a mis hermanos e incluso ahorrar un poco para el futuro.

Mientras habla, Rosario ha puesto las patatas y los calabacines en el agua hirviendo con un puñado de sal.

—No fue una decisión difícil —concluye tapando la olla.

—¿Qué trabajo era ese? —pregunta Celia.

—Fui asistente interna en una casa grandota que estaba a las afueras de la ciudad.

—¿Y en Coatepeque a qué te dedicabas?

—Era peluquera. Aprendí el oficio cortándoles el pelo a mis hermanos.

Celia trata de ponerse en la piel de Rosario. Quiere saber qué habría hecho ella en su lugar pero le faltan datos.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta.

—Cuarenta y uno, aunque aparento alguno más porque no me tiño las canas.

Rosario se toca la raya que separa su cabello en dos mitades simétricas unidas por una coleta.

—¿Qué tienes que hacer hoy? —vuelve a preguntar Celia.

—¿Dónde?

—Aquí, en casa.

Rosario piensa un momento.

—Además de limpiar el salón y hacer la comida —dice—, la señora Paula me ha pedido que cambie las sábanas de su cama y haga una colada.

—Yo te ayudo.

Rosario la mira con la suspicacia de quien escucha algo por primera vez. Celia no tiene ganas de salir a la terraza. Su cuerpo necesita una dosis extra de actividad.

—¿Qué sábanas quiere que pongamos?

La asistenta se ha subido a un taburete que hay en el vestidor y está rebuscando en el altillo, donde se apilan unas grandes cajas de plástico.

—Las primeras que cojas.

Celia no recuerda cómo son sus juegos de cama ni si tiene preferencia por alguno de ellos. Mientras la ayuda a hacer la cama, se da cuenta de lo mucho que se parece Rosario a su tía Paulina.

—¿Por qué?

Se lo ha contado.

—La tía Paulina era bajita y muy hacendosa, como tú —dice Celia, satisfecha de poder recordar algo—. Siempre estaba haciendo cosas en casa. Lavaba a mano, cocinaba, cosía y hacía ganchillo. Yo la ayudaba muchas veces a hacer las camas. Llevaba el pelo recogido en una coleta, tenía los pómulos pronunciados y siempre encendidos, como si fuera maquillada. Estaba soltera y aparentaba más o menos tu edad, al menos cuando yo la recuerdo.

Rosario sonrío sin mirar a su señorita, como hacen los tímidos. Celia la observa en silencio. La tía Paulina también sonreía así.

—¿Era una hermana de su madre?

—De mi abuela —responde Celia.

—¿Vivía en Zaragoza?

—Vivía en el pueblo. No le gustaban las ciudades.

—¿Y no se casó?

—Estuvo prometida pero su novio murió en la guerra.

Celia se queda inmóvil. Nunca había pensado en lo doloroso que tuvo que ser

para su tía Paulina guardar luto por un hombre al que probablemente llegó a olvidar.

—Eran otros tiempos —dice Rosario, comprendiendo la situación.

En Guatemala también hubo una guerra civil. Celia lo recuerda muy bien, pero no continúan hablando. Rosario ha salido del dormitorio para terminar sus tareas domésticas. Pasa el aspirador por la alfombra del salón mientras Celia limpia el polvo y abrillanta el cristal de la mesita que hay entre los sofás.

—Solo me queda batir el puré —anuncia Rosario.

—Luego quiero que me peines —dice Celia mirando su reflejo en la mesita—, que me tiñas, me peines y me maquilles.

Rosario la mira con incredulidad.

—He quedado a comer con mi ex —explica Celia.

—¿Y el puré?

—Lo tomaremos para cenar.

—¿Y el tinte?

—Prefiero el puré.

Celia está de buen humor.

—No puedo teñirla sin tinte —dice Rosario.

—Tendrás que bajar a comprarlo.

Según han convenido, Fran está sentado a la sombra de uno de los árboles de la plaza de Santa Bárbara, tomando una cerveza. Celia camina hacia allí apretando la correa de *Charlie*, como si en realidad se apoyara en ella. Aunque sabe que lo ha hecho muchas veces, tiene la sensación de que es la primera vez que sale de casa con su perro.

Fran se levanta sonriendo en cuanto la ve.

—¿Cómo me encuentras? —pregunta ella.

Fran ha acariciado a *Charlie* y ha corrido una de las sillas para que Celia pueda sentarse.

—Muy favorecida con tu nuevo peinado —responde.

—He cambiado de peluquera.

Él levanta una mano para llamar al camarero.

—¿Cómo me encuentras tú a mí? —dice.

—Estás guapo —responde Celia—. Completamente calvo pero atractivo. Te pareces a Bruce Willis.

—Hace unos cuantos años que me rapo el pelo, desde que comenzó a brillarme el cuero cabelludo.

El camarero se ha acercado a la mesa.

—¿Qué quieres comer? —pregunta Fran.

—Un pescado a la plancha con guarnición de ensalada.

Fran se ha puesto unas gafas para echar un vistazo a la carta.

—¿Estás a régimen? —pregunta mirándola por encima de las gafas.

—Son cosas de tu hija Paula.

—En ese caso, tomaré lo mismo. ¿Bebes vino?

Celia guiña un ojo en señal de duda.

—Prefiero agua muy fría —dice afirmando.

Fran pide otra cerveza.

—Así que me recordabas con pelo —dice mirando a Celia cuando el camarero desaparece.

—Y más moreno.

—Ahora tomo menos el sol.

—¿Cómo es eso?

Fran suspira y mira hacia la copa del árbol.

—El tiempo va dejando su huella en nosotros —dice—. Me han quitado ya dos carcinomas. No eran muy grandes ni se han extendido a ninguna parte, pero pueden considerarse un aviso.

—O al menos eso es lo que te ha dicho Paula.

—Algo así. —Fran vuelve a sonreír—. La cuestión es que ya no somos jóvenes.

El camarero vuelve a aparecer con una jarra de cerveza y una botella de agua mineral. Celia pide un plato de plástico para compartirla con su perro.

—No lo somos —dice asintiendo—. Te confieso que cada mañana tengo que mover los dedos de los pies para asegurarme de que no me he quedado parálítica.

—No se lo digas a Paula.

—Descuida.

El camarero ha traído el plato de plástico.

—¿Qué es lo que recuerdas? —pregunta Fran después de haberlo llenado de agua.

—Aún no lo sé con seguridad —dice Celia con una franqueza que le resulta cada vez más cómoda—. Tengo enormes lagunas y solo dos cosas claras.

—Dime.

—Recuerdo mi infancia mejor que antes de sufrir el ictus.

Fran levanta una ceja y ciñe la otra sobre la nariz. Se está preguntando cómo puede hablar así quien ha perdido parte de sus recuerdos y no sabe lo que recordaba antes del ictus.

—Pero he olvidado prácticamente por completo los últimos años de mi vida —añade Celia.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé. Desde que aún no te rapabas la cabeza.

Fran bebe un sorbo de cerveza.

—¿Y qué va a pasar con esas lagunas? —pregunta—. ¿Qué te dicen los médicos?

—Nadie lo sabe. —Celia se toca la cabeza con un dedo—. Los recuerdos están aquí dentro y se supone que puedo recuperarlos, pero hay un problema.

—¿Cuál?

—Que no sé si quiero.

El camarero aparece de nuevo con una cesta de panecillos que deposita en un extremo de la mesa. Celia coge inmediatamente uno y lo parte en dos.

—No sé por qué —dice dando un mordisco a una de las mitades—. Simplemente me siento bien tal como estoy y tengo miedo de que ciertos recuerdos me agrien el presente.

—¿Qué crees que puede haberte pasado?

—Dímelo tú.

Fran se remueve en la silla mientras asiente con la cabeza.

—Paula me ha prevenido contra esto —dice con la voz grave.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no puedes recuperar la memoria de tantos años en una sola semana.

—¿Por qué no?

—Porque podría agriarte el presente.

El camarero trae dos grandes platos con sendos lenguados acompañados de hojas de lechuga, rúcula y canónigos.

—No me refiero a que haya pasado nada en concreto —añade Fran cuando el camarero acude a la llamada de otra mesa—. Es simplemente una cuestión de capacidad emocional.

Celia empieza a comer diseccionando la carne del pescado con un cuidado innecesario, como si de pronto necesitara un pasatiempo para distraerse. No quiere discutir con Fran, menos aún después de saber que ha sido aleccionado por Paula.

—¿Has visto a Emilio recientemente? —pregunta.

—Te recuerdo que vive en Argentina.

Celia encoge los hombros significativamente.

—Eres una persona audaz y viajera —dice señalándolo con el tenedor—. Podrías haber ido a visitarlo.

—Pues no lo he hecho.

—¿Tienes una foto suya? —pregunta Celia.

—¿De Emilio?

Fran saca su teléfono móvil del bolsillo.

—No sé —dice dudando—, creo que no. ¿Para qué la quieres?

—Quiero verlo. Lo recuerdo como un jovencito con el pelo corto y un flequillo enorme y quiero ver en qué clase de adulto se ha convertido.

—Seguro que Paula tiene alguna foto suya.

Celia afirma sin palabras. Paula tiene todas sus fotos.

—Descríbelo.

—Se parece a ti —comienza a decir Fran—. Tiene tus ojos hundidos y tu frente ancha. Ya no lleva flequillo. Está delgado y sigue tan despistado como siempre.

—Hablé con él anoche.

—Me alegro.

—Y también estuve con Alicia.

Fran se termina la cerveza y levanta la mano derecha para pedir otra.

—Creía que no te hablabas con ella —dice.

—Digamos que la he perdonado —responde Celia.

El camarero retira los platos y, junto con la cerveza, trae la carta de los postres.

—Veo que recuerdas lo que pasó —dice Fran.

—Fue como una liberación.

—Quizá por eso lo recuerdas.

Fran mira la carta de los postres sin prestarle mucha atención.

—Tomaré el helado de coco con chocolate caliente y un café con hielo —dice.

—Yo prefiero la piña natural.

—¿Por qué crees que fue una liberación?

—Porque hacía años que no éramos una verdadera pareja, Fran. Cada uno nos dedicábamos a nuestro trabajo, nuestras aficiones y nuestras amistades. Hacíamos vidas separadas y solo estábamos unidos por Paula y Emilio.

—La mayoría de las parejas que conozco son así.

—Con la diferencia de que el marido no fornicaba con su cuñada.

Fran toma aire para elevar una protesta pero Celia se lo impide.

—No pasa nada —dice tranquilizándolo—. En el fondo me alegro de haberos descubierto.

El camarero vuelve con los postres. Fran se toma el helado en silencio, concentrado en el contraste de sabores y temperaturas, incapaz de volver al presente. Luego mira a Celia con ojos traviosos, como si fuera a ofrecerle una de sus sarcásticas y atractivas sonrisas, pero algo se cruza en su mente y le obliga a bajar la vista al suelo.

—Ha sido una comida muy agradable —dice—. ¿Quieres algo más?

Celia asiente mostrando la uve de la victoria con su mano derecha.

—Dos cosas —dice después de carraspear—. Quiero que hagas memoria y me digas si hay alguna palabra especial que te venga a la mente cuando piensas en mí y en los años que pasamos juntos.

Fran frunce el ceño sin comprender. Paula no se lo ha contado todo.

—No creas que me he vuelto una excéntrica —añade Celia—, al menos no más de lo que probablemente ya era. Solo haz lo que te pido, por favor. Necesito encontrar una palabra.

—¿Para qué?

—Para recordar quién demonios soy.

Fran asiente y pide la cuenta chasqueando los dedos. *Charlie* levanta la cabeza desde el suelo.

—¿Y la segunda cosa? —pregunta Fran.

—Recuérdame dónde vive nuestra hija.

Celia vuelve a casa y duerme una apacible siesta en su cama, mientras *Charlie* la espera en el pasillo, dormitando junto a la puerta de la habitación. Se han convertido en una pareja inseparable. Incluso a veces respiran al unísono, como si se complementaran de alguna manera. Si siguen así, pronto no podrán dormir el uno sin el otro.

Paula está en la cocina preparando una tortilla de patatas.

—Qué bien huele —exclama Celia acercándose por el pasillo.

—¿Os he despertado?

Paula habla en plural para no excluir a *Charlie*.

—¿Qué haces cocinando a estas horas?

—La cena —responde Paula.

Celia señala el reloj de la cocina.

—Son las cinco menos cuarto de la tarde —dice.

—Así se queda hecha antes de que vaya a buscar a Alba al colegio. La llevaré a casa, haré unas compras y luego volveré por aquí, ¿de acuerdo?

—No hace falta que vuelvas —dice Celia—. Ya es hora de que te quedes en casa con tu marido y tu hija.

—¿Cómo te ha ido con papá?

—No cambies de conversación.

Paula deja de cocinar un momento y se vuelve hacia su madre.

—Está bien, como quieras —dice con resignación—. La semana que viene te dejo sola.

—¿La semana que viene?

—Después de tu siguiente cita con el neurólogo.

Celia busca la complicidad de *Charlie*.

—No se puede discutir con ella —parece decirle refiriéndose a Paula—. Y además no me voy a quedar sola sino contigo.

Paula les lanza una mirada de fugaz desconfianza. Sabe que están hablando de ella sin pronunciar una sola palabra.

—Tu padre está bastante bien —dice Celia—. Ha perdido el pelo, ha ganado unos kilos y no transmite la misma energía que antes, pero no lo he encontrado mal.

—¿Te ha ayudado con la contraseña?

—Le he pedido que piense en alguna palabra que me identifique. Cualquier cosa que le venga a la mente y tenga relación conmigo. Tú podrías hacer lo mismo.

—¿Por eso estás leyendo un diccionario? —pregunta Paula.

—¿Cómo sabes que estoy leyendo un diccionario?

—Lo he visto en tu mesilla.

—Si mi contraseña es una palabra, tiene que estar en un diccionario, ¿no?

Paula se limpia las manos con un trapo de cocina.

—¿No sería mejor dejar que un informático desbloquee los ficheros? —pregunta.

Celia mira al techo, luego al suelo y finalmente suspira emitiendo un lamento. No quiere enfadarse.

—Cuando hables con él —comienza a decir—, dile a Tobias que puede tratar mis asuntos directamente conmigo. Solo he perdido la memoria, no el juicio.

Sin esperar ninguna respuesta, va en busca de su diccionario y pasa más de una hora en la terraza revisándolo, con la misma actitud silenciosa y concentrada que adoptaría en una biblioteca al aire libre. De vez en cuando pronuncia una palabra determinada para que *Charlie* pueda oírla, como si el perro fuera capaz de reconocerla.

—Contraproducente —acaba de decir.

Y también cordura, cornucopia, cortafuego, cortesía, corza, cosquillas, cosmopolita, cosmos y otras palabras aledañas que han llamado su atención aun sabiendo que ninguna de ellas es su contraseña. Quizá debería centrarse en los nombres propios y lo que necesita no es un diccionario sino una enciclopedia de varios tomos de longitud.

No tarda en dejar el diccionario a un lado. Se ha cansado del juego. Hace rato que Paula se ha ido a buscar a Alba y a esas horas debe de estar haciendo las compras que ha anunciado. Se levanta seguida de *Charlie*. Pese a las prohibiciones de su hija ha decidido dar una vuelta con él. Al fin y al cabo ya han salido por la mañana, cuando han ido hasta la plaza de Santa Bárbara para comer con Fran.

Doblan la primera esquina y caminan en dirección a Sagasta. Celia contiene el aliento por la emoción, como una niña intrépida que se ha escapado de casa para vivir una aventura. *Charlie* está algo confundido, quizá porque no sigue el camino habitual de sus paseos diarios.

Continúan por Carranza hasta San Bernardo. *Charlie* mira de vez en cuando a su dueña para asegurarse de que sigue ahí, detrás de él, agarrada a su correa. No sabe adónde se dirigen y está empezando a cansarse de caminar sin rumbo. Poco después se detienen frente a un portal de aluminio y cristal. Toman un pequeño ascensor que les conduce hasta el cuarto piso y llaman al timbre de la puerta que hay a la derecha.

Unos pasos preceden al chirriar de las bisagras.

—¿Qué haces tú aquí?

Una foto de los tres juntos

—Estoy cuidando de la pequeña Alba.

La niña aparece detrás de Rosario.

—¡Abuela! —exclama sorprendida—. Qué bien que has venido. Y además has traído a *Charlie*.

—¿No está tu madre?

—Ha salido a hacer unas compras.

—Toma. —Celia le da la correa a la niña—. Llévate a *Charlie* a la cocina y dale un poco de agua.

—¿No habrán venido caminando desde su casa? —pregunta Rosario alarmada.

Celia no le hace caso. Está inspeccionando el lugar para averiguar si lo recuerda o no. Es un piso alargado de techos altos y pasillo estrecho con las paredes y las puertas pintadas de blanco. Y también algunos muebles. Parece un hospital. Una televisión encendida reclama su atención desde una salita en la que también hay un sofá y una mesa de despacho con dos sillas, una a cada lado.

—Explícate —le dice a Rosario, que la ha seguido hasta allí.

Esta toma el mando a distancia y apaga la televisión.

—No hay nada que explicar —dice escuetamente—. Estoy cuidando de Alba.

—¿Por qué?

—La señora Paula tenía que salir y la niña es muy pequeña para quedarse sola.

—¿Vienes muy a menudo?

—Todos los días.

Alba entra en la salita. *Charlie* prefiere quedarse en el pasillo, junto a la puerta, como suele hacer.

—¿Dónde está tu padre? —pregunta Celia mirando a su nieta.

—No lo sé.

—¿Cuándo va a volver?

—Tampoco lo sé.

—¿Está de viaje?

Rosario se sienta al lado de su señorita.

—Tranquilícese, se lo ruego —dice mirando de reojo el reloj que hay junto al sofá—. Quítese la chaqueta y démela.

—Estoy muy tranquila y no tengo calor —responde Celia.

—Tienes la cara colorada como un tomate —dice la niña.

—Eso es porque he estado mucho rato andando por la calle.

—¿Quiere un vasito de agua? —insiste Rosario.

—Lo que quiero es saber qué está pasando aquí.

En ese momento *Charlie* se incorpora y ladra dos veces. A los pocos segundos se oye el ruido que hace la cerradura, el chirrido de las bisagras y unos pasos que se aproximan.

—Trae un vaso de agua —dice Paula mirando primero a Rosario y luego a Alba—. Y tú, vete a tu cuarto, cariño.

Toma asiento en el brazo del sofá, al lado de su madre.

—¿Cuándo pensabas contarme que tu marido se ha ido de casa? —pregunta Celia.

—No se ha ido de casa. Tan solo nos hemos dado un tiempo para reflexionar.

Rosario ha dejado una jarra de agua y dos vasos sobre la mesita del sofá.

—¿Cuánto hace que se ha ido?

—Mes y medio. Tú estabas en el hospital.

Celia bebe medio vaso de agua de un trago.

—¿Cómo puedes pasar las noches en mi casa dejando a Alba sola en un momento tan delicado?

—Rosario se queda con ella.

—Ya me lo imagino —Celia baja la voz—, pero no es lo mismo. Yo creía que se quedaba con su padre.

Paula niega cerrando los ojos.

—Esa es una de las razones por las que no te lo he contado —dice muy convencida—. Si lo hubieras sabido, no me habrías permitido quedarme en tu casa.

—¿Cuántas cosas más me has ocultado?

—Mamá, no empieces con tus paranoias.

—Antes de que me diera el ictus tomaba medicamentos.

—Todo el mundo toma medicamentos.

—Y también bebía —añade Celia—. Alex me ha contado que me había pillado varias veces durmiendo la mona en el coche.

Paula rellena el vaso de su madre y se contiene para no tomarle las pulsaciones en la muñeca.

—Precisamente porque bebías más de la cuenta te acabó dando un ictus —dice—. No sé de qué te extrañas.

—No recuerdo haber bebido nunca —se defiende Celia—. Al menos no tanto como para quedarme dormida en el interior de un coche.

—Estabas pasando una mala época. Nada más. Tal vez solo fuera una crisis pasajera.

Los ojos de Celia brillan de sarcasmo.

—¿La crisis de los sesenta? —pregunta.

—¿Por qué no?

Alba ha entrado en la salita con una guitarra española.

—¿Puedo tocarle a la abuela la canción que estoy ensayando? —pregunta a su

madre.

—Claro que sí —responde Celia—. ¿Cuál es?

—«Bajo el mar» de la película *La sirenita*.

La niña ha interpretado esa y tres canciones más, dos pertenecientes a películas de Disney y una última del repertorio clásico que le enseña su profesor de música. Al principio Paula ha creído que la actuación iba a resultar una interrupción inoportuna, y ha estado a punto de enviar a Alba de vuelta a su cuarto, pero enseguida ha cambiado de opinión, tan pronto como ha visto que su madre se arrellanaba en el sofá con una sonrisa de satisfacción en la boca. Rosario se ha sentado junto a la mesa de despacho y ella misma ha terminado relajándose.

Charlie por su parte se ha dormido.

—Me voy a casa —anuncia Celia cuando la actuación termina.

—Déjame acompañarte.

Rosario ha ayudado a Celia a levantarse del sofá.

—Después de tu consulta con el neurólogo te dejaré en paz —añade Paula desde el vano de la puerta—. Te lo prometo.

Celia se cruza de brazos en busca de un poco de paciencia.

—Está bien —dice resoplando.

—Me cambio de ropa y cojo unas cosas. No tardo ni cinco minutos.

Paula se da la vuelta para salir disparada hacia su dormitorio pero Celia se lo impide.

—Rosario es quien vendrá conmigo —dice con la severidad de una madre enfadada—. Tú te quedas aquí con Alba.

La mirada de Paula se dirige al suelo, como si de pronto sus ojos sintieran todo el poder de la gravedad terrestre.

—La niña te necesita a ti, no a Rosario. —Celia señala a su asistenta—. No tiene sentido que se quede con ella mientras tú estás en mi casa cuando se puede hacer al revés.

Paula eleva la mirada lenta y pesadamente.

—Además yo me encuentro muy a gusto con la señorita Rosario —continúa diciendo Celia.

La aludida trata de disimular una sonrisa casi adolescente.

—¿Usted qué opina? —le pregunta Paula.

—Lo mejor para la niña es que esté con su mamá —contesta Rosario, borrando la sonrisa de sus labios.

Paula se aparta de la puerta para que Rosario pueda ir a su habitación a recoger sus cosas.

—Si te sientes mal quiero que me llames inmediatamente —dice encarándose con su madre.

—Lo mismo te digo —responde esta.

Paula se sienta bruscamente en el sofá y se sujeta la frente con las manos. Es la

viva imagen de la derrota. Celia se acerca a ella sin intención de consolarla. No quiere tratarla como a una niña.

—¿Crees que volverá? —le pregunta.

—Ojalá no lo haga.

—¿Tan mal estabais?

—No sé de qué te sorprendes. —Paula no la mira—. Tú también te separaste de papá.

—No me sorprende —replica Celia—. Simplemente no recuerdo si os llevabais bien o mal.

—La mayor parte de las parejas que conozco no se soportan. Lo realmente sorprendente es que haya tantos matrimonios que sigan viviendo juntos.

Paula habla con la misma negatividad que su padre.

—Eso no es ninguna garantía de que se lleven bien —dice Celia.

Y se sienta junto a su hija.

—Lo que no comprendo es por qué me lo has estado ocultando todos estos días —dice.

Paula se encoge de hombros. Ella tampoco lo comprende.

—¿Creías que me iba a subir la tensión o algo así si me enteraba?

—No ha sido solo por ti —responde Paula—. A mí también me habría subido la tensión si te lo hubiera contado.

Celia asiente complacida. Es una buena respuesta.

—¿Cómo has sido capaz de recordar mi dirección? —pregunta Paula.

—Me la ha dado tu padre.

—¿Y para qué has venido exactamente?

—Quiero mis álbumes de fotos.

Un taxi ha dejado a Rosario, Celia y *Charlie* en San Mateo con Mejía Lequerica. El taxista no ha puesto pega a que el perro montase en su coche, seguramente porque Celia no se ha quitado en ningún momento sus gafas de sol y parecía una invidente. Rosario ha dejado sus cosas en la habitación de Paula. Luego se ha dirigido al salón con un álbum de fotos en la mano.

—La señora Paula me ha hecho responsable de sus fotografías —recalca antes de dárselo a Celia—. Le dejaré ver los álbumes tal como ella ha dispuesto, uno cada día y no más de una hora.

—¿No te parece una medida completamente exagerada y absurda? —exclama Celia.

—La señora Paula es médico, señorita.

Celia mira a su asistente con un gesto divertido. Lo ha dicho como si todos los médicos fueran exagerados y absurdos.

—Y yo soy una famosa filósofa popular —acaba respondiendo—, ¿te parece

poco? Mis lectores esperan ansiosamente la salida de mi nuevo libro.

Rosario guarda silencio.

—Pregúntale al señorito Tobias si no me crees.

Ambas se han sentado a la mesa del comedor. Celia abre el álbum y Rosario se levanta con intención de dejarla sola.

—No te vayas, por favor —le pide Celia—. Estoy muerta de miedo.

Rosario mira a *Charlie*.

—Él solo puede defenderme de los peligros del presente —dice Celia.

El álbum contiene fotos de su infancia, desde que nace hasta que se convierte en una joven universitaria. Todas son en blanco y negro, algunas presentan marcas de haber pasado años en otros álbumes, muchas corresponden a celebraciones familiares, banquetes de boda, bautizos, cumpleaños, siempre tomadas a los postres con vasos medio vacíos sobre la mesa, junto a botellas de cristal y tazas de café. Algunas veces es Navidad, otras Semana Santa o verano. Hay fotos de actividades escolares y de excursiones de domingo. El Moncayo en blanco y negro, la nieve de Candanchú, el castillo de Loarre, el monasterio de Piedra.

Celia va señalando con un dedo los lugares y las personas que reconoce. Sus abuelos en la puerta de la casa del pueblo, sus padres en el Seat 850 con el que iban a la playa, su hermana Alicia disfrazada de Robin Hood en carnavales, la tía Paulina bordando a máquina, la tía Merche y el tío Augusto el día de su boda, sus primos recién nacidos y otros muchos parientes que tampoco recordaba antes del ictus.

—Se acuerda de muchísimas cosas —exclama Rosario complacida.

Celia no responde, quizá porque no sabe si recuerda haber vivido los momentos que acaba de repasar o las fotografías en sí mismas. Quizá lo que recuerda es haberlas visto antes, especialmente una que despega del álbum y se guarda en el bolsillo.

—¿Tú tienes fotos de la infancia? —le pregunta a Rosario, tal vez para evitar que le pregunte por qué lo ha hecho.

—Cuando yo era niña solo se tomaban fotografías los días muy pero que muy especiales, así que no tengo más que una del día de mi comunión. Está en Coatepeque, en el dormitorio de mis papás, junto a las fotografías de mis hermanos.

—Vamos a hacernos una foto los tres juntos.

—¿Ahorita?

—¿Por qué no?

—No es una ocasión especial.

—Es más especial de lo que crees —dice Celia levantándose para coger su teléfono móvil—. ¿Tú sabes hacer una autofoto con este trasto?

Rosario repasa la melena de su señorita con un peine. Luego se peina la coleta y hasta cepilla el cuello de *Charlie* con las manos. Finalmente sale a la terraza con una salchicha que ha cogido del frigorífico.

—¿Cómo nos disponemos?

—Tú aquí, a un lado —propone Celia—, con la ciudad al fondo. *Charlie* al otro.

Rosario le da la salchicha a su señorita. Luego prepara el teléfono móvil y estira el brazo. Celia se sujeta a ella pasándole la mano izquierda por los hombros mientras con la derecha reclama la atención de *Charlie*.

—Sonríe.

Sonríen los tres, *Charlie* con la lengua fuera, deseando hincarle el diente a la salchicha que le muestra su dueña.

—Estamos muy bien —dice Celia viendo el resultado—. Voy a enviársela a Alba.

Antes de acostarse Celia introduce nuevas palabras en el ordenador. Algunas proceden del diccionario que sigue consultando, otras del álbum de fotos. Teclea el nombre de sus abuelos, sus tías y sus primos: Antonio, Angelines, Mercedes, también Merche, Augusto, Isabel, Isabelita, Carlos, Carlitos. Ha puesto el nombre de los distintos lugares donde convivió con todos ellos. Y unas cuantas fechas en varios formatos.

—Tengo que hacerle una preguntita.

Rosario se asoma a la puerta de su dormitorio. Lleva un camisón corto y entallado, como un vaporoso vestido de verano. Tiene las rodillas bonitas y unas piernas morenas, todavía tersas. Está mucho más guapa que con esa bata azul que lleva a todas horas.

—¿La molesto?

—De ninguna manera —dice Celia—, pasa y dime.

Rosario se coloca a los pies de la cama.

—¿Por qué me ha llamado antes señorita Rosario? —pregunta.

—Ah, eso. —Celia sonríe—. ¿No es evidente? Lo he hecho por la misma razón que tú me llamas así.

Rosario asiente un par de veces, consciente de haber preguntado una obviedad.

—¿Y su agente? —continúa diciendo—. ¿También está divorciado?

Celia niega sonriendo.

—Yo lo recuerdo soltero —dice—. Supongo que si se hubiera casado, me lo habría dicho.

—¿Cuánto tiempo voy a tener que vivir con usted?

—¿Por qué lo preguntas?

—Quiero saberlo.

Celia se cambia de postura para estirar las piernas.

—No quiero que estés conmigo si no te sientes cómoda —dice dejando las gafas en la mesilla.

—No es eso.

—¿Entonces?

—Mi hermana y yo pagamos el alquiler del piso de Entrevías a medias. Si voy a dormir aquí, mi hermana puede alquilar mi cuarto a otra persona.

—¿Trabajas en alguna otra casa? —pregunta Celia.

—Antes sí, pero desde que usted salió del hospital solo me dedico a su casa y la

de su hija.

—¿Estás contenta con el sueldo que te pagamos?

Rosario asiente con franqueza.

—¿Te importa vivir con un pastor alsaciano de cuarenta kilos?

—Pues claro que no.

Celia frunce el ceño y reflexiona un momento.

—En ese caso, dile a tu hermana que puede alquilar tu habitación.

Rosario asiente y vuelve a su cuarto mientras *Charlie* ocupa su lugar habitual, aunque no se tumba en el suelo con la contundencia de otras noches. Lo hace despacio y mirando a los lados, consciente de que algo ha cambiado en la casa. Celia toma las gafas y la fotografía que ha cogido del álbum de su infancia y se mete en la cama para examinarla a la luz de la mesilla.

Charlie se acerca hasta el dormitorio de Paula, lo olfatea desde la puerta y vuelve a ocupar su sitio, esta vez sí, con intención de dormir. Celia apaga la luz y cierra los ojos. Siente una ligereza en el estómago, como el alivio de saber que ha recuperado parte de su libertad. Es una sensación que recuerda bien. Así es como se sintió la primera noche que pasó en París.

Maletas en la bañera

En cuanto se despierta, antes de abrir los ojos o retirar la sábana de su pecho, Celia mueve los dedos de los pies. Nada parece haber cambiado en la casa y sin embargo hay un olor diferente en el aire. El despertador indica que es algo más tarde de lo normal, lo que le hace pensar que la libertad provoca un sueño más largo y profundo que el cautiverio.

—Estoy haciendo enchiladas —anuncia Rosario después de saludarse con su señorita—. Las serviré para comer con un caldito de gallina.

Celia presiente que no le gustan las sopas pero ignora si ya era así antes o es otro cambio sensorial producido por el ataque.

—Ya he paseado a *Charlie* —continúa diciendo Rosario—, así que puede usted desayunar tranquilamente. ¿O había pensado salir por la mañana?

—Si soluciono un asunto —contesta Celia—, prefiero que salgamos por la tarde.

Rosario asiente con una sonrisa. Le gusta que su señorita la incluya en sus planes.

—Podemos dar una vueltita a la manzana —propone sin dejar de sonreír—. O llegarnos a la plaza Villa de París.

—Vamos a ir a casa de la tía Merche.

—¿La que vimos ayer en las fotos?

—La misma.

—¿Y cuál es el asunto que tiene que solucionar?

—Tengo que conseguir su dirección.

Celia sale a la terraza con su cuaderno de notas, su diccionario y una pluma estilográfica que ha encontrado en su estudio. Se sienta en su sillón y abre el cuaderno. *Charlie* se tumba a su lado con una oreja levantada, pendiente del rasgueo de la pluma sobre el papel. Es un sonido relajante que se mezcla con el olor de la tinta y le produce una deliciosa somnolencia.

—¿Qué está escribiendo?

Rosario ha salido a la terraza con una escoba y un badil para recoger las hojas.

—Nada importante —responde Celia—. Cosas que no quiero olvidar.

—¿Como un diario?

—Ahora mismo estoy describiendo el sueño que he tenido esta noche.

—¿Y por qué no lo hace en la computadora?

Celia levanta la vista del cuaderno.

—¿Para que luego no pueda acceder a lo que he escrito? —dice mostrándole la pluma—. Prefiero escribir con una buena estilográfica. Es más seguro. Creo que siempre me ha gustado hacerlo así, aunque supongo que hacía muchos años que no

tenía una entre las manos.

—Yo siempre la he visto escribir en el teclado de la computadora.

—No me extraña —contesta Celia, afirmando con la cabeza—. Es mil veces más rápido y efectivo.

—Y tiene incorporado un corrector ortográfico.

—¿No me digas?

El teléfono suena en el salón.

—Es la señora Luisa —anuncia Rosario volviendo a salir a la terraza.

Celia queda con su amiga para tomar un café al día siguiente. Aprovechando que tiene el teléfono en la mano, llama a su hermana Alicia y consigue la dirección de la tía Merche. Luego continúa escribiendo con su estilográfica y la palma de su mano se tiñe de color azul.

—Tendrá que limpiarse con alcohol antes de comer —dice Rosario, apareciendo con la bandeja que tintinea al andar.

—¿Vamos a comer en la terraza? —pregunta Celia.

—Donde usted quiera.

—Solo has traído cubiertos para mí.

—No quiero molestarla.

—Señorita Rosario —dice Celia, levantándose para ir al baño—, ahora que ya no vives con tu hermana te has convertido en mi compañera de piso, así que te ruego que te comportes como tal.

Comen las dos juntas con *Charlie* a sus pies, mientras escuchan el rumor del tráfico, bajo un sol tibio del que no hace falta resguardarse.

—¿Le gustan las enchiladas?

—Están muy sabrosas —responde Celia—. Hacía tiempo que no comía nada que estuviera en su punto justo de sal. Y te lo agradezco. ¿Le has pedido permiso a mi hija para hacerme una comida así?

—La verdad es que no.

—Bien hecho. No te lo habría dado.

—¿Ha descubierto dónde vive su tía Merche?

Celia niega apretando los labios.

—La tía Merche murió hace años —dice tras un breve suspiro—. Debí haberlo supuesto. Era la hermana mayor de mi madre.

—Podemos ir a otro sitio —propone Rosario.

—No, vamos a ir de todos modos. En casa de mi tía sigue viviendo mi prima Isabel. Me gustaría mucho volver a verla.

—¿Hace tiempo que no se ven ustedes?

—No tengo ni idea, pero no es eso lo que quería decir. Lo que yo quiero volver a ver es la casa.

Rosario no comprende.

—Fue mi primer hogar cuando llegué a Madrid —aclara Celia—. Viví en esa casa

con mis tíos y mis primos durante casi dos años. De no haber sido por ellos mi madre nunca me habría dejado estudiar fuera de casa.

—¿No podía estudiar en Zaragoza?

—No había estudios de periodismo. Podría haber hecho filosofía y letras, como hicieron otras amigas mías, pero no quise.

—No es lo mismo.

—Y además yo quería irme de casa.

—¿Aunque fuera para vivir con otros miembros de la familia?

Celia asiente sin dudar un instante.

—Nunca me llevé muy bien con mi madre —dice—. Era una mujer muy posesiva y no hacía más que controlarme. En eso Paula se parece mucho a ella, para que te hagas una idea. Mi tía Merche era diferente. O al menos a mí me lo parecía. Nunca se metía en mis cosas. Lo único que me exigía era que cumpliera los horarios que les había impuesto a mis primos. Por lo demás, podía ir donde y con quien me diera la gana.

—Comprendo.

—Y estaba en Madrid, Rosario. Imagínate. —Celia abre los brazos y echa la cabeza hacia atrás—. Después de haber vivido bajo las faldas de mi madre durante dieciocho años, por fin estaba en una gran ciudad llena de vida y podía moverme a mi antojo.

—¿Salía con sus primos?

—Al principio salía con mi amiga Carmen, las dos solas. Ella también vivía en casa de unos parientes. Las dos éramos de Zaragoza y nos llevábamos muy bien. Luego empezamos a salir con gente de la escuela. Algunos estaban muy comprometidos políticamente. Era el principio de los años setenta y España entera estaba al rojo vivo, esperando que sucedieran grandes cosas. No sé si sabes a qué me refiero.

—A la muerte del general Franco.

—Y a todo lo que eso suponía.

Rosario deja el tenedor en el aire.

—La historia de un país no debería depender de la muerte de un solo hombre —dice.

Celia inclina la cabeza y alza las cejas.

—Quizá no —contesta—, pero es algo que ha sucedido constantemente a lo largo de la historia. Y todavía sucede. En realidad nada debería depender de la muerte, y al final todo depende de ella.

Rosario guarda un silencio expectante, como si la reflexión de Celia no hubiera terminado.

—¿Dónde vive su prima Isabel?

La reflexión había terminado.

—En Aluche.

—¿Le ha gustado el caldito?

Celia no puede mantener los ojos abiertos. Los recuerdos la agotan de improviso, como si fuera una niña cansada de haber jugado mucho rato y necesitara dormir en brazos de su madre. No tiene más remedio que disculparse y acostarse sobre la cama. Rosario termina de recoger la mesa mientras *Charlie* se come los restos de pollo que han quedado en los platos. Luego pone el lavavajillas, se sienta en el sofá del salón con la televisión encendida y telefonea a su hermana.

—No esperaba tu visita.

A media tarde un taxi ha recogido a Celia en la puerta de su casa y la ha llevado hasta Aluche. La prima Isabel se parece a su madre más que antes, más que nunca. Cuando ha abierto la puerta, Celia ha creído encontrarse delante de su tía Merche.

—¿Sabes lo que me ha pasado?

Se han sentado en un sofá de terciopelo, en un salón que Celia no reconoce.

—Paula me llamó cuando estabas en el hospital —contesta Isabel.

—Me falla la memoria.

—¿A quién no?

—A mí me falla de verdad —insiste Celia, tocándose la frente—. Ni siquiera recordaba la muerte de tu madre. ¿Cuándo sucedió?

—En enero hará ocho años.

—¿Fui al entierro?

Isabel niega con la cabeza una sola vez.

—No te sorprendas —dice muy seria—. Hacía muchos años que no nos veíamos.

Celia acaricia el sofá con la palma de la mano. Echa de menos a *Charlie*.

—¿Ha pasado algo entre nosotras? —dice.

Ha aprendido a preguntar las cosas directamente y sin preámbulos, quién sabe si por culpa de su instinto periodístico o porque se aprovecha de la inmunidad que le proporciona su falta de memoria.

—Nada en especial —contesta Isabel con idéntica franqueza—. Simplemente te hiciste una persona importante, tu nombre se hizo conocido, tu ego creció y te olvidaste por completo de dónde vivíamos.

Celia no quiere defenderse ni discutir de ninguna manera.

—No he olvidado la primera vez que vine a este piso —dice mirando a su alrededor—, aunque está todo muy cambiado.

—Lo reformamos hace años.

—El salón era más pequeño.

Isabel va señalando con el dedo.

—Cuando Carlos se fue de casa —dice—, mis padres decidieron unir su habitación con el antiguo comedor para poder disfrutar de un salón más espacioso. También reformaron la cocina y el baño.

—¿Dónde está Carlos?

—Vive cerca de aquí, en Carabanchel.

—¿A qué se dedica?

—Es contable en una empresa que fabrica plásticos.

—¿Está casado?

Isabel frunce el ceño.

—Tiene dos hijos —dice—, ¿no los recuerdas?

Celia la mira sin decir nada.

—Son ya dos hombres y eres la madrina del mayor —añade Isabel.

—Lo siento, hay cosas que recuerdo perfectamente y en cambio otras...

—Será mejor que te enseñe una foto.

Isabel se levanta, se dirige hacia el pasillo y vuelve con una bandeja en la que hay una botella de agua, dos vasos y su teléfono móvil.

—El pequeño es igual que Carlos —dice Celia observando la pantalla.

—El mayor se parece a mi padre —contesta Isabel.

Celia lleva un buen rato queriendo preguntar por él.

—¿Dónde vive? —dice.

—En una residencia, en Zaragoza —responde Isabel, sirviendo un poco de agua en cada vaso—. No tuvimos otro remedio. Se cayó, se rompió la cadera y no ha podido volver a caminar desde entonces. En la residencia lo asisten para que lleve una vida lo más digna posible.

—¿Por qué no buscasteis una residencia en Madrid?

Isabel lanza un suspiro de impaciencia.

—Pregúntaselo a él, si alguna vez vas a verlo —responde—. No hubo manera de convencerlo para que se quedara aquí. La única condición que puso para acceder a vivir en una residencia fue que estuviera en Zaragoza.

Celia recuerda la determinación de su tío Augusto.

—¿Aún escucha los partidos del Real Zaragoza? —pregunta.

—Cada fin de semana.

—Lo recuerdo ahí sentado —dice Celia, señalando hacia la ventana—. Los domingos por la tarde, con el transistor pegado a la oreja.

—Es su afición favorita —confirma Isabel—: sentarse en su sillón y escuchar la radio. Siempre ha creído que es el mejor medio de comunicación que existe porque permite hacer otras cosas mientras te mantienes informado.

Se queda un momento pensativa y añade:

—Lo curioso es que él nunca hace nada mientras escucha la radio.

—Siempre quiso que me convirtiera en locutora —recuerda Celia—. Me decía que en los programas deportivos no había mujeres y que algún día tendría que haberlas.

—También te decía que te hicieras la mujer del tiempo del telediario, ¿no te acuerdas?

Celia asiente sin aclarar si se acuerda o no.

—¿Vas a verlo a menudo? —pregunta.

—Voy cada quince días, más o menos, pero Alicia lo visita a diario.

Celia no puede ocultar su sorpresa.

—¿Mi hermana?

Lo dice como si conociera a varias Alicias.

—Ella misma se prestó a hacerlo cuando se enteró de que mi padre había elegido vivir en una residencia de Zaragoza. No trabaja y tiene tiempo libre.

—¿Y tú? ¿Trabajas?

—Estoy en el paro.

Celia no recuerda qué fue lo que estudió su prima ni a qué se dedicó.

—Trabajé durante quince años en una inmobiliaria pero cuando llegó la crisis tuvimos que cerrar.

—¿Sigues casada con Félix?

Isabel reprime un gesto de extrañeza.

—¿Te acuerdas de él? —dice.

—Es el primo de Carmen. Te lo presenté yo.

Celia se lleva las manos a las sienes y agacha la cabeza.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta Isabel.

—No es nada —responde Celia, alzando la cabeza y mostrando una entereza física que no puede sostener—, perdona. Es que algunos recuerdos me producen una nostalgia insoportable.

—Es normal. Carmen era tu mejor amiga. Hubo una época en que erais inseparables.

Celia bebe un trago de agua y observa a su prima. Si no fuera porque no recuerda todo el repertorio de sus gestos, diría que está celosa.

—¿En qué año os casasteis Félix y tú?

—En 1973. Éramos muy jóvenes.

—Te recuerdo cuando estabas embarazada.

—Me casé de cuatro meses —dice Isabel.

Y vuelve a activar el móvil.

—Esta es Mercedes.

—Se parece a Paula —dice Celia con la mirada fija en la pantalla.

—¿Llevas alguna foto suya?

Celia está a punto de sacar su teléfono del bolsillo.

—Lo siento, no —dice sin hacerlo.

La única foto que tiene en el móvil es la que se hizo con Rosario y *Charlie* la noche anterior.

—Ya es una cuarentona —confiesa Isabel, señalando el móvil y haciendo una mueca que resulta cómica.

—¿Eres abuela?

Isabel asiente sin abandonar la comicidad, como si no pudiera tomarse en serio la realidad. Busca la foto de su nieto y se la muestra a Celia.

—Se llama Carlos, como su tío.

Un niño posa con un balón de fútbol bajo su pie derecho.

—Yo también tengo una nieta —replica Celia—. Se llama Alba y es la hija de Paula. Emilio no ha tenido descendencia, a menos que alguien me esté ocultando información para darme una sorpresa.

Isabel se levanta del sofá y señala hacia el pasillo con la punta de la barbilla.

—¿Quieres ver la cocina y el baño? —dice.

—Lo que quiero ver es nuestra habitación.

Celia ha quedado con Rosario cerca del portal donde vive Isabel, frente a un parque que antes no existía, en una parada de autobús. La asistenta ha aparecido en un taxi, con una maleta y dos bolsas en el maletero, como si se dispusiera a hacer un largo viaje. En realidad solo ha ido al piso de su hermana a recoger sus cosas. El taxi las ha llevado a casa, donde *Charlie* las esperaba con la ansiedad que provoca el tedio de la tarde, mezclado con la sensación de abandono y las ganas de orinar.

—¿Has visto a tu hermana y tus sobrinos? —pregunta Celia.

Ella y Rosario están cenando en la mesa de la cocina, mientras *Charlie* las mira desde el suelo.

—Solo he visto a mis sobrinos —contesta Rosario—. Mi hermana estaba trabajando.

—¿Ha encontrado ya una inquilina para que ocupe tu habitación?

Rosario asiente mostrando el pulgar de su mano derecha.

—Una chapina recién llegada —dice—, de toda confianza.

Celia termina su ensalada de tomate con atún en escabeche y comienza a pelar una manzana.

—Y a usted —pregunta Rosario—, ¿cómo le ha ido con su prima?

—Casi no la he reconocido —confiesa Celia—. A veces me parecía estar hablando con su madre.

—¿Y la casa?

—Tampoco. La han reformado y no parece la misma. Le falta algo, ruidos, movimiento, olores, vida.

Rosario piensa que eso es justo lo que le sobra a la de su hermana.

—Antes era un piso estrecho y oscuro —añade Celia—, de ventanas pequeñas y puertas que parecían de cartón. Estaba permanentemente lleno de gente. Siempre había familiares rondando por allí, normalmente alguien que venía del pueblo o de Zaragoza porque tenía que presentarse a unas oposiciones, visitar a un médico, hacer unos papeles, verse con alguien, vender algo o comprarlo. Ese piso era la pensión oficial de la familia. Por eso lo recuerdo con colchones y maletas por todas partes:

detrás de las puertas, debajo de las camas, detrás de los sofás. Alguna vez había maletas hasta en la bañera.

Rosario sabe perfectamente lo que es vivir así.

—Comíamos por turnos, primero los chicos, luego los mayores. Veíamos la televisión como si estuviéramos en un anfiteatro, por orden de estatura para no taparnos unos a otros. Muchas veces dormíamos por parejas en camas de ochenta centímetros de ancho. Y no tengo ni la más remota idea de cómo nos las arreglábamos con un solo baño.

—No creo que fuera por orden de estatura —dice Rosario.

Celia no responde. Es consciente de que su asistenta procede de un mundo en el que algunas de las incomodidades que ha citado ni siquiera existen.

—En mi casa nunca tuvimos ese problema.

—¿No teníais baño? —pregunta Celia.

—Lo que no teníamos era televisión.

Han terminado de cenar y dejan los cubiertos sobre la mesa.

—Lo que sí teníamos era una radio —añade Rosario— y la escuchábamos todos juntos por las noches, en silencio, cada uno ocupado en sus quehaceres, unos leyendo, otros arreglándose los zapatos o cosiendo o pelando la verdura para comer al día siguiente.

—¿Tenéis equipo de fútbol en Coatepeque?

—Sí, señorita, el Deportivo. Es un equipo relativamente joven, sin mucha historia, pero ha jugado varias temporadas en la Liga Nacional. ¿Por qué lo pregunta?

—Mi tío Augusto sigue escuchando los partidos del Real Zaragoza por la radio.

—Nosotros también lo hacíamos.

Celia se levanta y comienza a recoger la mesa.

—Esta noche no quiero ver ningún álbum de fotos —dice sin mirar a Rosario—. Ya he tenido bastante ración de recuerdos.

Rosario respira aliviada.

—Como usted diga —dice.

—Estoy muy cansada y necesito acostarme, pero antes quiero que hagas una cosa por mí.

Rosario la mira con el ceño inquieto.

—¿Sabes comprar billetes por Internet? —pregunta Celia.

—Billetes, ¿para qué?

—Para ir a Zaragoza.

Un libro de pintores franceses

Celia cierra los ojos y se deja llevar por el suave traqueteo del asiento. Está cansada porque la noche anterior pasó mucho tiempo mirando la foto que extrajo del álbum y ha dormido menos horas de las necesarias. Era una foto de grupo, tomada hace casi medio siglo, en el pueblo. En ella aparecen su prima Isabel, otras tres chicas y la propia Celia, cinco adolescentes sentadas en el suelo con la espalda apoyada en una tapia.

Estuvo repasando la foto con las yemas de sus dedos, como si quisiera acariciar a las fotografiadas desde el presente para revivir esos años de la existencia en que todo parece cambiar a nuestro alrededor, cuando los que cambiamos somos nosotros, ellas, las cinco chicas de la tapia a las que no recuerda haber visto desde entonces, desde que pasaba las vacaciones en el pueblo.

Es probable que se hayan encontrado en alguna ocasión y no lo recuerde, como no recuerda tantas cosas decisivas de su pasado. Tal vez la invitaron a sus bodas o a los bautizos de sus hijos, si es que los tienen. Quién sabe. Quizá ella misma se olvidó de sus amigas del pueblo, igual que se olvidó de su tío Augusto, su tía Merche y sus primos.

Cuando se despierta está sola. Rosario ha debido de ir al baño. A través de la ventanilla el paisaje se desplaza a una velocidad endemoniada hacia el sudoeste. Es una cortina de campos labrados y caminos apenas distinguibles que hipnotiza su mirada durante unos segundos, trayéndole el recuerdo de un paisaje impresionista de colores pardos y trazos fugaces.

—He traído algo para picar.

Rosario regresa a su asiento con dos latas de agua tónica y una bolsa de frutos secos. Celia vierte el contenido de su lata en un vaso de plástico.

—¿Dónde estamos? —pregunta.

—Casi hemos llegado a Calatayud.

Después de dar un buen trago a su bebida, Celia se vuelve hacia Rosario pero esta no le devuelve la mirada.

—Una de dos —dice con el ceño arrugado—: o he dormido demasiado o este tren va muy rápido.

—¿Ha descansado mal esta noche? —pregunta Rosario.

—Cuando me he despertado, tenía la sábana hecha un torbellino de algodón a los pies de la cama. No sé qué ha pasado.

—¿Ha tenido alguna pesadilla?

Celia dice que no. Hace días que no sueña con nada traumático.

—Entonces habrán sido los nervios por volver a su tierra —conjetura Rosario—. Cuando hace tres años fui a la boda de mi hermana, perdí el apetito y dormí bien poco durante toda la semana anterior. Así que no se apure. En cuanto llegemos se encontrará mejor, ya lo verá.

Celia apoya la cabeza en el respaldo del asiento y vuelve a perder la mirada en la ventanilla. Rosario sabe calmar su desasosiego, aunque no sabría explicar por qué.

—¿Has llamado a Luisa, como te dije?

—La llamé antes de salir de casa, no se preocupe. Le dije que nos veníamos para Zaragoza y que usted la llamaría a la vuelta.

—¿Y a Paula?

—A la señora Paula la he llamado hace unos minutos desde el coche restaurante, mientras hojeaba los periódicos del día.

—¿Qué ha dicho?

—Que le habría gustado acompañarla.

—¿No le ha parecido que estábamos cometiendo un disparate? ¿No ha dicho que podía subirme la tensión y darme otro ataque o algo parecido?

Rosario niega mirando al frente.

—Se ha quedado muy tranquila cuando ha sabido que yo la acompañaba —dice sin ocultar su orgullo—. Temía que se fuera usted sola.

—Supongo que te habrá aleccionado bien —responde Celia—. ¿Quieres tomarme el pulso?

—No es necesario, pero si se encuentra mal tiene que decírmelo.

—¿Le has dicho que vaya a casa a cuidar de *Charlie*?

Rosario asiente dos veces.

—Irás esta tarde con Alba y le darán un buen paseo —dice.

—¿Por qué no te diriges a mí cuando me hablas?

Rosario la mira durante un solo segundo.

—Porque si lo hago, me mareo.

Apenas quedan veinte minutos de viaje. Celia saca del bolso sus gafas, su cuaderno y su estilográfica. Lo hace para anotar varias palabras, igual que si estuviera rellenando un crucigrama invisible. Todas ellas proceden de la conversación que mantuvo con su prima Isabel, así como de los recuerdos que le trajo la fotografía de las chicas y la tapia.

Luego cierra el cuaderno y saca su teléfono móvil.

—¿Qué está haciendo?

Rosario la mira de reojo.

—No te lo había dicho —responde Celia—, pero ahora soy una granjera. Mira.

La pantalla del teléfono muestra una casa de colores rodeada por campos y bosques entre los que discurre un río tan azul como el mar.

—De momento solo tengo un corral de gallinas, una parcela de tierra para cultivar cereales y un pequeño huerto cerca del río para las hortalizas.

Rosario no se sorprende. Sus sobrinos también pasan muchos ratos jugando con sus teléfonos móviles, al menos los dos mayores.

—¿Se lo ha mandado el médico? —pregunta.

—Los médicos no saben nada de juegos —responde Celia con un falso convencimiento—. Se toman la vida demasiado en serio.

Les sobra tiempo para dar una vuelta en taxi por algunas calles céntricas de la ciudad antes de acudir a la residencia. El taxista es quien conduce, pero Celia quien indica por dónde tiene que ir.

—Baje por Corona de Aragón y tome Fernando el Católico —le dice—. Luego suba hasta la Romareda y vuelva por vía Hispanidad.

Le gusta dar ese tipo de órdenes. Recuerda el centro de Zaragoza igual que el de Madrid. En la puerta de la residencia, muy cerca de un centro comercial que no recordaba haber visto nunca, las está esperando su hermana Alicia. Celia la abraza mientras Rosario se encarga de pagar el taxi.

—¿Habéis tenido buen viaje?

—Inaudito —contesta Celia—, como si fuera la primera vez que montase en un tren de alta velocidad.

Rosario se besa igualmente con Alicia.

—Me alegro de verla, señora.

—No me trates de usted, Rosario, te lo pido por favor —responde Alicia—. Y no vuelvas a llamarme señora. Aquí no hablamos como en las telenovelas.

Celia mira hacia la puerta del edificio de hormigón, acero y vidrio que hay detrás de su hermana.

—¿Has entrado ya? —pregunta señalando a su espalda—. ¿Le has dicho que venía a verlo?

Alicia asiente mostrando sus párpados.

—Te está esperando —dice.

Y se dirige hacia las escaleras de entrada mientras Rosario toma del brazo a Celia. Suben a la segunda planta y recorren un pasillo que brilla como si fuera de cristal, hasta que Alicia se detiene ante una de las puertas.

—Tío Augusto.

Celia da unos pasos erráticos por la habitación. Es tan blanca que ofende a los ojos e invita a ponerse las gafas de sol. Cuando llega a la silla de ruedas se agacha para estar a la altura del anciano que se queda todavía unos segundos con la mirada perdida en la luz que entra por la ventana, ajeno a todo. Celia aprovecha para estudiar su rostro y sonrío aliviada.

No le preocupaba que su tío no la reconociese, sino justo al revés. Temía ser ella quien no lo recordara. Sus ojos se han hundido, su pelo ha desaparecido y sus labios se han partido en mil pedazos, pero lo reconoce.

—Hija —dice él volviendo de la luz—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte.

—¿Por qué?

Celia se incorpora y mira a su hermana. Y también a Rosario.

—Quería traerte un regalo —le dice.

—¿Qué regalo?

Rosario saca una prenda de punto de la bolsa que lleva en la mano.

—Hacía mucho tiempo que no me ponía una de estas.

El tío Augusto se ha colgado del cuello la bufanda blanquiazul del Real Zaragoza.

—Me han dicho que aún sigues escuchando los partidos por la radio.

El anciano asiente mientras señala un par de sillas que hay junto a la cama.

Rosario excusa su presencia y sale de la habitación en busca de una máquina para tomarse un café.

—Ya sabrás que el equipo está ahora en segunda división —dice el tío Augusto cuando se queda a solas con sus sobrinas.

Celia asiente para seguirle la corriente. Ignora si lo sabía o no porque nunca le han interesado mucho los deportes.

—Perdió la categoría hace unos años —le informa Alicia—, y aunque siempre es un firme candidato para volver a la primera división, no lo ha conseguido todavía.

—Lo conseguirá pronto —dice el tío Augusto.

—El sonido de las retransmisiones deportivas siempre me ha deprimido —confiesa Celia.

—¿Por qué?

—Supongo que lo identifico con el síndrome del domingo por la tarde.

Celia se toca las mejillas. Le extraña haberse ruborizado.

—Siempre ha sido así —añade—: cuando escucho una ráfaga de pitidos, como si se hubiera marcado un gol en algún campo del país, tengo la sensación de que se ha acabado el fin de semana.

—A mí también me pasa —dice Alicia.

—Sin embargo, me encanta recordar aquellas tardes del pasado —dice Celia sin comprender su propia contradicción—, cuando vivía con vosotros en Aluche y me sentaba a tu lado para escuchar los partidos del Zaragoza.

—Siempre estabas hojeando ese libro de pintura que había en casa —apunta el tío Augusto.

—¿Qué libro?

Celia y Alicia se miran.

—¿No lo recuerdas? —El tío Augusto no puede creer que lo haya olvidado—. Era un libro de pintores franceses. Cuando yo escuchaba los partidos de fútbol, tú te sentabas a mi lado con ese libro. Lo recuerdo muy bien. Me lo regalaron una vez por mi cumpleaños y es posible que todavía esté en casa.

Alicia sigue mirando a su hermana, esta vez con preocupación. Sabe que está

esforzándose por recordar. Y no le conviene hacer ese tipo de esfuerzos.

—¿En qué años era eso? —le pregunta para distraer su atención.

Celia inspira el aire de la habitación mientras va haciendo cálculos.

—En el setenta o el setenta y uno, por ahí más o menos.

—La época de Violeta, Planas y Ocampos —apunta el tío Augusto.

Celia saca el cuaderno de su bolso y toma nota de esos nombres.

—¿Cuál era mi jugador favorito? —pregunta sin dejar de escribir.

El tío Augusto cree que su sobrina le está haciendo una entrevista para su periódico.

—¿Tenías un jugador favorito? —dice rascándose la frente.

—No sé, quizá sí y lo he olvidado.

—Siempre te gustó Nieves, el portero.

—Nieves —repite Celia.

Y lo anota.

—¿Algún otro?

—No, que yo recuerde. ¿Por qué nunca trabajaste en la radio?

El tío Augusto también se acuerda de eso.

—No lo sé —responde Celia, elevando los hombros—. Supongo que no se me presentó la oportunidad.

—Si lo hubieras hecho habrías podido retransmitir los partidos del Zaragoza —dice el anciano—. Antes solo retransmitían el fútbol los hombres, pero desde hace unos años también se escuchan voces femeninas.

—Quizá no tenía la voz adecuada —contesta Celia.

El tío Augusto se da una palmada en las piernas.

—La que tenía una voz preciosa era esa amiga tuya que siempre iba contigo —dice.

—Carmen.

—Carmen, sí, la prima de Félix —el anciano cierra los ojos un momento—, qué chica más guapa. Me recordaba a tu madre cuando era joven.

Celia no es consciente de ese parecido.

—Vuestra madre siempre me pareció una mujer muy atractiva —confiesa el anciano suspirando—. Me gustó desde el primer día que la vi.

—Tío.

Alicia posa una mano sobre su antebrazo.

—No te preocupes, hija. —El anciano sujeta la mano de su sobrina—. Nunca habría dicho algo así delante de vuestra tía. Ahora supongo que puedo hacerlo.

Los tres permanecen en silencio unos segundos, cada uno enredado en algún detalle de la conversación.

—¿Cuándo vas a sacar otro libro? —pregunta el tío Augusto.

Y mira a su sobrina mayor con expectación.

—Pronto —contesta Celia—, tan pronto como solucione un pequeño

contratiempo.

—¿Podemos ayudarte en algo?

—Ya lo estáis haciendo.

El tío Augusto se apoya en los brazos de la silla y desplaza el peso de su cuerpo unos centímetros hacia atrás.

—¿Has estado en casa? —pregunta.

Celia asiente.

—¿Qué te ha parecido?

—Ha quedado un piso estupendo, amplio y luminoso, con una cocina funcional y un baño de mármol precioso. Isabel me lo enseñó el otro día.

—Yo echo de menos como era antes —dice el tío Augusto.

—¿No te gusta cómo ha quedado?

—No sé si me gusta o no. Lo único que sé es que ahora ya no es mi casa. Tu tía Merche fue quien se empeñó en hacer la reforma cuando Carlos se casó. Yo no me opuse porque para entonces ya estaba enferma y no podía negarle nada, pero cada vez que voy por allí, cuando Isabel o Carlos me llevan, echo de menos mi televisión en blanco y negro, mi sillón de escay y mi aparato de radio conectado a la corriente con un transformador.

—Ahora hay más espacio —dice Celia.

—Hay más espacio porque hay menos gente —matiza el anciano—. Y no sabéis lo mucho que echo de menos aquella falta de espacio. Toda mi ropa cabía en una barra y dos estantes del armario que había en mi dormitorio. Guardaba los zapatos debajo de la cama. En la mesa del comedor tenía el sitio justo para mi plato, mi vaso y mis cubiertos. En el baño tenía asignado un cajón del mueble que había al lado del lavabo y en la galería cabían dos sillas, una frente a la otra, donde tu tía y yo salíamos a fumar por las noches.

Celia se acuerda de eso. Su tía Merche no fumaba pero le daba caladas a los cigarrillos de su marido para no perder ese vínculo matrimonial que compartían al final de cada día.

—Ahora tengo un armario enorme para mí solo, con un zapatero gigantesco en la parte inferior, dos barras para colgar mis pantalones y mis camisetas y un montón de estanterías para el resto de mi ropa. Las mesas del comedor son enormes. Muchas veces tomo la comida o la cena con el periódico desplegado junto al plato. Tengo un baño completo para mí solo adaptado a la silla de ruedas y una terraza en la que caben cuatro sillas y una mesa.

El tío Augusto concluye negando con la cabeza.

—Me sobra sitio —dice—. Y además no me dejan fumar en la terraza. Ni de día ni de noche.

Y sonrío con la mitad de la cara, elevando una mejilla y guiñando un ojo, como un niño travieso.

—¿Os acordáis cuando sacábamos las puertas de las bisagras y las colocábamos

sobre dos caballetes para que sirvieran de mesa?

—Eso solo pasaba en Navidad —dice Celia.

El tío Augusto la corrige.

—Y cada vez que había una comida familiar, como por ejemplo el día de la comunión de vuestros primos. Quedaba una mesa tan larga que teníamos que pedirles sillas prestadas a los vecinos.

El anciano mira a su alrededor.

—Ahora el mundo es justo al revés —dice apuntando otra vez la media sonrisa—. Nos sobran sillas y nos faltan invitados.

Alicia también sonríe, pero lo hace dirigiéndose hacia Celia. Quiere contagiarle un poco del buen humor de su tío y acaban riendo a la vez con un brillo de juventud en los labios, como hace años, cuando dormían juntas en la misma habitación y tenían que hacer esfuerzos para contener la risa inoportuna de la medianoche.

—¿Cómo está tu marido?

Al tío Augusto también le falla la memoria.

—Celia ya no está casada —le recuerda Alicia.

—Perdóname. No lo sabía —se excusa el anciano—. Tu marido me caía bien. Le tenía mucho aprecio porque era uno de esos tipos divertidos y llenos de vida capaces de alegrarte el día.

Esta vez Alicia no se atreve a mirar a su hermana.

—Nos vimos hace poco y puedo asegurarte que sigue siendo un hombre muy especial, no te preocupes. —Celia hace un movimiento de indiferencia con la mano—. La que no está tan bien es mi hija Paula.

—¿Qué le pasa?

—Tiene problemas en su matrimonio.

Alicia no muestra ningún signo de sorpresa.

—No recuerdo si tiene hijos —dice el tío Augusto.

—Una niña de ocho años —responde Celia—. Es una criatura extraordinaria, curiosa y llena de sorpresas. El que no ha tenido descendencia es mi hijo Emilio.

El tío Augusto sostiene la mirada de su sobrina sin parpadear ni hacer ningún movimiento.

—Vive en Argentina desde hace un tiempo —añade Celia—. Es periodista, como yo.

La mirada del anciano muestra su desconcierto.

—Perdona. —Celia junta las manos—. No sé si te acuerdas de él. Y no tengo ni idea de la última vez que estuvimos todos juntos.

—Yo tampoco.

Los diez sentidos del cuerpo humano

Al salir de la residencia Celia ha querido dar un paseo por la calle Delicias, en el barrio del mismo nombre, al sudoeste de la ciudad. Un taxi las ha llevado hasta el comienzo de la calle por el extremo de Duquesa Villahermosa.

—¿Te acuerdas de lo que decía nuestro padre sobre lo que le parecía vivir en un piso? —pregunta Celia en cuanto se apea del taxi.

Alicia no se acuerda.

—Un bloque de pisos era como una colmena de abejas. —Extiende el brazo para señalar—. Su sueño era vivir ahí enfrente, en una de las parcelas de la Ciudad Jardín y tener un huerto junto a su casa. Decía que el mayor bien que hay en este mundo es un trozo de tierra con derecho a agua.

Le gusta compartir sus escasos recuerdos con Alicia y Rosario. Actúa como una niña que alardea de su talento delante de los adultos, como Alba cuando toca la guitarra para ella.

—En cambio mi papá siempre soñó con vivir en un bloque de apartamentos —dice Rosario—, pero no en la primera planta ni mucho menos en la última.

—¿Por qué no?

—Estaba harto de las inundaciones y las goteras.

—¿Quieres subir?

Alicia se ha detenido ante un portal estrecho con rejas en los cristales y un número cuarenta y cuatro de color granate puesto encima. Celia se queda mirando los dos cuatros.

—¿Tienes las llaves? —pregunta.

No sabe si quiere subir o no.

—Las llaves están en el buzón —responde Alicia en voz baja—. Y el buzón no cierra bien.

Celia sacude la cabeza como hace *Charlie* cuando se moja.

—¿Por qué no iba a querer subir al piso donde viví toda mi infancia y juventud? —se pregunta en voz alta.

Quizá lo hace para evadir sus dudas.

—Te lo decía porque es un tercero sin ascensor —apunta Alicia—. No sé si lo recuerdas.

—Me ha dado un ictus, no un infarto —responde Celia mirando a su asistenta—. Rosario me ayudará a subir.

—Tenga cuidado.

El interior del portal huele a papel viejo, como si estuvieran entrando en un

archivo o una biblioteca. El piso lo mismo. No es un olor familiar y por tanto no trae ningún recuerdo. Alicia abre las ventanas del salón y uno de los dormitorios para provocar una ventilación cruzada.

—Tu cuarto está al fondo a la izquierda —le recuerda a su hermana.

—Y el tuyo a la derecha.

Celia vivió allí durante más de catorce años, desde que comenzó a ir al parvulario hasta que se marchó a estudiar a Madrid. Igual que el día anterior en Aluche, tiene la sensación de que las proporciones de las estancias han cambiado. La luz no es la misma y faltan voces, ruidos de sillas al correrse, olor a guisado haciéndose a fuego lento, el zumbido del frigorífico, el crujir de las cañerías y el quejido de alguna baldosa suelta al ser pisada.

Entra en su habitación y se dirige a la ventana. Al abrirla se da cuenta de que en el exterior apenas hay ruido urbano. Cuando ella ocupaba esa habitación, la calle Delicias no era peatonal y el ruido del tráfico era un habitante más de la casa.

—¿Este era su dormitorio?

Rosario ha entrado detrás de ella.

—En esa mesa estudié toda la primaria y el bachillerato —dice Celia señalando los muebles—. Ese era el armario de mi ropa. Esta mi cama. Y mi mesilla.

Se sienta en la cama mirando hacia la ventana.

—Ahí enfrente vivía un chico que me gustaba mucho.

Rosario mira por la ventana.

—Justo ahí, en el cuarto piso. Por las noches me ponía el pijama con la luz de la mesilla encendida para que él me viera. Siempre estaba asomado a la ventana, fumando, porque a su madre no le gustaba que su habitación oliera a humo.

—¿Cómo se llamaba?

Celia asiente sin decir nada. Se está preguntando lo mismo desde que ha visto la ventana del cuarto piso.

—No me acuerdo.

—¿Quiere que le pregunte a la señora Alicia?

—Ni se te ocurra. —Celia eleva las cejas de inquietud—. Ya me acordaré.

—¿Fueron novios?

—Qué va. Él era mayor que yo y salía con una rubia muy guapa. A veces, supongo que cuando sus padres no estaban, la llevaba a su casa, se encerraban en su cuarto y apagaban la luz.

—¿Los espiaba usted?

Celia niega con las manos.

—No podía —dice—. Desde aquí no se ve su cuarto. Sin embargo, desde allí sí puede verse este. Por eso me depilaba con la luz encendida y me cambiaba de ropa delante de ese espejo.

—Señorita.

—¿Tú nunca has hecho una cosa así?

—Enfrente del dormitorio de mi casa solo había una cuadra con vacas y gallinas. Celia no se deja interrumpir.

—Me excitaba seducirlo desde la distancia —continúa diciendo—, quizá por eso mismo, porque la calle Delicias se interponía entre los dos y me daba la seguridad necesaria para convertir ese intento de seducción en un simple juego.

—¿Y consiguió seducirlo?

Celia espira violentamente por la nariz. Está casi segura de que es la primera vez que le cuenta a alguien todo eso.

—No digo que no se fijara en mí porque alguna vez lo vi asomado a su ventana con la luz apagada, tratando de pasar inadvertido, pero nunca fuimos más allá de intercambiar un saludo cuando nos veíamos por la calle.

De pronto frunce el ceño sin dejar de mirar por la ventana.

—En su nombre hay una efe —dice.

—Alfredo, Alfonso.

—No.

—Onofre, Francisco.

—Tampoco.

—Rafael.

Celia abre su bolso y saca su cuaderno de notas.

—Rafael, eso es —dice anotándolo—. Muchas gracias, Rosario. ¿A qué hora sale nuestro tren?

—A las dieciocho cincuenta.

—¿Cuánto tardamos en llegar a la estación?

—Está muy cerca de acá.

—En ese caso, voy a acostarme unos minutos.

A Rosario le sorprende la rapidez con que su señorita pasa de la conversación y la actividad a la inacción del sueño. La ve tumbarse en su cama de la infancia sin preocuparse de doblar la colcha ni taparse de ninguna manera. Tan solo se quita los zapatos y deja que el colchón recoja el peso de su cuerpo.

Alicia tiene que marcharse pero prefiere no despertar a su hermana. Da instrucciones a Rosario para que cierre la puerta y vuelva a meter la llave en el buzón.

—¿Cómo la ves? —le pregunta antes de irse.

—No puedo hacer comparaciones —responde Rosario—. Antes casi nunca hablábamos. Cuando yo llegaba a la casa ella estaba a punto de marcharse o ya se había marchado. Así que apenas la conocía. Al único que conozco bien es a *Charlie*. Y no ha cambiado nada.

—Yo la veo muy distinta.

—Está usted ante una persona que no recuerda cómo es y tiene miedo de comportarse de forma natural porque no quiere arriesgarse a ser quien no era.

Alicia asiente. Parece estar de acuerdo. Pese a ello, su gesto es de preocupación.

—Lo peor no es que haya perdido la memoria —dice en voz muy baja—, sino

qué pasará cuando la recupere. Ya me entiendes.

Rosario niega con la cabeza y frunce el ceño.

—No sé a qué se refiere —dice.

Alicia la mira un segundo y da por terminada la conversación.

—Dile adiós de mi parte —contesta marchándose—. Y no perdáis el tren.

Celia se despierta confundida y alarmada. No es por haber dormido en una cama del pasado, sino porque ha vuelto a soñar con las lluvias torrenciales. Siente la necesidad de contárselo a Rosario. La calle Delicias estaba completamente inundada y el agua comenzaba a entrar por su ventana. Lo ha pasado muy mal. Necesitaba salir del piso, quién sabe si por la misma ventana, sin levantarse de la cama, navegando sobre las aguas, pero no podía moverse de ninguna manera, ni siquiera para gritar pidiendo auxilio.

—La conciencia de que estaba soñando era lo que me impedía huir del peligro. Si hubiera estado despierta, no habría tenido miedo. Me habría subido escaleras arriba hacia el tejado o incluso habría saltado al agua desde mi ventana. El problema era que la lluvia me había sorprendido en sueños, dormida, sin poder mover los dedos de los pies.

Rosario no comprende.

—Solo ha sido un mal sueño —dice quitándole importancia con la mano—. ¿Sabe lo que hacía mi papá cuando soñaba con algo malo?

Celia la escucha con atención.

—Escribía el sueño en una hoja de papel con todo lujo de detalles y luego la quemaba. Decía que el fuego es capaz de quemar cualquier cosa, hasta lo que no existe.

—Es una buena idea.

—Le gustaba mucho escribir. Anotaba todo lo que se le ocurría en una libreta, como hace usted.

—Yo lo hago para que no se me olvide —matiza Celia.

—Él también. Decía que la memoria es el sentido más frágil del cuerpo humano y cada noche dedicaba unos minutos a describir cuidadosamente lo que había hecho durante el día. Luego, cuando tenía un rato libre, leía sus libretas del pasado y era capaz de recordarlo todo.

Celia se peina el cabello con las dos manos a la vez.

—La memoria no es un sentido del cuerpo humano —dice.

—Él creía que sí —insiste Rosario—. Decía que el cuerpo humano tiene diez sentidos.

—¿Tantos?

—Los cinco conocidos más el equilibrio, la imaginación, la capacidad de soñar, la memoria y el olvido.

—La memoria y el olvido deberían ser el mismo sentido, ¿no crees?

—Son cosas distintas aunque están interconectadas, más o menos como el olfato

y el gusto.

Celia emite un lamento.

—Ojalá hubiera anotado en un diario todo lo que me iba sucediendo a lo largo de la vida.

—Ya lo hizo, ¿no es cierto? —dice Rosario consultando su reloj de pulsera—. Escribió usted sus artículos y sus libros.

—No es lo mismo. Mis libros no hablan de mí.

—¿De qué hablan?

—De la actualidad.

—Entonces hablan de la actualidad vista por usted.

Celia ha estado sentada en el borde de la cama. Ahora se pone en pie.

—Se está haciendo tarde —dice Rosario.

Y la conversación termina.

—¿Y mi hermana? —pregunta Celia.

—Se ha marchado.

—¿Tenemos tiempo para dar un paseo?

—Podemos ir andando a la estación.

Han recorrido la calle Delicias hasta la avenida de Madrid, donde Celia ha reconocido algunas tiendas y ha estado un buen rato mirando sus escaparates. De pronto le han entrado ganas de llevarle un regalo a su nieta, una prenda de ropa que no pueda comprarse en una cadena de tiendas franquiciadas. Eso las ha entretenido más tiempo del previsto, de modo que han tenido que coger un taxi para no arriesgarse a perder el tren.

—Es usted Celia Ruiz Álvarez, ¿verdad?

Un desconocido se ha detenido en el pasillo del vagón, a la altura de los asientos que ocupan Rosario y Celia. Lleva un libro en la mano.

—Me preguntaba si podría firmarme este libro —continúa diciendo—. Soy un gran admirador suyo.

Celia mira a Rosario como si necesitara algún tipo de permiso para ser ella misma. Coge el libro que le tiende su admirador y lee la portada. Se trata de *Séptimo cielo*.

—¿Le ha gustado? —pregunta antes de abrirlo.

—Mucho, sí, es usted una brillante cirujana de la actualidad. Disecciona los problemas del mundo como si tuviera una intención terapéutica o quirúrgica. Estoy deseando leer su nuevo libro.

Celia no se siente halagada, entre otras cosas porque no sabe a qué problemas del mundo se refiere. Abre el ejemplar sin saber en cuál de las primeras páginas debe estampar su firma. Hay una primera completamente en blanco, otra con el título del libro y el anagrama de la editorial, otra con el título y su nombre. Aun siendo

consciente de que ha debido de hacerlo miles de veces, no recuerda el procedimiento de las firmas.

—Me llamo Toni.

—¿Con y griega o con I latina?

—Con I latina, por favor.

Descarta la primera página del libro y firma en la segunda, la del título y el nombre de la editorial. Vuelve a quedarse pensativa. También ignora qué suele poner en sus dedicatorias. No sabe si es parca o ingeniosa, si hace dibujos o garabatos, de modo que opta por un «Para Toni. Afectuosamente. CRA».

—¿Qué día es hoy, Rosario?

Y añade la fecha.

—Sentí mucho lo que le pasó —dice Toni con el libro otra vez en la mano.

—Muchas gracias —contesta Celia—. Afortunadamente me estoy recuperando bastante bien.

—Le deseo lo mejor —añade él, a punto de marcharse—. Es lo que le corresponde a quien ha pasado ya por lo peor.

—¿Quiere tomar algo?

Rosario se ha levantado de su asiento.

—Se me duermen las piernas —añade frotándose los muslos con ambas manos—. Puedo ir al coche restaurante y traerle algo. O podemos ir las dos, si le apetece levantarse y caminar por el pasillo.

Celia no tiene sed ni apetito. Ni ganas de levantarse. Rosario se aleja en contra del sentido de la marcha, como si pretendiese volver a Zaragoza. Celia se agacha a coger su bolso, saca el teléfono móvil y llama a su nieta.

—Hola, preciosa.

Alba ha aprendido a tocar el vals «Sobre las olas» de Juventino Rosas y quiere que su abuela escuche su versión.

—¿Estás con Rosario? —pregunta la niña.

—Ahora mismo no.

—¿Y con *Charlie*?

—*Charlie* está en casa, nosotras vamos en un tren.

—Entonces no tienes que conectar el manos libres —dice la niña.

—¿Qué es el manos libres?

—Sirve para escuchar el móvil a través de su altavoz.

Celia considera que el nombre del invento sería más apropiado para un colectivo con vocación política. Alba interpreta la pieza con resolución, aunque sin poder evitar algún obstáculo aislado en forma de silencio. A Celia le parece estar escuchando un programa de radio con interferencias.

—Lo has hecho muy bien —aplaude una vez que la guitarra enmudece—. Enhorabuena.

—Te he enviado unos *muffins* —contesta la niña.

—¿Unos qué?

—Unas madalenas, ¿las has recibido?

—He notado que el móvil vibraba varias veces, pero no he podido entrar en mi granja todavía.

La niña chasquea la lengua.

—Te iba a hacer también una tarta de chocolate pero me he quedado sin huevos —dice.

—¿Qué ha pasado con tus gallinas?

—No tengo trigo y no he podido moler el pienso que comen, pero no te preocupes. Ya he sembrado todos mis campos. Si quieres recibir la tarta de chocolate mándame media docena de huevos.

—Ahora mismo.

Cuando Rosario vuelve al asiento con una bolsa de patatas fritas encuentra a su señorita concentrada en su móvil, igual que los pasajeros que hay al otro lado del pasillo, con la diferencia de que Celia les dobla la edad.

—¿Hay algún problema?

—No sabes el trabajo que da esta granja —responde Celia sin mirarla—. Tengo que recoger unos huevos para enviárselos a Alba pero no puedo hacerlo porque mi almacén está completamente lleno y nadie reclama mis productos.

Rosario toma asiento sin atreverse a sonreír. Le inquieta que Celia hable del juego como si fuera un asunto real.

—Tampoco puedo recoger la cosecha de cereal porque no sé qué hacer con el grano.

—¿No tiene un molino?

—Lo tengo, sí, pero está ocupado fabricando pienso para mis vacas. Y no puedo moler nada más hasta dentro de veintidós minutos.

—¿No puede donar lo que le sobra?

Celia mira fijamente la pantalla del móvil.

—Creo que no existe esa opción —dice dudando—. Las materias primas hay que procesarlas, venderlas o guardarlas en el almacén.

—Seguro que hasta en ese jueguito hay algún necesitado —contesta Rosario.

Celia coge una patata frita de la bolsa.

—Dime una cosa, Rosario —comienza a decir.

Por un momento la aludida teme que Celia vaya a hacerle una pregunta incoherente o un comentario fuera de lugar. Puede que el juego la esté trastornando y empiece a confundir lo real y lo virtual.

—¿Tú crees que un ictus cerebral con pérdida parcial de la memoria es lo peor que le puede pasar a un ser humano?

Dos folios por las dos caras

Celia duerme nueve horas seguidas esa noche. *Charlie* no se tumba en la puerta del dormitorio sino al lado de su dueña, en la alfombrilla que hay junto a la cama, dejando claro que no le gusta quedarse solo en casa. Antes de dormirse Celia estuvo mirando dos nuevos álbumes de fotos, los correspondientes a su juventud y a los primeros años de su matrimonio.

Vio a Carmen, a Luisa y a otros compañeros de la Escuela de Periodismo posando en la calle Zurbano de Madrid. Se vio a sí misma con unas gafas de aviador con los cristales de espejo y el pelo teñido de un rubio albino, como se llevaba en aquella época. No parecía ella. Vio a sus hijos cuando eran niños, en pijama, en el carrito, en un coche de pedales, en un caballito de las ferias o actuando en el teatro del colegio. Y a Fran cuando tenía pelo.

El sonido del teléfono los despierta a los dos. Celia mueve los dedos de sus pies al mismo tiempo que deja una mano a la altura del hocico de *Charlie*.

—Buenos días, precioso.

El perro sale de la habitación y se dirige a la cocina. Cualquiera diría que lo hace para avisar a Rosario de que puede ir preparando el desayuno de su dueña.

—El señorito Tobias ha llamado dos veces —anuncia la asistenta cuando Celia se sienta a desayunar—. Dice que no contesta usted al móvil.

—Se me apagó ayer por la noche y se me olvidó ponerlo a cargar —responde Celia.

—Me ha pedido que le diga que quiere hablar con usted.

—Me imagino.

—Y la señora Paula nos espera en el hospital a las doce en punto.

Celia mira a *Charlie* con una mueca de burla. Nunca le ha gustado que le organicen la agenda del día.

—Saldremos de casa a las once y cuarto.

—¿Puedes peinarme? —pregunta Celia.

—No sé si me dará tiempo. Tengo que hacer la comida.

—Comeremos por ahí.

—La señora Paula me ha dicho que le prepare un poco de verdura al vapor y unas rodajas de rape a la plancha.

Celia asiente con falsa energía, como quien toma nota mentalmente de algo muy importante.

—¿Y de postre? —dice muy seria—. ¿No te ha dicho nada del postre?

—No sé.

—No te preocupes. Se lo preguntaremos luego, cuando la veamos en el hospital.

Rosario se vuelve hacia la encimera de la cocina.

—No se burle —dice con brusquedad.

Celia deja la cuchara sobre la mesa. Ha sentido una punzada de dolor en el pecho pero no se asusta. Sabe que no es un síntoma de ningún problema orgánico.

—Perdóname —dice levantándose—. No quería ofenderte.

Rosario se vuelve hacia ella y la mira desconcertada. Celia se pone un dedo entre los labios.

—Iremos a un restaurante especializado en verduras al vapor y rape a la plancha —dice con una sonrisa traviesa—. Seguro que hay alguno en Madrid.

—¿Cómo te encuentras?

El neurólogo la ha recibido con dos besos, como si se tratase de una vieja amiga. Celia evita responderle con la misma pregunta, como hizo en la visita anterior.

—Puedo hablar y moverme, mi perro duerme a los pies de mi cama, Rosario me peina y me maquilla, y por fin alguien me ha comprado unas calabazas y unos pimientos y vuelvo a tener sitio en el granero para recoger el cereal, así que podría decir que bastante bien.

El médico toma unas anotaciones en el ordenador. Sabe que se encuentra ante una paciente singular, algo protestona y excéntrica, una especie de adolescente sexagenaria.

—¿Comes?

—Como una lima.

—¿Duermes?

—Como un tronco.

—¿Te tomas la medicación?

—Como un reloj.

—¿Vas recuperando los recuerdos?

Celia no encuentra ninguna comparación posible.

—No sé qué decirte —dice resoplando—. Los recupero sin darme cuenta, en una décima de segundo, y luego, casi inmediatamente, dudo de si eran de verdad recuerdos olvidados o no.

—Es normal.

—No recuerdo las cosas que olvidé.

El médico asiente y sonrío.

—Podría ser un buen título para uno de tus libros —dice.

—Te recuerdo que mis títulos se construyen con frases hechas que contengan un ordinal.

—La semana que viene quiero que te hagas unos análisis de sangre —dice él ignorando su respuesta—. Luego se lo comento a Paula. Más adelante te haremos un

escáner.

—¿Puedo hacer deporte?

—¿Qué clase de deporte?

—No sé —Celia se palpa el vientre—, algo que me ayude a tonificar los músculos. He perdido muchos kilos y la carne me cuelga como si estuviera tendida con pinzas sobre mi esqueleto.

Ignacio se levanta y rodea la mesa para colocarse a su lado.

—No te conviene hacer ejercicios bruscos —dice—. No todavía, así que lo único que puedo recomendarte es que camines. Puedes hacerlo sobre una cinta automática, es la mejor manera de regular el esfuerzo. Si quieres, hablo con Paula para que te consiga una.

—No te molestes —dice Celia—. Tengo un perro.

No hay nada que responder a eso.

—Nos vemos en diez días —dice el neurólogo levantándose.

—¿Sabes ya la primera palabra que pronuncié cuando desperté del coma?

Ignacio frunce el ceño. O no recordaba la petición de Celia o no pensaba que ella fuera a hacerlo.

—Lo siento, no.

—Me prometiste que se lo preguntaría a las enfermeras.

—Lo olvidé por completo —se disculpa él.

—A ver si el que no toma suficientes verduras vas a ser tú.

Comparten una sonrisa de complicidad.

—Te prometo que lo pregunto para tu próxima visita.

—¿La señora tomará pescado?

El camarero de la plaza de Santa Bárbara ya la reconoce por lo que suele pedir para comer.

—Lo digo porque hoy tenemos un lenguado espectacular, recién traído del mercado. Puedo hacérselo a la plancha, a la sal o aliñado con la salsa que usted quiera.

—Lo siento —contesta Celia apretando los labios—. Hoy tengo que comer unas rodajas de rape a la plancha. Y unas verduras al vapor de primero.

El camarero toma nota.

—¿Brócoli, por ejemplo?

Celia extiende un dedo.

—De momento tráigame una cerveza sin alcohol y unas aceitunas. Estoy esperando a otras personas.

—¿Cuántos serán?

—Tres, pero uno de nosotros viene comido de casa, se sentará en el suelo tranquilamente y solo necesitará un platillo con agua y un poco de sombra.

Rosario y Celia han tomado un taxi en O'Donnell al salir del hospital. Celia se ha dirigido a la plaza mientras Rosario ha ido en busca de *Charlie*.

—Tobias.

Celia decide aprovechar los minutos de espera para llamar a su agente.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta él.

—Me han dicho que me has llamado.

—Quería saber cómo iba todo.

—El médico dice que bien. Acabo de salir de la consulta.

—Me alegro.

—¿Y tú? —pregunta Celia—. ¿Cómo estás?

—Un poco nervioso, para qué te voy a decir otra cosa.

—¿Qué te ocurre? ¿No te alimentas bien?

Tobias carraspea dos veces a modo de protesta.

—Celia —dice seseando—. No sé si lo recuerdas, pero además de tu agente soy tu amigo. ¿Has logrado abrir el manuscrito?

Celia no contesta inmediatamente. Primero da un sorbo a su cerveza.

—Todavía no.

—Envíamelo por correo electrónico —le pide Tobias—. Te aseguro que alguien de toda confianza lo abrirá discretamente.

Celia vuelve a tomarse su tiempo, esta vez mordisqueando una aceituna.

—No puedo hacer eso —dice.

—¿Por qué no?

—Porque tampoco puedo entrar en mi correo electrónico.

Es evidente que Tobias se está conteniendo para no pronunciar, quién sabe si en su lengua materna, un sonoro juramento.

—Pues hazme una copia en un *pen* y paso a recogerlo.

—No sé qué es un *pen*.

El suspiro suena tan fuerte al otro lado del teléfono que parece una interferencia.

—He confeccionado un listado de palabras —dice Tobias entre dientes—. Son cosas que pueden significar algo para ti, bien porque alguna vez las has nombrado o porque aparecen con frecuencia en tus textos.

—¿Has hecho eso por mí?

—Lo he hecho por tus lectores —matiza él—. Te lo voy a enviar de alguna manera, no sé cómo, supongo que por correo ordinario.

—¿No me las puedes dictar?

—Ocupan dos folios por las dos caras.

Celia se lleva la mano a la boca. El celo de su agente le provoca una deliciosa sensación de libertad, como si por primera vez pudiera reírse de sí misma.

—Tengo que dejarte.

Charlie tira de la correa en cuanto ve a su dueña sentada en la plaza. Rosario lo suelta en el último momento, después de haber cruzado la calle.

—Yo ya he pedido —anuncia Celia.

Rosario rechaza la carta que le ofrece el camarero.

—Tomaré lo mismo que ella —dice.

Celia la mira con curiosidad. No sabe si va a comer lo mismo que ella porque quiere alimentarse de una forma saludable o porque es incapaz de tomar sus propias decisiones.

—¿Qué estabas leyendo?

Rosario le devuelve la mirada.

—Cuando he salido de la consulta del neurólogo —especifica Celia—. Te he visto en la sala de espera con un libro entre las manos.

—Es una biografía de Emily Brontë —responde Rosario—. La tomé prestada de su biblioteca, como usted me dijo.

Celia se acaba la cerveza tratando de no desvelar su sorpresa. No esperaba que Rosario mostrara ningún interés por la biografía de una escritora.

—Siento no haber elegido uno de sus libros —añade Rosario, interpretando erróneamente el silencio de la mesa.

—¿Te interesa Emily Brontë?

—Me gustan las biografías de las grandes mujeres.

El camarero trae una bandeja con un plato de plástico, una cesta de mimbre con pan y un plato de brócoli al vapor para cada una. Vierte un poco de agua en el plato y lo deja en el suelo. Celia le sonríe agradecida. Ha llegado en el momento justo para que ella pudiera seguir disimulando su sorpresa.

—¿Lees biografías de grandes mujeres para morirte de envidia? —pregunta soplando sobre un trozo de brócoli que sujeta con el tenedor.

—Las leo para aprender de ellas.

—Antes se leían las vidas de los santos con esa intención edificante.

—Eso es lo que hacía mi papá —contesta Rosario—. Supongo que él también quería aprender.

Celia toma la aceitera que hay sobre la mesa y vierte un chorrito de aceite de oliva sobre el brócoli formando una espiral, casi con pretensiones artísticas, mientras *Charlie* lanza un suspiro desde el suelo y cierra los ojos con intención de dormirse.

—¿Y tú? —dice devolviendo la aceitera a su sitio—. ¿Has leído la vida de alguna santa?

—He leído las de santa Águeda y santa Teresa de Jesús —responde Rosario sin levantar la vista del plato—. Y, por si algún día la beatifican, la de Rigoberta Menchú. Me gusta ser previsora.

Celia ríe la broma preguntándose hasta dónde llegará su credulidad en cuestiones religiosas. No parece una mujer inocente pero sabe que las cuestiones de fe no dependen de las apariencias.

—Le prometo que, en cuanto acabe la biografía de Emily Brontë —dice Rosario una vez que el camarero recoge los platos y trae el rape a la plancha—, voy a leer uno

de sus libros.

—No recuerdo lo que he escrito —confiesa Celia—. Y no pienso leerlo.

—¿Por qué no?

Celia se encoge de hombros. Niega con la cabeza y sigue masticando. Parece que está buscando una respuesta para Rosario pero en realidad solo está dejando pasar el tiempo.

—Su obra literaria es lo que la convierte a usted en una escritora —añade esta, dejando los cubiertos sobre la mesa—. Estoy segura de que sus libros le ayudarían a recuperar la memoria.

—Eso es lo que me preocupa.

El camarero retira los platos y pregunta por los postres. Ninguna de las dos puede comer más, así que piden café con hielo. Y la cuenta.

—¿No quiere recuperar la memoria?

—No lo sé.

Ahora es Rosario quien niega con la cabeza.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De recordar.

El camarero sirve los cafés y dos vasos con cubitos de hielo.

—Hemos ido a saludar a sus compañeros de trabajo —enumera Rosario—, ha quedado usted con su exesposo y con su prima Isabel, hemos visitado en Zaragoza a su tío Augusto. ¿Para qué hemos hecho todo eso si no quiere recordar?

—No me importa recordar el pasado lejano —contesta Celia, dejando caer una mano sobre el lomo de *Charlie*—. Al contrario, me parece un ejercicio constructivo de lo más estimulante. Lo que me da miedo es recordar los años más cercanos, cuando comencé a publicar mis libros.

—¿Es que tiene algún recuerdo de esos años?

—Ninguno.

—¿Entonces?

—Presiento que algo malo me ocurrió. No me mires así, precioso. Estoy bien.

Charlie ha notado que su dueña lo necesitaba. Se ha incorporado con cuidado de no empujarla y está sentado a su lado, dejándose acariciar la cara.

—¿Tú sabes a qué me refiero?

La pregunta coge tan desprevenida a Rosario que está a punto de ruborizarse y dar una falsa impresión.

—Yo solo trabajo en su casa desde hace tres años, señorita —dice muy seria—. Y le aseguro que en ese tiempo no ha sucedido nada malo.

—Fue antes.

—¿Cuándo?

—A principios de los 2000. Dejé de escribir mis artículos en el suplemento del

periódico y hasta tres años después no volví a publicar nada.

Rosario mira a derecha e izquierda, como si necesitara una presencia humana ajena a la mesa para resultar convincente.

—Eso no demuestra nada —dice—. Pudo tomarse un tiempo para escribir.

—Mi primer libro estaba compuesto por los artículos que publicaba en el suplemento. No era material nuevo.

—¿Y si se tomó un tiempo de descanso? —Piensa en voz alta Rosario.

—¿Tres años?

—¿Y si hizo algún viaje?

Celia muestra las palmas de sus manos y las mueve en señal de despedida. No quiere que Rosario siga haciendo conjeturas inútiles.

—Solo quería estar segura de si me ocultabas algo —dice Celia—. O, mejor dicho, de si la señora Paula te había prohibido que me contaras lo que pasó.

El jardín de Monet

—No te esperaba tan pronto —dice Isabel—, pero estaba segura de que volverías por aquí.

Después de dormir la siesta, Celia se ha duchado con la ayuda de Rosario, se ha dejado peinar y maquillar, ha pasado unos minutos con *Charlie* en la terraza mirando las nubes del cielo, que le han parecido una manada de animales salvajes, quizá búfalos pastando en una llanura invisible, y finalmente ha cogido un taxi hasta Aluche en compañía de su asistente.

—Esta es Rosario.

Isabel y Rosario se besan juntando sus mejillas.

—Hemos ido a visitar a tu padre —dice Celia.

—Lo sé —contesta su prima asintiendo—. Y si me lo hubieras dicho, habría ido con vosotras.

—Fue una decisión imprevista.

—¿Cómo lo encontraste?

Celia medita su respuesta.

—Envidia su buena memoria —dice.

—No creas, hay veces que no se acuerda ni de lo que comió el día anterior.

—Pero recuerda las cosas importantes de su vida.

Isabel comprende lo que eso significa para su prima y no replica. Lo que hace es excusarse un momento para traer algo de beber. Rosario aprovecha para mirar a su alrededor.

—¿Aquí es donde residió usted cuando vino a Madrid?

Celia persigue la mirada de Rosario hasta el principio del pasillo.

—Mi cuarto era la segunda puerta a la derecha, ¿la ves? —dice señalando con un dedo—. Enfrente está el baño y la cocina se encuentra ahí mismo, junto a la puerta de entrada. Ahí estaba la televisión y aquí formábamos el anfiteatro para verla. Allá estaba la mesa del salón. Teníamos que mover el tresillo para poder abrirla antes de colocar todas las sillas. Lo hacíamos todos los días, dos veces, a la hora de comer y cenar.

Celia se acerca a la estantería que hay junto al sofá. Coge un libro y lo abre por una de sus primeras páginas.

—Aquí había una librería con dos enciclopedias, una de la historia del mundo y otra de la historia de España. Mi tío las leía a menudo sentado donde estás tú ahora, que es donde da el sol por la tarde en primavera y otoño.

—Las tiene Carlos.

La prima Isabel ha entrado en el salón con una bandeja. Celia sonrío al verla. Por fin se parece a ella misma cuando era joven, y no a su madre.

—Me refiero a las enciclopedias —explica Isabel dejando unas latas de refrescos sobre la mesa—. Cuando reformamos la casa, Carlos se las llevó. A él también le gusta mucho la historia. Ese que has cogido es uno de tus libros.

Se trata de *Tercer día*.

—No está dedicado —dice Celia.

—No te sorprendas —responde Isabel—. Ya te dije que habías olvidado dónde vivíamos. Tenías una vida demasiado exitosa como para acordarte de nosotros.

Celia deja el libro en su sitio y mira a Rosario.

—Es curioso —dice alzando la voz—, porque esta casa es uno de los primeros lugares que recordé cuando me desperté del coma en el hospital.

Isabel se sienta y abre dos latas.

—Si no recuerdo mal —dice mezclando un poco de limonada con cerveza—, esta es, o al menos era, una de tus bebidas favoritas.

Y le ofrece un vaso que parece de espuma. Celia le da un sorbo y asiente. Rosario prefiere tomar una cerveza sola.

—Tu padre me habló de un libro de pintura que solía leer los domingos por la tarde, mientras él escuchaba los partidos de fútbol por la radio —dice Celia.

Isabel se dirige a la estantería.

—Está aquí —responde agachándose—. Es uno de los pocos que no se llevó Carlos.

Se refiere a un voluminoso ejemplar que probablemente sigue ahí por eso mismo. Lo coloca con cuidado sobre el regazo de Celia. Esta lo abre casi sin respirar, sintiendo un vértigo inevitable, como si estuviera en un acantilado frente a un mar inmóvil.

—Es un libro sobre el Impresionismo —dice Isabel.

Rosario se aproxima a su señorita. Siente curiosidad y quiere ayudar a sostenerlo. Sujeta una de las cubiertas y ayuda a pasar sus páginas llenas de cuadros que representan jardines floridos, ríos surcados por barcas, estaciones de tren y puentes, bulevares atestados de gente, carreras de caballos y bailarinas sobre el escenario. Hay bares, bodegones, autorretratos, damas que se protegen del sol con una sombrilla, escenas de bailes, animadas verbenas, terrazas y playas con sillas de madera frente al mar.

—¿Lo recuerdas?

Isabel lo ha estado mirando de pie, situada detrás de su prima. Antes de responder, Celia se tapa la boca con la mano, como si temiera decir algo inoportuno.

—No sé cómo había podido olvidarlo —dice sin dejar de pasar sus páginas—. Este era mi refugio, el lugar al que escapaba cuando quería huir del presente.

Rosario asiente sin palabras. Le parece lógico que una periodista tenga la necesidad de refugiarse del presente de vez en cuando.

—Este es el jardín de Monet —añade Celia, señalando una de las reproducciones del libro—. Unas veces lo pintó él y otras su amigo Manet. Cuando me sentía deprimida miraba este cuadro fijamente, casi sin pestañear, como si pudiera trasladarme y añadir mi figura ahí, junto a esas flores.

—Te fuiste a París precisamente por eso —apunta Isabel.

Celia la mira volviendo el cuello.

—Yo creía que había ido para perfeccionar mi francés —dice.

—Querías ver con tus propios ojos todos esos paisajes —insiste Isabel—. Me lo dijiste varias veces.

Celia bebe un trago de cerveza con limón. Siente que su garganta se está secando como si estuviera expuesta al calor y al viento del pasado.

—No me sorprende —responde—. En los cuadros impresionistas siempre es primavera y nunca hay que ir a trabajar. La gente pasea y conversa, escucha música, baila, bebe, mira el paisaje, navega por los ríos y se sienta a leer frente a las olas del mar.

Celia parece haberse sumido en un trance hipnótico. Habla sin inflexiones de voz, en susurros, con los ojos fijos en el libro. Rosario se está empezando a preocupar, aunque sin ningún motivo. Celia solo está tratando de memorizar las palabras que le sugieren los cuadros. Son tantas que está a punto de coger su bolso, sacar su cuaderno y anotarlas antes de que se le olviden.

—Tengo problemas.

—¿Qué te pasa?

—Mis vacas no dan leche y mis cerdos no engordan.

—¿Les has dado de comer regularmente?

—Bueno, verás —responde Celia suspirando—, he estado muy ocupada últimamente visitando a gente y confieso que he descuidado mis deberes diarios.

La niña chasquea la lengua al otro lado del teléfono.

—El éxito es la suma del esfuerzo de cada día —dice.

—Menuda frase, Alba.

—Me la dice mi profesora de sociales. Lo mejor será que vendas todo lo que puedas y compres dos vacas nuevas.

—¿Y los cerdos?

—Dales de comer y ya se engordarán. Mientras tanto, te envío unas jarras de leche y unas salchichas para que puedas atender tus pedidos.

Celia cuelga el teléfono y pasa los siguientes minutos con una sonrisa imborrable en la boca. Su nieta es una de esas personas capaces de alegrarle a uno el día, como su abuelo Fran.

Isabel ha tenido que dejarles un paraguas cuando han salido del piso de Aluche. La manada de búfalos del cielo se ha convertido en una tormenta de finales de

verano.

—Cenaremos un puré y algo de postre, ¿le parece bien?

Rosario ha salido de la cocina secándose las manos en el delantal. Celia asiente mirándola.

—¿De qué se ríe? —pregunta la asistenta.

—He estado hablando con mi nieta.

—¿Le ha interpretado alguna canción a la guitarra?

Celia niega sin dejar de sonreír.

—Me ha dicho que el éxito es la suma del esfuerzo de cada día.

—No es la frase más apropiada para una niña de ocho años —dice Rosario—. Quizá se la haya dicho su madre o usted misma.

—Yo nunca diría algo así —rechaza Celia, espantando la idea con su mano derecha—. La ha aprendido en el colegio.

Ponen la mesa en la cocina. Se ha hecho tarde y afuera sigue lloviendo, aunque con menor intensidad que antes. *Charlie* se tumba en el pasillo con un bufido de protesta. No le molesta la lluvia, sino ver a su dueña cenando en la cocina donde no hay espacio para tumbarse a sus pies.

—Qué regalo tan lindo le ha hecho su prima.

Rosario sirve dos tazones humeantes y saca dos yogures del frigorífico mientras Celia deja cuatro cucharas sobre la mesa, dos grandes y dos pequeñas.

—No esperaba que me regalara un libro tan especial —dice Celia hundiendo su cuchara en el tazón.

—¿Por qué no?

—Si lo hubiera dejado en la estantería, donde estaba, habría ido a su casa más a menudo para consultarlo.

Se calla y reflexiona un momento. En realidad, esa puede ser la razón por la que se lo ha regalado.

—¿Le ha ayudado a recuperar la memoria?

Celia señala uno de los yogures con su cuchara.

—La memoria tiene fecha de caducidad —dice.

Rosario no está de acuerdo.

—Hay cosas que no se olvidan nunca —replica.

—Muy pocas —insiste Celia—. Lo normal es olvidar la mayor parte del tiempo que vivimos. Esa es la razón principal por la que escribimos diarios, hacemos fotos y nos vemos con los viejos amigos. No dejo de preguntarme cuántos recuerdos habría olvidado igualmente si no hubiera sufrido el ictus.

—Es imposible plantearse algo así. Lo importante es recordar las cosas que no habría olvidado si no lo hubiera sufrido.

—¿Como la contraseña para acceder a mis artículos?

—Exactamente.

—Tengo una lista de más de cincuenta nuevas palabras pendientes de probar en el

ordenador.

—¿Quiere que le ayude a hacerlo?

—Tú tienes que sacar a *Charlie* a dar un buen paseo. Ha dejado de llover y el pobrecito está deseando salir. Yo quiero acostarme temprano. Estoy muy cansada.

Rosario recoge la mesa y pone el lavavajillas. Luego abandona el piso seguida de *Charlie*. Celia entra en su estudio con su cuaderno de notas en la mano, enciende el ordenador y comienza a teclear las palabras que le han inspirado su infancia en Zaragoza, su juventud en Madrid y el escenario de los impresionistas que tantas veces le sirvió de refugio. Lo hace sin ningún convencimiento, siguiendo un ritual en el que ha dejado de creer, quizá porque, pese a todo, está segura de que reconocerá la contraseña cuando la escuche o la vea escrita. Y no reconoce ninguna de las palabras que teclea.

Poco después *Charlie* entra en la habitación y se sienta a su lado. Rosario le ha secado las patas con una toalla cuando han regresado del paseo. Celia apoya la mano izquierda sobre su cabeza, entre las orejas, y lo acaricia a contrapelo, como si quisiera despeinarlo. Cuántas veces habrá visto el animal cómo introducía la contraseña que busca en ese mismo ordenador, se pregunta.

—Si supieras hablar.

Charlie tuerce la cabeza y abre la boca para que su lengua sobresalga de su mandíbula inferior. Luego suspira y se pone de pie, a cuatro patas. Celia consulta el reloj, cierra el cuaderno y apaga el ordenador.

—Tienes razón —le dice—. Es muy tarde.

Se acerca al cuarto de Rosario para desearle buenas noches y le pide un álbum de fotos, el siguiente cronológicamente. Luego se pone el camisón y se tumba en la cama, dispuesta a pasar más de media hora viendo a Fran y a sus hijos en una sucesión de fotografías que han perdido el color original y resultan más antiguas que las de otros álbumes anteriores. El color envejece peor que el blanco y negro, se dice, y sonrío para sus adentros, como quien ha dado con una máxima incontestable.

No se ha tomado la medicación porque, de haberlo hecho, no habría logrado permanecer despierta más allá de diez minutos, tal es el poder somnífero de las pastillas en un cerebro tan necesitado de sueño como el suyo. Solo se las toma una vez que deja el álbum en la mesilla y acaricia la quijada de *Charlie*, justo debajo de los colmillos, como se hace con los niños buenos.

Lo bueno de sentirse mal

Se despierta tres veces durante la noche, algo que no le ocurría desde hacía tiempo. Siente un nudo muy apretado en la boca del estómago. Se incorpora para consultar el reloj. Es temprano, las ocho y cuarto, y hasta *Charlie* sigue durmiendo.

Vuelve a tumbarse y trata en vano de dormir un poco más. El nudo del estómago se lo impide. Al principio le parece una molestia gástrica, como un reflujo o un problema de gases, quizá simplemente apetito, pero pronto se da cuenta de que es una sensación a la vez distinta y reconocible, un fuego interno aunque ajeno que la atraviesa desde la garganta hasta el intestino, inflamando todo su sistema digestivo.

Se cambia de postura y descubre que su desazón se calma cuando se tumba boca abajo, con las manos en el estómago, como si en su interior hubiera un cachorro temeroso de la oscuridad que necesitara ser acariciado. Aun así, no consigue volver a dormirse.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Rosario está vaciando el lavavajillas cuando Celia entra en la cocina.

—He dormido mal. No sé qué ha pasado.

—¿Alguna de sus pesadillas? —apunta Rosario—. Si es así, recuerde que basta con escribirlas en una hoja de papel y luego quemarla.

—No es eso.

—¿Entonces?

—No sé lo que es pero me encuentro débil, como si no tuviera fuerzas ni para respirar.

Rosario deja el trapo que lleva en la mano sobre la encimera para poder sacar su teléfono móvil del bolsillo.

—Tendré que llamar a la señora Paula —dice.

—No es nada relacionado con lo que me ha pasado —la tranquiliza Celia sentándose a la mesa.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque recuerdo haberme sentido así antes.

—¿Cuándo?

—No tengo ni idea. Creo que mi cuerpo también está empezando a recuperar la memoria.

Rosario abre la puerta del frigorífico.

—Lo mejor será que desayune algo suave —dice—. Le voy a pelar un par de kiwis y le voy a hacer una manzanilla con anís y una cucharada de miel, ¿le parece bien?

Celia no tiene fuerzas ni para contestar.

—Luego la ayudaré a ducharse, la peinaré y nos daremos un buen paseo con *Charlie*. ¿O tiene otros planes?

Acodada sobre la mesa, Celia ha posado su frente sobre las palmas de las manos y ha guardado un silencio sumiso. *Charlie* se acerca a ella y la olfatea. Sabe que algo no va bien y se sienta a su lado convencido de que su dueña necesita compañía.

—No tengo apetito —dice Celia.

Pero hace un esfuerzo por comerse uno de los kiwis y bebe la manzanilla a pequeños sorbos. Eso y el calor que le proporciona la cabeza de *Charlie* sobre las piernas logran animarla un poco.

—Cuando yo era niña, nos aseábamos en el río usando el jabón que fabricaba mi mamá con la grasa de cocinar. No teníamos otro remedio porque en el retrete de la casa no había más que un pequeño lavabo. Y allí no podíamos lavarnos como es debido. En el río había una zona asignada para los patojos y otra para las patojas. Estaban separadas por un puente de madera por el que nunca pasaba nadie. Toda la familia se bañaba a la vez, cada uno en el lado del puente que le correspondía, y si alguien se pasaba al otro lado, le pitábamos tan fuerte que no tardaba en volver por donde había venido.

Rosario sujeta a Celia con una mano mientras esta se ducha. Habla con un desparpajo artificial, casi forzado, consciente de que sus palabras son más necesarias que nunca.

—¿Y en invierno?

Celia hace la pregunta en cuanto la alcachofa se calla.

—En invierno, ¿qué?

—¿También os aseabais en el río cuando era invierno?

Rosario asiente con una ceja más alta que otra.

—En Guatemala no hay invierno —dice—. No al menos como el que ustedes tienen por acá.

Y, aunque no consiguen que Celia se ría, sus palabras le ayudan a superar la aflicción del estómago.

—No entiendo qué demonios me ha pasado —confiesa Celia después, sentada en el taburete del baño de cara al espejo, mientras Rosario le alisa el pelo con unas pinzas eléctricas.

—Quizá algo le ha sentado mal.

Celia no puede negar con la cabeza.

—Ha sido algo de aquí adentro —dice tocándose la sien derecha, izquierda en el espejo—. Un malestar psicológico.

E inmediatamente siente un escalofrío que le recorre la espalda de abajo arriba.

—¿Y ya pasó? —pregunta Rosario.

—Por suerte, sí. —Celia suspira—. Me siento muy aliviada, como si me hubiera quitado un gran peso de encima.

—Eso es lo bueno de sentirse mal.

—No sabía que hubiera algo bueno en sentirse mal.

Rosario deja de peinarla y la mira directamente a través del espejo.

—Solo es posible sentirse bien si en algún momento se ha sentido uno mal —dice muy seria.

Celia frunce el ceño y sonrío a la vez, como quien se extraña de escuchar lo que se temía.

—No me digas que es otra de las frases de tu padre —dice.

—Siempre nos lo decía cuando nos poníamos enfermos.

—Venga ya.

—Nos decía: fíjense bien y recuerden lo mal que se sienten ahora, porque cuando su dolencia pase su cerebro olvidará el dolor y no serán ustedes capaces de distinguirlo del placer.

El portero automático ha sonado un segundo antes de que *Charlie* ladrara dos veces.

—Es la señora Luisa —anuncia Rosario abriendo la puerta.

—Qué visita más oportuna.

—¿Tiene ganas de verla?

Rosario sujeta a *Charlie* para que no salga al rellano de la escalera.

—No me refiero a eso —responde Celia—. Simplemente lo digo porque estoy recién peinada.

Y su asistenta no tiene más remedio que darle la razón.

—Quería saber cómo estabas.

Luisa no sabe si necesita o no un pretexto para visitar a su amiga, así que prefiere argumentar uno a modo de saludo, por si acaso. Ambas se abrazan en el pasillo.

—Qué guapa te veo —dice Luisa.

—Me acaban de peinar —contesta Celia.

Luisa esconde su sorpresa. Su amiga siempre ha sido autosuficiente en cuestiones de higiene y arreglo personal.

—También me maquillan, me duchan y me hacen la comida.

—Te tratan como a una reina.

Rosario pregunta cortésmente si quieren tomar algo y vuelve a sus quehaceres en la cocina. Celia, Luisa y *Charlie* salen a la terraza.

—Tienes que perdonarme por no llamarte el otro día —dice Celia cuando se sientan.

—¿Estás muy ocupada?

—Más de lo que imaginas.

—¿Cómo va la memoria?

Charlie se ha tumbado junto a la puerta del salón, muy lejos de la mesa y los sillones.

—No sé qué decirte —responde Celia—. Creo que estoy recuperando un montón

de recuerdos que ya había olvidado cuando me dio el ataque.

—¿Y eso es malo?

—Más que malo, es inútil.

—¿No has encontrado aún la palabra que usaste como contraseña?

Celia niega con los labios sellados.

—Te traigo esto —dice Luisa.

Y extrae de su bolso dos folios doblados por la mitad.

—¿Qué es?

—Me lo ha dado Tobias cuando le he dicho que venía a verte.

Celia desdobra los folios y repasa de un vistazo su contenido.

—Es la lista de palabras que me prometió —dice.

—Espero que te ayude.

—Luego las pruebo en el ordenador. —Celia deja los folios sobre la mesa—.

¿Cómo estás tú?

Luisa carraspea y cruza una pierna sobre la otra.

—También estoy muy atareada —dice—, como siempre.

Celia no responde. Tan solo llama a *Charlie* para que se tumbe a sus pies.

—Tengo la sensación de que hemos perdido la intimidad que teníamos antes —dice Luisa.

—Puede ser.

—¿Por qué?

—No sé. Quizá no me fío de ti porque me ocultas algo que le has prometido a Paula que no me contarías.

Luisa saca un cigarrillo del bolso y lo enciende.

—Has cambiado mucho —dice después de exhalar el humo de la primera calada.

—Tú también cambiarías si no recordaras la mitad de tu pasado.

Celia tiene ganas de coger el paquete de tabaco y encenderse un cigarrillo ella también. En vez de eso se levanta y se apoya en la barandilla de la terraza, de espaldas a la ciudad, dejando que la brisa de la sierra le lleve el pelo sobre el rostro.

—¿Tú te acuerdas de mi prima Isabel? —dice.

—Perfectamente.

—El otro día me dio a entender que mi ego de escritora me había alejado de la familia.

Luisa sigue fumando en silencio.

—¿Tiene razón? —Se ve obligada a preguntar Celia.

—Todas las escritoras sois un poco egocéntricas, ¿no? —responde Luisa, esbozando una sonrisa en son de paz.

Celia vuelve a sentarse frente a ella. *Charlie*, que había dudado entre levantarse para acercarse a la barandilla o seguir tumbado, coloca la cabeza entre sus patas delanteras y cierra los ojos.

—Estoy muy preocupada por mis hijos.

Luisa apaga la colilla en el tiesto más cercano.

—Cuéntame —dice adoptando el papel de confidente.

—Supongo que ya sabes lo de Paula y Jose.

—Lo sé, pero creo que no es más que un asunto temporal.

—La infancia de Alba también es un asunto temporal. Y necesita a sus padres.

—No exageres.

—Quizá tengas más información que yo. —Celia se recuesta en su asiento—. Paula no me cuenta nada porque cree que, si me entero de las verdades, me dará otro ataque. Eso sí que es una exageración.

—Las cosas no iban bien entre ellos. Es una historia recurrente. Cada uno se dedicaba en cuerpo y alma a su trabajo y pasaban muy poco tiempo juntos. Apenas tenían nada en común.

—Tienen a Alba.

—Tú tenías dos hijos y te separaste de Fran.

Celia no responde, entre otras cosas porque ignora si Luisa sabe lo de Fran y su hermana.

—Así que, ya ves —concluye su amiga chasqueando la lengua—. Nadie te está ocultando nada.

—También me preocupa Emilio.

—¿Qué le pasa?

—No he visto una foto suya desde que desperté del coma.

—Paula me ha dicho que te ha dado tus álbumes de fotos.

—Hay fotos de cuando Paula y Emilio eran pequeños y hasta alguna de cuando eran adolescentes, pero no he visto ni una sola foto suya como adulto.

Luisa se inclina hacia delante.

—Eso tiene una explicación muy sencilla —dice negando con la cabeza.

Celia la mira con ojos entornados, como si quisiera enfocarla desde la distancia.

—Es la maldición de la fotografía digital —añade Luisa.

Celia no pestañea.

—Ya nadie imprime las fotos, Celia. No sé si recuerdas cómo cambió el mundo de la fotografía cuando llegaron las cámaras digitales. El carrete de fotos fue sustituido por la tarjeta de memoria y las cámaras analógicas fueron desapareciendo poco a poco.

—No sé de qué me hablas.

Luisa saca el teléfono móvil del bolso.

—Ahora mismo están desapareciendo incluso las cámaras digitales —continúa explicando—. La gente corriente solo hace fotos con el teléfono móvil. No me digas que no has hecho ninguna foto así desde que despertaste del coma.

—Solo una.

—¿Y la has imprimido para guardarla en un álbum?

Celia niega mientras consulta la hora en su reloj de pulsera. Luisa también lo hace

pero en la pantalla de su teléfono.

—¿Te estoy interrumpiendo? —pregunta—. ¿Tienes algo que hacer?

—Solo estaba calculando la hora que sería en Buenos Aires.

A salvo de todo

Luisa se ha marchado y Celia ha estado más de media hora repasando la lista de palabras de Tobias. Las ha leído en voz baja, concentrada en sus significados, como si se encontrara ante un texto deliberadamente lleno de elisiones, encriptado para que solo ella pudiera comprenderlo. Luego ha llamado por teléfono a su hijo.

En Buenos Aires eran las nueve de la mañana. Emilio acababa de llegar a la redacción de la agencia y tenía mucho trabajo pendiente, así que no han podido hablar más que unos minutos mientras él se tomaba un café bien cargado.

La brisa de la sierra se ha calmado y Rosario ha decidido poner la mesa en la terraza. Celia celebra la idea. Le sienta bien el aire libre y no quiere encerrarse en casa. Han comido las dos juntas, sentadas en ángulo recto con *Charlie* a sus pies, un menú compuesto de arroz salteado con setas y medallones de merluza a la plancha rociados con zumo de limón.

—Le he pedido a mi hijo que se hiciera una foto y me la enviara al móvil —dice Celia plegando la servilleta sobre el mantel, como suele hacer cuando acaba de comer.

—¿Para qué?

—Quiero ver cómo está ahora que es un adulto.

—¿No hay ninguna foto suya en los álbumes que trajimos de casa de la señora Paula?

Celia niega y muestra las palmas de las manos.

—Luisa me ha explicado que las fotos ya no se revelan —dice—. Ahora se graban en tarjetas de memoria como si fueran simples archivos informáticos.

Es evidente que Celia se ha resignado a las sorpresas del presente. A veces cree que es una de esas viajeras del tiempo que ha llegado a algún momento del futuro.

—La mayor parte de las fotos que se hacen hoy día están en los teléfonos móviles, señorita —dice Rosario.

—Y en los periódicos.

—¿Qué es ese papel?

Celia ha desdoblado una vez más la lista de palabras de Tobias.

—Mi agente está tratando de ayudarme a encontrar la contraseña.

—¿Y lo ha conseguido?

Celia alza las cejas.

—No lo sé —dice—, aún no las he probado en el ordenador, pero no lo creo. No me suena ninguna. Lo curioso es que ha incluido varias palabras en francés.

—Él es extranjero, ¿no?

Celia asiente una sola vez.

—Es alemán —contesta—, pero lleva más de treinta años en España.

—¿Y no ha incluido palabras en alemán?

Celia le enseña los folios para que vea que no.

—¿Usted habla francés? —pregunta Rosario.

—Al menos lo hablaba.

—Yo también estudié francés en el colegio —dice Rosario.

—Yo viví en Francia un año entero. Cuidaba de unos niños. Se llamaban Eugène y Charlotte. Él tenía ocho años y ella cinco. Eran unos torbellinos llenos de vida.

—¿Y qué hacía con ellos?

—Tenía que llevarlos y recogerlos del colegio, ayudarles a hacer los deberes y, cuando hacía buen tiempo, sacarlos a pasear por el parque. Si llovía nos quedábamos a pasar la tarde en casa, jugando con su gato o en compañía de un vecino muy guapo que tenían. Lo recuerdo como una de las experiencias más divertidas de mi vida.

—¿Y eso lo sabe su agente?

Celia cabecea varias veces.

—Está claro que sí —responde mirando la lista.

—¿Qué palabras ha puesto?

—*Cliché, couture, forêt, bonheur, décamper, caoutchouc, plongeon, arabesque, silhouette, Jacqueline, Jemmapes, Saint-Martin, Georges Lefèvre, Argenteuil, Louveciennes...*

Rosario medita unos segundos.

—¿Significan algo para usted? —pregunta.

—No sabría decirte —responde Celia—. Ignoro si las ha incluido por su significante o por su significado. Hay sustantivos, verbos, nombres de personas y de lugares. Y muchas otras palabras escritas en castellano.

—Menuda revolución.

—Quizá el psicoanalista de Tobias tenga algo que decir al respecto. Debería hacer una fotocopia y enviársela.

Rosario se levanta y comienza a recoger la mesa. Celia le ayuda llevando a la cocina la botella de agua y dos vasos, uno encastrado en el otro. Luego se dirige a su dormitorio y descabeza su habitual siesta encima de la cama, sin apartar la colcha, mientras sueña con un gato de color arena, atigrado y juguetero, que duerme sobre ella, acostado en la curva de su espalda.

—¿A qué hora sale Alba del colegio?

Se despierta con la necesidad de hablar con su nieta. Rosario está viendo la televisión en el salón, tumbada en el sofá de dos plazas.

—Ya puede llamarla, si es lo que desea —contesta sin dejar de mirar la pantalla—. Las clases han terminado hace quince minutos.

Celia marca su número y sale a la terraza seguida de *Charlie*.

—Preciosa —le dice—, necesito ayuda. No puedo dar de comer a mis animales.

—¿Por qué no? ¿Te has quedado sin cereales?

—No es eso. Tengo trigo, maíz y soja. Y un montón de pienso en el molino.

—¿Entonces?

—No puedo recogerlo. Mi almacén vuelve a estar lleno y no es posible transportar el pienso directamente a los corrales.

La niña suspira al otro lado del teléfono.

—Son las reglas del juego, abuela —dice—. Todo tiene que pasar por el almacén.

—¿Para qué? —protesta Celia—. No será para hacerle un control de calidad o algo por el estilo, ¿verdad?

Alba guarda un silencio que hace audible el murmullo de otros niños a su alrededor.

—No lo sé —dice—. Solo sé que así es como funciona el juego.

—¿Y ahora qué hago?

—Tienes que vaciar tu almacén.

—¿Cómo?

La niña piensa un momento.

—¿Atiendes los pedidos que recibes del mercado? —pregunta.

—Por supuesto —contesta su abuela—. El camioncito amarillo va y viene a todas horas, siempre cargado con lo que me van pidiendo.

—En ese caso vas a tener que abrir una tienda en la misma granja.

—¿Y eso cómo se hace?

De nuevo se escucha el murmullo de los demás niños.

—No puedo explicártelo por teléfono —dice Alba—. Estoy llegando a casa.

—Puedo ir a verte esta tarde —propone Celia.

—Mamá no me deja quedar con mis amigas los días laborales.

—Yo no soy una amiga tuya, preciosa. —La voz de Celia se ha vuelto jovial y traviesa—. Soy tu abuela.

Cuelga y suelta una carcajada de júbilo tan sonora e inesperada que provoca dos ladridos no menos sonoros de *Charlie* y un precipitado correr de pasos procedente del salón.

—¿Qué ha pasado?

A Rosario no le ha dado tiempo ni de ponerse los zuecos blancos que suele llevar por casa.

—No ha pasado nada —contesta Celia entre sorprendida y molesta—. Solo me he reído en voz alta.

Charlie mira alternativamente a su dueña y a Rosario.

—¿Tan extraño resulta que me ría así?

Celia se sienta en su sillón para recibir el calor de su perro. *Charlie* la olfatea con curiosidad mientras emite un gemido casi inaudible.

—Perdone, señorita —dice Rosario recomponiéndose la coleta—. Por un momento me he asustado.

—¿Por qué?

—Creí que le había pasado algo.

—Lo único que ha pasado es que mi nieta me ha tratado como si fuera una de sus amigas del colegio —dice Celia—. Y eso, a mis años, con o sin memoria, es motivo más que suficiente para justificar una buena carcajada.

Nadie dice una palabra más. Rosario vuelve a su programa de televisión, *Charlie* a su rincón de la terraza y Celia a su granja virtual. Un rato después, al final de la tarde, los tres se preparan para salir a dar un paseo. Celia sujeta a *Charlie* y Rosario a Celia. Caminan en formación, primero por Sagasta y luego por Alberto Aguilera hasta Fernando el Católico, ocupando casi toda la anchura de la acera.

—He terminado los deberes.

Alba abre la puerta del ascensor y acaricia a *Charlie*.

—Así me gusta, preciosa.

—Te he puesto un poco de agua en la galería —dice la niña al oído del perro—. Seguro que con todo este pelo has pasado mucho calor.

—¿No está tu madre?

—Estoy aquí.

Paula aparece quitándose un delantal de cocina.

—Estaba empezando a hacer la cena —dice besando primero a su madre y luego a Rosario.

—Déjeme ayudarla, señora.

—Gracias, pero no. Ya le haces la comida a mi madre. Siéntate en el salón con nosotras y charlamos un rato.

Rosario se quita la chaqueta y la deja en el perchero que hay en la entrada. Se mueve con la naturalidad de quien se encuentra en casa.

—Prefiero hacerle unas tortitas a mi patojita —dice dándole un beso en la frente a Alba.

Y se dirige a la cocina, seguida de Paula.

—Déjame el móvil.

Alba se ha sentado junto a su abuela en el sofá del salón.

—¿Tienes dinero? —le pregunta—. Me refiero en el juego. Si queremos abrir una tienda necesitaremos bastante dinero.

Celia se rasca la frente. Le divierte no saber si tiene dinero o no.

—Tienes mucho dinero. No hay problema. Mira. —La niña va señalando con el dedo índice de su mano izquierda—. Aquí es donde tienes las construcciones disponibles. Puedes poner otro molino para fabricar pienso, un horno para hacer tartas y una tienda para vender los productos de la granja, ¿ves?

—¿Cuánto cuesta?

—Cinco mil ochocientas monedas, pero tienes más de ocho mil. No hay

problema. ¿Dónde quieres que la coloquemos?

Celia se pone las gafas mientras piensa.

—Aquí no —dice señalando un lado del camino—. Ayer compré un manzano y quiero dejar sitio para plantar más frutales.

—Entonces, mejor al otro lado —resuelve Alba arrastrando la edificación.

—¿Y ahora?

—Ahora vas al almacén y arrastras los productos que quieres vender hasta la tienda. Así volverás a tener espacio en el almacén para recoger el pienso antes de dárselo a los animales.

Celia aplaude satisfecha.

—Eres muy lista —dice cogiendo el móvil—. Déjame a mí.

Y comienza a gobernar su granja con la yema de un dedo.

—No, no es así —la corrige Alba—. No recojas los huevos todavía. Primero tienes que recoger el pienso, luego los huevos y por último alimentar a las gallinas. Si tienes poco espacio en el almacén y recoges primero los huevos, no habrá sitio para el pienso, no podrás alimentarlas y no tendrás más huevos.

—Demonios.

Celia no pensaba que un inofensivo juego infantil pudiera resultar tan estratégico.

—¿Quieres que te enseñe mi granja? —propone la niña.

Y abre el juego en su teléfono móvil para mostrar con orgullo el resultado de su constancia. Celia se queda boquiabierta. Reconoce alguna de las construcciones, como el almacén, el silo o los molinos para fabricar el pienso, pero se sorprende al comprobar hasta dónde puede llegar la imaginación de los programadores de esta clase de juegos.

Hay estanques con cisnes, jardines con floridos parterres, pájaros de vistosos colores, mariposas, praderas con caballos al trote, vallas de colores, caminitos hechos con lajas, una fuente de varios pisos de altura y hasta un pequeño templo clásico sostenido por cuatro columnas con un tejado en forma de cúpula.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Cuántas flores. ¿De dónde las has sacado?

—Las flores se activan en el nivel veintidós.

—¿Y el templo con las columnas?

—En el treinta.

Celia está asombrada.

—¿Cuánto tiempo hace que eres una granjera? —pregunta.

—Más de un año.

La niña comprende la inquietud de su abuela.

—Si entras todos los días y cumples con las tareas agrícolas y ganaderas en el orden adecuado —le dice poniéndole una mano sobre el hombro—, tú también podrás tener una granja como esta dentro de poco.

A Celia le reconforta el contacto físico con su nieta. Percibe el peso y el calor de

su pequeña mano como un regalo inesperado. Y siente la energía indomable de su juventud.

—Rosario tiene algo muy rico para ti en la cocina.

Paula ha entrado en el salón y se ha sentado en el brazo del sofá, al lado de su madre.

—Me encanta este juego —dice señalando la pantalla del móvil—. Me mantiene entretenida y me da mucha paz. No puedes imaginarte.

Paula inspira el aire del salón como quien necesita oxigenar su impaciencia. Luego mira a su madre con preocupación.

—¿Te da paz un juego de móvil para niños?

—Me hace sentir como una niña, a salvo del mundo de los adultos. A salvo de todo.

Madre e hija anclan sus pupilas recíprocamente.

—Tú también deberías jugar —añade Celia extendiendo un dedo—. Alba puede instalarte el juego y darte las primeras instrucciones.

Desde la cocina llegan las risas de júbilo de la aludida y dos ladridos de *Charlie*. Las pupilas se separan.

—Le he pedido a tu hermano que me envíe una foto —dice Celia.

—Una foto —repite Paula.

—Quiero saber qué aspecto tiene ahora, en el presente. No hay fotos tuyas en los álbumes que me diste. ¿Tienes alguna reciente?

Paula agita las manos como si estuviera diciendo adiós.

—No me hagas buscar fotos ahora —dice suspirando—, te lo ruego.

Celia conoce a su hija. Sabe que no puede ocuparse de dos problemas a la vez.

—¿Has visto a Jose últimamente? —pregunta bajando la voz.

—Lo vi ayer.

—¿Hablasteis?

Paula niega muy despacio con la cabeza.

—Muy poco —dice—, fue a la salida del colegio. Acudió para ver un momento a Alba.

—¿Vais a hacer un esfuerzo para arreglar las cosas?

—No lo sé.

—¿Tiene otra pareja?

—Tampoco lo sé. No nos separamos por eso.

Celia asiente varias veces, como quien no quiere seguir preguntando. Le molesta que la felicidad de su hija dependa de otra persona.

—Me preocupa que Alba crezca sin su padre —añade Paula—. No quiero que su infancia sea infeliz.

—Eso es una tontería —dice Celia.

Y trata de no sobrereactuar.

—No es eso lo que dicen los psicólogos —replica Paula.

—¿Qué psicólogos?

—Los que trabajan en el mismo hospital que yo.

Su madre hace un gesto de desprecio.

—Si eso es lo que te preocupa, debes saber que lo único que necesita Alba es pasar un par de tardes a la semana con *Charlie*.

—¿Con *Charlie*? —Paula está empezando a perder la paciencia—. Te estoy hablando en serio. Alba necesita a su padre, no a tu perro.

—Mi perro es un macho —dice Celia muy despacio—, exactamente igual que su padre.

—Mamá, por favor.

Celia muestra la palma de su mano derecha.

—He vivido con un ejemplar de cada especie y te aseguro que tienen mucho en común.

Paula presta atención, aunque no sabe si su madre ha perdido definitivamente el juicio o solo está bromeando.

—Ambos son irreflexivos e impetuosos. No saben controlar su genio y se alteran con facilidad. Les gusta jugar, aunque son terriblemente competitivos y celosos de su autoestima. Necesitan hacer ejercicio todos los días. Odian tener que tomar decisiones pero pueden ser amablemente sumisos y complacientes. Utilizan mucha más fuerza de la necesaria para realizar un ejercicio físico, gracias a lo cual dan seguridad y confianza. Saben embellecer lo que miran. Van detrás de cualquier hembra, pueden dormirse en cualquier lado, roncan y habitualmente tienen mal aliento.

Paula no tiene más remedio que reírse. El parlamento de su madre ha parecido el monólogo de una humorista de televisión.

—No me hagas reír —dice.

—¿Por qué no? ¿No te aconsejan reír tus amigos psicólogos?

—Lo que me aconsejan es que me vaya de viaje.

—¿Adónde?

—A cualquier parte. Lo mejor que se puede hacer cuando uno está en crisis es romper con la rutina.

Celia se pone seria.

—No es mala idea —dice—. Alba puede quedarse con Rosario y conmigo. Y con *Charlie*.

Paula ya ha descartado esa posibilidad.

—No creo que sea el momento más oportuno para que me separe de ella —dice.

—Llévala contigo.

—El curso acaba de empezar y es un momento delicado. No quiero que se formen grupos de amigas sin contar con ella.

Celia asiente ante lo que le parece una excusa razonable.

—En ese caso —dice volviendo a la sonrisa sarcástica—, lo mejor que puedes

hacer es buscarte otra pareja. A ser posible, que sea un macho irreflexivo e impetuoso.

Quizá porque ha sido nombrado varias veces a lo largo de la conversación, *Charlie* aparece en la puerta del salón. Se sienta sobre los cuartos traseros mirando hacia la puerta de salida y abre la boca para desplegar su lengua.

—Eso no va a ser nada fácil —responde Paula en voz baja, sin poder aguantar una broma más—. Lo último que necesito ahora mismo es un hombre.

Una palabra de otra lengua

—Salvo por la barba, se parece a usted —dice Rosario—. Es un hombre atractivo. Y eso que parece enfadado.

—Es el rictus natural de su cara. —Celia acerca la imagen con dos dedos, tal como le ha enseñado Alba—. Desde que era un niño, cuando apenas sabía hablar, Emilio ha estado enfadado con el mundo.

Rosario asiente comprensiva.

—Es lo mismo que le pasa a mi hermano Maynor —dice—. Siempre parece que está enfadado excepto cuando lo está realmente.

Celia levanta la vista del móvil.

—Entonces parece perdido —añade Rosario—, como si fuera incapaz de expresar su enojo y no supiera qué cara poner. Cuando era niño mi papá le decía que, si estaba todo el día enojado, lo normal era que sonriera cuando se enfadara de veras, así sabríamos interpretar sus gestos, aunque los usara al revés del mundo, pero él nunca le hizo caso. Siempre fue una persona especial.

Celia sigue mirando la foto de su hijo. La ha recibido mientras volvía a casa junto a Rosario y *Charlie*.

—Emilio también es una persona especial —dice—, introvertido y exigente, muy inteligente en general pero poco dotado para las relaciones sociales. Y eso hace muy difícil la convivencia con él. Al menos como yo lo recuerdo.

—Quizá ahorita que es un adulto haya cambiado. No sé si ha podido comprobarlo mientras platican al teléfono.

Celia niega inmediatamente.

—Por teléfono apenas le reconozco la voz —dice—. El adulto en que se ha convertido es un extraño para mí.

Charlie ha salido a tomar el fresco a la terraza, así que se encuentran las dos solas en la cocina. Han terminado de cenar y Celia continúa mirando la foto de su hijo.

—Empieza a estar canoso —dice Rosario señalando la pantalla del móvil.

—Su padre también comenzó a tener canas a su edad —responde Celia—. Lo que nunca tuvo es una barba tan poblada.

—Eso es algo que está de moda.

Celia muestra su desconcierto.

—Ya lo he visto —dice enarcando las cejas—. Hay un montón de hombres jóvenes con barba por todas partes. Incluso mi neurólogo, que ya no es tan joven, lleva una barba que le cubre todo el cuello. En los años sesenta ocurrió lo mismo, pero entonces, además de la barba, los jóvenes llevaban el pelo largo. ¿Qué demonios

ha pasado?

—Es una moda importada —responde Rosario—. La llevan los nuevos modernos, junto con trajes ajustados, gafas de pasta y algún que otro tatuaje.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Soy peluquera, ¿recuerda? Me gusta estar informada sobre la moda en general y las nuevas tendencias de peluquería en particular.

Celia guarda el móvil y se levanta mientras piensa una manera de disculpar su extrañeza.

—Hace unos años la pusieron de moda los futbolistas —añade Rosario.

—Recuerdo cuando las modas dependían de los cantautores —responde Celia.

Y se dirige a su estudio para proponer a su ordenador una serie de contraseñas que son rechazadas sistemáticamente, una por una, sin causarle ninguna sorpresa. Sabe que no ha dado con la palabra correcta y lo sorprendente habría sido que el ordenador hubiera aceptado una candidata que no hubiera llamado previamente su atención.

A veces, sentada en su estudio, no puede evitar una sensación de dependencia. Se siente deudora de su ordenador, como si las contraseñas que le propone fueran una disculpa o una excusa para seguir viviendo. El ordenador le parece entonces un oráculo del que dependiera toda su existencia. Otra vez se encuentra ante un Aleph de naturaleza electrónica.

Luego se toma la medicación y se duerme escuchando la respiración de *Charlie*, que se ha tumbado a un lado de la cama, junto a sus zapatillas. Se despierta varias veces durante la noche, dos de ellas porque tiene que ir al baño, otra angustiada por un sueño. Es su pesadilla recurrente de la lluvia que amenaza con colarse en forma de riada por la ventana de su dormitorio, pero esta vez no teme por su vida. Emilio está con ella, tumbado en el suelo igual que *Charlie*, así que esta vez teme por la vida de su hijo. Por eso se levanta inquieta y mal dormida, sin ánimo de disfrutar de esos minutos de reconfortante pereza que experimenta otras mañanas.

—¿Por qué has incluido tantas palabras en francés en la lista que me enviaste?

Después de desayunar sin ningún apetito, se ha sentado en el sofá del salón y ha llamado a Tobias.

—Son tus palabras favoritas en esa lengua —responde su agente—. Tú misma me lo dijiste alguna vez.

—También hay nombres propios.

—Corresponden a personas y lugares de los que me has hablado. He tenido que reflexionar mucho y releer algunos de tus artículos para poder confeccionar la lista.

—Te lo agradezco.

—¿He dado con la palabra clave?

—Creo que no.

Celia escucha un sonido grave al otro lado de la línea, como si se hubiera desatado una tormenta. Es el suspiro que Tobias no ha conseguido disimular.

—Celia —dice—. Escúchame.

—Ya sé lo que vas a decirme, pero necesito un poco más de tiempo.

—¿Para qué? Ya has probado un montón de posibilidades. Acepta la extrema dificultad de lo que te has propuesto y comprende que debemos cumplir los plazos editoriales.

—Es que he tomado una decisión.

—¿Cuál?

—Me voy de viaje.

No le dice nada más, ni siquiera adónde piensa ir. Tobias no sabe si lo ha dicho en sentido literal o metafóricamente.

—¿Qué hay para comer?

Rosario acude a la llamada.

—Había pensado hacer un ceviche de langostinos acompañado de tostones de plátano —responde—. Es un plato típico guatemalteco. Como quería probar recetas de mi tierra...

Celia asiente mientras tira del brazo de Rosario para que se siente junto a ella.

—Si es un plato que requiere mucha elaboración, tendrás que pensar en otra cosa —dice.

—¿Por qué?

—Necesito que compres dos billetes de avión.

Rosario se lleva la mano al pecho.

—Ya sé adónde vamos —dice.

—¿Adónde?

—A Buenos Aires.

Celia niega con una sonrisa.

—No tan lejos —dice.

Rosario enciende la tableta y pasa más de una hora buscando la mejor opción de horarios y precio mientras Celia sigue haciendo llamadas telefónicas. Finalmente reserva dos plazas para un vuelo que sale la tarde del día siguiente y regresa el lunes.

—¿Le parece bien así?

Rosario le muestra el *email* de confirmación que ha recibido con los horarios y el precio de los billetes.

—Voy a dar un paseo con *Charlie* —responde Celia sin hacerle caso—. No es necesario que me acompañes. He quedado a tomar un vermut en la plaza.

Rosario duda unos instantes. No sabe qué hacer porque no está acostumbrada a que su señorita muestre ese grado de autonomía.

—Así puedes acabar de preparar la comida —añade Celia—, aunque todavía tienes que peinarme.

—No esperaba tu llamada.

Jose se ha sentado a tomar una cerveza en la misma terraza donde suelen comer Celia y Rosario, aunque no en la misma mesa. *Charlie* lo saluda con familiaridad pero sin muestras de cariño, como un perro educado que conoce el protocolo de los humanos.

—Sentí mucho lo que te pasó.

—No te preocupes. Estoy bien.

Celia ha aprendido a aceptar los comentarios que causan tanto su enfermedad como su recuperación. Pide una cerveza sin alcohol, unas aceitunas rellenas y un platillo de agua para *Charlie*.

—Hace días que quería hablar contigo —dice con cierta solemnidad—. Sé que me estoy metiendo donde nadie me llama y te ruego que no le cuentes a Paula que nos hemos visto.

—No hay problema.

—Paula y yo nos vamos de viaje unos días.

Jose no reacciona de ninguna manera.

—Necesito que te ocupes de *Charlie* —añade Celia.

El animal levanta una oreja cuando oye su nombre.

—¿Quieres que me lo lleve a casa? —pregunta Jose.

—Prefiero que pases por mi casa y ayudes a mi asistente a sacarlo de paseo. Tiene que salir al menos tres veces al día.

Jose acaba su cerveza de un trago y se limpia los labios con una servilleta de papel.

—Celia —dice con una sonrisa de condescendencia—. No hace falta que me impongas la obligación de ver a Alba. Voy casi todos los días a la salida del colegio y estamos en contacto permanente por el móvil.

Celia esperaba ese tipo de discurso.

—No se trata de eso —dice armándose de paciencia—. Mi hija y yo nos vamos de viaje, mi nieta va a quedarse con mi asistente y necesito que alguien le ayude con mi perro. ¿Por qué no iba a pedírtelo a ti?

—¿Crees que Paula lo aprobará?

—¿Por qué no?

—No lo sé. No hablamos mucho.

—Deberíais hacerlo.

—Me fui precisamente por eso. —Jose trata de actuar con una naturalidad imposible—. Nunca hablábamos de las cosas importantes.

Celia chasquea audiblemente la lengua.

—Ya —dice—. ¿Tienes otra pareja?

Jose se revuelve inquieto en la silla.

—Sé que no es asunto mío —añade Celia, levantando una mano en señal de paz—. Lo pregunto porque estoy preocupada por Alba. Puedes dejar de ser el esposo de

mi hija, si es lo que acordáis, pero nunca dejarás de ser el padre de mi nieta.

—No me he separado de Paula por culpa de otra mujer —declara Jose.

—Entonces, ¿crees que hay alguna posibilidad de que volváis a estar juntos?

Jose no responde, al menos no inmediatamente. Todo lo que hace es pedir otra cerveza.

—No tengo ni idea —acaba diciendo—. He perdido la fe en la familia.

—La familia —repite Celia.

—Perdona mi sinceridad. —Jose junta las palmas de las manos—. No sé si lo recuerdas, pero tú misma escribiste un montón de artículos sobre este tema.

—¿Sobre qué tema?

—Sobre el laberinto de trampas, reproches y chantajes emocionales que supone compartir la existencia con una persona del sexo contrario en el entorno de un hogar y una familia.

Celia no recuerda haber escrito nada parecido, aunque tampoco le extraña haberlo hecho.

—Así que he descubierto que prefiero vivir solo —concluye Jose.

Celia inspira profundamente. Tiene calor y sed. Y ganas de levantarse.

—Alba no sabe nada de reproches y chantajes emocionales —dice.

—Por supuesto que no.

—Y le quedan solo tres o cuatro años de infancia. Luego llegará la adolescencia y será tarde para todos.

Jose prefiere no responder. Celia se da cuenta de que su silencio resulta forzado. Quizá él también ha recibido órdenes de Paula para no llevarle la contraria.

—Paula me ha dicho que eres amigo de Emilio.

—¿No lo recuerdas?

Celia se niega a mover la cabeza.

—Nos conocimos practicando artes marciales —añade Jose—, en un gimnasio. Entrenábamos todas las semanas y comenzamos a quedar los viernes o los sábados por la tarde. Un día salimos en grupo y Emilio trajo a Paula.

Charlie detecta que Celia lo necesita. Por eso se sienta junto a ella y la olfatea.

—¿Hablas alguna vez con él? —pregunta Celia.

—Nos llamamos a menudo, sí.

—¿Cómo lo encuentras?

Jose carraspea sin saber qué decir.

—Como siempre —dice.

—¿Crees que es feliz?

—¿Por qué no iba a serlo?

Celia mira a su yerno con una mueca de arrogancia.

—Si de verdad eres amigo suyo sabrás lo difícil que le ha resultado siempre ser feliz.

Jose no mueve ni un músculo.

—Creo que es todo lo feliz que puede ser Emilio —dice.

Celia asiente y se pone de pie muy despacio, apoyando las manos en los brazos de la silla, con cuidado de no marearse.

—Se ha hecho tarde —dice a modo de despedida.

Jose levanta la mano para pedir la cuenta.

—¿Puedo preguntar adónde vais? —dice.

—A París.

A Jose le gustaría saber para qué, pero no se atreve a preguntarlo.

—Cuento contigo —le dice Celia.

Y da media vuelta en dirección a casa, donde Rosario la espera con la mesa puesta. Se sienta a comer con una sonrisa postiza, en silencio y sin apetito. No sabe por qué pero el encuentro con Jose la ha dejado sin fuerzas para seguir hablando. Aun así, comenta lo refrescante que le parece el ceviche de langostinos y su acusado contraste de sabores. No quiere que Rosario la considere una ingrata. Ni que sospeche que ha perdido el apetito por haberse encontrado con un amigo de su hijo.

Tiene mucho sueño. Termina de comer a duras penas y duerme profundamente durante un par de horas. Su cerebro ha perdido autonomía, igual que la batería de su teléfono móvil, que cada día dura menos y necesita recargarse más a menudo.

Se despierta descansada pero sin noción espacial, como si ya hubiera emprendido un viaje al extranjero.

—Necesito un plano de París —le dice a Rosario cuando entra en el salón—. Supongo que tendré alguno en mi estudio.

Rosario está viendo la televisión en compañía de *Charlie*.

—Conéctese a Google Maps —contesta—. Es el mejor plano que conozco tanto para localizar direcciones como para orientarse por cualquier ciudad del mundo.

Celia la escucha sin moverse. Aún no ha recuperado las coordenadas espaciales del mundo real.

—Traiga la tableta —dice Rosario—. Yo la ayudo.

Pasan un buen rato deambulando virtualmente por París y sus alrededores sin levantarse del sofá. Rosario le enseña a orientarse, acercándose y alejándose en busca de una dirección determinada, así como a usar el Street View con la ayuda del muchachito amarillo, como ella misma lo llama. Celia lo observa todo mientras trata de comprenderlo. El grado de realismo gráfico de la herramienta le hace plantearse si de verdad merece la pena emprender un viaje.

—No os esperaba.

Paula está al otro lado de la puerta.

—¿Podemos pasar?

Celia, Rosario y *Charlie* han vuelto a dar un paseo hasta Chamberí, esta vez por Fuencarral hasta Quevedo, para no repetir el recorrido. Alba sale de su cuarto con su

guitarra en la mano. La deja en el suelo para abrazar primero a su abuela y luego a sus acompañantes, igual que hizo la tarde anterior.

—Tenemos que hablar.

Tras corresponder con los ojos cerrados al abrazo de su nieta, Celia se dirige al salón seguida de su hija. Rosario acompaña a Alba hasta su cuarto y *Charlie* se tumba junto a la puerta de entrada, como si ya quisiera marcharse.

—Ven conmigo a París.

Celia comienza a hablar en cuanto ambas se sientan en el sofá.

—¿A París? —repite Paula.

—Necesito ir allí.

—¿Por qué?

—Siempre he creído que la contraseña que busco era una palabra de la lengua castellana —explica Celia—. Ahora me he dado cuenta de que puede ser una palabra de otra lengua: una palabra francesa. Quiero visitar a Jacqueline y a sus hijos. Y volver al lugar donde viví.

Paula se coloca la mano izquierda en la frente.

—Lo siento —le dice en voz baja—, pero no creo que puedas volar en tu estado.

—Las cabinas de los aviones están muy bien presurizadas —contesta Celia alzando las cejas—, no tienes por qué preocuparte.

—No bromees, por favor —le pide Paula—. Y créeme cuando te digo que no puedes coger un vuelo así como así.

Celia abre los brazos.

—Por eso te pido que vengas conmigo —dice—. Eres una doctora en medicina y estoy segura de que sabrás cuidar perfectamente de tu madre.

—Sabes muy bien que mi especialidad es la pediatría.

—Los mayores somos como niños.

—No puedo irme de viaje ahora mismo.

—¿Por qué no? Tú misma dijiste ayer que necesitabas salir de aquí. Esta es tu oportunidad. No tienes que preocuparte de Alba porque puede quedarse en mi casa con Rosario. Han pasado muchas noches juntas, ¿recuerdas? Y *Charlie* se tumbará en la puerta de entrada para mayor seguridad.

Paula se cruza de brazos.

—No sé si puedo faltar al trabajo —dice.

—Dijiste que te quedaban muchos días de vacaciones —le recuerda su madre.

Y le sonrío, feliz de poder demostrar su buena memoria. Paula se levanta del sofá, impulsada por las ganas de volar a otra ciudad, pero inmediatamente vuelve a sentarse.

—¿Cuándo habías pensado salir?

—Mañana por la tarde.

—¿Estás loca?

Celia carraspea antes de contestar.

—Yo prefiero decir que el ictus me ha arrebatado parcialmente la memoria y ha cambiado algunas cosas dentro de mí —dice.

—Perdona, no quería decir eso.

—Ya tengo los billetes.

Paula duda. Se siente arrinconada. Nunca ha sido una persona impulsiva y odia que los demás hagan planes por ella.

—Prepara una maleta pequeña con solo lo imprescindible —añade Celia—. Si necesitas algo más, podrás comprarlo allí.

La mirada de Paula continúa ausente.

—¿Cómo has sacado los billetes? —pregunta volviendo a la realidad.

—Lo ha hecho Rosario.

—¿Y cómo los ha pagado?

Celia responde con naturalidad.

—Con una de esas tarjetas de crédito que hay en el cajón de mi mesilla —dice.

Se produce un silencio.

—¿Y las claves de acceso? —pregunta Paula.

—Estaban dentro de un sobre del banco, junto a la tarjeta.

Paula niega, cierra los ojos, se rasca una ceja y suspira.

—No entiendo cómo puedes ser tan confiada —exclama.

—¿Por qué dices eso?

—Le has permitido a Rosario acceder a las claves de tu tarjeta de crédito. Podría comprar cualquier cosa con ella, ordenar una transferencia a su país o sacar dinero en un cajero...

Ahora es Celia quien se levanta, apoyando todo el peso de su cuerpo en el brazo del sofá.

—Si es por eso, no te preocupes —dice muy seria—. Rosario es una mujer honesta e íntegra que solo lee biografías de grandes mujeres y libros de santas. Salimos a las cuatro y media.

La memoria espacial

—Tienes que perdonarme.

Celia y Rosario han terminado de cenar, la una junto a la otra, sentadas a la mesa de la cocina.

—Mi primera idea fue que tú me acompañaras a París —añade Celia—, pero enseguida comprendí que debía ir con Paula. Está pasándolo mal.

—No tiene por qué disculparse, señorita —contesta Rosario—. He cambiado el nombre de los billetes sin ningún problema.

—Tiene que romper con la rutina, aunque solo sea por unos días.

Rosario se levanta.

—Yo estaré encantada con Alba —dice comprensivamente—. Somos buenas amigas. Nos gusta jugar a peinarnos, maquillarnos y cantar con su guitarra.

Celia continúa sentada.

—El padre de Alba os ayudará con *Charlie* —dice.

Rosario no contesta. Lo que ha planteado Celia es tan innecesario que resultaría ridículo si no escondiera segundas intenciones.

—¿Quiere que le ayude a preparar el equipaje?

—Por favor.

Celia disfruta viendo cómo su asistente va y viene del armario a la maleta que ha dejado abierta sobre la cama. Vuelve a acordarse de su tía Paulina. No puede evitarlo. Igual que Rosario, su tía tenía el don de dignificar todo lo que hacía. Lo mismo cuando se ponía a embotar tomates triturados, judías cocidas o compotas de frutas que cuando cosía, bordaba sus iniciales en las sábanas, hacía ganchillo o descolgaba unas cortinas para lavarlas, la tía Paulina se las arreglaba para reclamar toda su admiración, igual que una diva de los escenarios interpretando un papel inolvidable.

La actividad de Rosario le contagia esa misma sensación de plenitud. En ese momento no hay en el mundo labor más devota y loable que elegir la ropa para un viaje, plegarla o enrollarla primero y encajarla después en el habitáculo de una maleta.

Aunque no acaba de comprender por qué, Rosario se sabe admirada y va explicando lo que hace en cada instante, convirtiéndose por unos minutos en una cronista de sí misma. Lo que no sabe, ni puede imaginar, es que la tía Paulina hacía exactamente lo mismo.

Charlie vuelve a dormir junto a las zapatillas de Celia por la noche. Ignora cuál es el destino final de su dueña, porque los animales no les ponen nombres a los territorios, pero sabe que se va de viaje. Y que lo hace sin él. Por eso se mueve

despacio y sin ganas, inapetente y profundamente deprimido. Celia lo reclama para acariciarlo desde la cama y, mientras lo hace, se pregunta si los perros son capaces de chantajear emocionalmente a sus dueños con sus orejas gachas y sus ojos rasgados de tristeza.

Por la mañana, dueña y perro se acomodan en la terraza a modo de despedida, ella en su sillón y él a sus pies. Celia cierra los ojos y los enfrenta al cielo. Escucha el alboroto de las aves urbanas confundido con el del tráfico. Suena como si una flota de barcos pesqueros arribara a puerto entre una nube de gaviotas excitadas por el festín. Está a punto de emprender un viaje al extranjero y no siente la inquietud orgánica que recuerda de otras ocasiones. Lo que siente es una especie de alivio interior, como si el hecho de irse de viaje con su hija la redimiese de un pecado anterior que no es capaz de recordar.

Charlie cambia de postura y dormita con una oreja levantada mientras su dueña telefona a Tobias. Quiere darle las gracias por su determinante lista de palabras y pedirle un par de favores. Sabe que es un hombre a la vez eficaz y servicial. También llama a Fran para contarle unos planes que su exmarido ya conoce por Paula.

Esta llega un poco más tarde, nerviosa y atropellada, sin parar de hablar. A Celia le recuerda la niña que fue. Solo lleva una bolsa de tela colgada del hombro y una hoja de papel que entrega a Rosario.

—He hecho una lista para que no te olvides de nada —le dice—. Alba entra en el colegio a las nueve de la mañana. Tienes que levantarla una hora antes, hora y cuarto si va a lavarse la cabeza. Vigila que se lleve unas galletas y un zumo para la hora del recreo. Los lunes sale a las seis y media porque tiene clase de guitarra. Ella te dirá si durante el fin de semana tiene algún cumpleaños o alguna otra actividad social.

—No se preocupe —la interrumpe Rosario—. He ido a buscarla muchas veces al colegio.

—Procura que haga los deberes nada más llegar a casa, de lo contrario se despista con cualquier cosa. He comprado carne y pescado. Está todo en el congelador. ¿Dónde está tu equipaje?

Dice esto último dirigiéndose a su madre.

—¿Y el tuyo?

—En el taxi que me ha traído. Está esperándonos abajo, date prisa.

Rosario entra en el dormitorio de su señorita y sale con su maleta de ruedas, mientras *Charlie* se levanta del suelo y sale a la terraza. Celia sonrío y niega, como si su boca y su cabeza no se pusieran de acuerdo. Definitivamente los perros practican el chantaje emocional con sus dueños.

—Baja al taxi y dile que tardo cinco minutos —le pide a Paula.

Y se dirige a la terraza, convencida de que debe tratar a *Charlie* con la misma paciencia que usaba con Emilio cuando se enfadaba con el mundo y se encerraba en su cuarto a la espera de que alguien le proporcionara un poco de cariño.

—Cuídamelo —le dice a Rosario.

—Márchese o el taxi les costará una fortuna.

Celia no reconoce los vestíbulos del aeropuerto ni la sala de embarque, pero sí la sensación de claustrofobia que siente cuando sube al avión, quizá porque lo hace por la puerta de popa y el fuselaje se cierra sobre el final de la escalera aumentando su estrechez.

—Si te sientes nerviosa o angustiada puedo darte un ansiolítico —le dice Paula una vez que ocupan sus asientos.

—Se me pasará enseguida —responde Celia abanicándose con la mano—. ¿Cuánto hace que no vuelo?

—No lo sé.

—Debe de hacer mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Porque no es una sensación cercana.

Paula mira a su madre con una ceja más alta que otra.

—¿Eres capaz de datar tus sensaciones? —le pregunta.

—Más o menos —responde Celia—. A veces siento cosas cercanas en el tiempo, como recién olvidadas. Otras en cambio resultan tan lejanas que parecen nuevas.

—Quizá sean nuevas.

—¿Nuevas? —Celia hace una mueca cómica—. Te recuerdo que tengo sesenta y cuatro años.

Paula no tiene más remedio que sonreír.

—En todo caso —dice—, tendrás que contarle todo esto a Ignacio en tu siguiente visita. Quizá sea un buen síntoma. ¿Dónde vamos a alojarnos?

—En un pequeño hotel que hay en la Rue Bichat, muy cerca de donde vive Jacqueline.

—¿También lo ha reservado Rosario?

—Lo ha hecho Tobias.

—¿Te has puesto en contacto con Jacqueline?

Celia no responde.

—Ni siquiera sabes si está viva —afirma Paula—, ¿no es así?

—Tobias lo está averiguando.

Paula tuerce la cabeza.

—¿No habría sido mejor comprobar si estaba viva antes de salir de casa? —dice mirándola con impaciencia.

—A quien quiero ver es a sus hijos —contesta Celia.

—¿Cuántos años tendrán ahora?

—Eugène cuarenta y ocho. Y Charlotte cuarenta y cinco.

—¿Hay alguien más a quien quieras visitar?

Celia asiente con resolución.

—Jacqueline tenía un vecino —dice mirando a Paula.

—¿Quién?

—Un chico muy guapo más joven que yo.

—Nunca me has hablado de él.

—Ni siquiera recuerdo su nombre.

Paula apoya la cabeza en el respaldo del asiento y observa los botones y las luces que hay encima de los pasajeros. Por más que lo intenta no acaba de comprender si su madre quiere ir a París para encontrar su contraseña perdida, recuperar sus recuerdos de juventud, hacer un poco de turismo o si todo es una gran excusa para que ambas pasen unos días juntas, a salvo de la realidad.

Celia también apoya la cabeza en su respaldo en cuanto el avión despegua y duerme durante la mayor parte del trayecto. Sus oídos la despiertan cuando pierden altitud. Es una sensación incómoda pero reconfortante que es capaz de recordar. Paula sigue sentada a su lado leyendo una revista. Celia consulta su reloj. Todo va según lo previsto. Tan pronto como recojan el equipaje, tomarán un taxi y se dirigirán al hotel que les ha buscado Tobias. Luego se darán un paseo por el Quai de Jemmapes.

No recuerda el nombre del vecino de Jacqueline, el chico guapo más joven que ella, pero sí recuerda haber paseado con él junto al canal de Saint-Martin, al caer la tarde. Por eso quiere volver allí. Desde que despertó del coma ha aprendido a identificar sus recuerdos con los lugares donde ocurrieron. Su memoria se ha vuelto más espacial y se siente incapaz de fijar un nuevo recuerdo o recuperar uno viejo si no va asociado a un lugar determinado.

—Temía haber olvidado mi francés.

Celia se vuelve hacia su hija con una mueca de alivio después de intercambiar unas palabras con el taxista.

—¿Por qué ibas a olvidarlo? —Paula se extraña—. Tampoco has olvidado tu español.

—Creía que las lenguas tenían que ver con la memoria.

Paula se queda pensativa una décima de segundo.

—Quizá el vocabulario dependa de la memoria —se aventura a decir, mirando la pantalla de su teléfono móvil—. Lo demás no. ¿Ya has recibido los mensajes de tu operador francés de telefonía?

Celia saca el teléfono del bolso.

—Así es.

—Entonces ya puedes usarlo —le instruye Paula—, al menos para llamar. Si quieres conectarte a Internet es mejor que esperes a tener una conexión *wifi*. Yo voy a llamar a Alba.

Celia escucha lo que dice Paula mientras trata de traducirlo al francés mentalmente, como si fuera una intérprete muda. Necesita practicar y descubrir hasta qué punto es cierto que las lenguas dependen de la memoria.

—Apenas he avanzado —confiesa a su nieta cuando Paula le pasa el teléfono—. Tengo problemas con mis pedidos.

—¿Qué te ocurre? —le pregunta Alba.

—Me piden pasteles de carne y tengo muy poco trigo. Si muelo el trigo para hacer la masa del pastel, no puedo fabricar el pienso que comen los animales y no consigo la carne.

—Tienes que sembrar más trigo.

—No sé dónde. Todos mis campos están sembrados de soja, maíz, zanahorias, patatas y calabazas. Y no puedo recoger la cosecha porque no tengo sitio en el almacén.

—Entonces debes ampliar el almacén.

—Y eso, ¿cómo se hace?

—Necesitas tablones de madera, clavos y un martillo.

—Tengo la madera pero no los clavos ni el martillo.

—Te los envío luego.

Celia cuelga satisfecha y le devuelve el teléfono a Paula. Se siente como una ejecutiva que ha resuelto un grave problema de su organización.

—Eres peor que una niña —le dice Paula.

—Soy una niña que viaja con su pediatra.

Tobias ha dejado reservada una habitación doble a su nombre en el hotel Saint-Martin, a orillas del canal. Celia firma donde le señala la recepcionista sin manifestar ninguna protesta, aunque habría preferido disponer de una habitación individual, especialmente para no tener que compartir el cuarto de baño. No sabe por qué pero siente un inevitable pudor delante de su hija, quizá porque la recuerda como una niña y ahora es una mujer seria y adulta que cuida de ella.

Se trata de una habitación exterior con un balcón que da a la confluencia de la Rue Alibert con la Rue Bichat y una tercera calle. Los edificios que quedan a la vista ofrecen sus fachadas más estrechas al cruce de calles y parecen grandes transatlánticos amarrados por la proa al mismo muelle. Solo faltan las gaviotas.

—¿Habías estado antes en París?

Madre e hija toman un sándwich a modo de cena, sentadas en una cafetería, frente a la puerta principal del Hospital de Saint-Louis.

—Pasé aquí mi luna de miel —responde Paula.

—Perdona. No lo recordaba.

—Decidimos venir por ti. Cuando era niña solías hablarme de París.

—¿Qué te decía?

—Que aquí habías pasado el mejor año de tu vida.

—¿Te hablé alguna vez del París Saint-Germain?

—¿El equipo de fútbol? Muchas veces. Me decías que algunas tardes ibas a ver

los entrenamientos.

Celia deja de comer y se acoda en la mesa, mirando a través de Paula al fondo del establecimiento.

—No lo recuerdas, ¿verdad? —dice esta.

—No entiendo cómo funciona el mecanismo de los recuerdos.

Paula agita una mano en el aire.

—Nadie lo entiende —dice—. Es un misterio incluso para los neurólogos y los psicólogos.

—Entendería que hubiera perdido un... —duda un momento—, no sé cómo llamarlo, un corpus determinado de recuerdos, algo concreto. Por ejemplo, todos los de la niñez o los de la juventud o los de una etapa cualquiera de mi vida. O que hubiera perdido todos los recuerdos divertidos. O los aburridos. O los relacionados con alguien.

—¿Por qué tendría que ser así? —pregunta Paula.

—La memoria es algo ordenado y metódico y me sorprende que el olvido sea tan aleatorio.

—Deberías escuchar al personal que trata con pacientes que sufren de Alzheimer. Son capaces de recordar lo que estudiaron en el colegio cuando eran niños pero incapaces de decir su nombre o su fecha de nacimiento.

—Ya.

—Supongo que Ignacio te habrá informado de que no hay que esperar ninguna lógica de los recuerdos.

—Me ha dicho que irán llegando poco a poco y de manera desordenada.

Terminan el sándwich y piden un descafeinado con leche y una infusión relajante.

—¿Por qué ibas a ver los entrenamientos del París Saint-Germain? —pregunta Paula, volviendo al tema que la intriga.

Celia inspira y expira en señal de derrota.

—Pronto lo averiguaremos —dice—. Ahora tenemos que dar un paseo por el Quai de Jemmapes.

Constelaciones doradas

El canal muestra un agua de honda oscuridad sobre la que brillan las luces urbanas con un perpetuo efecto estroboscópico. Celia ha telefoneado a Emilio y antes de colgar ha insistido en que Paula intercambiara unas palabras con su hermano. Esta lo ha hecho caminando unos pasos por delante de su madre en busca de un poco de privacidad. Nunca le ha gustado hablar por teléfono en su presencia.

—¿Os lleváis bien? —pregunta Celia cuando Paula se detiene, la espera y le devuelve el teléfono móvil.

Paula la coge del brazo para continuar caminando.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Tu hermano es un carácter complicado —responde Celia chasqueando la lengua—. Lo recuerdo perfectamente. De pequeño tuvo muchas dificultades para conservar a sus amigos. Siempre venía del colegio enfadado porque había discutido con alguien. No se daba cuenta de que el problema estaba en él, no en los demás.

—Yo no soy una amiga suya, mamá. Soy su hermana.

A Celia le reconfortan esas palabras, quizá porque solo subrayan lo evidente.

—¿Has ido a verle alguna vez a Buenos Aires? —pregunta.

Paula niega dos veces seguidas.

—Está muy lejos —dice.

—Eres su hermana —repite Celia—. Podrías haber ido durante el verano, a pasar unas buenas vacaciones.

—Te recuerdo que cuando aquí es verano en Buenos Aires es invierno.

—Tienes razón. Sería mejor ir en invierno. Estoy segura de que a Alba le encantaría viajar hasta allí. Y a mí también.

Paula palmea la mano de su madre un par de veces.

—No sé si en tu estado sería prudente hacer un viaje tan largo —le dice, esta vez sí, actuando deliberadamente como una profesional.

Celia se detiene delante de un puente que cruza el canal, frente a una esclusa sobre la que asciende un vuelo de escaleras peatonales. Cierra los ojos y recuerda haber visto esas escaleras en uno de los cuadros del libro sobre el Impresionismo.

—La próxima vez que hable con él le diré que venga a España este invierno —dice volviendo a mirar al frente—, cuando esté de vacaciones. Tengo muchas ganas de verlo.

—¿Recuerdas este lugar?

Han llegado al Square des Récollets, donde el canal transcurre bajo la fronda de los árboles.

—Recuerdo un montón de sitios parecidos —dice Celia—, pero no sé si porque los he visitado o por las horas que he pasado mirando los cuadros de los impresionistas.

Celia se descuelga del brazo de su hija.

—No hay en el mundo una ciudad más pictórica que esta —añade.

—¿Qué lugares recuerdas?

—La Grenouillère, el Moulin de la Galette, el Boulevard de Montmartre, la estación de Saint-Lazare, el puente de Europa...

Paula está sorprendida.

—Conste que he estado mirando el libro del Impresionismo —le advierte su madre.

Y consigue que Paula asienta primero y niegue después.

—¿Cómo puedes recordar eso y olvidar el nombre de ese vecino de Jacqueline tan guapo?

—Yo tampoco lo comprendo —responde Celia—. A veces creo que mi cerebro trata de protegerme.

—¿De qué?

—No lo sé. Solo puedo decirte que esos lugares me dieron mucha paz interior.

—Tus libros hablan con frecuencia de la paz interior.

—¿Y qué dicen?

—Dicen que la paz interior es el verdadero objetivo de la vida.

Paula termina la frase con cejas de supuesta trascendencia.

—¿Por qué estás releyendo mis libros? —pregunta Celia.

—¿Por qué no los estás releyendo tú?

Ella también se ha hecho esa pregunta varias veces.

—¿Cómo es posible que no sientas curiosidad por lo que has escrito? —insiste Paula.

—Ya te he dicho por qué. —Celia se toca la sien con un dedo—. Mi cerebro está tratando de evitarme cualquier clase de sufrimiento.

Paula se cruza de brazos sin pretender mostrarse intransigente.

—Tengo frío —dice.

Dan la vuelta y se dirigen al hotel en silencio, escuchando el taconeo de sus pasos, como si fueran dos piezas de un reloj de cuerda en movimiento. Paula se queda dormida en cuanto se tumba en la cama. Celia no. Tiene miedo de roncar, de sudar, de hablar en sueños, de que le suenen las tripas. Tiene miedo de mostrar su naturaleza orgánica delante de su hija. Y como consecuencia no se duerme hasta que la pastilla correspondiente no hace su trabajo.

Por la mañana desayunan en un pequeño comedor que hay junto a la puerta de entrada del hotel. En cada mesa hay una cesta de mimbre con dos *croissants*, dos panecillos y un surtido de pastas de té, más un cuenco con mantequilla y pequeños frascos de mermeladas de distintos colores.

—¿Qué planes tenemos para hoy? —pregunta Paula.

—Hemos quedado con Charlotte.

Paula la mira con los párpados inflamados de sueño.

—Tobias me ha mandado un mensaje —añade Celia—. La ha localizado.

—Yo también podría haberlo hecho.

—No te preocupes por eso. No sabes lo que un agente es capaz de hacer por sus representados.

—¿Eso sí lo recuerdas?

—Tobias haría cualquier cosa que le pidiera si con eso consiguiera el manuscrito de mi último libro. —Celia mira por la ventana de la salita—. Él cree que la palabra clave está aquí, en París. Por eso ha localizado a Charlotte e incluso nos ha pagado el hotel.

—¿Y si al final no encuentras la contraseña?

Celia suspira muy despacio, como quien anticipa una enorme decepción.

—En ese caso —dice—, le entregaré el fichero tal como está para que un informático lo abra y pueda acceder a su contenido.

—¿Lo harás?

—Sí, pero te ruego que no se lo digas.

Es temprano y hace fresco pero el color del cielo, azul claro como un desierto de aire, presagia un día templado. Paula lleva una mochila con espacio libre para guardar las chaquetas cuando no les hagan falta. Un taxi las conduce a la Rue Saint-Lazare, junto a la estación del mismo nombre. Celia se apea del vehículo con ganas de contrastar el París contemporáneo con el que guarda en su memoria llena de lagunas. Hay mucho tráfico y gente por todas partes, parisinos y turistas mezclados.

Paula ha telefoneado a casa para hablar con su hija primero y con Rosario después.

—Además de mandarte muchos saludos, tu asistente me ha preguntado si vas bien peinada —le dice a su madre cuando apaga el móvil—. ¿Por qué has querido venir precisamente aquí?

—Recuerdo estas calles —dice Celia—, aunque percibo algo diferente. No sé qué es. Han debido de pintar las fachadas. Todo está más limpio que antes.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero pasear, entrar en el Passage du Havre, comprarle a mi nieta un vestido bonito con algún complemento a juego. Y una bufanda del París Saint-Germain. Quiero ir al Boulevard Haussmann y llegar hasta la Ópera.

Paula toma mentalmente nota de todo, impresionada por la vitalidad que despliega su madre.

—¿Y una vez allí? —pregunta.

—Una vez allí tomaremos café.

Paula acepta el plan y, tal como hizo la noche anterior, le ofrece a su madre el brazo izquierdo. Caminan por la Rue Saint-Lazare hasta la iglesia de la Sainte-

Trinité, doblan por la Rue de la Chaussée-d'Antin, en una de cuyas tiendas compran un vestido para Alba, que es básicamente una camiseta entallada de rayas horizontales terminada en una falda de cuatro volantes, los dos interiores de tul. A Paula no le gusta. Reconoce que tiene clase y es original, pero resulta demasiado llamativo para una niña como Alba. No dice nada porque no quiere menoscabar la ilusión de su madre. Hacía muchos años que no la veía así.

Están en el Boulevard Haussmann y entran en las Galeries Lafayette, donde eligen un lazo para el pelo que hace juego con las rayas de la parte superior del vestido. Allí mismo, bajo una cúpula más propia de un teatro que de un centro comercial, se sientan unos minutos para que Celia recupere el aliento. Paula aprovecha para ir al baño.

—¿He tardado mucho? —dice cuando regresa.

—Al contrario. Todavía tenemos que esperar unos minutos antes de marcharnos.

—¿Tan cansada estás?

Celia se ha conectado a su granja virtual y niega sin levantar la mirada del móvil.

—Necesito calabazas para hacer un pastel —dice—. De lo contrario no podré completar un pedido importante.

Paula suspira y echa el peso del cuerpo sobre una de sus piernas.

—Me darán cuatrocientas setenta y cinco monedas y dos estrellas de premio —añade Celia—. Y pasaré al nivel nueve.

Paula se abstiene de decir lo que piensa. Su madre, una periodista respetada y leída por miles de personas, se ha convertido en una niña igual que Alba. Y como ella se muestra caprichosa, egoísta, presumida y juguetona, completamente ajena a lo que ha sufrido.

Suspira con indulgencia, se da la vuelta y se acoda en la barandilla más próxima, de cara al teatro de las compras. No es la única. Hay otros espectadores observándolo todo desde distintos pisos, como si ocuparan su butaca en un palco y siguieran con atención la representación en un escenario lleno de mármol, metacrilato y luces que se reflejan y multiplican para crear un planisferio de constelaciones doradas. Sin poder evitarlo, tiene la sensación de haber viajado en el tiempo y encontrarse en ese incierto futuro que la ciencia ficción no acaba de ponerse de acuerdo en definir.

—Listo —dice Celia poniéndose de pie.

—¿Ya has pasado al nivel nueve?

—A partir de ahora, además de mis gallinas, mis cerdos y mis vacas, podré criar cabras, lo que significa que fabricaré otros tipos de queso. Esta tarde, cuando llames a Alba, me la pasas un momento y se lo digo.

Salen al exterior con ojos achinados. La luz del sol ofende más directamente que las constelaciones doradas. A pesar de haber descansado un buen rato, Celia da muestras de flaqueza. Tanto es así que Paula piensa en la ridícula posibilidad de tomar un taxi hasta la Ópera.

—Por aquí llegamos en cinco minutos —propone Celia comenzando a andar.

Su resolución demuestra que, igual que el de Madrid o el de Zaragoza, conserva en la memoria el plano del centro de París. Bajan por una Rue Halévy colapsada por autobuses de todas las procedencias imaginables y se detienen un momento para admirar la fachada de la Ópera con intenciones turísticas. Nuevamente, a Celia le parece que ha sido limpiada a conciencia y muestra un tono más claro del que recordaba. No dice nada pero siente el temor de que todo a su alrededor se vuelva más y más claro hasta que la luz parisina sea tan intensa que lo haga desaparecer.

Cruzan la plaza y llegan al Boulevard des Capucines, desde donde avanzan en dirección oeste hasta la terraza de un pequeño café. En uno de sus minúsculos veladores, bajo el toldo extendido del establecimiento, hay una mujer de mediana edad con una cerveza recién servida y un periódico abierto que lee con las gafas de sol puestas.

Clases de español

—¿Charlotte?

—¿Celia?

La mujer se levanta, se quita las gafas y acepta el abrazo que le ofrece Celia después de reconocerse mutuamente. Paula las observa desde la distancia, sin atreverse a interferir en la dudosa familiaridad que puede haber entre dos personas que no se ven desde hace tantos años. Ambas son de la misma estatura, pero Charlotte es mucho más joven y conserva un tipo envidiable, resaltado por unos vaqueros ajustados, unos zapatos de tacón y el pelo recogido en una coleta.

—Mi madre me ha hablado mucho de ti —dice Paula cuando Celia las presenta—. Y de tu madre. Y también de tu hermano.

—Nosotros también hemos hablado de usted, Celia.

Dice su nombre con cierta inseguridad, como si no encontrara el modo de adaptarse a su dicción.

—Aunque debo confesarte que no te habría reconocido —dice Celia—. Es indudable que conservas tu mirada traviesa, tus labios carnosos, todas tus pecas y el corte de la cara, pero te has convertido en toda una mujer. Y yo te recuerdo como una niña de cinco años.

—Yo en cambio sí la reconozco —dice Charlotte.

—No es posible.

—Tengo un álbum de fotos de aquel tiempo —contesta Charlotte—. Y lo he estado mirando antes de venir. Era usted muy joven, es cierto, pero ya se había convertido en una mujer. Ahora simplemente se ha hecho una mujer más vieja.

Las tres ríen a la vez y su coincidencia reclama la atención del camarero. Celia pide un café con hielo y Paula un refresco de limón.

—Hace mucho calor —dice Celia.

—Estamos teniendo un tiempo estupendo —asiente Charlotte—. ¿Cuándo han llegado?

—Ayer por la noche.

—Me extrañó mucho la llamada de su agente. Creí que iba a comunicarme que usted había muerto.

Celia sonrío mientras posa su barbilla en la palma de su mano. Charlotte hace gala de una temeraria sinceridad que sin embargo resulta acogedora.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta Celia, después de dar un trago al café *frappé* que le han servido.

Charlotte inspira, hincha las mejillas y suspira mientras responde.

—Mi madre —repite muy despacio, como si estuviera recitando el título de un poema—. Está bien, supongo que puede decirse así. Vive en el campo, a una hora de París, en una residencia para enfermos de Alzheimer.

—¿En qué fase de la enfermedad se encuentra? —pregunta Paula.

—Ya no nos reconoce —contesta Charlotte—. Cuando mi hermano Eugène va a verla cree que está delante de su esposo, mi padre. Y se pone muy contenta. En cuanto a mí, unos días cree que trabajo para la Sécurité Sociale, otras me ignora, otras me abraza sin decir nada y otras me confunde con su vecina Denise, la madre de Lucien.

Celia no puede evitar un respingo de sorpresa.

—¿Se acuerda usted de Lucien? —dice Charlotte ladeando la cabeza.

—Lucien.

Celia repite el nombre mirando a Paula.

—Me acuerdo de él, cómo iba a olvidarlo —afirma con la cabeza varias veces—, aunque debo reconocer que no he sido capaz de recordar su nombre.

Charlotte se aproxima a la mesa para estar más cerca de Celia.

—Tobias me ha contado lo que le ha pasado a usted —dice en voz baja.

Esta vez es Paula quien no puede evitar un gesto de preocupación.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta.

—Que ha estado usted enferma en el hospital y se ha despertado con la memoria perdida.

Paula respira aliviada tratando de que nadie lo note.

—Puedo asegurarle que desde que mi madre está enferma —continúa diciendo Charlotte—, comprendo muy bien lo que significa tener un daño en la memoria.

Celia da otro trago al café. Agradece el comentario pero no dice nada. Paula siente una curiosidad que va más allá de su compromiso médico.

—Mi madre me ha hablado de Lucien —dice.

—Lucien Gagnier —contesta Charlotte—. ¿Qué le ha dicho?

—Que era un chico muy guapo que pasaba muchas tardes con vosotros.

—Era un hombre atractivo, sí —confirma Charlotte—. Y lo siguió siendo al menos hasta la última vez que lo vi.

—¿Mantienes algún contacto con él?

—Hace años que no nos vemos.

Paula mira a su madre. La considera capaz de llamar a su agente para que busque el paradero de Lucien Gagnier.

—Yo ahora vivo muy cerca de aquí, en Villiers —añade Charlotte—, mientras que él sigue viviendo en el piso de sus padres.

—Estamos alojadas en el hotel Saint-Martin —dice Celia.

—Lo sé —contesta Charlotte—, yo misma se lo recomendé a Tobias. Me insistió en que necesitaba un hotel que estuviera cerca de mi antigua casa, en el Quai de Jemmapes.

Se nota que el nombre de la calle le trae buenos recuerdos.

—No tengo el número de teléfono de Lucien ni nada parecido —añade después de apurar su cerveza—, pero pueden ustedes llamar a su casa si quieren verlo. Es el tercero izquierda.

Paula toma nota.

—¿Y tu hermano? —pregunta Celia—. ¿Dónde vive?

—Eugène vive en Londres —responde Charlotte—. Desde hace ya cinco años. Se casó con una inglesa. Tiene tres hijos.

—¿Y tú?

—Yo tengo un hijo. Se llama Patrick. Tiene diecinueve años y estudia ciencias políticas en la Sorbonne.

Ha pronunciado la cifra en francés.

—¿Estás casada, Charlotte? —pregunta Paula.

—Nunca lo estuve.

Niega mientras señala los vasos vacíos sobre la mesa antes de adoptar el papel de anfitriona.

—¿Qué planes tienen ustedes para comer? —pregunta.

Sin esperar ninguna respuesta, se levanta, paga al camarero y conduce a las que desde ese momento son sus invitadas hasta la estación de metro más cercana. Es hora punta y habría sido inútil tomar un taxi, según les informa mientras caminan. La línea 3 las lleva a Villiers en tan solo cuatro paradas. Celia se deja guiar obedientemente, como habría hecho *Charlie*, olfateándolo todo con una curiosidad interminable.

Charlotte vive en un ático de la Rue de Monceau, en un edificio de balcones repujados que podría estar ubicado en cualquier calle de Madrid si no fuera por las ventanas típicamente parisinas que asoman desde las buhardillas. Y por los pequeños adoquines que todavía conserva un tramo de la calle.

—Pónganse cómodas —dice señalando el salón, que es la estancia más próxima a la entrada—. Yo necesito un par de minutos para arreglar un poco la casa. No esperaba tener visitas.

Celia va al baño mientras Paula observa el acogedor desorden que reina en el salón. Hay dos revistas de decoración en uno de los sofás, además de unas gafas y unos auriculares. Sobre el otro sofá ve una manta hecha un ovillo y tres mandos a distancia.

—¿Eres decoradora?

Charlotte ha puesto la mesa en el *office* de la cocina y la ha llenado de un picoteo que resulta a la vez informal y premeditado, como si fueran a comer algo que iba a preparar de todos modos.

—Soy arquitecta.

Celia aplaude la noticia con la mirada.

—Recuerdo que dibujabas muy bien —dice entrecerrando los ojos—. Eras una verdadera artista.

—¿Dónde trabajas? —pregunta Paula.

—En una firma grande que tiene proyectos por todo el mundo.

—¿Has viajado mucho?

—Bastante, sí. La arquitectura ha dejado de ser un negocio local.

—¿Has estado en Buenos Aires? —pregunta Celia.

—Nunca he trabajado en América —dice Charlotte negando—. Aparte de proyectos en Francia y en otros países europeos como Alemania, Dinamarca o Finlandia, he vivido temporadas en Abu Dabi, Bakú, Ningbó y Lagos.

Las invitadas guardan silencio.

—Como pueden ustedes imaginar, no es una vida compatible con una familia tradicional. —Charlotte hace el gesto de haber dicho una obviedad—. Algunas veces me llevaba a Patrick conmigo, otras lo dejaba con mi madre y me iba sola. Dependía de si era verano o invierno. Y del curso escolar, de los exámenes, de su grupo de amigos, de muchas cosas.

—Puede que no sea una vida muy familiar —reconoce Celia—, pero parece muy excitante.

—Patrick habla cuatro idiomas y sabe moverse perfectamente por los aeropuertos y las estaciones de cualquier ciudad del mundo —responde Charlotte—, pero a veces me pregunto si no habría sido mejor criarlo en un lugar pequeño y accesible donde pudiera volver cuando estuviera perdido.

Celia repite mentalmente esas últimas palabras.

—¿Y ahora? —pregunta Paula mirando alrededor.

Charlotte muestra las palmas de las manos para que sus invitadas empiecen a comer, aunque Paula lo interpreta como una llamada de socorro. Se ha cansado del interrogatorio.

—Ahora llevo un par de años viviendo aquí, en este ático, con Patrick. Trabajo poco. He ganado lo suficiente para llevar una vida más tranquila. Me gusta desayunar y cenar con él cada día. A veces paseamos por el parque, que está aquí al lado, o simplemente compartimos el tiempo en el salón, él estudiando sus apuntes y yo leyendo. O viendo una película en la televisión.

Sobre la mesa hay queso fundido y *snacks* para untarlo, tres tipos de patés, una ensalada de rúcula con espárragos y lonchas de un fiambre de ave a las finas hierbas.

—Usted también tiene una vida muy emocionante —dice Charlotte refiriéndose a Celia mientras se sirve ensalada—. Mi madre me tuvo al corriente de su carrera profesional como periodista.

Celia muestra un ceño arrugado por la sorpresa.

—Usted sabe lo mucho que le gustaba a mi madre leer en su idioma —se explica Charlotte—. Al menos una vez a la semana compraba un diario español y muchas veces me leía alguno de los artículos que escribía usted para el suplemento del domingo.

Paula la interrumpe con la palma de la mano.

—Entonces también habrás leído alguno de sus libros —dice.

Ahora es Charlotte quien demuestra sorpresa.

—No sabía que había escrito ningún libro —confiesa—, aunque no sé de qué me extraño. Hace años que mi madre dejó de leer y yo he pasado mucho tiempo fuera de Europa. Prometo que buscaré sus libros y los leeré. A mí también me gusta leer en español de vez en cuando. ¿De qué tratan?

Celia unta un poco de paté en una tostada de pan integral.

—Son los artículos que escribía para el periódico —dice—. No te puedo decir mucho más porque no los recuerdo.

—¿No?

Celia niega con la tostada delante de la boca.

—Paula está leyéndolos —dice—. Puedes preguntarle a ella.

Pero Charlotte no lo hace.

—¿A qué se dedica usted? —le pregunta a Paula.

—Soy pediatra en un hospital.

Charlotte asiente mirando a Celia.

—¿Tiene usted más familia? —le pregunta.

—Tengo otro hijo —responde Celia, sacando el teléfono móvil del bolsillo—. Se llama Emilio. Es periodista y trabaja para la agencia EFE en Buenos Aires.

Y le enseña su fotografía. Charlotte se pone las gafas que cuelgan de su cuello y la mira asintiendo.

—¿Tú crees que Lucien se acordará de mí?

Celia hace la pregunta mientras guarda el móvil.

—Es profesor de español en un instituto —responde Charlotte—. O al menos lo era. Así que supongo que sí.

Paula no comprende la lógica de la respuesta.

—¿Crees que habrá leído los libros de mi madre? —dice.

—Su madre le dio clases de español —le informa Charlotte.

Paula mira a su madre para tomar nota de su reacción.

—No lo recuerdo —dice Celia.

—¿No? Lucien bajaba todas las tardes a casa para recibir sus clases particulares, mientras usted nos obligaba a mi hermano y a mí a dormir la siesta.

Celia cierra los ojos para que ninguna imagen se interponga en el esfuerzo que está haciendo por recordar.

—Y se hizo profesor de español —dice cuando vuelve a abrirlos.

—¿Cuántos años tendrá ahora? —pregunta Paula.

—Han pasado cuarenta años desde entonces —contesta Celia—, así que tendrá cerca de sesenta. Lo que no comprendo es cómo puedes acordarte de todos esos detalles.

—No me acuerdo —responde Charlotte—. Son cosas que me fue contando mi madre mientras le quedaba memoria.

Celia sonríe. Ella también le habría contado más cosas a su hija si hubiera sabido que iba a olvidarlas.

—Me gustaría tanto verla —dice.

—No creo que la reconozca a usted —responde Charlotte.

—Quizá yo tampoco pudiera reconocerla.

Charlotte se ha quedado pensativa y ausente, como si estuviera completamente sola.

— Les apetece un poco de fruta? —dice unos segundos después—. Tengo piña, bananas y manzanas.

—No es necesario, gracias.

— Les molesta si fumo?

—Estás en tu casa.

— Fuman ustedes?

Por un momento Celia tiene ganas de aceptar el cigarrillo que le ofrece Charlotte, quizá en un intento por evadirse de la somnolencia que comienza a sentir.

—Charlotte, hija —dice arrastrando la silla para ponerse de pie—. Me vas a perdonar pero necesito dormir un poco. Mi cabeza necesita recargarse cada vez más a menudo.

La aludida señala hacia su derecha.

—Por supuesto —dice—. Puede usted tumbarse en mi cama.

—No quiero molestarte —responde Celia—. Puedo acomodarme en uno de los sofás del salón.

Charlotte niega señalando a Paula.

—En el salón es donde su hija y yo vamos a tomar un t  ahora mismo.

Mamíferos

Un rumor de voces la despierta. Es un sonido tan agradable que Celia no se levanta de la cama. En vez de eso se queda escuchando con los ojos perdidos en el firmamento invisible del techo, sin mover un músculo. Así se despertaba cuando pasaba los veranos en el pueblo, escuchando la conversación que su tía Paulina mantenía con su madre, con una de sus vecinas o con el panadero, que venía cada día en una furgoneta a repartir el pan, las madalenas y las tortas. Y de paso traía el correo. Ella era entonces una niña de vacaciones, sin deberes escolares ni obligaciones domésticas. Sin nada que hacer. La dejaban levantarse tarde, cuanto más tarde mejor, porque tanto su madre como su tía consideraban que el sueño era el mejor alimento para alguien que estaba creciendo.

Extiende los brazos en cruz y bosteza. Echa de menos el hocico húmedo de *Charlie* y su oscura mirada cargada a partes iguales de lealtad y expectativas. Mueve los dedos de un pie. Luego los del otro. Y se levanta para ir al baño.

—Creo que he dormido demasiado —dice cuando aparece en el salón.

Paula y Charlotte están sentadas en uno de los sofás. En el otro hay un joven con el pelo largo y la barba poblada.

—Le presento a Patrick.

El joven se levanta y se acerca a Celia.

—¿Quiere tomar una infusión? —le dice después de besarla.

Habla un español elemental pero bien pronunciado, de los que se estudian en el colegio y se practican ocasionalmente.

—No me gustan las infusiones, gracias —dice Celia sentándose—, pero estoy hambrienta.

Y coge un par de galletas de mantequilla que hay en un plato.

—¿Qué hora es? —pregunta a continuación.

—Las cinco y media.

Patrick se sienta junto a ella.

—Tienes los ojos de tu abuela Jacqueline —dice Celia mirándolo—. Y su pelo. A Rosario le gustaría peinar una melena tan larga y lisa como la tuya.

—¿Quién es Rosario? —dice el joven.

—Una peluquera que aspira a ser una gran mujer —responde Celia.

Y se vuelve hacia el otro sofá.

—¿De qué habéis estado hablando?

Charlotte y Paula sonrían a la vez, como quien se avergüenza de haberlo pasado bien sin la compañía de quien lo pregunta.

—Hemos hablado de arquitectura —dice Paula.

—Y de arte.

—Y de niños.

—Y de hombres.

Sus sonrisas se abren y están a punto de coincidir al unísono en una carcajada. Charlotte lo evita levantándose para servir un poco de té en la taza de Paula y otro en la suya.

—Cada vez que recupero mis recuerdos necesito dormir un poco —dice Celia, quién sabe si para excusar su larga siesta o con un fin meramente divulgativo—. Y luego, cuando me despierto, me muero de hambre y necesito comer algo dulce.

Quizá está justificándose para poder comer más galletas de mantequilla.

—Yo también necesito una porción de chocolate después de dormir —dice Charlotte, señalando un cuenco con bombones que hay detrás de las galletas.

—Gracias —dice Celia cogiendo uno.

—Mi madre me ha dicho que es usted periodista.

Patrick habla mientras deja su refresco sobre la mesita.

—Ha escrito en uno de los periódicos más importantes de la España —apunta Charlotte.

Celia mueve las manos con intenciones aclaratorias.

—Es cierto que una vez fui periodista —dice mirando alternativamente a Charlotte y su hijo—, y que escribí en un periódico importante.

Hace una pausa para ordenar su discurso.

—También es cierto que escribí algunos libros y que he tenido muchos lectores, pero ahora solo soy una simple granjera.

Charlotte y Patrick guardan un silencio interrogante.

—Mamá, por favor —Paula le riñe antes de dirigirse a sus anfitriones—. No le hagáis caso. Se refiere a una aplicación de su teléfono móvil. Juega a ser una granjera con mi hija Alba. Se pasan todo el día llamándose para pedirse favores y consejos.

—¿De verdad?

—No sé cuál de las dos es más niña.

Celia esboza una sonrisa de labios apretados, como si se estuviera divirtiendo.

—Tú estudias ciencias políticas —dice mirando a su derecha.

Patrick asiente achinando los ojos con el cuello torcido, un gesto de timidez que también ha heredado de su abuela materna.

—¿A qué quieres dedicarte?

—No lo sé todavía —responde el joven—. Quizá haga la carrera diplomática.

Ha pronunciado esta última palabra en francés.

—¿Estás dispuesto a vivir fuera de tu país?

Patrick mira a su madre.

—He pasado media vida fuera de mi país —responde.

—Y además hablas cuatro idiomas —concluye Celia—. Seguro que te va muy

bien, pero debes tener en cuenta que no verás mucho a tu madre.

—¿Por qué dices eso?

A Paula le ha parecido un comentario maleducado.

—Yo tengo un hijo viviendo en Buenos Aires —explica Celia dirigiéndose a Patrick— y no lo veo desde que se marchó, hace cuatro años. Como no conservo ningún recuerdo de mi pasado reciente, es como si no lo viera desde hace una eternidad.

El silencio es esta vez solidario.

—Lo recuerdo como un muchacho tímido —continúa Celia—, inmaduro e inseguro, pero al mismo tiempo inconformista y rebelde. Y ahora es un adulto hecho y derecho. Un completo desconocido para mí.

Charlotte no puede evitar la comparación.

—Mi madre se olvidó de mí sin necesidad de cruzar ningún océano —dice con una entonación de sorpresa para no resultar melodramática—, mientras vivíamos en la misma ciudad, en la misma casa. Y ahora, las pocas veces que parece reconocermme, me trata como si fuera una niña.

Celia no se atreve a sonreír.

—Está enferma —dice.

—Tú también lo estás —apunta Paula.

Y genera un silencio incómodo, distinto de los anteriores.

—¿Por qué no va usted a visitar a su hijo? —pregunta Patrick.

—Paula cree que es un viaje demasiado largo para alguien tan sumamente enfermo como yo —contesta Celia suspirando su decepción—, pero voy a hacer lo posible para que sea él quien venga a vernos este invierno. Quizá le apetezca escaparse un fin de semana a París. De ese modo podríais conocerlo.

—Eso sería estupendo —dice Charlotte—. ¿Hasta cuándo van a estar en la ciudad?

—Nos vamos el lunes por la tarde.

—¿Tan pronto?

—Alba nos está esperando —dice Paula.

Celia piensa que a ella la estará esperando *Charlie*, pero no dice nada.

—El domingo por la mañana pensaba ir a Fontainebleau —añade Charlotte—. La residencia de mi madre está muy cerca de allí. Si les apetece pueden acompañarme, aunque les ruego que no se hagan muchas ilusiones. La Jacqueline que ustedes recuerdan ya no existe.

Celia y Paula aceptan la recomendación que les ha hecho Charlotte para volver al hotel en metro. Solo han tenido que tomar la línea 3, bajarse en République y cruzar el canal. Cerca de la boca del metro han descubierto un pequeño bistró para cenar, aunque primero se han acercado al hotel para que Paula pudiera darse una ducha.

Celia ha aprovechado esos minutos para hablar con Alba de su nuevo corral de cabras.

—¿No tienes nada que contarme? —pregunta Paula en cuanto el camarero les toma nota.

Han vuelto a cruzar el canal y se encuentran en el bistró, en la Rue Beaurepaire, sentadas junto a un gran ventanal, en una mesa para dos con una pequeña vela consumiéndose en el centro.

—No sé qué quieres decir —contesta Celia.

—He hablado con Alba y me ha contado que su padre ha ido a verla.

Celia trata infructuosamente de mantener una mirada de indolencia.

—Se han dado un paseo con *Charlie* —prosigue Paula.

—¿Y dónde está el problema?

—A Jose no le gustan los perros. Le dan alergia.

Celia descarta la opción de la indolencia.

—Solo quería liberar a Rosario de la obligación que supone pasear a *Charlie* tres veces al día —dice.

Paula cruza los brazos y se recuesta contra el respaldo de la silla.

—No lo hice por ti, palabra —añade Celia—. Solo estaba pensando en Alba y también en Jose.

—Qué considerada.

—Lo que suceda entre Jose y tú no es asunto mío.

El camarero sirve una copa de vino blanco para Paula y una cerveza sin alcohol para Celia.

—Recuerdo cuando papá y tú os separasteis —dice Paula sosteniendo la mirada de su madre—. No querías que tuviéramos ninguna relación con él.

—Estaba muy enfadada —contesta Celia—. ¿Tú no estás enfadada con Jose?

Paula niega.

—Estoy decepcionada.

El camarero reaparece con dos platos. Paula ha pedido pasta fresca con salsa de setas y Celia una crema de espárragos.

—¿Qué hicisteis en París durante vuestra luna de miel? —pregunta Celia después de terminar su plato.

Paula parece dudar un momento.

—Un poco de turismo por el día —comienza a decir—, y mucho sexo en el hotel por la noche.

Celia sonrío. Su hija ha reaccionado igual que lo habría hecho su padre, tratando de provocar su sonrojo para castigarla como merece, aunque quien acaba sonrojándose es la propia Paula.

—Perdona —dice en voz baja.

—Yo también tuve mucho sexo con tu padre durante nuestra luna de miel —responde Celia—. No tienes por qué avergonzarte.

—No puedo evitarlo.

—Yo creía que te habría servido de algo estudiar en uno de los colegios laicos más caros de Madrid.

Paula mira a su alrededor y regaña a su madre para que no hable más alto de lo necesario. No quiere discutir con ella, mucho menos en un pequeño bistró de una ciudad extranjera. El camarero se lleva los platos y trae la carta de los postres. Eso hace que guarden unos segundos de silencio mientras leen su contenido. Paula pide un *coulant* de chocolate, Celia un tiramisú.

—¿Hace mucho que os casasteis? —pregunta esta.

—Once años.

—¿Ya tenías trabajo?

—Era residente en el hospital —dice Paula—. Jose tenía un buen puesto en la empresa. Y queríamos vivir juntos.

—Esa no es razón para casarse.

—Es que también queríamos ser padres.

—¿Por qué?

Paula inspira hondo en busca de cordura, como si el aire pudiera traer algo más que oxígeno.

—Por la misma razón que tú quisiste ser madre —dice con un sarcasmo evidente.

Celia pone las dos manos sobre la mesa. Parece que va a hacer un juramento.

—No entiendo la necesidad de la maternidad —dice muy despacio y, esta vez sí, en voz muy baja—. Ni tampoco la de la paternidad.

—¿No?

—El marido de Rosario la rechazó porque no podía tener hijos. ¿No te parece absurdo?

—Somos mamíferos, mamá —le recuerda Paula—. La reproducción es una de nuestras funciones elementales.

—Somos los mamíferos que hemos creado la clase de los mamíferos —dice Celia sin quitar las manos del mantel—. Sin nuestro intelecto ninguno de los seres vivos del planeta pertenecería a ninguna clase, orden ni reino.

—¿Y eso qué tiene que ver con la maternidad?

—La maternidad no es una idea inteligente.

—Yo diría que la maternidad es una necesidad o un instinto, no una idea.

Celia levanta las manos de la mesa y las junta ante sus labios.

—Ese es el problema —dice afirmando con la cabeza—. Si de verdad pensáramos en el grado de compromiso y sacrificio que supone tener un hijo, no lo tendríamos.

Paula suspira tan fuerte que acaba resoplando y a punto está de apagar la llama de la vela. No se atreve a articular palabra por miedo a que le tiemble la voz. Lo único que puede hacer es tragar saliva disimuladamente.

—Si uno pierde a un hijo —prosigue Celia, barriendo el aire que las separa con su mano derecha—, lo pierde todo, absolutamente todo. ¿Te has fijado en Charlotte?

Vive por y para su hijo. Incluso ha abandonado su carrera profesional por él. Si algo le pasara a ese chico, ella se quedaría sin vida.

Paula se levanta de la silla a cámara lenta, procurando no hacer ningún ruido, como si estuviera interpretando un número de mímica. No quiere seguir llamando la atención de los demás comensales ni puede soportar la mezcla de cinismo y crudeza que desprende el discurso de su madre.

Tout va bien

—Yo voy a seguir paseando un poco más.

Celia habla mirando al frente, tal como se declama una consigna.

—¿Adónde vas?

Han vuelto a cruzar el canal en silencio, sin atreverse a continuar la conversación ni a cambiar de tema, y se encuentran frente a la bocacalle que conduce a su hotel.

—Tengo que comprobar una cosa —responde Celia.

Paula duda un momento, da un paso hacia atrás y se queda inmóvil.

—¿Vas a buscar el portal de Charlotte? —pregunta.

—Voy a buscar el portal de Lucien.

Un taxi libre pasa por la calzada silenciosamente.

—Te acompaño —dice Paula.

—Prefiero ir sola.

En otras circunstancias, Paula se opondría a que su madre paseara sola por una ciudad extranjera, pero esa noche no. Ya ha tenido bastante. Quizá las descarnadas palabras de Celia buscaban precisamente eso: enfadar a su hija para mandarla al hotel.

—Te esperaré aquí —dice Paula—. No tardes y lleva el móvil encendido.

Celia se ha engañado a sí misma. Llevaba toda la tarde pensándolo, desde que se ha despertado de la siesta en casa de Charlotte, pero no ha tomado la decisión de ir en busca de Lucien hasta que no ha cruzado el canal de Saint-Martin, cuando ya no había lugar ni tiempo para el arrepentimiento, como si las aguas del canal marcaran la frontera del no retorno.

Observa los portales de las casas, uno a uno. Parece una cartera, una mensajera o una agente inmobiliaria. O, dada la hora que es, uno de aquellos serenos que patrullaban las aceras cuando era joven. No recuerda el número de la casa pero sabe que no quedaba lejos del Square des Récollets y tenía una puerta doble de madera repujada. No tarda en encontrarla. Es la más grande que ha visto, la más repujada. Se detiene y mira hacia arriba, al cielo del edificio. Eso fue lo que hizo la primera vez que estuvo allí, hace cuarenta años.

Ha llamado al timbre del tercero izquierda sin obtener ninguna respuesta. Luego ha vuelto sobre sus pasos y ha encontrado a su hija sentada en el pretil del canal. Juntas han vuelto al hotel. Celia ha sacado el teléfono del bolso nada más entrar en la habitación. Paula cree que va a conectarse a su granja virtual, pero se equivoca. Lo que hace Celia es llamar a Emilio y dejar un mensaje en su buzón de voz. Quiere que se tome unas vacaciones para venir a verla. Ella no puede hacer un viaje tan largo, o

al menos eso es lo que opina su hermana, de modo que no hay otra solución.

Cuelga y se acuesta sobre la cama con la certeza de que no va a dormirse. No es lo suficientemente tarde después de la larga siesta que se ha echado en casa de Charlotte, así que permanece acostada con los ojos abiertos concentrada en el reflejo que dejan en el techo los taxis de la noche.

No sabe por qué ha ido en busca de Lucien. No siente nada por él y además ignora si vive solo, está casado o enfermo, o si su visita puede ocasionarle algún problema o resultar inoportuna, más aún a esas horas de la tarde, después de cenar. No sabe nada sobre él y no hay ninguna razón para que sienta esa creciente curiosidad que, pese a todo, no le impide dormirse a su debido tiempo.

Cuando se despierta, Paula no está en su cama y no hay luz en el cuarto de baño. Quizá ha ido a dar un paseo o se ha sentido hambrienta y ha bajado a desayunar sin esperarla para infligirle el castigo que merece su verboso discurso de la cena.

Mueve los dedos de los pies y se levanta.

—¿No te habrás duchado tú sola?

La puerta de la habitación se abre después de emitir un chasquido.

—Todavía no —responde Celia.

—Ni se te ocurra hacerlo si no estoy yo.

—¿Dónde estabas?

Paula extiende los brazos como un maniquí para que su madre vea su atuendo deportivo.

—¿Tú también haces *footing*? —dice Celia.

—Ahora se llama *running*.

Celia frunce el entrecejo. Hasta ese momento no había pensado que una palabra inglesa pudiera ser su contraseña.

—¿Y en qué se diferencia?

—En nada.

—Entonces, ¿por qué se ha cambiado de nombre?

—No lo sé. ¿Quién se ducha primero?

Paula es quien más lo necesita, así que se da una ducha rápida. Luego, todavía con la toalla enrollada en el cuerpo, sostiene a su madre por el brazo izquierdo mientras ella misma se ducha con el derecho.

—¿Qué piensas hacer esta mañana?

Celia pregunta sin mirar a su hija, vaciando con cuidado un sobre de azúcar en su café con leche. Están desayunando en la misma mesa que el día anterior.

—¿Qué piensas hacer tú? —responde Paula.

—Voy a volver a llamar al timbre de Lucien.

Paula se limpia los labios con la servilleta.

—Ni siquiera te acordabas de su nombre —dice a modo de reproche.

—Por eso mismo quiero verlo —dice Celia.

—No lo entiendo.

Celia rebusca en su bolso mientras sigue hablando.

—¿Por qué no? —dice—. ¿No es lógico que sienta curiosidad por las cosas que no recuerdo?

Ha dejado un par de folletos sobre la mesa.

—Tú puedes ir a dar un paseo —añade señalándolos— o visitar un museo. Luego te llamo y quedamos para comer.

Paula acepta el plan con resignación, consciente de que su madre está volviendo a ser la persona interesada e independiente que siempre fue. No le importa quedarse sola si es a cambio de certificar el curso de su mejoría.

Después de lavarse los dientes y pintarse los labios en la habitación, Celia vuelve al canal y camina hasta el portal de madera repujada. Son las diez de la mañana. Llama al timbre del tercero izquierda y espera una respuesta que no llega. No se atreve a insistir. No sabe qué hacer. Quizá Charlotte pueda conseguir el número de teléfono de Lucien. O tal vez podría volver al hotel y buscarlo en un listín telefónico, una vez descartada la idea de buscar su perfil en las redes sociales, algo que no podría hacer sin la ayuda de Alba.

Cruza la calzada hacia el canal. Apoyada en el pretil, ve cómo la puerta repujada se abre y aparece un perro pequinés seguido de una anciana con la correa en una mano y un bastón en la otra. Chasquea la lengua. Si se hubiera quedado junto a la puerta habría podido entrar en el edificio. No tiene más remedio que regresar junto al portero automático y esperar.

Saca su teléfono móvil y se conecta a la granja. Ya ha limpiado las cuadras y los corrales por la mañana pero tiene que repasar los nuevos pedidos que ha recibido. Necesita moras para hacer una tarta. Pulsa el icono del mercado y compra una docena por 150 monedas. Luego descubre que podría haber comprado una morera por tan solo 40, pero entonces tendría que haber esperado seis horas hasta poder recolectar los primeros frutos.

—*Bonjour.*

Una mujer morena con dos grandes bolsas se ha detenido junto ella. Las deja en el suelo para poder sacar un manojo de llaves del bolsillo y abrir la puerta. Celia guarda apresuradamente el móvil y aprovecha la oportunidad para entrar detrás de ella. Ambas esperan el ascensor juntas, sin hablarse. Celia abre la puerta y la sostiene. No parece que las bolsas pesen mucho pero son muy voluminosas.

—*Quel étage?*

Las dos van al tercero. Celia trata de recordar cuántas puertas había en cada rellano. Lo averigua unos segundos después. Son solo dos, una a la derecha y otra a la izquierda. Nuevamente coinciden ante esta última.

—*Qui cherchez-vous?*

—Lucien Gagnier.

La mujer asiente. Es ahí. Vuelve a sacar el manajo de llaves, abre la puerta y enfila el pasillo sosteniendo una bolsa delante de su cuerpo y otra detrás.

—*Monsieur Gagnier* —dice elevando la voz.

Celia no ha entrado. Se ha quedado en la puerta pensando que todavía está a tiempo de volver a coger el ascensor y salir de allí. Está paralizada por la curiosidad. No tarda en oír el chirrido de una puerta y la voz de un hombre que habla y tose a la vez.

—*Qui êtes-vous?*

La mujer se asoma al pasillo desde la última puerta a la derecha.

—Celia —responde esta. Y como la otra no desaparece, añade—: Soy una vieja amiga de *Monsieur Gagnier*.

De nuevo se oye una tos seca. La mujer desaparece y en su lugar avanza por el pasillo un hombre vestido con un albornoz.

—*Que voulez-vous?*

Habla con la voz carrasposa de un fumador empedernido.

—¿Lucien?

Es un hombre alto y corpulento, de pelo largo y canoso recogido en una coleta. El albornoz le da un aspecto feroz, casi violento. Parece un guerrero, quizá un templario recién llegado de las cruzadas.

—*Oui* —responde achinando los ojos para fijarse en el rostro de Celia—. *Qui êtes-vous?*

—Soy Celia.

Él sigue mirándola.

—Celia Ruiz Álvarez —añade ella—. La *au pair* que vivió en casa de Jacqueline Boissieu y cuidó a sus hijos Charlotte y Eugène cuando eran unos niños.

Él no mueve ni un músculo, ni siquiera respira. Celia aprovecha el momento para comenzar a reconocer su rostro, aunque sea por partes.

—¿Selia? —dice él, juntando las cejas sobre el comienzo de su nariz.

—Celia.

—*Ce n'est pas possible!*

Dice esto mientras sus ojos se abren para verificar lo evidente.

—Celia —repite, esta vez correctamente.

—*Que se passe-t-il?*

La mujer morena ha aparecido detrás de Lucien mostrando su curiosidad. Él se vuelve y la despacha con las manos.

—*Tout va bien* —le dice dos veces—. *Tout va bien.*

La mujer se marcha por el pasillo y Lucien mira de nuevo a Celia, pero esta vez sonriendo.

—Celia —repite una vez más—. No puedo creerlo.

Ella libera la tensión acumulada riendo también.

—Tu portero automático no funciona —dice.

Él asiente dejando un segundo los ojos en blanco, como quien está harto de que las cosas no funcionen.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta.

—He venido a verte.

Es todo tan evidente que resulta absurdo. Por eso vuelven a reír.

—Pasa, por favor.

Se aparta a un lado para que Celia pueda entrar. La casa huele a incienso y a suavizante para la ropa. Lucien le da la espalda para acompañarla hasta una estancia que queda a la izquierda. Al hacerlo deja a la vista la coleta de cabellos grises y oscuros, tan estrecha que parece un cigarrillo consumido.

—Tendrás que darme unos minutos.

Celia se queda sola, sentada en un sillón giratorio. No se ha dado cuenta hasta entonces pero le tiemblan las piernas. Respira profundamente un par de veces y mira a su alrededor. Se encuentra frente a un escritorio antiguo, al lado de un pequeño sofá y una mesita llena de libros. Sobre el escritorio hay una pila de folios grapados de tres en tres.

—*Voulez-vous boire quelque chose?*

La mujer morena se asoma al marco de la puerta.

—*Non, merci.*

—*Monsieur Gagnier sera bientôt de retour* —dice.

Y desaparece de la puerta, dejando el eco de sus pisadas en el aire. Celia se levanta para asomarse a la ventana del despacho, quizá con la esperanza de que tenga buenas vistas a la calle o dé al menos a una terraza llena de flores, pero no es así. No hay nada que ver, salvo un estrecho patio de luces surcado por tuberías de varios calibres.

—Celia.

El perfume de Lucien se adelanta unos segundos al sonido de su voz pronunciando el nombre de la recién llegada. Ha entrado en su despacho vestido con unos vaqueros y una camiseta de manga larga. Lleva el pelo suelto, mojado. Parece un adolescente con la cara salpicada de manchas impropias de la juventud.

—¿Quieres tomar algo?

Celia niega señalando hacia el pasillo.

—Ya me lo ha ofrecido la señora —dice.

—Yamina —contesta Lucien—. Es mi asistenta. Viene todos los sábados por la mañana y me ayuda a mantener este lugar más o menos habitable.

Se miran en silencio.

—Has engordado —dice Celia.

—En cambio tú has adelgazado.

Celia frunce el ceño en señal de sorpresa. Es cierto que ha adelgazado, pero cuando vivió en París todavía estaba más delgada.

—Tengo alguno de tus libros —dice Lucien a modo de explicación.

—¿Eres profesor?

—Soy profesor de español en un instituto —dice y señala el escritorio—. Mira. Tengo un montón de exámenes para corregir este fin de semana.

Celia coge uno de ellos.

—Alguna vez he usado tus artículos en mis clases —añade Lucien.

—¿Sí?

—A los alumnos les impresiona mucho saber que nos conocimos cuando éramos jóvenes.

Celia deja el examen en su sitio y sonríe con media boca.

—Cuando éramos jóvenes —repite, como si no pudiera creerlo—. Y sigues viviendo en la misma casa.

Lucien suspira con los labios cerrados, como si quisiera silbar, mientras se pasa la mano izquierda por un mechón de canas que ha resbalado hasta su frente.

—No siempre he vivido aquí —dice.

Celia se sienta en el sofá.

—Di clases en Chartres y en Rouen. Luego viví en Argenteuil. Y finalmente conseguí una plaza en París y me mudé a este piso cuando mi madre murió. ¿Te acuerdas de mi madre?

Celia asiente sin ninguna convicción. Todo lo que recuerda es una sombra que aparecía de vez en cuando detrás de Lucien.

—¿Tienes familia? —pregunta.

—Tengo dos hijos —responde Lucien—, ya mayores.

Celia le interroga sin mover un músculo de la cara.

—Max trabaja en Bruselas, así que no lo veo mucho, aunque de vez en cuando charlamos por Skype. Victor vive en Argenteuil con su pareja, en el mismo piso donde viví yo.

—¿Y tu esposa? —pregunta Celia.

—Murió hace siete años.

—¿Cómo se llamaba?

—Renée.

Lucien da un paso hacia atrás y se sienta en el sillón giratorio.

—¿Y tú? —dice señalándola con la barbilla.

Un cuadro de este lugar

—¿Tienes apetito?

Lucien mira el reloj que hay sobre el escritorio. Son las doce. Celia le ha estado hablando de sus hijos y de su perro. De Alba y de Rosario. Y hasta de Fran. Y de lo que le ha ocurrido, del ictus, del coma y de la memoria en movimiento.

—La verdad es que sí.

—Espera un momento.

Lucien abandona el despacho, intercambia unas palabras con su asistente y vuelve con unas gafas de sol puestas y unas llaves en la mano. Es una invitación para salir a la calle y caminar junto al canal hasta cruzarlo por uno de sus puentes. Al otro lado hay varios restaurantes.

Lucien saluda a los camareros de uno de ellos con un apretón de manos.

—Vengo casi todos los sábados y muchos domingos —dice eligiendo una mesa en un rincón—. No me gusta cocinar.

—¿Tu asistente no te hace la comida?

—Solo limpia y se lleva la ropa sucia para lavarla y traerla de vuelta al sábado siguiente.

—Deberías probar las enchiladas de Rosario.

Lucien se da cuenta de algo.

—Quizá habías planeado comer con tu hija —dice.

—No habíamos quedado en nada.

—¿Dónde está?

—Ha ido a ver un museo.

—¿Quieres llamarla?

Por toda respuesta, Celia consulta la carta que ha traído uno de los camareros. Ambos piden una cerveza sin alcohol.

—¿No tomas vino? —pregunta Lucien.

—No puedo beber alcohol.

—Yo tampoco.

—¿Estás enfermo?

—Llevo tres años sin beber.

El camarero toma nota de la comanda. Celia pide una ensalada de canónigos con pato confitado, Lucien un plato de ternera guisada con verduras.

—Yo también bebía —dice Celia cuando se quedan solos.

—¿Cuándo?

—Antes de que me diera el ictus.

—¿Por qué?

Celia se queda pensativa sin responder.

—Lo pregunto porque siempre hay una razón —añade Lucien—. Se pueden hacer muchas tonterías sin ninguna razón, pero siempre se bebe por algo.

Celia observa hipnotizada el movimiento ascendente de las burbujas de su cerveza.

—Seguro que sí —responde al fin—, pero no lo recuerdo.

Lucien apoya la barbilla en los nudillos de su mano derecha. Le cuesta ponerse en el lugar de alguien que no recuerda el origen de sus desgracias.

—La enfermedad de Renée fue muy difícil —dice susurrando—. Y muy larga. Al principio el alcohol me dio fuerzas para estar a su lado. Luego solo fue una manera de olvidarme de todo.

Celia asiente comprensivamente, aunque en realidad desearía negar con todas sus fuerzas. De pronto se siente deprimida y extraviada.

—¿Qué te ocurre?

—Echo de menos a *Charlie*, mi perro. Él sabe perfectamente cuándo necesito un poco de consuelo.

—¿Te acuerdas de lo bien que lo pasamos juntos?

Lucien también sabe dar consuelo, aunque para ello tenga que recurrir al pasado.

—Recuerdo algunas cosas —dice Celia—, pero no todo. Han pasado cuarenta años.

—¿Tanto?

Celia asiente con resignación, aceptando el peso de su respuesta.

—Tú me diste mis primeras lecciones de español —dice Lucien—. ¿Te acuerdas? Era después de comer, cuando los niños de *Madame Boissieu* dormían la siesta. Yo bajaba a tu casa y nos encerrábamos en tu habitación.

—¿Era buena profesora?

—Me hacías leer en voz alta muchos textos de distintos estilos y procedencias, me ponías ejercicios de traducción, hacíamos dictados y hasta me mandabas deberes. Fuiste tan buena profesora que luego decidí seguir estudiando tu idioma.

El camarero trae los platos, uno frío, el otro caliente. Celia mira el suyo con preocupación.

—¿Qué te pasa? —pregunta Lucien—. ¿No te gusta?

Celia trata de recomponerse bebiendo un trago de cerveza.

—No, no es eso —dice—. Es solo que no creía haber influido tanto en tu vida.

Lucien empieza a comer y sonrío mientras mastica.

—El español ya me gustaba antes de conocerte —dice para tranquilizarla—, cuando comencé a estudiarlo en el instituto. Luego me olvidé de los libros y me centré por completo en el fútbol. Y más tarde, cuando mi carrera futbolística terminó, decidí volver a estudiarlo.

Celia trata de recordar.

—¿Has jugado en el París Saint-Germain? —dice.

—Ese era mi equipo, así es —afirma él—. Veo que te acuerdas, y me alegro, pero no creas que fui una estrella ni nada parecido. El año que estuviste aquí coincidió con mi última temporada en categoría juvenil. Solo que entonces todavía no era el club importante que es ahora. Hacía poco tiempo que se había creado y ni siquiera sé si jugaba en la Ligue 1.

Celia levanta su copa para que el camarero le traiga otra cerveza.

—Luego jugué en otros equipos de la Ligue Nationale —prosigue Lucien—, hasta que mi rodilla izquierda se rompió y mi carrera terminó. *C'est fini*.

Dice todo esto mientras estudia el rostro de Celia.

—Tú viniste a verme jugar algún partido —añade.

—No lo recuerdo.

—Íbamos en el coche de alguno de mis compañeros. Jugábamos en el bosque de Saint-Germain-en-Laye, muy lejos del Quai de Jemmapes.

—Nunca me ha gustado el fútbol.

—Lo sé —dice Lucien—. Y eso era lo más halagador de todo.

Han terminado sus platos y piden la carta de los helados.

—No recordaba tu nombre —dice Celia.

Lo hace porque no quiere engañarlo de ninguna manera. Él recuerda todos los detalles y ella no.

—¿No?

—Lo siento.

—Y antes de que te diera el ictus —dice él muy serio—, ¿pensaste alguna vez en mí?

Celia abre los ojos con el estupor que produce lo absurdo, y entonces se da cuenta de que Lucien está sonriendo con los ojos.

—Seguro que sí —contesta.

Y una vez más lamenta no haber escrito un diario. Si lo hubiera hecho sabría si realmente pensaba alguna vez en él o si lo había olvidado por completo. Y no solo eso. También conocería la razón que la llevó a beber y a engordar.

Lucien mira entonces hacia la calle y deja la servilleta sobre la mesa. Actúa como si acabara de ver a alguien conocido.

—Salgamos a tomar el helado y los cafés afuera —dice levantándose con una resolución llena de juventud—. Hace un día espléndido.

Celia recoge sus cosas y sale tras él para sentarse en un velador, frente al agua del canal. El camarero sirve a cada uno una gran bola de helado de yogur con sirope de frutos rojos. Luego trae un café con leche para ella y un café solo para él.

—Esto también es culpa tuya —dice Lucien cuando a continuación le traen un vaso con cubitos de hielo—. En Francia el café frío no se sirve así.

—Lo sé.

—Cuando bajaba a casa de *Madame* Boissieu para recibir mis clases de español,

tú me invitabas a un café con hielo.

—Y a un cigarrillo.

Lucien saca una cajetilla del bolsillo.

—Exacto —afirma—. ¿Quieres?

Celia niega con la cabeza pero alarga la mano para que Lucien le dé un cigarrillo. Desconoce qué inercia es más fuerte, si la de su enfermedad o la de sus ganas de recuperar los recuerdos de juventud.

—No sé cuánto tiempo hace que no me enciendo un cigarrillo —dice cuando Lucien le ofrece fuego.

Luego da una calada con mucha cautela, como quien teme provocarse un ataque de tos, pero el humo entra en sus pulmones con inesperada fluidez, lo que significa que no ha pasado tanto tiempo desde la última vez que fumó. Seguro que fue en el interior del coche donde la encontró Álex, minutos antes de sufrir el ictus.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —pregunta Lucien.

—No tengo planes.

Celia sonríe y cierra los ojos. El aroma del cigarrillo fumado al sol del mediodía le provoca un sueño irresistible.

—¿Quieres que te lleve a alguno de los sitios que frecuentábamos?

Celia recuerda entonces un cuadro de Monet en el que hay agua dulce.

—Tengo que dormir un poco —contesta sin abrir los ojos—. No puedo evitarlo. Mi cerebro necesita desconectarse de la realidad durante un tiempo.

Lucien consulta su reloj de pulsera.

—Puedes dormir en el coche —dice calculando mentalmente— mientras yo conduzco.

—¿Adónde vamos?

—A las afueras de la ciudad. Podrás dormir tres cuartos de hora. ¿Será suficiente?

Celia asiente sin fuerzas.

—Tengo que llamar a Paula —dice.

—Quizá quiera acompañarnos —propone Lucien—. Podemos quedar con ella y pasar a recogerla.

Celia apaga su cigarrillo y comienza a marearse. Tal vez lo apaga precisamente por eso. Lucien se ha puesto en pie y pide la cuenta.

—¿O prefieres que te lleve a tu hotel y quedamos más tarde?

—No es necesario.

—En ese caso, espérame aquí mientras traigo el coche.

Celia saca del bolso su teléfono móvil y llama a Paula. Cree que va a encontrar un reproche a modo de respuesta pero todo lo que escucha es una voz amablemente apagada.

—Estoy dando un largo paseo —dice Paula—. Ya he visitado un museo y estoy hambrienta, así que voy a comer algo.

—¿Te encuentras bien?

Paula emite un suspiro que parece un lamento.

—Sí, no te preocupes —contesta—. ¿Te has encontrado con tu alumno joven y guapo?

—Así es. Hemos comido juntos y ahora vamos a dar una vuelta en coche. Te llamaba por si querías acompañarnos.

Paula rechaza la invitación.

—Nos vemos en la cena —dice—. Pórtate bien.

Cualquiera de las dos podría haber dicho estas palabras.

—Otra cosa —añade Paula antes de colgar—. Alba me ha pedido que la llames cuando puedas. Dice que es urgente pero no te apures. Es algo relacionado con tu granja.

—Mi granja —repite Celia.

Hace ya un buen rato que no cuida de sus animales. Podría conectarse en ese momento y comprobar qué ha sucedido, pero los ojos se le cierran y tiene las fuerzas justas para montarse en el coche de Lucien. En cuanto apoya la cabeza en el asiento se queda dormida, sin siquiera ponerse el cinturón de seguridad. Es Lucien quien tiene que hacerlo, antes de apagar la radio y comenzar a conducir despacio, sin prisas ni maniobras bruscas, para no despertarla.

No hay mucho tráfico, ni siquiera en la Périphérique, menos aún cuando la abandonan para dirigirse hacia Nanterre en busca del Sena. Lucien consulta el reloj del salpicadero. Han llegado en cuarenta minutos. Aparca en batería a la sombra de unos chopos y sale a fumar un cigarrillo mientras espera a que su acompañante se despierte.

—¿Dónde estamos?

Apenas han transcurrido cinco minutos.

—Adivínalo —dice Lucien, asomando la cabeza por la ventanilla.

Hay árboles por todas partes pero no están en un bosque. Huele a humedad arcillosa y las piedras del suelo son romas, tal como descubre Celia en cuanto sale del coche.

—Estamos cerca del río —dice.

—Yo diría que estamos en el río —contesta Lucien.

Celia está pensando. Siempre le han gustado los acertijos.

—¿Estamos en una isla fluvial?

—Entre Croissy y Bougival —confirma Lucien—, en La Grenouillère.

Celia frunce el ceño tratando de encontrar sentido a la excursión.

—¿Te hablé de mi gusto por los impresionistas? —dice.

—Todo el tiempo.

—¿Cómo puedes acordarte después de tantos años?

—Tú también te acordabas antes de sufrir el ictus. Te lo aseguro.

Celia tiene dificultades para sostenerle la mirada. El sol está detrás de él y lo ve a contraluz.

—No sé cómo puedes estar tan seguro —dice.

—Porque veníamos muy a menudo y nos gustaba sentarnos ahí mismo, abrazados el uno al otro, un poco más abajo.

Ella mira donde señala Lucien con ridícula curiosidad, como si fuera a encontrar un cartel luminoso o algo parecido que indicara el lugar exacto. Aquí se abrazaban Celia y Lucien. Quizá su sorpresa se debe a que es la primera vez que uno de los dos hace referencia a lo que pasó entre ellos.

Sin responder salvo con una inevitable sonrisa, vuelve al interior del coche. Lucien apaga el cigarrillo con un gesto de desconcierto. No comprende por qué se ha enfadado.

—Dime dónde era exactamente —le pide Celia un par de minutos después.

No se ha enfadado. Simplemente se ha peinado con las manos lo mejor que ha podido y se ha retocado los labios con carmín. Lucien cierra el coche y se dirige hacia el río.

—¿Aquí? —pregunta ella cuando las aguas quedan a la vista.

—Aquí mismo.

Celia observa con atención el curso del agua dulce entre la fronda de los árboles.

—No te acuerdas —dice él—, ¿verdad?

—No.

—Era al atardecer. Veníamos del Stade Georges Lefèvre, que no está muy lejos, donde yo entrenaba cada día y jugaba los partidos los fines de semana. Una tarde metí un gol de cabeza y te lo dediqué. Luego me besaste por primera vez, aquí mismo, tal como estamos ahora, a modo de agradecimiento.

Celia niega su mala suerte, preguntándose cómo es posible que haya olvidado una cosa así.

—¿Frecuentábamos algún otro lugar? —dice mirando a Lucien.

—Tú querías visitar todos los paisajes que habías visto en los cuadros de los impresionistas.

—Todos —subraya ella.

Lucien asiente convencido.

—Supongo que, en realidad, esa fue la razón que te trajo a París —dice—. La mayoría de los extranjeros venía a estudiar francés, pero tú viniste a ver esos lugares. Te los sabías de memoria. Habías admirado tantas veces esos cuadros de Monet, Pissarro, Manet y Renoir que habías logrado interiorizar su contenido. Fuimos al Moulin de la Galette, a Neuilly-sur-Seine y a Louveciennes. Recorrimos los más famosos *boulevards* de la ciudad e incluso teníamos previsto hacer un viaje a la Bretagne que no pudo ser.

—¿Por qué no?

—Porque tu amiga Carmen vino para llevarte de vuelta a España.

Celia alza las cejas para confirmarlo.

—Eso sí lo recuerdo —dice—. Carmen pasó unos días conmigo en casa de

Madame Boissieu. Vino al final de mi estancia, cuando ya estaba a punto de marcharme.

—Si ella no hubiera venido a buscarte —dice Lucien muy despacio, pensando en los tiempos verbales que debe usar—, quizá no te habrías ido.

Celia no hace ningún gesto de asentimiento. Ni siquiera lo mira. Sus ojos siguen el movimiento de las aguas del río, pero ella se siente paralizada físicamente, tal como le ocurriría a cualquiera que se encontrase ante lo que pudo haber sido y no fue.

—Todavía me parece ver las barcas de alquiler y los bañistas —dice pensando en un cuadro de Monet—, y los árboles reflejados en el agua. Y la sensación de felicidad que transmitía la escena. No recuerdo la primera vez que estuve aquí pero sí recuerdo la primera vez que vi un cuadro de este lugar.

Lucien se acerca a ella.

—Es absurdo —dice—. Vámonos.

—¿Adónde?

—Quiero explicarte cómo fue la jugada de ese gol.

Vuelven al coche y circulan junto al río en dirección norte. Celia pregunta cuánto van a tardar y aprovecha el trayecto para llamar a su nieta.

—No me digas que se han muerto mis animales —dice alarmada.

—No se han muerto porque esto es solo un juego —contesta Alba—, pero seguro que en la vida real habrías tenido problemas. Llevas varias horas sin darles de comer.

—He estado muy ocupada.

—Tienes que ser responsable.

—Lo sé, preciosa.

Celia trata de mantener la compostura. Ha esbozado una gran sonrisa y teme que la niña se dé cuenta.

—Yo puedo ocuparme de tu granja —dice Alba—. No he querido hacerlo sin tu permiso, pero recuerda que tengo tu nombre de usuaria y contraseña.

—Gracias —contesta Celia—, prefiero hacerlo yo. Te prometo que no volverá a suceder.

Guarda el teléfono en su bolso y, sin necesidad de dar ninguna explicación, comparte una sonrisa de complicidad con Lucien. Transitan por una carretera custodiada por árboles en posición de firmes que conduce a un gran claro en mitad del bosque. Allí hay varios campos de fútbol y otras instalaciones deportivas.

—Todo está más o menos igual —dice Lucien sin poder evitar una mueca de sorpresa cuando se apea del coche—. Hacía años que no venía por aquí y creía que todo habría cambiado.

Se oyen sonidos de aliento, gritos, algunos de júbilo, otros de rabia, un silbato que suena con energía y unas cuantas palmadas, señal inequívoca de que hay varios equipos entrenando. Es un recinto cerrado, circundado por una valla metálica y custodiado por un guardia de seguridad en una garita de entrada. Lucien habla con él. Se presenta como un exjugador del club con algo de nostalgia y logra que les dejen

pasar.

Se dirigen al campo que hay a la derecha.

—Tú estabas más o menos aquí —dice Lucien cuando llegan a la primera fila de asientos de una pequeña tribuna—. Yo jugué la primera parte del partido por la otra banda y la segunda por esta. Pasé por tu lado un montón de veces. *Le match était à égalité*. Cuando quedaban pocos minutos para el final, recogí un balón más o menos ahí, a la altura del círculo central y me vine hacia la banda. El extremo me dobló. Le di un pase largo y corrí hasta el punto de penalti. Él centró, yo me tiré con la cabeza por delante, como si estuviera en una piscina de hierba, y conseguí el gol de la victoria. *Ce fut un moment incroyable*. Me levanté del suelo y, antes de que mis compañeros pudieran abrazarme, te miré y te señalé con un dedo. El gol era para ti.

Todo lo inolvidable

La capacidad de Lucien para el recuerdo ha dejado a Celia desconcertada. Poco a poco, mientras él la iba poniendo al corriente de todo lo que habían vivido juntos, ella ha ido perdiendo el habla completamente abrumada. Se sentía como una alumna perezosa incapaz de aprobar una asignatura, no importa el esfuerzo que pudiera malgastar en ella. Al final se ha vuelto a dormir en el coche mientras Lucien conduce hasta la puerta del hotel.

Allí se han despedido.

—Tiene los ojos marrones —dice Celia tumbada sobre la cama, mirando el techo de la habitación—, pero a la luz del sol cambian de color y se vuelven más claros, como si fueran dos camaleones.

—Entonces, ¿sigue siendo guapo?

—Sus ojeras se han pronunciado, le quedan cuatro pelos que ha dejado crecer sin ningún cuidado y ha engordado bastante, pero sí, aún es guapo.

—Me gustaría conocerlo.

—Lo he invitado a venir mañana a Fontainebleau.

—¿Has avisado a Charlotte?

Celia niega girando el cuello, pero Paula, que también está tumbada mirando el techo, no la ve.

—Luego la llamo. No creo que le importe. Lucien me ha dicho que se han visto alguna vez.

Paula se vuelve hacia la cama de su madre.

—¿Qué habéis hecho? —pregunta.

—Hemos ido al Sena y a ver un estadio de fútbol.

—¿Habéis ido a ver un partido?

—Un partido de hace cuarenta años. Me ha explicado cómo fue un gol que me dedicó una vez.

Celia se vuelve igualmente hacia su hija.

—¿Alguna vez te hablé de todo esto? —le pregunta—. ¿De París, de Charlotte, de Jacqueline o de Lucien?

Paula se incorpora para apoyar la cabeza en la palma de su mano.

—De lo que más hablabas era de los impresionistas —responde—. Muchas veces y siempre con pasión. Incluso me animabas a dibujar tus cuadros favoritos en mi cuaderno.

Celia trata de recordar esos dibujos. Los imagina en un cuaderno cuadriculado, quizá copiados directamente del libro con la ayuda de un papel de calco para poder

colorearlos después.

—Alguna vez te oí contar que habías pasado un año estupendo en París cuidando de dos niños —añade Paula—, pero nunca supe sus nombres.

Celia se siente ingrávida sobre la cama. Ha dejado de ser una entidad corpórea y quizá por ello no siente ningún cansancio.

—¿Por qué me lo preguntas? —dice Paula volviendo a apoyar la cabeza en el almohadón.

—Porque no lo comprendo —contesta Celia—. Soy capaz de recordar un montón de cosas intrascendentes y no me acuerdo de las verdaderamente importantes.

—¿Como que un chico guapo te dedicase un gol?

Celia asiente con las manos abiertas y los dedos separados.

—¿Por qué recuerdo perfectamente el día que Carmen vino a París pero no soy capaz de recordar lo que viví junto a Lucien?

Paula espera unos segundos. Después carraspea.

—¿Es una pregunta retórica o me lo estás preguntando en serio? —dice.

—No lo sé.

—Yo tampoco. Tu neurólogo cree que no hay ningún criterio temporal ni circunstancial para que hayas olvidado unas cosas y recuerdes otras. Lo que te ha pasado responde más bien a un caos aleatorio.

Celia niega con la cabeza y esta vez, para que Paula se entere, chasquea la lengua dos veces.

—No me lo creo —dice.

—¿Por qué no?

Celia recupera la servidumbre del cuerpo durante unos segundos, los que necesita para cambiarse de postura.

—Las casualidades no existen —dice.

—¿Qué casualidades?

—Paula, tú sabes perfectamente que algo grave me sucedió en 1999.

—No empieces con eso, por favor.

Paula resopla hacia el techo.

—No recuerdo lo que fue —continúa diciendo Celia—, pero algo tuvo que ser. No encuentro otra explicación para que dejara mi trabajo y me pasara tres años sin hacer nada, ni viajar, ni escribir para el periódico, ni publicar ningún libro. Tampoco encuentro otra explicación para que me engordara tanto y me diera a la bebida hasta el punto de quedarme dormida en cualquier parte.

Celia acaricia la colcha de la cama como si fuera el pelo de *Charlie*.

—Hoy he sabido cómo fue mi aventura con Lucien, un joven alto, guapo y atlético que entendía mi admiración por los impresionistas, quería aprender mi idioma y me dedicaba sus triunfos deportivos.

—No veo dónde está la casualidad —dice Paula.

—Mi memoria ha olvidado todo lo inolvidable, tanto las cosas buenas como las

malas. Todo.

Paula no se atreve a decir nada.

—Es evidente que solo soy capaz de recordar aquello que no me compromete sentimentalmente —añade Celia—. Mi mente ha borrado todo lo demás para que no pueda causarme ningún trauma.

—Hablas de tu memoria como si fuera el disco duro de un ordenador.

—¿Acaso no lo es?

Paula mira a su madre mientras encoge los hombros.

—Tendrás que hablarlo con Ignacio —dice.

Celia le devuelve la mirada. Está convencida de que, tan pronto como tenga oportunidad, será Paula quien hable con él.

—¿Qué has estado haciendo tú? —dice cambiando de tema.

—He estado paseando —responde Paula—, paseando y pensando.

—¿Te encuentras bien?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tienes mala cara.

Paula hace un gesto de derrota.

—He tenido que buscar una farmacia de guardia —dice.

—Rosario metió una bolsa llena de medicinas en mi maleta —replica Celia, señalando hacia la mesilla con los ojos.

Paula parece dudar durante una milésima de segundo, como si llevara un buen rato debatiéndose entre decir o callar lo que finalmente acaba diciendo.

—No creo que esa bolsa pueda serme de ninguna ayuda.

—¿Por qué no? ¿Qué has comprado?

—Un test de embarazo.

Celia suspira de impaciencia, sobreactuando sin disimulo para que su hija sepa que no está para bromas.

—Lo he dejado en la repisa del baño —añade Paula—, puedes comprobarlo si quieres.

—¿Qué estás diciendo?

—Que estoy embarazada.

Celia pronuncia una exclamación invertida, inspirando ruidosamente el aire de la habitación por la boca. Es un sonido tan inesperado que Paula se levanta de la cama para sentarse junto a ella.

—No me pasa nada, tranquila —se apresura a decir Celia con una mano en el pecho—. Es solo el susto. No me esperaba que, después de lo que ha pasado con Jose, pudieras quedarte embarazada.

Paula se sostiene la cabeza con las manos mientras Celia se incorpora para apoyar la espalda en el cabecero.

—Porque es de Jose —pregunta—, ¿verdad?

Paula asiente dos veces sin separar las manos de la cabeza, como si fuera una

especie de marioneta que ella misma manejara. Celia no alcanza a comprender cómo ha podido suceder una cosa así. Y tampoco se atreve a preguntarlo.

—Un día quedamos en un bar, no lejos de casa, para hablar. Ya sabes.

Paula mira al suelo mientras habla.

—Era bastante tarde, nos entró hambre y pedimos algo de cenar, unas raciones y unos vinos. Quizá demasiados vinos. Hablamos de muchas cosas. Hablamos más que antes, más que nunca. Luego Jose me acompañó a casa y subió para darle las buenas noches a Alba. Antes de que se marchara le ofrecí un café y nos sentamos en el sofá del salón, él en su sitio y yo en el mío, como si volviéramos a estar juntos.

Ninguna de las dos aparta la mirada de donde la tiene anclada.

—No sé qué demonios pasó —continúa diciendo Paula—. Quizá necesitábamos la confirmación física de que estábamos haciendo lo correcto.

Celia niega apretando los ojos.

—Siento haberte dejado sola todo el día —dice poniendo una mano en el hombro de Paula.

—No te preocupes —responde esta, alzando al fin la mirada del suelo—. Era justo lo que necesitaba.

Celia vuelve a soñar con la calle inundada de agua, pero esta vez cree que es debido a la cercanía del canal de Saint-Martin, que se encuentra a pocos metros de su habitación. Sus aguas se han desbordado y han cubierto el hotel hasta el primer piso. Celia se asoma a la ventana en busca de una salida. Las aguas se mueven formando furiosos torbellinos. No hay posibilidad de lanzarse a ellas. Ni de que una de las barcas de La Grenouillère venga a recogerla. Su única opción es subir al piso superior, o directamente al tejado, pero hay un problema: la puerta de la habitación está cerrada con llave.

—Por regla general los médicos no creemos que los sueños tengan ningún significado —dice Paula mientras desayuna con su madre—, pero tu caso comienza a hacerme dudar. Has soñado tantas veces lo mismo que empiezo a creer que estamos equivocados.

—¿Te había contado este sueño antes de que me diera el ictus?

—Es posible.

Celia sonríe. No comprende cómo ha tardado tanto en formular esa pregunta pero, en todo caso, se alegraría de soñar lo mismo que antes de perder la memoria. No sabe explicar por qué, quizá porque lo consideraría un signo de identidad, una prueba irrefutable de que sigue siendo ella.

—¿A qué hora hemos quedado? —pregunta Paula.

—A las diez en el portal de Lucien.

Paula consulta su teléfono móvil.

—Tenemos tiempo —dice.

—No tanto como crees —contesta Celia—. ¿Lo sabe ya Jose?

La noche anterior Paula no quiso seguir hablando de su embarazo. Apagó la luz bruscamente, tan bruscamente como suele apagarse la luz eléctrica. Apretó el interruptor y se quedó muda a la vez.

—No.

—¿Cuándo vas a contárselo?

Paula deja la taza sobre el plato, se seca tranquilamente los labios con la servilleta y mira a su madre.

—No sé si voy a contárselo —dice.

Celia bebe el último sorbo de café inclinando la taza sobre su boca para que no quede ni una sola gota en su interior.

—Tiene derecho a saber que va a ser padre.

—A eso me refiero, precisamente —contesta Paula—. Todavía no he decidido si va a ser padre. O no.

Se levanta de la silla y se marcha sin despedirse. Celia no piensa ir tras ella. La conoce perfectamente y sabe que no es el momento de seguir hablando. Vuelve a la habitación para lavarse los dientes y retocarse el maquillaje. Sin la ayuda de su hija ni de su asistenta, no sabe qué hacer con su pelo y termina recogíndoselo en un moño.

A las diez en punto está apoyada en el pretil del canal, con los brazos cruzados. Ha caminado más allá del portal de madera repujada, hasta la altura del Jardín Villemin. No quiere parecer demasiado ansiosa por ver a Lucien, aunque no haya deseado otra cosa desde que se ha despertado.

Nadie entra ni sale del portal. Pasan cinco minutos de las diez. Seis. Siete. Ocho. Una vez descartada la posibilidad de que se haya equivocado de hora o de lugar, comienza a sentirse desamparada. Piensa incluso en la posibilidad de cruzar la calzada y tocar el timbre automático del tercero izquierda.

—Buenos días.

Lucien aparece por su derecha. Viste unos vaqueros, una camiseta y una americana de lino. El pelo le cubre las orejas y lleva un ramo de flores en la mano.

—He comprado esto para *Madame* Boissieu —dice mostrando el ramo—. Siempre le gustaron las flores.

—Estás muy guapo.

Lucien se mira la americana con una ceja levantada.

—Me refiero a tu pelo —explica Celia—. Te lo has soltado.

—Tú en cambio te lo has recogido.

—Más que recogido, yo diría que lo he amontonado —dice Celia—. No sé peinarme y no recuerdo si sabía hacerlo o no antes de sufrir el ataque.

Lucien mira detrás de ella.

—¿Esta es tu hija?

Celia se vuelve y descubre a Paula.

—Así es —dice señalándola—. Te presento a Lucien.

Se saludan sin besarse, dándose la mano.

—He ido a comprar unos dulces para Jacqueline —dice Paula mostrando una bandeja envuelta en papel.

Un coche se detiene junto a ellos. Charlotte baja la ventanilla y les hace un gesto para que suban. El Quai de Jemmapes solo dispone de un carril para los automóviles y, aunque es domingo y el tráfico es ligero, no hay tiempo que perder. Patrick abandona el asiento del copiloto dejando la puerta abierta para que alguien lo ocupe. Se pasa al asiento trasero y se sienta en el centro. Paula se coloca a su derecha. Celia a su izquierda.

—*Bonjour*. —Lucien se sienta junto a Charlotte—. Me alegro de verte.

—Perdonen el retraso —contesta Charlotte—. He parado un momento para comprarle unos bombones a mi madre y había mucha gente en la pastelería.

—Si algo nos sucede en el viaje y nos quedamos tirados en mitad del campo —dice Lucien muy convencido—, no nos moriremos de hambre.

Charlotte lo mira un momento mientras conduce hacia la Autoroute du Soleil.

—Llevamos dulces y bombones —añade Lucien—, e incluso en caso de extrema necesidad podemos comernos estas flores tan apetitosas.

Paula ríe la broma con un desenfado impropio, como si quisiera aprovechar la excursión dominical para olvidarse de todos sus problemas. O al menos eso es lo que le parece a Celia cuando la escucha.

—Mi madre me ha contado que eres profesor de español —dice Paula dirigiéndose a Lucien.

—Así es —responde él—. Doy clases en un *lycée*.

—¿Tienes muchos alumnos?

—Más que mis colegas que enseñan alemán.

Paula hace un gesto de sorpresa.

—Muchos alumnos prefieren aprender un idioma que no solo se habla en un país europeo, sino en toda Sudamérica.

—Incluyendo Centroamérica —puntualiza Celia.

—Yo fui uno de esos alumnos —dice Patrick, señalándose el pecho con un dedo.

Celia lo mira con curiosidad.

—¿Cómo haces para llevar la melena tan bien peinada? —le pregunta.

Charlotte emite un gruñido de impaciencia y Patrick se encoge de hombros con resignación.

—A mi madre no le gusta que lleve el pelo largo —dice.

—No solo es por el pelo —añade Charlotte—. También llevas la barba demasiado larga.

Patrick esboza una sonrisa de suficiencia.

—Recuerda que perdiste la apuesta, *maman* —dice.

Charlotte cabecea durante un par de segundos, como quien está harto de que le recuerden su derrota.

—¿Qué apuesta? —pregunta Lucien.

—La primera vez que fui a la residencia para ver a mi abuela —cuenta Patrick—, mi *maman* me pidió que me cortase el pelo y la barba. Dijo que a mi abuela no le gustaría verme así.

—No quería que se asustara —dice Charlotte—. Nunca le gustaron los hombres con mucho pelo.

—Yo me negué —añade Patrick— y tuvimos una fuerte discusión.

—Muy fuerte.

—Al final decidimos que sería la abuela quien tomaría la decisión final. Si le gustaba mi pelo y mi barba, no tendría que cortármelos. Si no le gustaban, iría a la peluquería nada más regresar a París.

—¿Y le gustó? —pregunta Paula.

—No solo eso —contesta Charlotte—. En cuanto lo vio casi se vuelve loca.

—Me cubrió las manos de besos.

—Y la cara.

—Y casi se arrodilla ante mí.

—¿Por qué? —dice Paula.

—Mi abuela es muy religiosa y mi pelo y mi barba le recordaron la imagen del mismo Jesucristo —responde Patrick—. Dijo que me parecía mucho a él, así que no tuve que ir a la peluquería.

Celia no saca su cuaderno de notas porque ha dejado el bolso en la bandeja trasera del coche, pero se dice a sí misma que tiene que apuntar esa anécdota para contársela a Rosario.

—Hay algo que me preocupa —dice Lucien—. Si a ti, que eres joven y tienes el pelo moreno y la barba medio pelirroja, tu abuela te confundió con Jesucristo, ¿con quién va a confundirme a mí, que también llevo algo de barba y el pelo tan largo como tú, aunque completamente canoso?

Se produce el silencio que suele suceder a un acertijo.

—Dado que vas con Patrick y pareces su padre —dice Celia con el ceño muy serio—, es probable que te confunda con el mismo creador del universo.

Y abre los brazos tanto como puede, que no es mucho.

Usa un sinónimo

Celia no puede creer que vaya a ser abuela de nuevo. No recuerda cómo reaccionó la primera vez, cuando Paula le contó que estaba embarazada de Alba. Ni siquiera sabe si en aquella ocasión estaba a solas con su hija o si también estaba Jose. A veces se siente prisionera de su falta de memoria, y no sabe cómo reaccionar a lo que le sucede porque carece de la experiencia mínima imprescindible.

La mira de vez en cuando a través de Patrick, pero Paula no le devuelve ni una sola de esas miradas, como si rechazara la supuesta camaradería de su madre. Así hasta que pierde el interés y centra su atención en el perfil de Lucien, las pocas veces que este se lo ofrece, que es cuando se dirige a Charlotte.

Hace ya unos kilómetros que han entrado en un bosque de abetos de un verde tan oscuro que parecen negros, carbonizados por los demás colores del paisaje. Charlotte toma un desvío a la izquierda y conduce por una carretera estrecha que termina frente a una verja de hierro forjado. Aparca el coche a un lado y guía a los demás hasta las escaleras de entrada al edificio.

Antes de subirlas, Paula se acerca a Charlotte.

—Quizá sea mejor que entres tú primero —le dice en voz baja—. Y le anuncies nuestra visita.

Charlotte duda un momento. Consulta a Patrick con la mirada. Y ambos niegan.

—Nunca sabemos cómo va a reaccionar —dice ella alzando los hombros para demostrar su desconcierto—. Unos días la encontramos animada y con ganas de hablar y otros deprimida y ausente. Es mejor que entremos todos juntos. A estas horas estará en el patio interior. Podemos sentarnos en un banco y charlar con ella.

Recorren un pasillo que brilla como recién fregado antes de acceder a una de las puertas que da al patio. Allí hay varios ancianos, casi todos en sillas de ruedas, algunos sentados en bancos o en sillas de tijera que parecen de otra época, tomando el sol entre arbustos y plantas con flores. Celia contempla la escena como si estuviera pintada en el lienzo de un impresionista.

—*Maman*.

Charlotte se ha agachado frente a una de las ancianas. Patrick se coloca junto a su madre.

—*Mamie* —dice tomando la mano de su abuela.

La anciana libera su mano para ponerla en la cabeza de Patrick y acariciar sus cabellos mientras sonrío complacida.

—Vamos a sentarnos en aquel banco —dice Charlotte señalando el centro del patio—. *Vous avez une visite très spéciale*.

Empuja la silla y la coloca frente a un banco de color verde que parece formar parte de la vegetación. Con una mano ordena a Celia y a Paula que se sienten en el centro del banco, mientras ella vuelve a colocarse en cuclillas junto a su madre.

—¿Te acuerdas de Celia Ruiz Álvarez? —dice señalándola.

Jacqueline la mira con atención. Gracias a eso, Celia tiene la oportunidad de reconocer sus ojos claros. Y su nariz puntiaguda. Y nada más, porque el resto de sus facciones, incluidos sus cabellos, resultan completamente irreconocibles.

—*Il y a quarante ans Celia s'est bien occupée de nous, d'Eugène et de moi* —dice Charlotte—. Ha venido a verte con su hija.

Paula se levanta un momento.

—Me alegro de conocerla —dice colocando los dulces en el regazo de Jacqueline.

La anciana mira el paquete. Lo coge con ambas manos y lo hace sonar. Luego mira a su izquierda, donde está su nieto, y trata de volver el cuello hacia atrás, consciente de que hay alguien más en el grupo.

—También ha venido a verte Lucien —dice Charlotte, mientras el aludido se coloca frente a Jacqueline—. *Vous souvenez-vous de Lucien?* Vivía encima de nosotros, en el tercero izquierda.

Jacqueline entorna los ojos como si reflexionara.

—¿Se ha muerto ya tu madre? —dice.

Charlotte mira a Lucien con una mueca de disculpa.

—¿Te acuerdas de Denise? —le pregunta a su madre.

—Tenía el pelo rizado, unos grandes ojos oscuros y el cutis más terso que he visto en toda mi vida —responde Jacqueline—. Siempre la envidié por eso.

Lucien se agacha para hablarle a la altura del oído.

—Mi madre murió hace años —dice.

—¿Entonces las flores son para ella?

Jacqueline señala el ramo que lleva Lucien.

—Son para usted.

—Yo no me he muerto todavía.

—Puede llevarlas a su habitación y ponerlas en un jarrón —dice Lucien—. Las he traído para eso.

—Prefiero que se las lleves a tu madre.

Lucien asiente y se incorpora. Jacqueline mira alternativamente a Celia y a Paula, escrutando sus rostros, como si estuviera buscándolas en su memoria.

—¿Quién te ha hecho ese peinado? —dice dirigiéndose a Celia.

Esta se lleva una mano al moño.

—Lo he hecho yo —confiesa suspirando—, pero reconozco que no sé peinarme.

Jacqueline saca un cepillo del bolsillo de su bata.

—Ponte aquí un momento —dice señalando a sus pies.

Lucien coloca una de las sillas de tijera delante de la anciana. Celia se sienta de espaldas a ella, de frente a Paula.

—Cuando era joven solía cepillarle el pelo a mi hermana —dice la anciana, deshaciendo el moño de Celia con las manos—. Luego me casé y se lo cepillé a mi marido. Y posteriormente a mis hijos.

—¿Cuántos hijos tiene usted? —pregunta Paula.

—*Cela dépend*. Unos días ninguno, otros tengo uno y otros dos.

Charlotte levanta un dedo para pedir la palabra.

—¿Cuántos tienes hoy? —le dice a su madre.

Esta los mira a todos antes de responder.

—Hoy cinco.

Paula y su madre se miran confundidas, quizá divertidas.

—He venido a verla desde Madrid con mi hija Paula —dice Celia.

—¿Para qué?

—Quería saludarla.

—¿Y dónde está mi hija Charlotte?

—Soy yo —responde la aludida.

—*Vous êtes ma sœur Claude* —responde Jacqueline, negando con las manos—.

Una idiota que va a casarse con un hombre que no le conviene en absoluto.

Charlotte sonrío para disimular su sorpresa.

—¿Te refieres al tío Gautier? —pregunta.

—Te pondrá los cuernos tan pronto como te descuides.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque flirtea conmigo desde la primera vez que nos vimos.

Charlotte se lleva una mano a la boca para no reírse en voz alta.

—Si soy tu hermana —pregunta señalando a su hijo—, ¿quién es este?

—*Voici Patrick* —contesta Jacqueline—. Viene mucho por aquí, casi siempre a la hora de comer. A veces se come una croqueta o dos de mi plato. Él cree que no me doy cuenta, pero no es así.

Patrick asume los cargos con un gesto cómico.

—Es tu nieto, mamá —dice Charlotte—. Y yo soy tu hija menor.

—Mi hija menor *est une jeune fille de douze ans*. Y usted es una señora hecha y derecha, así que no diga tonterías.

Jacqueline continúa cepillando el pelo de Celia muy despacio, desde el cuero cabelludo hasta las puntas, estirándolo como si quisiera alargarlo.

—¿A qué has venido? —le pregunta acercándose a su espalda para hablarle en voz baja.

Celia no tiene intención de volverse.

—Quería verla —dice mirando a Paula.

—¿Para qué?

—He perdido la memoria.

—Yo algunos días también la pierdo —dice Jacqueline—, pero lo normal es que al día siguiente la recupere, al menos durante un rato.

—Yo la estoy recuperando poco a poco.

La anciana detiene el movimiento del cepillo.

—¿Cómo haces eso? —pregunta.

—Visitando a las personas con las que he compartido mi vida.

—¿Y si se han muerto?

—Entonces visito a quienes las han sobrevivido.

Hay un silencio confundido con el trino de algunos pájaros.

—Yo a veces creo que me he muerto —dice la anciana—. Es algo que me pasa cada vez más a menudo, *surtout quand je me réveille le matin*. Es un momento espantoso y paso muchísimo miedo. Tanto que me veo obligada a imaginar algo rápidamente, *quelque chose*, un paisaje nevado de alta montaña, un barco que navega por el mar, un hombre alto y fuerte que pasea a mi lado o incluso *un monstre horrible qui est sur le point de me tuer*. Así me demuestro que estoy viva.

Celia vuelve a acordarse de Rosario. Y también de su cuaderno de notas. Un timbre ronco suena dos veces a un volumen altísimo, quizá para hacerse oír entre los trinos de los pájaros. El personal de la residencia sale al patio por distintas puertas y las sillas de ruedas comienzan a moverse.

Jacqueline se guarda el cepillo en el bolsillo y mira hacia donde está Lucien.

—¿Habéis venido al baile? —le pregunta.

—*Bien sûr* —responde Lucien sin dudar ni un segundo.

—Entonces nos vemos luego.

Un joven miembro del personal se acerca a Charlotte e intercambia unas palabras con ella antes de llevarse a Jacqueline.

—Es la hora de comer —dice Charlotte dirigiéndose a Celia y su hija—. Comprendo que es un poco pronto para ustedes pero he dicho que comeríamos todos juntos con mi madre.

Paula consulta su reloj.

—Espero que no sea ninguna molestia —dice.

—Por supuesto que no —contesta Charlotte—. Hoy es un domingo ordinario y hay pocas visitas. Sería más complicado si se celebrara alguna festividad especial.

—¿Y qué es eso del baile?

—Los domingos por la tarde ponen un poco de música para animar a los internos —explica Charlotte—. Eso es todo. Apenas hay media docena de ellos que pueden moverse para bailar, los demás siguen el ritmo con las manos o el cuello desde sus sillas de ruedas.

El joven que se ha llevado a Jacqueline los espera junto a una de las puertas de entrada al pasillo, desde donde los conduce hasta un comedor iluminado por grandes ventanales. Lucien se sienta de espaldas a uno de ellos. Celia lo hace a su lado. Patrick a continuación, frente a Paula y Charlotte. La presidencia de la mesa permanece vacía, a la espera de Jacqueline.

Patrick aprovecha la proximidad para dirigirse a Celia.

—Deme un consejo —le dice hablándole en un aparte.

—¿Perdona?

—Un consejo para un joven estudiante de ciencias políticas de una gran periodista como usted.

Celia enmudece. No se considera una gran periodista, ni esperaba una petición así en aquel momento. Tiene la sensación de que nunca, en toda su vida, ha dado un consejo a nadie. El joven la mira expectante, como si estuviera a punto de sacar un bolígrafo del bolsillo para tomar apuntes, aunque es posible que solo haya pretendido llenar el silencio de la mesa.

—No sé qué decirte.

Patrick la señala con un dedo.

—Usted ha conocido los grandes avances sociales que se produjeron tras las revueltas populares del sesenta y ocho —dice—. Ha visto cómo ha proliferado la clase media europea. Ha vivido varias crisis económicas. Ha visto caer el muro de Berlín. Ha comprobado cómo cambiaba el mundo con la llegada de Internet.

Celia es consciente de haber vivido esos acontecimientos, alguno de los cuales recuerda perfectamente, pero en su memoria todo está almacenado como algo ajeno. Y lejano. Más que vivirlo, parece haberlo visto en un documental de televisión sobre el último cuarto del siglo xx.

Comienza a afirmar varias veces con la cabeza, como si eso formara parte de su respuesta, y mira alternativamente a su hija y a Charlotte. Lo que consigue sin pretenderlo es reclamar su atención, así que ahora toda la mesa está pendiente de su respuesta.

—Está bien, te diré algo muy importante —dice Celia por fin, volviéndose hacia Patrick. Hace una pausa y añade—: No protejas todos tus documentos con la misma contraseña.

—¿Cómo?

No es que Patrick desconfíe de su oído. Simplemente cree que Celia se ha expresado en sentido figurado y no la ha entendido correctamente.

—Cuando pienses en una contraseña para proteger los documentos que contengan tus ensayos, tus conferencias, tus reflexiones o tus trabajos académicos —insiste Celia, haciendo movimientos con los dedos como si estuviera escribiendo en un teclado—, no emplees nunca la misma palabra. Más bien al contrario, piensa en distintas combinaciones de palabras, lo más variadas posible, y anótalas discretamente en alguna parte o piensa en una forma de recordarlas, de lo contrario te arriesgas a perderlo todo.

Patrick asiente muy poco convencido. Está claro que no es la clase de consejo que esperaba.

—¿Eso te ha sucedido a ti? —pregunta Lucien.

Tanto Celia como Paula asienten a la vez.

—¿Has perdido la contraseña que abre todos tus documentos?

Lucien ha bajado el volumen de su voz, quizá porque se ha dado cuenta de la seriedad del problema.

—He probado miles de combinaciones —declara Celia—, tanto de palabras solas como de palabras y números, pero no han servido de nada.

En ese momento el comedor enmudece para recibir a los ancianos, que llegan andando con sus bastones o sentados en sus sillas de ruedas, conducidos por los empleados de la residencia. Jacqueline se ha cambiado de ropa y se ha pintado los labios. Charlotte se levanta para ayuda a anclar su silla en la presidencia de la mesa.

—*Maman* —dice cuando vuelve a ocupar su asiento—. Celia está buscando una palabra que ha olvidado.

La anciana asiente sin hacer ningún gesto de sorpresa, como quien está acostumbrado a perder palabras todos los días.

—¿Y para qué la buscas? —pregunta.

—Es una palabra especial.

La anciana se queda pensativa un momento.

—Usa un sinónimo —dice.

—No puedo —contesta Celia—. Busco una palabra determinada, con todas sus letras.

—*Quelle langue?*

Celia aplaude la lucidez de Jacqueline.

—No lo sé —dice suspirando—. Antes de venir a París buscaba una palabra en español, pero ahora no estoy segura. Quizá sea una palabra en francés.

Jacqueline la mira fijamente.

—¿Te acuerdas de *Couscous*? —pregunta.

—¿El gato?

—Te gustaba mucho estar con él. Y no me negarás que su nombre no es original.

Charlotte levanta una mano.

—Se lo puse yo —dice sonriendo—, porque cuando era un cachorro y se dormía enrollado sobre sí mismo parecía un puñado de cuscús.

—Lo apunto —contesta Celia.

Uno de los empleados de la residencia se detiene junto a la mesa con un carrito y deposita un cuenco de crema de verduras delante de cada comensal.

—También te gustaba mucho jugar a las cartas —añade Jacqueline—. Y tu carta favorita era la dama de picas.

Charlotte está cada vez más sorprendida. No esperaba que la presencia de Celia fuera a resultar tan estimulante para su madre.

—No recuerdo que esa fuera mi carta favorita —replica Celia.

—Decías que se parecía a tu tía Balduina.

—Paulina.

Jacqueline no ha terminado de recordar. Está revolviendo la crema de verduras con la cuchara como si fuera su propia memoria.

—También te gustaba mucho el fútbol —dice—. Quizá tu palabra perdida sea el nombre de *un footballeur*. Tenías un novio que jugaba todos los fines de semana.

—Era yo —dice Lucien.

Jacqueline lo mira y niega convencida.

—Se trataba de un chico joven —responde sonriendo con indulgencia—. Y usted, *si je puis dire*, es un hombre mayor, demasiado mayor para llevar esos pelos tan largos.

Charlotte pone una mano sobre el antebrazo de su madre.

—*Maman* —dice apretándolo suavemente.

—¿No le gusta mi pelo? —pregunta Lucien, dispuesto a aprovechar la oportunidad de bromear con Jacqueline.

Esta niega con una franqueza que no resulta ofensiva, quizá porque parece provenir de una niña ajena a los usos sociales de los adultos.

—¿Y qué me dice de Patrick? —prosigue Lucien señalándolo.

Jacqueline mira a su nieto con curiosidad.

—Me han contado que tanto su pelo como su barba le gustan mucho.

—¿Quién ha sido?

Lucien señala ahora a la comensal que tiene enfrente.

—Su hija Charlotte —dice.

—Esta es mi hermana Claude.

—La primera vez que lo vio así dijo que se parecía a Jesucristo.

Los ojos de Jacqueline parpadean dos veces.

—Es que se parece a nuestro señor Jesucristo —dice.

Lucien se señala el pecho con la palma de la mano.

—¿Y yo no? —dice moviendo la cabeza para lucir su melena.

La anciana lo mira con el ceño muy fruncido, como si fuera a amonestarle.

—¿Cuántos años tiene usted? —le pregunta.

—Cincuenta y ocho —responde Lucien.

Jacqueline asiente dirigiéndose al resto de la mesa.

—Jesucristo murió a los treinta y tres años —dice—, cuando ni siquiera había llegado a la madurez de su vida, así que solo puede aspirar a parecerse a él quien conserve *un peu de jeunesse* en alguna parte de su ser.

La sirena de la playa

Después de comer los internos vuelven a sus habitaciones para descansar durante tres cuartos de hora. No les dejan menos tiempo para que no se duerman a media tarde, ni más para que no sufran de insomnio por la noche. Celia también necesita descansar un rato. Charlotte está dispuesta a hablar con los empleados de la residencia para que le busquen un lugar donde poder tumbarse, pero ella prefiere salir al patio.

—Gracias por hacerme de almohada —le dice a su hija cuando se despierta—. No sé qué le han echado a la comida.

—¿No te ha sentado bien?

—No es eso, pero he soñado un montón de cosas.

—Solo has dormido veinticinco minutos —contesta Paula.

—Por eso me sorprende.

—No creo que se pueda echar nada raro a una crema de verduras y un pescado a la plancha.

—Quizá haya sido por dormir al aire libre, como si fuera una indigente.

Están sentadas en uno de los bancos, a la sombra de un castaño de Indias que todavía conserva sus hojas. Paula en un extremo con las piernas estiradas. Celia a su lado, recostada sobre el asiento.

—¿Y los demás? —pregunta esta última bajando los pies al suelo.

—Han ido a dar un paseo por el bosque.

—¿No te apetecía ir con ellos?

—Estoy cansada.

—¿Quieres tumbarte en el banco?

Paula niega dos veces. Su cansancio no se soluciona tumbándose en un banco.

—Creo que me encuentro mucho mejor —dice Celia.

—El sueño es una buena medicina.

—No me refiero a eso. —Se señala la cabeza con un dedo—. Me refiero a la recuperación del ictus.

Paula se queda mirando su dedo.

—No es una sensación orgánica ni nada parecido —añade Celia—. Simplemente lo digo porque, si no fuera así, no me habrías contado lo de tu embarazo.

—No sé por qué dices eso —responde Paula—. En teoría es una buena noticia.

—Exactamente por eso, porque solo es una buena noticia en teoría.

Paula duda un momento. Es cierto que necesita hablar con alguien de lo que le está sucediendo, pero no quiere arriesgarse a perjudicar la salud de su madre.

—Si tengo un hijo de Jose tendré que volver a vivir con él —dice por fin.

—Alba te lo agradecerá.

Paula niega y chasquea la lengua.

—No puedo condenarme a volver con una persona con la que no deseo vivir — dice.

—Pues no te condenes —contesta Celia.

—Eso es exactamente lo que estoy pensando.

—No sé lo que estás pensando. Yo me refiero a que puedes tener el hijo de Jose y vivir donde te dé la gana.

Paula mira a su madre con una ceja levantada.

—¿Y cómo se lo explico a Alba?

Celia se pone de pie, se alisa la falda con las dos manos y, aprovechando que su cabeza queda a la altura de la de su hija, se encara con ella.

—¿Y cómo le explicarías que ha estado a punto de tener un hermano? —le dice.

—No tengo que dar ninguna explicación —contesta Paula levantándose también—. Nadie sabe que estoy embarazada.

—Lo sé yo.

—Tú no sabes nada.

Paula se ha sentado de nuevo.

—¿Qué es lo que no sé? —pregunta Celia.

Paula se contiene. Vuelve a dudar. Es consciente de que no debe seguir hablando con su madre en ese tono.

—No sabes lo que significa vivir con una persona que te pone de mal humor y es capaz de convertirme en un ser negativo y rencoroso al que ni siquiera tú misma soportas.

Celia observa a su hija con curiosidad, sin reconocerla, mientras piensa en una respuesta apropiada.

—Déjalo —añade Paula, cruzando los brazos.

El timbre de la residencia vuelve a sonar con un zumbido ronco y grave.

—¿Por qué crees que nos separamos tu padre y yo? —dice Celia.

Y se aleja hacia el interior de la residencia sin esperar a su hija. Se dirige a los servicios para lavarse la cara. Necesita maquillarse de nuevo. Después volverá al pasillo con el teléfono móvil en la mano.

—¿Has dado de comer a tus animales? —le pregunta Alba en cuanto escucha su voz.

—Todo está bajo control —responde Celia—. Tengo una buena reserva de cereales en el almacén y acabo de sembrar una nueva cosecha.

—Me alegro.

—El problema es que estoy empezando a recibir pedidos de telas y prendas de vestir.

—Eso es porque has subido de nivel. Tienes que comprar una tejedora y confeccionar las prendas que te pidan usando la lana que obtienes de las ovejas y el

algodón de tus campos.

A Celia le sorprende la cantidad de cosas que pueden aprenderse con un simple juego.

—¿Y tú? —decide cambiar de tema—. ¿Estás cuidando bien de *Charlie*?

—Lo sacamos tres veces todos los días —cuenta la niña—. Por las mañanas y por las noches con Rosario y al mediodía con mi padre.

—Entonces, ¿lo estás pasando bien?

—Hoy sí. Estoy con *Charlie* y con mi padre en la Casa de Campo. Hemos venido a dar un paseo.

—¿Y Rosario?

—Le hemos dado el día libre para que fuera a visitar a su hermana y sus sobrinos. ¿Y mamá y tú? ¿Os estáis divirtiendo?

—Por supuesto. Ahora mismo vamos a un baile.

—¿De verdad?

Del fondo del pasillo llega un rumor de voces y pasos mezclado con un chirriar de sillas de ruedas. Celia guarda el teléfono en el bolso y entra en un salón de planta rectangular en el que hay una televisión apagada, unos altavoces y un montón de sillas alineadas contra tres de sus paredes.

—¿Qué tal la siesta?

Lucien y Patrick toman café en una esquina del salón.

—¿Quieres un café? —Lucien señala la pared en la que no hay ninguna silla—. Hay una cafetera en una de esas mesas.

—Y dulces de hojaldre y nata —añade Patrick.

—Tomaré un café con leche.

—¿Y Paula?

—Vendrá más tarde.

Por los altavoces se escucha un pitido insoportable, seguido de una voz que da la bienvenida a los presentes y anuncia el programa musical de la tarde. La voz corresponde a uno de los empleados de la residencia, que se ha vestido con un traje de cuadros de colores chillones y una pajarita.

—Nunca había visto a un maestro de ceremonias vestido así —comenta Patrick, trayendo el café con leche para Celia.

—Se ha vestido así para llamar la atención de los presentes —replica Celia—. Es lo mismo que hacen los magos, los payasos y algunas mujeres que conozco.

Suena una polca interpretada por una banda de instrumentos de viento. Celia observa a los internos. Cada uno sigue el ritmo de la música según sus posibilidades motoras. Algunos mueven las manos, otros los pies, hay quien solo mueve la cabeza de un lado a otro con los ojos cerrados.

Charlotte está de pie junto a Jacqueline en la pared que hay frente a la cafetera. Varios internos bailan en el centro del salón, hombres con mujeres y mujeres juntas. Y ancianos que bailan con las empleadas de la residencia en actitud seria y

concentrada, tal vez creyendo protagonizar un sueño. Incluso hay algún interno que, pese al volumen de la música, se ha quedado dormido en su silla.

Paula entra en el salón con la mirada ausente. Saluda a Jacqueline y se sienta a su lado. Charlotte aprovecha la ocasión para acercarse a Lucien.

—Mi madre quiere que la saques a bailar —le dice.

Patrick mira a Celia y ambos sonríen.

—A mi abuela le encanta bailar.

—¿Cómo se puede bailar en una silla de ruedas? —pregunta Celia.

Lucien no se hace de rogar. Se pasa las dos manos por su melena, se levanta las solapas de la americana y camina hacia Jacqueline con una parsimonia impostada. Después de hacerle una reverencia que tiene más de cómico que de elegante, la levanta de la silla de ruedas como si fuera una niña pequeña y coloca sus pies sobre los suyos con la ayuda de Paula.

Inmediatamente Celia echa de menos su cuaderno. Quiere apuntar varias palabras que le vienen a la mente. No esperaba que bailar con una anciana inválida pudiera resultar tan sencillo. Pero lo es, o al menos lo parece viendo cómo Lucien se mueve hacia delante y hacia atrás dando pequeños pasos, sin dejar de sonreír mientras sujeta con firmeza a Jacqueline.

—¿Quiere bailar?

Patrick ha formulado la pregunta sin esperar ninguna respuesta, tomando a Celia de la mano y conduciéndola al centro de la sala, entre las demás parejas.

—Yo creía que a la gente joven no le gustaba este tipo de música —dice Celia.

Es evidente que se siente incómoda y trata de crear una pantalla de intimidad con sus palabras.

—En realidad, no me gusta —responde Patrick, señalando con la barbilla hacia el frente—, pero quiero bailar a la vez que mi abuela.

Celia no cree que Patrick pudiera bailar directamente con Jacqueline. No tiene la fuerza de Lucien, ni su pericia. Y quién sabe cómo anda de paciencia. Por lo demás, baila sin sentido del ritmo, no es capaz de seguir una conversación a la vez y la pisa dos veces.

Cuando la música termina, Charlotte acerca la silla de ruedas para que la anciana vuelva a sentarse. Lucien se quita entonces la americana, la cuelga en el respaldo de una de las sillas y se abanica con una mano. Tiene calor.

—¿Qué es eso?

Celia se ha acercado a él señalando su brazo izquierdo.

—Es un tatuaje —responde Lucien.

Y le muestra el brazo contraído para que pueda ver una sirena recostada en una playa de vello corporal.

—Me lo hice un verano que pasé en Marsella —añade sonriendo—, cuando solo tenía diecisiete años.

Celia se lleva la mano izquierda a la garganta.

—Tengo mucha sed —dice en voz baja.

—Te traeré un refresco.

Lucien desaparece y Celia se sienta en la primera silla que encuentra, junto a un anciano que se ajusta el audífono para escuchar la música. No puede separar la mano de su cuello. Siente un calor insoportable que se convierte en una sensación claustrofóbica, como si estuviera prisionera en una mazmorra de fuego. Por suerte para ella, Paula está hablando con Jacqueline y no se ha dado cuenta de nada.

—Tienes la cara muy roja —dice Lucien, ofreciéndole una lata de limonada—. ¿Quieres que salgamos fuera?

Celia bebe apresuradamente, como si llevara semanas en la mazmorra o hubiera estado caminando por un desierto. La limonada le resbala por la comisura de los labios y le cae por el escote. Necesita algo para limpiarse.

—No hace mucho soñé con un hombre que llevaba un tatuaje en el brazo —dice sacando un pañuelo del bolso.

Lucien se sienta a su lado.

—¿Era yo?

—Eso creo.

—Entonces puedo considerarme el hombre de tus sueños.

El ardor de la garganta desciende hasta el estómago y Celia deja de estar sedienta. Ahora lo que tiene es un apetito indomable, salvaje, como el de un bebé recién nacido.

—Bailemos —dice.

Y se levanta de la silla con el ímpetu que le causa la mirada de preocupación de Paula, visible desde el otro extremo del salón. Lucien se acerca a ella, le pasa el brazo derecho por la cintura y la acerca a su cuerpo. Están tan cerca el uno del otro que Celia es incapaz de enfocarlos con la mirada.

—No recuerdo si hemos bailado alguna vez —dice en un susurro.

Lucien niega en señal de sorpresa.

—Lo hemos hecho muchas veces —responde—, casi siempre en casa de Jacqueline, cuando ella salía a cenar con sus amigas.

—¿Sí?

—Tú te quedabas cuidando de Charlotte y su hermano y yo bajaba a pasar la velada con vosotros con mi pequeño tocadiscos y todos los vinilos que tenía, que entonces no eran muchos. ¿No lo recuerdas?

—No.

—A los niños les encantaba bailar.

Celia siente que la proximidad de Lucien está calmando la desazón de su estómago.

—Una vez fuimos a bailar a una barcaza que había amarrada en el Port de la Gare —continúa diciendo él.

Y la mira fijamente para que trate de recordarlo, pero ella no hace ningún

esfuerzo. Se ha rendido. Sabe que los recuerdos aparecen por sorpresa, a veces a traición, incluso en sueños. De nada sirve tratar de convocarlos.

—A ti te gustó mucho la experiencia porque parecía que estábamos bailando en el Moulin de la Galette —añade.

—No sé cómo puedes acordarte de esos detalles —dice Celia.

—Ese día es difícil de olvidar.

—¿Qué pasó?

—Fue tu último día en París.

La voz del presentador interrumpe la música porque un anciano quiere dedicarle la siguiente pieza a una de las cuidadoras. La sala aplaude. Celia no se ha separado ni un milímetro de Lucien por miedo a volver a sentir el calor en la boca del estómago.

—Si fue mi último día en París —dice Celia—, también estaría Carmen.

—Estaba Carmen, sí —confirma Lucien—, pero a ella no le gustó mucho vernos bailar.

—¿Por qué no?

Lucien duda un instante. No sabe si debe seguir hablando.

—Creo que estaba celosa —dice.

Celia agita la cabeza. No solo no recuerda, tampoco comprende.

—¿Tú crees? —exclama—. No estoy segura de que fueras su tipo.

Lucien eleva las cejas y estira los labios sin pretender sonreír.

—Yo no era su tipo —responde—, pero tú sí.

—Yo sí —repite Celia.

—Luego pasamos nuestra última noche juntos y a la mañana siguiente os fuisteis los dos.

—¿Pasamos la noche los tres juntos?

Lucien tuerce el cuello para mirar a Celia de reojo.

—Carmen se fue a dormir a casa de Jacqueline —responde alejando a Celia con los brazos para que dé una vuelta sobre sí misma—, mientras tú y yo pasábamos la noche en mi casa con cuidado de no hacer ruido para no despertar a mi madre, que dormía en el cuarto de al lado.

Quién sabe si por la mirada de reojo de Lucien, la brusca rotación de su cuerpo o la insinuación sobre Carmen, Celia se ha mareado y no puede seguir bailando. Para disimular su inestabilidad se echa literalmente en los brazos de Lucien, como si hubiera tropezado. Este se da cuenta de que algo va mal y la acompaña hasta la misma silla que ha ocupado antes.

—¿Estás bien?

Celia cierra los ojos y se frota los párpados.

—Necesito comer algo —dice.

Lucien está confuso. Primero ha tenido que ir en busca de una limonada y ahora tiene que conseguir algo de comer. Se acerca a la mesa de la cafetera y se lleva una bandeja de profiteroles con nata. Celia se come uno sin ningún cuidado, ansiosa por

sentir la textura del alimento en su boca.

—No sé qué me pasa —dice aceptando el pañuelo de papel que le ofrece Lucien para limpiarse la comisura de los labios.

—¿Quieres que avise a tu hija?

Celia no puede negar con la cabeza.

—No, por favor —dice haciéndolo con un dedo—. Eso no.

Lucien muestra las palmas de sus manos.

—¿Te duele algo?

—No, solo tengo sed y un apetito como no recordaba haber sentido nunca.

—Tal vez no deberíamos haber bailado.

—No ha sido por el baile.

—¿Entonces?

Celia apoya una mano sobre el brazo izquierdo de Lucien y lo tuerce para dejar a la vista su tatuaje.

—Hacía tanto tiempo que no la veía —dice suspirando.

Un lugar inexistente

—¿Estás mejor?

Lucien y Celia han salido al patio y están sentados en un banco. La tarde se ha enfriado y el aire en la cara resulta tan estimulante como el agua del lavabo.

—Creo que hacía demasiado calor ahí dentro —responde Celia—. Y además te has puesto la americana y la sirena ha desaparecido.

Lucien se mira el brazo.

—Te advierto que puede reaparecer en cualquier momento.

—Lo sé —contesta Celia, sonriendo un segundo—. Lo que no entiendo es por qué me ha afectado tanto volver a verla.

—Quizá porque regresó a tu memoria en forma de sueño.

Celia niega convencida.

—He recuperado otros recuerdos así y nunca me ha pasado nada.

—¿Entonces?

—En cuanto la he visto he sentido una gran cantidad de energía en mi interior, algo imposible de gobernar, como si tuviera unas enormes ganas de vivir y estuviera condenada a muerte.

Lucien trata de comprender lo que está sucediendo.

—¿Estás enferma? —dice con preocupación.

—Estoy mayor.

—No exageres.

—Acabo de sentir la energía de la juventud y, en vez de llenarme de vida y energía, me he quedado sin fuerzas y me he mareado. Supongo que es una prueba irrefutable de que estoy mayor.

La puerta por la que han salido al patio se ha abierto.

—¿Qué ha pasado?

Paula se acerca a ellos sin disimular una prisa en cierto modo histérica.

—Solo se ha mareado un poco y ha sido por mi culpa —dice Lucien poniéndose la palma de la mano en el pecho—. La he sacado a bailar y lo hemos hecho con la misma energía que hace cuarenta años.

Paula eleva una ceja de incredulidad y se pone en cuclillas para estar a la altura de su madre.

—¿Quieres mirarme la pupila con una linterna, tomarme el pulso en la muñeca o prefieres que te saque la lengua? —pregunta Celia mirándola a los ojos.

—No es necesario que te pongas borde conmigo —responde Paula.

—Tampoco es necesario que me sigas a todas partes.

—No te estoy siguiendo —dice Paula—. He salido en busca de Lucien. Jacqueline quiere bailar otra vez.

Lucien se levanta suspirando.

—El deber me llama —dice.

Paula le ofrece una mano a su madre.

—¿Entramos?

—Si no os importa —responde Celia—, preferiría quedarme unos minutos aquí afuera.

—¿Me quedo contigo? —dice Paula.

—Gracias, pero me gustaría estar sola. Solo serán unos minutos.

Lucien hace un gesto con la cabeza para que Paula lo acompañe. Celia estira las piernas, se quita los zapatos, coloca un pie sobre el otro y se abandona a la sombra del jardín, tratando de mimetizarse entre las plantas y los arbustos. No quiere pensar en nada ni en nadie, ni siquiera en Carmen. Solo necesita eso, respirar y recuperar el equilibrio antes de volver a levantarse.

Pasados unos minutos saca el teléfono móvil del bolso y se conecta a su granja. Eso contribuirá a calmarla. Compra una tejedora, esquila sus ovejas y siembra una tercera parte de sus cultivos de algodón. Y después sonríe. La próxima vez que se conecte al juego podrá disponer de telas para confeccionar las prendas que le han pedido.

Se incorpora para ponerse los zapatos. Antes de guardar el teléfono, consulta la hora que aparece en la pantalla. Es mediodía en Buenos Aires y cree que una conversación con Emilio terminará de recomponerla. No sabe cómo explicarlo pero cada vez que habla con él siente un alivio orgánico, como si se quitara un peso de encima.

Marca su número y espera.

—¿Diga?

La voz de una niña la desconcierta.

—¿Emilio? —dice.

—Abuela —escucha que responde la niña.

—¿Alba?

No puede seguir hablando porque la llamada se interrumpe bruscamente y todo lo que queda en el aire es el eco de un pitido electrónico. Ha debido de equivocarse al marcar. Repasa el número al que ha llamado: es el de Emilio. No se ha equivocado. Vuelve a llamar pero esta vez nadie contesta de ninguna manera, ni siquiera con un mensaje grabado para notificar que el número marcado no existe o está fuera de cobertura. Nada.

Se pone de pie y trata de pensar en lo que ha podido suceder. Quizá su teléfono no funciona bien y accidentalmente se ha marcado el número de la última llamada registrada, que ha sido el de su nieta Alba. Insiste nuevamente sin ninguna fortuna. Tal vez Emilio esté pasando el domingo con alguien, una amiga o un compañero de

trabajo que tiene una niña y esta, al contestar al teléfono y escuchar su voz, la ha confundido con su abuela. Era una voz muy parecida a la de Alba pero podría tratarse de otra niña, al fin y al cabo todas las voces se parecen un poco cuando cruzan el océano en una onda electromagnética.

Se queda mirando el teléfono con curiosidad. Le da la vuelta, lo sopesa en la mano, lo mira de perfil. En realidad está esperando que suene, porque lo lógico es que la niña, sea quien sea, le haya contado a Emilio lo que ha pasado y este le devuelva la llamada enseguida.

Sin embargo el teléfono no suena ni vibra ni da ninguna otra señal de vida, así que Celia decide llamar a Alba para preguntarle si ha recibido una llamada suya hace cinco minutos.

—¿Me has visto bailar con Jacqueline?

La llamada se ha establecido pero nadie la ha contestado. Celia ha colgado y ha vuelto al salón frotándose los brazos para entrar en calor. Lucien se ha quitado la americana.

—Lo siento, no.

—Esta vez hemos dado una vuelta completa y el público nos ha aplaudido.

Lucien se da cuenta de que Celia está muerta de frío. Coge la americana del respaldo de la silla y se la pone sobre los hombros.

—¿Tienes un teléfono? —le dice ella en un susurro.

—Claro.

Lucien saca su teléfono del bolsillo.

—¿Necesitas llamar a alguien? —pregunta dándoselo.

Celia asiente mientras trata de ponerlo en marcha.

—Mi móvil no funciona bien —dice.

Sin dar más explicaciones, regresa al patio y encuentra a Paula sentada en un banco.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta.

—He salido para poder hablar por teléfono —contesta Paula.

Celia se siente incómoda. Lleva un teléfono móvil en cada mano, como si quisiera hablar con dos personas a la vez.

—¿A quién estás llamando? —pregunta Paula.

—A tu hermano, pero no me contesta.

—Es domingo.

Celia frunce el ceño sin comprender.

—Quizá haya desconectado el teléfono para no recibir llamadas relacionadas con el trabajo —añade Paula.

—Es posible, sí —admite Celia—. ¿Con quién hablabas tú?

—Con Alba.

—Yo también he hablado antes con ella.

—Me lo ha dicho.

Celia se sienta junto a su hija.

—¿Qué es exactamente lo que te ha dicho? —pregunta.

Paula es consciente de que algo no va bien.

—Que te vas a comprar una tejedora para confeccionar prendas de lana y algodón —dice con la sonrisa forzada de quien se siente interrogada—. ¿Qué querías que me dijera?

Celia está a punto de confesar lo que ha pasado con las llamadas de teléfono pero algo, quizá el tacto de las mangas de la americana que lleva puesta, le impide hacerlo.

—Le he contado que íbamos a un baile —dice despreocupadamente.

Paula lo sabe.

—Me ha preguntado si lo habíamos pasado bien —contesta—, y si habíamos bailado mucho.

—Le habrás dicho que tú no.

—Le he dicho que tú sí.

Se miran en silencio durante unos segundos. Saben que no se han contado toda la verdad. La puerta del patio se abre y Lucien las reclama señalándose la muñeca izquierda. Se ha hecho tarde y ha llegado el momento de despedirse de Jacqueline. Después de todo lo vivido, la anciana está cansada y en la residencia se cena temprano.

Madre e hija cruzan el patio andando muy juntas, como si una fuera la sombra de la otra. Vuelven al salón. El baile ya ha terminado. Algunos internos han regresado a sus habitaciones. Otros, como Jacqueline, se están despidiendo de sus invitados.

Charlotte se ha puesto la chaqueta y se ha acercado a su madre para besarla en la frente.

—Hazme caso, te lo ruego —le dice la anciana—, y no te cases con ese hombre. No te conviene en absoluto. Es mejor que pruebes suerte con este que has traído hoy. Es mucho más alto y fuerte, tiene el pelo largo y fácil de peinar. Y además baila muy bien.

Dice esto señalando a Lucien.

—¿Se ha muerto ya tu madre? —le pregunta.

—Ya le he dicho antes que sí —responde él, acercándose a la silla de ruedas.

—Pues entonces dile que venga a verme algún día.

Charlotte habla al oído de su madre.

—*Maman*, la señora Denise está muerta —le dice.

—¿Y qué?

—No puede venir a visitarte.

—*Pourquoi pas?*

Hay una mueca traviesa en el rostro de la anciana.

—*Toutes les nuits* viene a visitarme algún muerto —dice—, y me encantaría

volver a ver a Denise. Tenemos mucho de que hablar.

—No se preocupe —responde Lucien muy serio—. En cuanto vea a mi madre, le diré que venga por aquí.

Patrick también besa a su abuela, lo mismo que Paula y Celia.

—¿Tú eres la que ha perdido una palabra importante? —le dice a esta última, a quien retiene a su lado sujetándola por el brazo—. ¿Sabes adónde tienes que ir a buscarla?

Jacqueline hace una pausa para que Celia responda.

—¿Adónde?

—A la infancia.

Celia asiente sin saber qué decir. La infancia queda tan lejos del presente que parece un lugar inexistente.

—La infancia —repite en voz baja.

La anciana la mira a los ojos antes de soltar su brazo.

—Aprendemos la mayor parte de las palabras durante la infancia —dice mientras tanto—. ¿Dónde pasaste la tuya?

—En un pueblo de la provincia de Zaragoza —responde Celia.

Y Jacqueline le guiña un ojo, mientras uno de los empleados empuja su silla hacia el otro extremo del pasillo.

—¿Un cigarrillo antes de partir?

Patrick y Lucien salen a fumar acompañados por Celia. Paula y Charlotte aprovechan para ir al baño. Celia no quiere separarse de Lucien. Necesita sentir su calor y su humedad, de lo contrario se arriesga a sufrir el ardor del fuego en algún punto de su sistema digestivo. Por eso no acompaña a su hija y a Charlotte y luego, cuando ambas regresan, le pide a Paula que ocupe el asiento del copiloto mientras ella se sienta detrás, entre Lucien y Patrick.

—Estarás más cómoda en el asiento delantero —protesta Paula.

—Necesito dormir un poco —contesta Celia—, y prefiero recostarme sobre alguien. Si no, se me cae la cabeza.

—En ese caso me pongo a tu lado en el asiento trasero.

—Ya he dormido una siesta sobre ti —rechaza Celia—. Ahora lo haré sobre Lucien, si a él no le importa.

Lucien abre los brazos en señal de acogida. Paula se sienta junto a Charlotte y Celia se acomoda entre sus dos acompañantes. Apoya la cabeza en el hombro de Lucien y cierra los ojos disfrutando tanto del vaivén del coche como de la cercanía del hombre de sus sueños.

Antes de abandonar el bosque de Fontainebleau se ha dormido.

Lejos del presente

—Creo que tu hija se ha molestado por no haberla invitado a venir con nosotros.

Celia y Lucien están sentados en el sofá del salón.

—Yo también estoy molesta con ella —responde Celia.

—¿Por qué?

—Porque no me cuenta toda la verdad.

Lucien no quiere hablar de verdades incompletas, no al menos en ese momento, por eso responde con una prisa inoportuna, cambiando de tema y hasta de postura en el sofá.

—No esperaba que pasaras conmigo tu última noche en París —dice—, aquí, en mi casa.

—¿No es eso lo que hice hace cuarenta años?

—¿Lo recuerdas?

—No recuerdo nada. Solo lo que tú me has contado. Ni siquiera soy consciente de que Carmen sintiera algo por mí.

Lucien le muestra las palmas de las manos.

—Era algo evidente —dice—, al menos para mí.

—¿Te conté algo sobre ella?

—Me dijiste que era tu mejor amiga.

Celia parece dudar un momento.

—¿Tú crees que yo sentía algo por Carmen? —dice, por fin—. Aparte de la amistad, me refiero.

Lucien niega tan despacio que parece estar recorriendo con la vista las paredes de su salón.

—Yo creo que tú sentías algo por mí.

Es una respuesta sincera y exenta de presunciones. La mera constatación de un hecho. Celia se levanta, quién sabe si para separarse de Lucien o para acercarse a las fotografías que hay expuestas en una mesita auxiliar, junto a la pared.

—En realidad —dice señalando una de ellas—, todavía no sé si debo quedarme contigo o volver con Paula. ¿Esta es tu mujer?

Lucien asiente desde el sofá.

—Tenía el pelo más corto que tú —dice Celia.

—Era muy guapa.

Celia se vuelve hacia él con el ceño interrogante.

—¿Alguna vez le dedicaste un gol?

Lucien se cruza de brazos y la mira sin comprender sus intenciones.

—No sé.

—Haz memoria y respóndeme.

—Creo que no. —Ha tardado unos segundos en decirlo—. Cuando comencé a salir con ella ya había dejado el fútbol.

—¿Tuviste alguna novia antes que ella? —continúa preguntando Celia.

—Unas cuantas, sí.

—¿Alguna vez le dedicaste un gol a cualquiera de ellas?

La sonrisa de Lucien se ha convertido en una mueca de impaciencia.

—¿Por qué quieres saber una cosa así? —pregunta.

—Estoy buscando una razón para quedarme contigo.

—¿Necesitas una razón para quedarte conmigo?

Celia inspira y expira con fuerza. Luego mira al techo, carraspea y se encara con Lucien.

—Mi hija no lo está pasando bien —le dice—. Nada bien. Y me siento culpable por haberla dejado sola.

—¿Qué es lo que le sucede?

—Está embarazada.

—Eso no es nada malo.

Celia niega agitando las manos.

—Lo es si te acabas de separar de tu marido —dice muy deprisa, como si quisiera pronunciar un trabalenguas—, y el hijo que esperas es suyo.

Es un argumento incontestable y Lucien no tiene más remedio que asentir con los labios pegados.

—Aparte del tuyo, solo recuerdo haber dedicado un gol en toda mi carrera —dice levantándose del sofá—, y fue a mi madre, una de las pocas veces que vino a verme jugar.

Celia señala la puerta del pasillo.

—Vuelvo a estar hambrienta —dice.

Cenan en la cocina, en una mesa de madera sin mantel, una ensalada de patatas cocidas acompañadas de varias hortalizas que encuentran en el frigorífico. Lucien se defiende en la cocina sin alardes ni imaginación, como quien se ha acostumbrado a comer siempre lo mismo. Celia sirve la ensalada mientras él abre una botella de vino blanco.

—Dijiste que no bebías alcohol desde hace tres años —dice ella.

—Y así es —contesta Lucien llenando dos copas—, pero hoy es una noche especial. Un poco de vino no puede hacernos daño.

Deja la botella sobre la mesa.

—Por la memoria —dice levantando su copa.

—Y también por el olvido.

Juntan sus copas y beben un sorbo. Celia lo hace cerrando los ojos, concentrada en el aroma, la temperatura y el gusto afrutado del vino.

—¿Te gusta? —pregunta él.

—Tal vez no necesite tomar mi pastilla para dormir esta noche.

—No dejaré que bebas tanto.

—Supongo que luego me invitarás a un cigarrillo —dice Celia comenzando a cenar—. Puestos a saltarnos las prohibiciones médicas, hagámoslo de dos en dos.

Lucien la señala con un dedo.

—¿Cuánto tiempo falta para que dejen de tratarte como una convaleciente? —le pregunta.

Ella encoge los hombros y estira los labios.

—No lo sé —contesta—. Depende de mi médico. O de mi hija. Quizá sea una convaleciente para el resto de mi vida.

Lucien se limpia con la servilleta y toma su copa.

—No puede ser —dice después de beber un sorbo—. Algún día tienes que recuperarte.

—Voy recobrando la memoria muy despacio y de la manera más desordenada y aleatoria posible.

Lucien deja la copa y se la queda mirando con una expresión severa.

—La memoria no es tan necesaria como piensas —dice—. ¿Crees que hace falta algún tipo de recuerdo para seguir viviendo?

Por toda respuesta Celia también toma un sorbo de vino.

—No sé si eres consciente o no —prosigue Lucien—, pero desde que estamos juntos no me has hablado ni una sola vez del futuro. Solo hablas del pasado.

—Te recuerdo que necesito encontrar mi palabra perdida —responde ella.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? —Celia está asombrada—. Necesito abrir mis documentos y publicar mi siguiente libro. No sabes la alegría que va a llevarse mi agente cuando eso suceda.

—¿Y luego qué? —Lucien la mira con ojos inquisitivos—. ¿Qué planes tienes para el futuro?

Celia no responde. Está ocupada haciendo un cálculo mental. Siente que el futuro está mucho más próximo que la infancia, pero es prácticamente igual de inexistente. Lucien tiene razón. Desde que despertó del coma todo lo que ha vivido tiene relación con el pasado.

—Yo sé cómo era el futuro con el que soñabas hace cuarenta años.

Mientras rellena las copas, Lucien comprende que está diciendo algo que Celia no recuerda.

—¿Cómo era? —pregunta ella.

—Querías escribir en un periódico de tirada nacional.

Celia asiente.

—No querías casarte ni tener hijos antes de los treinta.

—¿No?

—Querías viajar por África y Sudamérica.

Celia se extraña. No reconoce sus propios sueños.

—Y querías tener una casa a la orilla del mar —añade Lucien.

—¿Sí?

—Querías pasar tanto tiempo como fuera posible a la orilla del mar.

Celia deja la servilleta sobre la mesa y se levanta. No se encuentra mal ni necesita nada. No sabe por qué se ha levantado. Simplemente no ha podido permanecer sentada.

—La orilla del mar —repite.

—Es difícil creer que hayas podido olvidar algo así.

—A mí lo que me parece extraño es que puedas recordarlo tú.

Lucien suspira con resolución, casi con violencia.

—Lo recuerdo muy bien —dice asintiendo—. Estábamos ahí mismo, en el que entonces era mi cuarto, tumbados en la cama, desnudos y hablando en susurros.

Celia vuelve a sentarse.

—Paula dice que tengo una casa en la playa.

—No la recuerdas.

—Ni siquiera sé cuándo estuve allí por última vez.

—Tienes que ir —dice Lucien.

Y da por terminada la conversación, levantándose para recoger los platos de la mesa. Teme que Celia se abrume con los recuerdos y decida marcharse al hotel con su hija.

—¿Quieres algo de postre?

Celia también se ha levantado, pero esta vez lentamente y apoyándose en la mesa, como si de pronto, después de haber estado hablando del futuro, se hubiera convertido en una anciana.

—Estoy muy cansada —dice—. Ha sido un día muy largo.

—¿Qué quieres hacer?

—¿Dónde está el baño?

Lucien señala hacia el pasillo.

—La primera puerta a la derecha —dice.

—¿Y tu dormitorio?

—La siguiente puerta.

—Te espero allí.

Cuando unos minutos después entra en el dormitorio, Celia no se atreve a desnudarse. No es una cuestión de pudor sino de conciencia estética. No le gusta su cuerpo y no quiere exhibirlo delante de nadie, menos aún delante de un hombre como Lucien. Se quita los zapatos y se acuesta en el lado izquierdo de la cama tal como va vestida. Luego cierra los ojos y espera.

—He olvidado comprar una bufanda del París Saint-Germain para mi nieta —dice cuando entra Lucien.

—Tengo varias en mi cuarto —responde él—. Puedes llevarte la que más te guste.

Es entonces cuando Celia abre los ojos.

—¿Quieres dormir? —le pregunta él.

—Todavía no, acércate y tumbate a mi lado.

Lucien lo hace a su derecha.

—¿Es aquí donde te confesé mis sueños de futuro? —pregunta Celia.

—Este es el dormitorio de mis padres —responde Lucien, señalando con el brazo a su izquierda—. Me lo dijiste en el cuarto de al lado, que era donde yo dormía por aquel entonces.

Posa el brazo sobre el hombro de Celia y sumerge la mano en su cuero cabelludo, provocándole un escalofrío que resulta audible.

—¿Te encuentras bien?

Celia asiente confundida.

—No es nada —dice elevando las caderas para acercarse a él—. Es solo que tengo la sensación de que hacía siglos que no estaba en la cama con un hombre.

—¿No tuviste ninguna pareja después de tu divorcio?

—No lo sé, supongo que sí, pero debe de hacer mucho tiempo porque es una sensación muy lejana.

Lucien sigue acariciando su cabeza.

—No sé si te lo he dicho —ella tiene la necesidad de seguir hablando—, pero de alguna manera puedo distinguir una sensación lejana de otra más cercana.

—¿Aunque no las recuerdes?

—Aunque no las recuerde. Y te aseguro que lo que estoy sintiendo ahora está muy lejos del presente.

Se miran invitándose a respirar a la vez. Luego cierran los ojos, vuelven a abrirlos y se reencuentran. Se cogen las manos, se sueltan, entrecruzan los dedos, se aproximan para que las manos lleguen a la espalda. Y se abrazan.

—¿Tienes algo que pueda ponerme?

Celia se ha separado un momento de Lucien.

—¿Quieres un pijama?

—O una bata.

Lucien se dirige al armario que hay frente a la cama. Se pone de puntillas para bajar una caja de cartón de la que saca una bata cuidadosamente plegada.

—¿Era de tu esposa? —pregunta Celia.

Lucien niega.

—De mi madre.

A Celia le habría gustado más vestir una prenda de su esposa, pero no dice nada. Lucien sale del dormitorio para ir al baño. Celia aprovecha para quitarse la ropa y ponerse la bata. Él vuelve enseguida vistiendo únicamente un pantalón de pijama.

—No recordaba que fueras tan peludo.

Celia observa el pecho de Lucien, enredando sus ojos en el vello que comienza en

sus pectorales y baja hasta el vientre. Se siente más segura ahora que ha conseguido desnudarse sin mostrar su cuerpo ajado por el alcohol, la falta de ejercicio y el peso perdido desde que sufrió el ataque.

—Eso es porque hace cuarenta años todo ese vello era rubio y apenas se veía —dice Lucien.

—Aunque hubiera sido moreno, tampoco lo recordaría.

—Yo sí recuerdo tu cuerpo —dice Lucien.

—Ha cambiado mucho —se lamenta Celia—. Tanto que apenas lo reconozco.

—Tienes las mismas pecas.

Lucien le coge la mano derecha y la coloca sobre su pecho. La espalda de Celia se tensa, como si hubiera recibido un doloroso latigazo. Su mano se mueve con curiosidad mientras ella sonríe entrecortadamente. Por un momento cree estar acariciando el lomo de *Charlie*, pero es solo un espejismo de familiaridad para soportar la desazón que vuelve a sentir en la boca del estómago. Se siente tan hambrienta como si no hubiera cenado, como si no hubiera comido en varios días.

—Necesito un vaso de agua —dice incorporándose en la cama.

Lucien se sienta a su lado.

—Si tienes sed, puedo traerte otra cosa —contesta.

—Tengo que tomar mi medicación.

Nada que decir

Celia se despierta muy temprano, cuando aún no ha amanecido. Lo sabe porque la luz que entra por la ventana tiene la fluorescencia de las farolas. Cree haber dormido muy superficialmente, aunque recuerda haber soñado. En realidad no recuerda el sueño que ha tenido, solo la sensación de virtualidad que ha precedido al momento de despertarse. Durante unos segundos ha creído ser otra persona viviendo una vida ajena y feliz.

Se vuelve hacia el otro lado de la cama, donde está la espalda de Lucien. Recuerda haberse dormido en sus brazos poco después de tomar sus pastillas, muy lentamente, como si su cuerpo se hubiera dormido por partes, comenzando por los pies y terminando por los ojos. También recuerda haberse despertado más tarde, cuando él le abrió la bata y comenzó a acariciar sus pecas, una por una.

—¿Ya estás despierta?

Lucien se peina la melena con las dos manos antes de volverse hacia ella.

—Nunca puedo dormir mucho tiempo el día que emprendo un viaje —contesta Celia.

Otra vez se reflejan el uno en el otro.

—No tienes por qué emprender ningún viaje —dice Lucien—. Esta vez nadie ha venido a buscarte a París.

Celia estira los labios y eleva los pómulos. Es casi un gesto de dolor.

—No puedo dejar que Paula vuelva sola —contesta—. No en su estado.

—No le pasará nada.

—Ya lo sé, pero tengo que volver.

—¿Para qué?

—Hay algo que debo averiguar.

Lucien resopla con los párpados apretados.

—¿No estarás refiriéndote a tu contraseña? —dice.

—Por supuesto que no.

—¿Entonces?

—Tengo que averiguar a quién pertenece un número de teléfono.

Lucien achina los ojos como si tratara de vislumbrar algo entre una espesura de palabras sin sentido.

—Eres una mujer llena de misterios —dice con un suspiro de derrota.

Así es, piensa Celia, la vida se envuelve en el misterio cuando se pierde la capacidad de recordar, quizá porque la falta de certezas se suple a menudo con la imaginación.

—Mi asistenta cree que la imaginación es uno de los diez sentidos del cuerpo humano —dice.

—¿Cuáles son los otros cuatro?

—El equilibrio, el sueño, la memoria y el olvido.

Lucien reflexiona un instante.

—Si la memoria es un sentido y el olvido otro —dice—, entonces habría que incluir el insomnio y el vértigo, ¿no?

Celia encoge sus hombros sobre la cama. No puede defender una teoría que no le pertenece.

—Tengo que marcharme —dice.

Lucien se acerca a ella y la besa, mientras con una mano acaricia su cuello y con la otra vuelve a abrirle la bata. Ella se recuesta sobre la cama en actitud relajada. La escasa luz de las farolas cubre las imperfecciones de su cuerpo, como si en realidad llevara puesto un vestido de sombras. Lo único que se necesita para desnudarla es un poco de imaginación.

—No comprendo por qué te has enfadado conmigo.

Celia ha llegado al hotel, se ha hecho la maleta a toda prisa y se ha sentado en el sofá que hay en la recepción para esperar a Paula.

—No estoy enfadada —responde esta cuando llega—. Simplemente he ido a dar un paseo.

—Si no hubieras estado enfadada, me habrías llamado por teléfono, habrías venido a buscarme a casa de Lucien e incluso es posible que me hubieras hecho la maleta.

Paula cruza los brazos sobre el pecho.

—Has demostrado un grado de autosuficiencia que no esperaba —dice—, así que no creo que necesites ninguna ayuda para una cosa tan simple.

—¿Te refieres a que he pasado la noche con él?

Paula mira hacia otro lado, como quien no desea confirmar una obviedad.

—No me digas que te ha molestado —insiste Celia.

—Es una persona a la que no veías desde hace cuarenta años. Ni siquiera la recordabas.

—Lo único que no recordaba era su nombre.

—No sabes nada sobre él.

Celia se levanta para subrayar la importancia de sus palabras.

—Sé que soy la única mujer a la que ha dedicado un gol —dice.

La mirada de Paula se afina como si fuera un instrumento profesional.

—¿Te has tomado la medicación? —pregunta estudiando su rostro.

—Se han invertido nuestros papeles —contesta Celia.

—¿Qué quieres decir?

—Hace tiempo que te comportas como una madre, hija.

Paula no tiene ganas de escuchar sarcasmos.

—¿Te la has tomado o no?

—Reconozco que estuve a punto de olvidarme —contesta Celia—, pero justo antes de dormir me la tomé.

Paula asiente y mira hacia la calle.

—¿Va a llevarnos al aeropuerto? —pregunta.

—¿Quién? ¿Lucien?

Paula no responde.

—Nos hemos despedido por la mañana —dice Celia—, así que tendremos que llamar un taxi.

Entonces se da cuenta de que ha olvidado llevarse una bufanda del París Saint-Germain pero no se lo dice a Paula. En realidad ninguna de las dos pronuncia una palabra más de lo necesario ni en el vestíbulo del hotel, ni en el interior del taxi, ni mientras comen una ensalada en el aeropuerto. Ni siquiera luego, después de tomar café, cuando se sientan a esperar a que se les asigne una puerta de embarque.

Paula ha comprado un periódico español mientras su madre está jugando con su teléfono móvil.

—¿Por qué os separasteis papá y tú?

Se ha cansado de leer y el silencio comenzaba a molestarle. Celia sonrío como si acabara de encontrarse con un conocido. Sabía que la pregunta iba a llegar tarde o temprano.

—Tu padre me engañó —dice.

Paula arruga el entrecejo mientras dobla el periódico con las manos.

—¿Con quién?

Celia le hace saber sin palabras que esas cosas no deben preguntarse.

—Fue con la tía Alicia —insiste Paula—, ¿verdad?

—¿Te lo ha contado ella?

Paula esconde el cuello entre los hombros.

—Eso explicaría por qué no te hablas con tu única hermana desde hace años.

Celia asiente primero y niega después.

—No dijimos nada a nadie para que no se enterase tu abuela —dice—. Se hubiera llevado un disgusto mayúsculo.

Paula mueve la cabeza comprensivamente.

—No le guardé ningún rencor a tu tía Alicia porque en el fondo me hizo un favor —añade Celia—. Mi matrimonio no funcionaba desde hacía tiempo.

—¿Entonces por qué no os hablabais ni mantenías ninguna relación?

—Era una simple cuestión de cabezonería. Yo creía que ella me debía una explicación y seguramente ella supuso que nunca estaría dispuesta a escuchar ninguna clase de explicación.

Paula se toma unos segundos para comprender lo que aparenta ser un juego de

palabras.

—¿Cómo lo descubriste? —pregunta intrigada—. ¿O no lo recuerdas?

—Prefiero no recordarlo —responde Celia—. No quiero que me suba la tensión y me dé otro ataque.

Paula depone inmediatamente su actitud.

—Perdona —dice.

—Te lo contaré otro día. Ahora estoy muy nerviosa.

Paula la mira a los ojos, directamente a sus pupilas.

—¿Qué te pasa? —dice mientras abre su bolso—. ¿Quieres un calmante para dormir durante el vuelo?

—No es eso.

—¿Entonces?

—Ayer, cuando Lucien se acostó a mi lado, sospeché que hacía mucho tiempo que no estaba en la cama con un hombre.

Paula deja de mirarla. Quiere dejar claro que no aprueba su actitud, ni la indolencia con que habla de temas improcedentes entre madres e hijas, pero no se levanta ni le da la espalda. Es evidente que por encima de todo quiere seguir escuchándola.

—Esta mañana, al despertar —prosigue Celia—, he tenido la certeza de que no había hecho el amor con un hombre desde hacía muchos años.

—¿Y eso te ha puesto nerviosa? —responde Paula.

—Mucho.

—No entiendo por qué. Eres una mujer separada y no has tenido ninguna pareja estable desde hace mucho tiempo.

Celia carraspea.

—Tú también eres una mujer separada —contesta—, y sin embargo estás embarazada.

Paula sonríe en silencio. Le place escuchar la energía dialéctica de su madre, aunque por supuesto no responde a su provocación. Su vuelo está a punto de salir y ha llegado la hora de embarcar. Deben sumarse a la fila de pasajeros que acaba de formarse ante ellas.

Celia ocupa el asiento de la ventanilla sin intención de mirar por ella. Tampoco desea seguir hablando con su hija. Todo lo que necesita es apoyar la cabeza en el respaldo del asiento, cerrar los ojos y dejar que el viaje se convierta en un sueño.

—Ya hemos pasado los Pirineos.

Es Paula quien finalmente se ha dormido y Celia la que hace este comentario cuando su hija se despierta.

—Últimamente me quedo dormida en cualquier parte —dice Paula, incorporándose en su asiento—. ¿No me digas que has estado mirando por la

ventanilla?

—Me aburría.

—¿No te has conectado a la *wifi* del avión?

—Va muy lenta. Apenas he podido cargar el juego.

—Alba estará esperándonos en el aeropuerto —dice Paula—, con su padre. Así no tendremos que coger un taxi.

Celia asiente mientras se lleva las manos a los oídos. Han comenzado a perder altura.

—¿Has hablado con Jose? —pregunta.

—Lo justo para darle nuestro número de vuelo y decirle a qué hora llegábamos.

Paula es consciente de que no ha respondido a la pregunta.

—Tengo muchas ganas de ver a Alba —dice Celia.

—Yo también.

—A ella, a Rosario y a *Charlie*. Y a nadie más.

Paula la estudia con ojos curiosos.

—¿Y a Luisa? ¿A Tobias? ¿A tus compañeros del periódico? ¿No tienes ganas de verlos?

Celia reflexiona un momento.

—Mi mundo se ha hecho más pequeño desde que desperté en el hospital —dice aproximando dos dedos de una mano para demostrarlo—. Solo os necesito a Emilio, a ti, a Alba, a Rosario y a *Charlie*.

—¿Y a tus lectores? ¿No los echas de menos?

—No los conozco.

—Los conocerás cuando se publique tu nuevo libro.

Celia le dedica una mueca de alivio.

—Te equivocas —dice en voz baja—. No pienso asistir a ningún acto literario ni a ninguna presentación.

—No puedes hacer eso.

—Y además no pienso escribir ningún libro más.

Paula suspira sostenidamente por la nariz, como si estuviera fumando un cigarrillo de aire.

—¿Puedo saber por qué?

—Es muy sencillo —responde Celia—. No tengo nada que decir. Absolutamente nada. Es más, ni siquiera sé de qué trata mi nuevo libro y no me importa.

—No lo entiendo.

—No hay nada que entender. Mi mundo se ha hecho más pequeño y necesito menos personas con las que comunicarme.

Paula cierra los ojos. Tal vez crea que así va a desaparecer del asiento.

—Si te quedas más tranquila —prosigue Celia—, se lo contaré todo a Ignacio en mi próxima visita.

Suena un zumbido eléctrico. El avión va a comenzar las maniobras de aterrizaje.

Paula abre los ojos y se abrocha el cinturón.

—No has encontrado la contraseña perdida —pregunta—, ¿verdad?

—Aún no lo sé —responde Celia señalando su bolso—. Llevo un montón de palabras anotadas en mi cuaderno. Las iré probando una a una en cuanto pueda, aunque dudo mucho que la haya encontrado.

—¿Dónde te falta por buscar? —pregunta Paula.

Celia se ha hecho la misma pregunta varias veces, siempre temiendo encontrarse al final de un trayecto, como si viajara en tren por una vía muerta.

—Jacqueline me recomendó que la buscara en la infancia —dice susurrando—, más concretamente en el pueblo donde pasé mi infancia.

Paula se acerca a su madre.

—¿En Daroca? —le dice casi al oído.

Una escena

Alba ha corrido al encuentro de su madre y su abuela en cuanto las ha visto aparecer por la puerta de llegadas del aeropuerto. Paula ha dejado el bolso sobre la maleta para poder abrazar a su hija. En la distancia ha visto a Jose con las piernas abiertas y las manos en la espalda, esperando.

—¿Has conseguido la tejedora?

La niña va sentada en el asiento de atrás del coche, junto a su madre.

—Tengo telas de algodón, lino y lana —contesta Celia desde el asiento del copiloto—, pero no sé qué hacer con ellas.

—Necesitas un taller de confección de ropa, así podrás servir las prendas que te vayan pidiendo.

—Más que una granjera —dice Celia volviendo la cabeza—, me siento como una emprendedora del sector textil. Voy a abrir ese taller y luego crearé una franquicia de moda que se extenderá por todo el mundo.

No consigue ver a su nieta porque viaja justo detrás de ella. A quien sí ve es a Paula, sentada detrás de su marido, sin atender a la conversación.

—Yo hago vestidos de noche, trajes de chaqueta, camisas y pantalones vaqueros —dice la niña—. Y todo con productos de mi granja. Combino el algodón con la lana y el lino con la seda.

A Celia le gustaría cruzar su mirada con la de Paula para subrayar los beneficios didácticos del juego.

—¿Cómo está *Charlie*? —pregunta dirigiéndose a Jose.

Y dándose cuenta de que echa de menos a Lucien.

—El primer día estuvo distraído y un poco ausente —responde Jose sin dejar de mirar al frente—, pero luego recuperó la normalidad, ¿verdad, Alba?

—Hoy ha estado muy nervioso —dice la niña—. Sabe que vuelves a casa. Rosario se lo ha estado diciendo toda la tarde, mientras preparábamos la cena.

—¿Qué habéis cocinado?

—Tomates rellenos de carne.

—Supongo que habréis usado los tomates de tu granja —responde Celia—. Y carne de tus vacas, ¿no?

La niña no comprende la broma. Su granja no es real y la de su abuela tampoco. Además, lleva un buen rato observando el comportamiento huidizo de sus padres, que no se han dado un beso de cortesía en el aeropuerto ni se han dirigido la mirada una sola vez, ni siquiera a través del espejo retrovisor del coche.

—Los tomates de mi granja están vendidos a una empresa que fabrica salsas —

responde Alba—, o al menos eso pone en los pedidos que recibo.

—¿Te fijas en la procedencia de los pedidos?

—¿Tú no?

Celia no sabe si la pequeña habla en serio.

—Yo nunca los atiendo todos —explica Alba—. Cuando no me gusta alguno por cuestiones de precio, cantidad o plazo de entrega, lo rechazo.

—¿Se pueden rechazar?

—Solo tienes que arrastrarlos al icono de la papelería.

Celia sonrío interiormente. Pese a no recordarlo, sigue siendo una escritora y le seduce la idea de tirar las cosas que no le gustan a la papelería.

—Señorita.

Han llegado a casa. Rosario abre la puerta del ascensor con una mano mientras con la otra coge la maleta de Celia. *Charlie* está a su lado moviendo el rabo. No parece ansioso ni contento sino más bien sorprendido, tal vez por eso ladra tres veces, se da la vuelta y regresa al interior del piso.

—Qué alegría me da verla —añade Rosario.

—¿Qué te has hecho en el pelo?

Celia sale del ascensor por detrás de su asistenta.

—¿No se lo has dicho?

Rosario está mirando a Alba con ojos traviosos.

—Rosario me ha enseñado a teñir el pelo —dice la niña—. Es muy divertido y muy útil. Mis muñecas han dejado de ser rubias.

—Pero mi señorita Rosario sí lo es —exclama Celia.

La aludida agita la cabeza para mover su pelo.

—Siempre soñé con ser canche —dice sonriendo—. Y como queríamos darle una sorpresa de bienvenida, el sábado por la tarde Alba me tiñó de rubio caramelo.

—¿Te gusta? —pregunta la niña.

—Eres toda una profesional —responde su abuela—. Otro día me tienes que teñir a mí.

—¿Tú también quieres ser rubia?

—No. Yo siempre soñé con ser pelirroja.

Paula se ha adelantado para entrar en el piso mientras Celia se queda mirando al suelo, como si hubiera perdido algo.

—¿Dónde ha ido *Charlie*? —pregunta.

—Se ha pasado todo el día en la terraza.

—¿Está enfermo?

—La estaba esperando a usted.

Celia se dirige a la terraza sonriendo solo con la mitad de la boca, como quien se siente culpable de alegrarse de algo.

—Hola, precioso.

El perro se ha tumbado de espaldas a la puerta del salón. Celia se sienta en el

suelo, a su lado, apoyando la espalda contra el muro de la barandilla.

—Te he echado mucho de menos —le dice poniendo una mano a la altura de su hocico—. Y comprendo que estés enfadado. Yo también lo estaría en tu lugar, pero no tienes por qué preocuparte. La próxima vez que viaje a alguna parte te llevaré conmigo.

Alba sale a la terraza y se sienta al otro lado de *Charlie*.

—¿Qué le pasa?

Lo pregunta mientras le acaricia la cabeza.

—Está haciéndome una escena —contesta Celia.

—¿Una escena?

—Un perro no soporta la idea de que su dueña lo abandone, ni siquiera durante unos pocos días.

—Pero si ha estado muy bien cuidado —protesta Alba—. Le hemos dado de comer, lo hemos sacado a la calle y hemos jugado con él a la pelota. Incluso algún día ha dormido a los pies de mi cama.

—*Charlie* no es uno de los animales que hay en la granja del teléfono móvil, Alba. Es de carne y hueso y tiene sentimientos. Y ahora me está haciendo comprender lo desgraciado que se ha sentido.

—¿Se ha sentido desgraciado?

—Más de lo que crees.

—Lávate las manos para cenar.

Jose ha salido a la terraza para avisar de que la cena está lista.

—Pensaba que te habías ido —le dice Celia.

—Solo he ido a aparcar el coche —contesta él—. Rosario me ha invitado a cenar. Espero que no te importe.

Celia estira el brazo para que Jose la ayude a levantarse del suelo.

—Al contrario —dice mientras tanto—. Eso me dará la oportunidad de comprobar una cosa.

Jose asiente confuso, sin atreverse a preguntar nada más. Sabe que todo lo que diga o haga puede volverse en su contra. Lo único que debe hacer es entrar en el salón y sentarse obedientemente a cenar.

Rosario y Alba han preparado la mesa con intención festiva, prueba de ello es que las servilletas han sido plegadas en el interior de las copas y los cubiertos están atados con una cinta rosa. Sobre el mantel hay pétalos de flores, estrellas doradas de distintos tamaños, frutos secos y gominolas de colores.

—Nunca había comido en una mesa tan bien adornada —dice Paula mirando a su hija.

—Rosario y yo hemos estado consultando tutoriales en Internet sobre cómo decorar la mesa cuando se tienen invitados —informa Alba.

Celia mira a Rosario para mostrar su gratitud, pero esta no le devuelve la mirada. Está ocupada sirviendo unos tazones de caldo. Quizá sea por el nuevo tono de sus

cabellos, pero esta noche no le recuerda a la tía Paulina. Esta noche le recuerda a su madre.

—¿Cómo has encontrado a *Charlie*?

Paula lo pregunta señalando hacia la terraza.

—Está bien —responde Celia—. Solo necesita un poco de tiempo.

—Es un perro muy sensible.

—Me recuerda a tu hermano.

—No compares a mi hermano con un perro, por favor.

Paula se ha puesto seria. Celia en cambio sonríe.

—¿Por qué no? —dice—. Emilio también es muy sensible. Siempre lo ha sido. Cuando era pequeño odiaba quedarse en casa de la abuela si yo tenía que irme de viaje. Y luego, cuando volvía a recogerlo, me daba la espalda y se mostraba ausente y desinteresado, exactamente igual que ha hecho *Charlie*.

Rosario termina de servir el caldo y se sienta al lado de su señorita, frente a Alba.

—Cuénteme qué ha hecho en París —pregunta dirigiéndose a la primera—. ¿Ha encontrado a los niños que cuidó cuando era joven?

—Así es —contesta Celia—. Hemos estado con Charlotte y con su hijo Patrick, aunque no hemos podido ver a Eugène porque vive en Londres. También fuimos a visitar a Jacqueline. Vive en una residencia preciosa en mitad de un bosque.

Esto lo dice dirigiéndose a Alba.

—¿De verdad fuisteis a un baile? —pregunta la niña.

Paula señala a su madre con la cuchara.

—Tu abuela bailó con un antiguo novio —dice.

—¿No me diga? —exclama Rosario.

Celia trata de sonreír pero siente una nostalgia instantánea al recordar la tarde del baile. Parece mentira que sea un recuerdo de hace solo veinticuatro horas.

—¿Se encontró con un antiguo novio? —insiste Rosario.

—He tenido esa suerte, sí.

Rosario no dice nada más por el momento. No quiere parecer una chismosa. Cuando se quede a solas con su señorita le preguntará más cosas y le pedirá que le enseñe alguna foto que se hayan hecho juntos.

—¿Y qué ha pasado con la contraseña? —pregunta Jose—. ¿La has encontrado?

—He anotado más de cien palabras en mi cuaderno —dice Celia—, pero no estoy segura de haberla encontrado.

Rosario y Alba se levantan al unísono para recoger los tazones del caldo y las cucharas. Salen del salón rumbo a la cocina. Celia también se levanta, excusándose un momento para ir al baño. Paula la mira con ojos desorbitados, como si quisiera decirle algo, probablemente que no es necesario que la deje a solas con Jose.

—Parece muy recuperada —dice este.

Lo hace cuando transcurren unos segundos de silencio, señalando al frente, a la silla que ha dejado vacía Celia.

—Está evolucionando muy bien, sí —contesta Paula.

Él se vuelve hacia ella.

—Y tú —dice—, ¿cómo estás?

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué no iba a preguntarlo?

Paula sospecha de su madre. Es posible que haya llamado a Jose para contarle lo de su embarazo. La cree capaz de todo pero no se ofende. Más bien al contrario, se da cuenta de que si así fuera sentiría un alivio inmediato.

—Estoy bien, gracias.

—No tienes buena cara —insiste Jose.

—Acabo de venir de viaje. Lo único que necesito es un poco de descanso.

—Luego te acerco a casa.

Paula está a punto de rechazar la oferta pero en ese momento el móvil de Jose comienza a vibrar primero y sonar después en el bolsillo de su pantalón.

—Perdona —dice él.

Saca el móvil con intención de rechazar la llamada, pero no lo hace. Ni siquiera soporta el peso del aparato sobre la mano y tiene que dejarlo en la mesa, como si fuera un artefacto explosivo a punto de estallar.

—¿Qué ocurre? —pregunta Paula—. ¿Quién te llama?

Por toda respuesta, Jose vuelve el teléfono hacia ella para que pueda leer el nombre que aparece en la pantalla.

—Y aquí están los tomates rellenos de los que hemos hablado.

La pequeña Alba aparece en el salón sosteniendo una bandeja de cristal con la ayuda de Rosario.

—Tienen una pinta estupenda —dice Paula.

Jose asiente mientras guarda el teléfono en el bolsillo.

—¿Dónde está la abuela?

—Ha ido un momento al baño.

—Estoy aquí.

Celia ha vuelto al salón cargada con dos bolsas que deja en una esquina. Luego toma asiento sin mirar ni una sola vez a su hija y su yerno.

—¿De dónde habéis sacado la receta? —pregunta dirigiéndose a Alba y Rosario.

—De otro tutorial de Internet —responde la niña—, aunque Rosario le ha dado un toque especial.

—Lo único que he hecho ha sido sazonar la carne con jugo de remolacha cocida y un chorrito de vinagre —explica Rosario—. Así le he dado un toque centroamericano.

Celia señala a su nieta con un dedo.

—Te he traído un regalo de París —le dice.

—¿Qué es?

—Un vestido y un lazo. —El dedo señala hacia la esquina—. Están ahí. En

cuanto termines de cenar te los doy.

Jose y Paula no han dicho una palabra, aunque han intercambiado varias miradas de preocupación. Paula está nerviosa y casi tan ausente como *Charlie*. Apenas ha probado bocado. No tiene apetito.

—¿No le han gustado los tomates rellenos? —pregunta Rosario.

—Tenéis que perdonarme —dice Paula—, no me encuentro muy bien.

—¿Te has mareado en el avión?

Paula asiente a su hija con una sonrisa más que forzada.

—Eso ha debido de ser.

—Ya he terminado, abuela.

Alba enseña el plato vacío y Celia le hace un gesto con la cabeza para que se levante a abrir los regalos.

—Tráelo todo —le pide.

La niña acerca las dos bolsas.

—No tenía que comprarme nada, señorita —dice Rosario recibiendo la suya.

Celia asiente con el gesto relajado.

—Por eso mismo te lo he comprado —replica.

Alba abre el paquete más grande, despliega el vestido y lo sostiene sobre la ropa que lleva, como si fuera un maniquí o una muñeca de papel.

—Estás muy guapa —dice Paula.

Jose siente el impulso de hacer una foto a su hija con el teléfono móvil, pero prefiere no volver a sacarlo del bolsillo.

—Y mucho más guapa estarás cuando te haya maquillado y peinado con todas estas cosas.

Rosario ha abierto su regalo y se acerca a Celia para darle dos sonoros besos en cada mejilla.

—A usted también la maquillaré de forma especial, señorita —le dice al oído.

Luego se dirige a la niña.

—Alba, tenemos que buscar más tutoriales en Internet.

La niña asiente con el lazo en la cabeza. El alboroto de los regalos ha reclamado la atención de *Charlie*, que ha entrado muy despacio desde la terraza para olfatear alrededor de los presentes. Luego ha seguido su camino hacia el pasillo.

—*Charlie* necesita salir a la calle —anuncia Alba.

—Yo puedo sacarlo —contesta Jose, a punto de levantarse.

—Tú te quedas donde estás.

Celia habla mostrando a su interlocutor la palma de su mano izquierda.

—Rosario, Alba —añade a continuación—, ¿os importaría sacar a *Charlie*?

La asistenta se levanta de la silla.

—¿No quieren nada de postre? —dice—. Tenemos piña natural y helado de coco.

—Lo tomaremos luego —contesta Celia, señalando el pasillo con los ojos—. No quiero que *Charlie* lo pase mal. Bastante ha sufrido ya el pobrecito.

—¿Puedo bajar a la calle con mi lazo nuevo?

Alba está mirando a su madre.

—Claro que puedes —responde Celia por ella.

Rosario ha ido a coger su chaqueta y la correa de *Charlie*. Es evidente que su señorita tiene prisa por quedarse a solas con su hija y su yerno, quién sabe si para encontrar el modo de resolver su situación de pareja. Toma a la niña de la mano y se dirige al pasillo, donde *Charlie* las está esperando.

—Volvemos en un ratito.

Se oye la puerta. Se abre y se cierra, y entremedias suena el eco de la escalera. Paula no se atreve a mirar a Jose ni a su madre, así que se queda inmóvil, con la mirada desenfocada sobre el mantel, pensando que en otras circunstancias se levantaría a recoger los platos y prepararía un poco de café.

Celia respira hondo. Nota perfectamente el latido de su corazón en el lado derecho de la cabeza, como si su cuerpo se hubiera desordenado y los órganos no estuvieran en su sitio. Sin decir nada saca su teléfono del bolsillo, busca entre los contactos con la ayuda de su dedo índice y hace una llamada. Pasan uno, dos, tres segundos, quizá cuatro, y el teléfono de Jose comienza a sonar.

—Pon tu teléfono sobre la mesa —le pide Celia.

—Escucha, Celia.

—Te lo ruego.

Jose mira de reojo a Paula. Le gustaría dedicarle un gesto con las cejas o con los hombros para hacerle comprender que, mientras el teléfono siga sonando, no puede hacer nada por evitar lo inevitable. Acaba colocándolo sobre la mesa con mucho cuidado, como si pudiera romperse.

—Déjame ver —le pide Celia.

Jose lo gira. Celia se acerca para comprobar que su nombre está escrito en la pantalla.

Palabras con acento argentino

—¿Qué significa esto?

Celia se ha cruzado de brazos, mientras Jose y Paula se miran fijamente durante un segundo que no acaba de transcurrir.

—Escucha, mamá.

La mano derecha de Celia se agita en el aire para ignorar a su hija.

—¿Por qué razón suena tu teléfono cuando llamo al número de Emilio? —dice dirigiéndose a su yerno.

Jose evita su mirada.

—¿Dónde está Emilio? —insiste Celia.

—Es largo de explicar —dice Paula.

Celia niega con la cabeza, al principio despacio, luego con movimientos cortos y repetidos, como si tuviera un tic nervioso.

—No creo —dice entre dientes.

Paula ha imaginado muchas veces esa escena. Era consciente de que tarde o temprano iba a suceder, aunque nunca supuso que sería tan pronto. Desde que su madre despertó del coma ha ido considerando distintas formas de explicarle lo ocurrido, algunas con más crudeza, otras con más literatura, pero en ese momento se siente incapaz de recordar ninguna.

Celia no soporta la trascendencia del silencio. Apoya las dos manos sobre la mesa, inspira todo el aire que puede almacenar en sus pulmones y yergue la cabeza con inapelable resolución.

—¿Cómo murió? —pregunta con una voz grave que no parece suya.

Paula tose abruptamente y termina atragantándose con su propia saliva.

—Celia.

Jose se dirige a ella alargando los brazos por encima de la mesa.

—¿Cómo murió? —repite Celia en un tono más agudo.

Paula se ha llevado las manos a la cara y compone la mueca del llanto, aunque no está llorando.

—Sé que murió en 1999 —prosigue Celia—, pero no sé cómo.

—Murió ahogado —dice Jose.

Celia suspira enérgicamente. Parece un animal en peligro a punto de enfrentarse a la muerte. Agacha la cabeza y aprieta los ojos con la esperanza de abrirlos en un lugar lejano y un tiempo distinto del presente de indicativo.

—¿Dónde ocurrió?

—En el mar.

—¿En qué mar?

—En el Mediterráneo.

—¿A qué altura?

—Al sur de Cambrils.

Celia se frota los ojos con las yemas de los dedos. El latido del corazón se ha hecho más fuerte, casi audible. La luz de la habitación más tenue. La lámpara que hay sobre la mesa parece moverse imperceptiblemente. Ojalá en ese momento se desatase un furioso terremoto.

—¿Quieres decir que estaba en mi casa de la playa? —pregunta.

Jose le sostiene la mirada mientras asiente.

—Iba muchas veces allí. Le encantaba esa casa.

Las manos de Celia no pueden permanecer quietas. Ahora las tiene alrededor de su cuello, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza vencida sobre el pecho.

—No es posible que no recuerde nada de lo sucedido —maldice Celia en un susurro.

—No es tan extraño. Emilio nunca iba a esa casa cuando estabas tú.

—Jose.

Paula lo amonesta con la mirada.

—Es la verdad —replica él—. A Emilio le gustaba estar allí a su aire, completamente a solas.

—¿Por qué no iba a esa casa cuando estaba yo? —pregunta Celia.

Jose no es capaz de seguir sentado.

—No os llevabais bien —dice levantándose.

Entonces mira a Paula para hacerle saber que ha llegado la hora de la verdad.

—No nos llevábamos bien —repite Celia muy despacio, como si buscara un mensaje oculto en la dicción de las palabras—. ¿Por qué?

Jose se apoya en la pared con la vista clavada en sus zapatos.

—¿Por qué no nos llevábamos bien? —insiste Celia—. Él estudió periodismo.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Paula.

—Supongo que lo haría por mí.

Jose asiente dos veces.

—Te admiraba muchísimo —dice.

—¿Entonces?

Celia los mira alternativamente, mostrándoles las palmas de las manos, como quien se enfrenta a una obviedad absurda.

—Has cambiado mucho, mamá —dice Paula.

—¿A qué te refieres?

—A que no recuerdas cómo eras.

Celia se vuelve hacia su yerno con un brusco giro de cuello.

—Dime cómo era —pregunta.

—Muy exigente.

A su memoria regresan las palabras de su prima Isabel y la actitud entre defensiva y ofendida que encontró en su tío Augusto cuando lo visitó en Zaragoza.

—¿Y eso qué tiene que ver con Emilio?

—Él siempre trató de ganarse tu admiración —responde Jose—, pero tú le pusiste el listón demasiado alto. Nada de lo que hacía te parecía bien. Nada era lo suficientemente bueno para satisfacerte.

Paula se dirige a su marido con un gesto tajante.

—Ya basta, Jose —le dice—. Mi madre no está bien.

Celia levanta la cabeza y mira la puerta de la terraza, como si quisiera ver el infinito.

—Era una persona especial —dice, incapaz de recordar nada más.

—Y por eso tenía que ser tratado de una forma especial —replica Jose—, de lo contrario era muy fácil llevarse mal con él.

—¿Estás insinuando que no supe tratarlo?

Jose siente la mirada de Paula en su perfil como una incandescencia a punto de abrasarlo.

—No insinúo nada —dice dando dos pasos para cambiarse de pared—. Me limito a certificar los hechos.

—¿Qué hechos?

—Emilio era adicto a muchas cosas, al alcohol, a la hierba, a las pastillas, supongo que tampoco recuerdas eso.

Celia aprieta los puños y los dientes en un gesto defensivo.

—Se desenganchaba de una cosa e inmediatamente se enganchaba a otra.

Los labios de Jose se han estirado de dolor.

—Ya sabes que, además de mi cuñado, era amigo mío —añade—, quizá el mejor amigo que he tenido nunca.

Celia lo mira con ojos extraviados, sin saber cómo reaccionar. El pequeño mundo que ha ido creando día a día desde que salió del hospital parece haber desaparecido como un sueño de ficción. Incluso su yerno le parece ahora un personaje distinto.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Paula escucha la pregunta y asiente sin mover el cuello, solo apretando los párpados.

—Cuando despertaste del coma estabas muy débil —responde—. No podíamos darte una noticia así.

—¿Y cómo estabais tan seguros de que lo había olvidado? —pregunta Celia.

—Porque su nombre fue la primera palabra que pronunciaste al despertar. Preguntaste por él y pediste que lo lleváramos a tu lado.

Los ojos de Celia no encuentran un lugar seguro donde posarse.

—Tuvimos que pensar en una buena razón para justificar su ausencia.

—¿Por qué Buenos Aires?

Jose tiene la palabra.

—Paula me llamó para pedirme ayuda —dice.

—No tenía a quién acudir.

—Emilio y yo siempre habíamos soñado con ir a Argentina. Queríamos recorrer la pampa y los glaciares de la Patagonia, comer carne a la parrilla y asistir a un partido de fútbol en la Bombonera, así que, por qué no, él podía haber aceptado un trabajo de corresponsal allí.

Celia le dedica a su yerno una sonrisa fugaz.

—Me gustaba hablar contigo y descubrir cómo pronunciabas algunas palabras con acento argentino —le dice—. Eso me daba mucha paz.

Luego se calla bruscamente. Sus manos se levantan de la mesa con los dedos tan separados que parecen garras en actitud ofensiva.

—Pero me estabais engañando —añade con una entonación en cierta forma interrogativa.

—Te estábamos protegiendo —contesta Paula.

—Algún día iba a descubrirlo todo.

Jose ha vuelto a sentarse y se está sirviendo un vaso de agua.

—Según tus médicos —dice después de dar un sorbo—, cada día estás más fuerte y hay menos posibilidades de que sufras otro ataque, así que todo era una cuestión de tiempo.

—¿Y Tobias? ¿Y Luisa? ¿Y tu padre? ¿Y mis compañeros de la redacción? ¿Todos estaban enterados del engaño?

Paula es ahora quien alarga los brazos hacia su madre.

—No es ningún engaño y no podíamos hacerlo de otra manera —dice suspirando—. Todos comprendieron lo importante que era su colaboración.

—Luisa es mi mejor amiga.

—Por eso mismo aceptó lo que le propusimos y se encargó, además, de aleccionar a tu agente y tus compañeros de trabajo.

—¿Y mi hermana?

—Lo mismo. Habló con la prima Isabel y el primo Carlos.

—¿Y Rosario?

—No sabe una palabra, lo mismo que Alba.

Paula se levanta de la silla con ademán dubitativo. Lleva la mano izquierda dentro del bolsillo del pantalón y puede tocar la carcasa de su teléfono móvil por si, pese a todo, tiene que llamar a una ambulancia en el último momento. Celia mira su reloj sin disimular una prisa repentina. Sabe que Rosario, Alba y *Charlie* están a punto de regresar.

—¿Qué hice durante el tiempo que no escribí? —pregunta.

—Mamá.

—Pasé tres años sin hacer nada —insiste Celia, formulando la pregunta de otra manera—. ¿Dónde estuve?

—Estuviste en la casa de la playa —responde Jose.

—¿Y qué hice allí?

—Tomar ansiolíticos y beber.

Paula respira entrecortadamente, temerosa de que su madre no pueda procesar tanta información a la vez.

—Jose, por favor —comienza a decirle.

Es consciente del grave riesgo que están corriendo y sabe que ha llegado el momento de terminar la conversación.

—Déjalo, Paula —dice Celia levantando una mano—. Es mejor así.

Apoya el codo en la mesa y la mejilla en la mano.

—¿Y luego? —habla con un hilo de voz—. ¿Qué pasó?

Paula arruga la frente y suspira.

—Tobias recopiló tus mejores artículos para publicar tu primer libro.

—¿Y entonces volví a Madrid?

Paula asiente una sola vez.

—Comenzaste a llevar una vida más o menos normal.

—Pero seguiste bebiendo —añade Jose.

Paula da un manotazo en la mesa. Su paciencia se ha acabado.

—Si sigues hablando más de la cuenta voy a tener que pedirte que te marches —dice señalando el pasillo.

—¿He hablado más de la cuenta?

—¿Por qué insistes en el asunto de la bebida?

Jose abre los brazos para exculparse.

—Quiero que entienda de una vez por qué le ha pasado lo que le ha pasado —dice.

Y dirige la mirada al frente.

—Si no hubieras bebido tanto no te habría dado el ictus, y si no te hubiera dado el ictus, no habrías olvidado lo que le pasó a Emilio.

Celia lo mira con ojos distantes, concentrada solamente en sus palabras, mientras reflexiona.

—Supongo que si bebía tanto era para olvidar a Emilio —dice después de unos segundos—, así que, aunque haya sido indirectamente, al final he conseguido mi objetivo, ¿no crees?

Como si hubiera acertado la respuesta correcta de un concurso de sarcasmos, un timbre suena al otro lado del piso. Es el portero automático. Rosario, *Charlie* y Alba están de vuelta. Jose se levanta para abrir la puerta. Celia coloca los brazos en la mesa y apoya la cabeza sobre ellos. Parece que se va a dormir allí mismo.

—¿Quieres que te acompañe a la cama? —dice Paula.

Celia no tiene intención de moverse.

—Viene la niña —contesta en voz baja.

—Le voy a pedir a Jose que se la lleve. Así me quedo a pasar la noche con Rosario y contigo.

Celia la mira con ojos entornados, como si estuviera mirando a contraluz.

—Si de verdad quieres ayudarme —le dice—, tienes que irte tú.

Paula se ha tapado los ojos con la mano izquierda. No quiere ver. Ni que nadie la vea. Celia escucha su respiración agitada y el hipo de su llanto ahogado confundido con la alegría que traen Rosario y Alba.

—*Charlie* ya entiende los semáforos.

Paula se asoma a la terraza justo cuando la niña llega al salón.

—¿En serio?

Celia se cruza de brazos, haciendo un esfuerzo para que su cuello sostenga el peso de su cabeza.

—Cuando el hombrecito está rojo se sienta en la acera y cuando parpadea para ponerse verde se levanta —explica la niña.

—Es un perro muy listo.

Charlie olfatea el aire del salón con el hocico levantado, como si lo sucedido hubiera dejado un rastro en el ambiente. Se dirige a Celia y coloca la cabezota en su regazo.

—Ya te ha perdonado —dice Alba.

Celia lo acaricia con las dos manos, percibiendo como un alivio el tacto de los cartílagos de sus orejas, la humedad de su hocico, el calor de su aliento. Y su olor a ropa mojada.

—Tenemos que marcharnos —dice Paula.

—¿Y el postre? —pregunta Rosario—. ¿No quieren tomar un poco de postre y un cafelito?

—Lo siento, se ha hecho tardísimo. Y Alba tiene que acostarse.

Jose abandona el salón. Cuando pasa por delante de Celia está a punto de ponerle una mano en el hombro para mostrar su compasión y su apoyo, pero todo lo que hace es acariciar el lomo de *Charlie*.

—Recoge tus cosas.

Rosario acompaña a la niña a la cocina.

—Mamá.

Paula se detiene junto a su madre, al lado de *Charlie*, pero Celia no se incorpora ni mueve la cabeza. Ni siquiera la mira.

—No pudimos decírtelo antes. Tienes que comprenderlo.

Celia asiente con los párpados.

—Prométeme que, si te encuentras mal, me llamarás —añade Paula.

Su voz suena distinta, más nasal y quebradiza, como la de una niña asustada. Celia se queda a solas con *Charlie* mientras escucha cómo Paula le da instrucciones a Rosario en el pasillo.

—Gracias por el vestido y el lazo —dice Alba, acercándose para despedirse—. Me los pondré cuando venga a verte.

Celia abre uno de sus brazos para que la pequeña se acerque un poco más y le dé

un beso.

—Gracias a ti por cuidar de *Charlie*.

De nuevo se escucha el vaivén de la puerta y el eco sin fondo de la escalera. Y los pasos de Rosario, que vuelve al salón a toda prisa.

—¿Qué es lo que ha sucedido aquí?

Mueve una silla para sentarse a su lado, pero Celia tarda en responder. No se atreve a contar lo que ha pasado por si hay alguna posibilidad de que no haya pasado. Sabe que la realidad se construye con palabras. Y por nada del mundo quiere convertir lo que ha pasado en algo real.

—La señora Paula me ha dicho que no me separe de usted en toda la noche —
insiste Rosario.

—Mi hijo Emilio nadaba perfectamente —dice Celia.

Charlie levanta las orejas.

—¿Cómo dice?

—Fue a clases de natación durante varios años.

Historias de frío extremo

Rosario y Celia duermen juntas en la misma cama, con *Charlie* tumbado en el suelo. No ha sido idea de Celia ni lo encuentra necesario, aunque tampoco lo impide ni protesta de ninguna manera. Al fin y al cabo es una cama lo suficientemente ancha para que puedan dormir las dos sin apenas tocarse.

Han estado hablando durante un buen rato así tumbadas, pero hace más de una hora que Rosario se ha dormido. Y ahora respira tan profundamente como *Charlie*. A veces incluso coinciden al inspirar o al espirar. Celia los escucha con la mente en blanco, concentrada en la alternancia del sonido como si fuera una máquina desprovista de vida, un micrófono, una grabadora o un ordenador registrando datos. Solo espera que las pastillas para dormir la desconecten del presente lo antes posible.

Por la mañana se despierta boca abajo, vestida únicamente con su ropa interior. No recuerda si ha soñado pero es consciente de que ha pasado mucho calor. Se ha tenido que quitar el pijama, y si no hubiera sido porque Rosario estaba a su lado, se habría acostado en el suelo junto a *Charlie*. Tiene las manos en el estómago, presionando fuerte para deshacer el nudo de fuego que siente allí. Es una sensación insoportable que su cuerpo recuerda a la perfección.

Se da la vuelta y alarga la mano izquierda para buscar infructuosamente a su perro. Rosario tampoco está. En ese momento tiene una certeza. Todo ha terminado: por fin ha recuperado la memoria y se acuerda de lo ocurrido. Su vida ha vuelto al interior del coche donde sufrió el ictus. Respira hondo y abre los ojos. No tarda en darse cuenta de que se equivoca. Simplemente ha sido víctima de un espejismo provocado por la confesión de Paula y Jose. No puede ser de otra manera porque, entre otras cosas, sigue sin recordar la palabra que eligió como contraseña para proteger sus documentos.

Con su mano derecha palpa el vacío que ha dejado Rosario en la cama. La echa de menos. Recuerda haber hablado con ella sin mirarla, con los ojos fijos en el techo, como si estuviera hablando consigo misma. Le ha contado todo lo que ha sido capaz de recordar sobre Emilio.

—Le he preparado unas tortitas con trozos de piña por encima —dice Rosario en cuanto regresa de dar un paseo con *Charlie*—. Hay que gustarla porque lleva cortada desde ayer por la tarde.

—No tengo hambre.

Rosario ha estado reflexionando durante el paseo. No está segura de cómo debe tratar a su señorita ahora que sabe lo que ha sucedido. Podría mostrarse más cariñosa o compasiva que antes o respetar su dolor desde la naturalidad.

—¿Le apetece alguna otra cosa? —pregunta.

—¿Me ha llamado alguien?

Rosario hace un gesto afirmativo con la mano.

—Su hija Paula, el señorito Tobias y su amiga Luisa.

Celia se sienta junto a la mesa de la cocina.

—Tomaré un poco de piña —dice.

Rosario decide no cambiar su forma de tratarla.

—He aprovechado el paseo para comprar unos gallos en la pescadería —dice señalando una bolsa que hay sobre la encimera—. Los rebozaré en harina de maíz y los comeremos con un chorrito de jugo de lima y un picadito de almendras fritas.

Celia ha comenzado a desayunar.

—No vamos a comer aquí —dice negando con el tenedor que sostiene con su mano derecha.

Rosario se vuelve hacia ella.

—¿Quiere comer fuera?

—Nos vamos.

—¿Adónde?

—A mi casa de la playa.

Rosario niega con la cabeza ligeramente torcida hacia un lado.

—Tendré que llamar a la señora Paula.

Celia no reacciona. No levanta los hombros ni las cejas. No resopla ni tampoco asiente.

—A quien tienes que llamar es a mi exmarido —dice.

Rosario se sienta a su lado y coloca una mano en su antebrazo.

—Escuche, señorita —dice sin mirarla.

Celia acepta el contacto de su mano pero no el discurso compasivo que anticipa.

—Llama a Fran, por favor.

—¿Para qué?

—Todo lo que sé de mi casa es que está al sur de Cambrils —dice Celia—. Pídele la dirección completa, busca las llaves, haz las maletas y llama un taxi.

—¿De verdad quiere que haga todo eso?

—Y procura que el taxi sea de los que aceptan animales.

A Celia le cuesta articular las palabras, pero no es algo que resulte alarmante. No está a punto de sufrir otro ictus ni nada parecido. Más bien parece que el cupo de sus palabras es limitado y va a consumirse pronto. Por eso no discute con Rosario cuando esta se revuelve, protesta y nombra de nuevo a la señora Paula. Todo lo que hace es salir a la terraza y sentarse en su sillón al sol de la mañana, con *Charlie* y la ciudad de Madrid a sus pies.

Paula no tarda en aparecer por allí.

—Rosario me ha dicho que quieres ir a la playa —dice sentándose frente a su madre.

Celia la mira sin intención de enfocarla.

—No puedes ir porque te he concertado una cita con Ignacio para mañana mismo —añade Paula—. Insiste en que quiere verte.

—Me voy.

—Mamá.

Celia estira el brazo para tocar a *Charlie*.

—Nos vamos —repite corrigiéndose.

Rosario se ha asomado a la puerta de la terraza, como quien espera instrucciones.

—Papá me ha telefoneado —dice Paula—. Rosario le ha dicho que ibais a coger un taxi.

Celia sigue mirándola con los ojos perdidos detrás de ella, muy lejos de allí.

—Si de verdad quieres ir, os puedo llevar yo misma un fin de semana —añade Paula—. No hace falta que llaméis a nadie.

—Quiero ir hoy.

—¿Por qué?

—No quiero vivir aquí.

Paula coloca las manos sobre sus mejillas, estira de ellas hacia las orejas y niega con la cabeza.

—No puedes irte tan lejos —dice—. Todavía no estás bien y necesitas el cuidado de tus médicos. Mañana podemos consultarlo con Ignacio. Quizá él pueda convencerte para que te quedes un poco más. Luego, cuando te dé el alta médica, podrás hacer lo que quieras.

Celia le pide un vaso de agua a Rosario.

—No es solo una cuestión médica —añade Paula bajando un poco la voz—. Yo también te necesito a mi lado. Y Alba lo mismo. Esta mañana me ha dicho que quería venir a verte al salir del colegio.

Rosario deposita una jarra de agua y dos vasos sobre la mesa. Celia se incorpora para llenar uno de ellos y ofrecérselo a Paula.

—Dile que lo siento.

Habla con una desgana infinita, como si estuviera enferma.

—Emilio no solo era tu hijo —dice Paula.

Por primera vez en toda la conversación, Celia le sostiene la mirada.

—También era mi hermano.

Pronuncia estas palabras mientras contempla la línea invisible del horizonte, en silencio, escuchando el sonido del tráfico, las voces de los transeúntes y el piar desordenado de los pájaros. En ese momento le gustaría acercarse a su madre y abrazarla para que ella pudiera despeinar su pelo con una mano, tal como está haciendo con el cuello de *Charlie*, pero todo lo que hace es levantarse, suspirar su derrota en voz baja y marcharse sin decir una palabra más.

Nadie le ha dado ninguna contraorden, así que Rosario empieza a disponer su ropa y la de su señorita en dos maletas. Los zapatos en una bolsa de deporte. Las cosas de *Charlie* en una de las bolsas de tela que usa para ir a la compra y los medicamentos y los útiles de aseo en un neceser. Al mismo tiempo reboza los gallos en harina de maíz y consulta a tres compañías de taxis para poder elegir el mejor presupuesto.

—Podemos salir a las dos de la tarde —dice poniendo la mesa en la terraza—. El viaje dura aproximadamente cinco horas y media, más media para descansar, de manera que podríamos estar en la playa a las ocho.

Celia asiente guiñando los dos ojos para demostrar su gratitud.

—Me pedían quinientos cincuenta euros pero he conseguido que lo dejaran en cuatrocientos setenta y cinco, más los peajes de la autopista —añade Rosario.

Lo hace mientras comienza a limpiar los gallos con un cuchillo y un tenedor, colocando los lomos en el plato de Celia para añadirles la salsa de zumo de lima y almendras que ha preparado antes.

Charlie olfatea el aire, ladra entre dientes y se tumba en la esquina de la terraza donde está su comedero.

—A *Charlie* no le gusta el olor del pescado —dice Rosario.

Celia mira a su perro.

—A mí tampoco —contesta—. ¿Has cogido el cargador de mi móvil?

Rosario hace memoria y responde afirmativamente.

—¿Necesita que llevemos algo más? —pregunta.

—No lo sé. ¿Has encontrado las llaves?

Rosario sonrío.

—Estaban en el mueble de la entrada —dice—. Las he reconocido por el llavero, que tiene forma de delfín.

El taxi llega a las dos menos cuarto, con tiempo para que Rosario baje las maletas y las bolsas y regrese para cerrar la casa y ponerle la correa a *Charlie*. Celia se monta en el vehículo con la ayuda de Rosario. Se siente lenta y torpe, como si fuera la primera vez que hace una cosa semejante. *Charlie* se acomoda a los pies de Celia, en el suelo, detrás de Rosario, que ocupa el asiento del copiloto.

—Podemos ir por la A3 hasta Valencia y luego por la AP7 o llegar hasta Zaragoza para acceder a la AP2 —dice el taxista, mientras toma la calle Sagasta con dirección a Génova y Serrano.

Rosario chasquea la lengua dos veces.

—Vamos por Valencia —dice.

—Por Zaragoza es un poco más corto —responde el taxista.

—Lo sé. Lo he consultado en Google Maps, pero mi señorita es de Zaragoza y no podría pasar por su ciudad sin hacer una parada.

Celia se descalza, apoya la cabeza en el respaldo y no tarda en dormirse, acunada

por el movimiento del coche y la conversación que mantienen el taxista y Rosario. *Charlie* también apoya la cabeza sobre los pies de su dueña. Ambos duermen durante algo más de una hora sin soñar nada en concreto. Celia solo recuerda imágenes que se movían muy deprisa, señal de que se ha despertado más veces de las que cree.

—¿Quiere un poco de agua?

Rosario le ofrece un botellín de plástico cuando la ve despierta. Celia no tiene sed pero bebe con la esperanza de calmar la desazón que vuelve a sentir en la boca del estómago.

—Acabamos de pasar la localidad de Tarancón —dice Rosario—. Y hemos decidido hacer una parada de media hora en una estación de servicio que conoce Ramón.

—Está un poco antes de llegar a Valencia —informa este—. Podremos ir al baño y comer algo.

Los dos hablan con una familiaridad en cierto modo imposible, como si se hubieran convertido en una pareja de amigos en tan solo una hora de viaje.

—Ramón es de un pueblo de Guadalajara —dice Rosario.

Y mira a Celia para invitarla a participar en la conversación.

—¿De dónde? —pregunta esta, respondiendo al estímulo sin ningún entusiasmo.

—De Molina de Aragón, ¿lo conoce?

—Mis padres eran de Daroca.

Es su forma de responder afirmativamente.

—Entonces somos casi vecinos —concluye Ramón.

E informa a Rosario de la cercanía de los dos pueblos, que están conectados por una carretera que pasa muy cerca de la laguna de Gallocanta, en un altiplano en el que hace muchísimo frío en invierno.

—Una vez dejé la ventana del cuarto de baño abierta toda la noche —dice el taxista—, y por la mañana se había congelado hasta el desodorante.

—No puede ser.

A Rosario le encantan las historias de frío extremo, heladas y tormentas de nieve.

—¿En Daroca también hace tanto frío? —pregunta vuelta hacia atrás.

Celia no despega la cabeza del reposacabezas para asentir.

—Mucho, sí.

—En Molina se hielan las calles y la gente mayor no puede salir de casa —dice Ramón.

Rosario no puede evitar un escalofrío de empatía mientras Ramón mira a Celia por el espejo retrovisor, invitándola a contar algo parecido de Daroca, pero ella no interactúa de ninguna manera. Está ocupada recordando los viajes en coche que hacía cuando era una niña y sus padres mantenían una conversación tan intrascendente como la de Ramón y Rosario, mientras su hermana Alicia recostaba la cabeza en su regazo y se dormía.

Mira hacia la izquierda para que el paisaje en movimiento la hipnotice con su

velocidad. No desea seguir recordando ni pensar en nada. Solo quiere mantener la mente en blanco y agarrarse fuertemente el estómago con ambas manos, como si estuviera dormida con los ojos abiertos y todo lo vivido fuera un sueño.

De ese modo se deja conducir hasta el área de servicio que ha propuesto Ramón, donde como estaba previsto van al baño y se toman un bocadillo de atún con anchoas al que llaman equivocadamente vegetal. Después llenan el depósito de combustible y continúan su camino hacia el norte por la AP7, accediendo en algunos tramos a ver el mar con un brillo vespertino.

—¿Usted qué piensa hacer cuando lleguemos?

Pese a que llevan más de tres horas hablando, Rosario sigue tratando a Ramón de usted.

—Comeré algo rápido y me volveré para Madrid.

—Podemos invitarlo a cenar, ¿verdad, señorita?

Rosario teme el momento de llegar a la playa, aunque no sabe si es porque no conoce el lugar o porque no quiere quedarse a solas con Celia.

—Se lo agradezco mucho, pero prefiero volver lo antes posible —contesta Ramón—. Si salgo de Cambrils a las nueve, puedo estar en Madrid a las dos y media de la mañana.

—¿Qué prisas tiene usted?

Ramón encoge los hombros con resignación.

—Comparto el taxi con un socio que me estará esperando —dice—. En cuanto llegue a Madrid, se lo pasaré para que haga su turno.

Celia continúa escuchando la conversación sin apartar la mirada de la ventanilla, igual que si estuviera escuchando un serial de radio protagonizado por el conductor y su asistente. *Charlie* se ha cansado de permanecer en el suelo y se ha subido al asiento. Está harto del viaje sin siquiera ser consciente de que está viajando. Lo único que desea es seguir al lado de su dueña. Por eso ha apoyado la cabeza en su regazo y se ha vuelto a dormir.

La luz azulada

—¿La recuerdas?

Más o menos como hace *Charlie* algunas veces, Celia no presta atención a la pregunta y se limita a mirar a su alrededor. Ramón las ha ayudado a entrar las maletas, y hasta ha encontrado la caja de la luz en un armario que hay bajo la escalera. Luego ha preparado un recibo por sus servicios, les ha dado un par de besos a cada una, como si fuera un amigo o un miembro de la familia que les ha hecho un favor, y se ha marchado.

—Solo recuerdo la terraza.

Rosario abre las cortinas y las persianas de la puerta corredera que hay junto al sofá con la esperanza de hallar la terraza, pero al otro lado del cristal solo encuentra un pequeño jardín de rocalla y cactus.

—Aquí está.

Han subido a la planta superior, donde hay tres dormitorios y un baño. Rosario ha accedido a la terraza desde el dormitorio principal. A sus pies está el jardín de rocalla, frente a ella el mar. Celia apoya los antebrazos en la barandilla, a su lado.

—Es tarde para ver el mar —dice Rosario—, pero no para escucharlo.

El mar respira entre pausas, invisible y ausente, como si durmiera profundamente.

—Mi papá nos llevó una vez a ver el océano a la desembocadura del río Naranjo y lo primero que hizo fue consultar el calendario para saber cuándo habría luna llena. —En ese momento Rosario está mirando al cielo—. De lo contrario no habríamos visto nada.

Celia no tiene ganas de hablar, pero el discurso de Rosario es lo suficientemente absurdo como para obligarla a hacerlo.

—¿Por qué no fuisteis por el día? —pregunta.

—Mi papá quería que lo viéramos por la noche.

—Por la noche no hay luz.

—Por eso mismo.

Celia no se mueve. Solo echa de menos el reflejo de la luna sobre la desértica negrura que tiene delante. Rosario se da la vuelta y señala el interior del dormitorio.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta con la misma entonación que si exclamara.

Celia continúa apoyada en la barandilla.

—¿Quieres irte? —dice.

—No es eso.

—He venido porque siempre quise vivir a la orilla del mar. Al menos eso fue lo que me dijo Lucien.

—¿Y cómo sabía él una cosa así?

—Porque yo misma se lo conté.

Un ruido las reclama desde abajo. Es *Charlie*, que se encuentra en el jardín de rocalla, mirando hacia arriba.

—Creo que *Charlie* necesita dar un paseo —dice Rosario.

—Llévalo tú, yo no puedo.

—¿Se encuentra mal?

Celia da dos pasos hacia atrás.

—Solo tengo sueño —dice—. Mucho sueño.

Entra en el dormitorio con pasos indecisos y se mete en el baño. Rosario abre una de las maletas en busca de un pijama. Lo deja sobre el almohadón, junto a la bolsa de las pastillas. Luego se dirige a las escaleras.

—No tardamos nada —grita desde el piso inferior.

Celia toma sus pastillas, se pone el pijama y se acuesta boca abajo, sobre sus entrañas, en un intento por evitar el vacío que siente justo debajo del esternón. Cierra los ojos y recuerda las sensaciones que ha tenido durante el viaje, mientras miraba por la ventanilla. No quiere pensar, solo quiere sentir el vértigo de la velocidad. O el de la quietud. Está esperando a que el sueño se la lleve de allí, tal como haría el mar si se encontrase tumbada sobre la playa.

Se despierta en la misma posición y con la misma desazón que otras mañanas. Tiene ganas de meterse la mano por la garganta, apresar algún órgano, el primero que encuentre, y tirar muy fuerte hacia afuera para vomitar todo su sistema digestivo. Su corazón palpita deprisa. Parece decidido a ponerse en movimiento y abandonar su cuerpo. Sus manos tienen forma de puño. Sus piernas están tensas y los dedos de sus pies no pueden dejar de moverse.

Se oye la puerta de la calle y unas pezuñas subiendo las escaleras. *Charlie* se acerca a la cama con la lengua fuera.

—Hemos dado un largo paseo —dice Rosario, apareciendo tras él—. Este lugar es perfecto para pasear. Anoche no me pareció tan lindo, pero esta mañana nos hemos acercado a la playa y he cambiado de opinión.

—Estás mojado —dice Celia acariciando a su perro.

—No ha hecho más que correr entre las olas. Parecía un niño chico. Luego podemos dar un paseo los tres juntos, pero primero voy a dejar la comida preparada.

Celia se sienta en la cama y busca sus zapatillas palpando el suelo con los pies.

—Tendremos que ir a comprar algo —dice.

—Ya lo hemos hecho *Charlie* y yo —responde Rosario—. Hay un supermercado junto a la gasolinera por la que entramos ayer. Lo vi desde el taxi y nos hemos acercado caminando por la playa. No es muy grande, pero hay de todo.

—No lo recuerdo.

—A mí me ha recordado una bodega que había cerca de mi casa, en Coatepeque, donde comenzaron a vender vinos y licores y terminaron vendiendo detergentes,

abono para las plantas, herramientas, tabaco, golosinas para los niños y cosméticos para las mujeres.

Rosario encuentra las zapatillas debajo de la cama.

—Haremos una ensalada de garbanzos y unas hamburguesas de pescado —dice—. He comprado una bolsa de pescado congelado. No había otra cosa.

Celia desayuna un kiwi cortado a medallones sobre galletas María con un poco de queso fresco por encima. No sabe si los kiwis también proceden del supermercado de la gasolinera o los han traído de Madrid. Y no lo pregunta. Se ha sentado en un taburete y desayuna en una barra de mármol que separa la cocina del salón, mientras Rosario descongela el pescado en el microondas y pone a escurrir los garbanzos ya cocidos en un colador.

Luego regresa a la planta superior, se cepilla los dientes y coloca su ropa en un armario empotrado en el que encuentra una pamelita estampada, varios vestidos playeros y un par de chaquetas de punto que no reconoce. Ni en ese ni en ningún otro armario de la casa hay ninguna prenda ni objeto personal de Emilio. Ha estado buscando porque le habría gustado encontrar algo suyo, cualquier cosa, un sombrero de paja, unos bermudas, una camiseta o un simple bañador.

Su móvil se ha apagado. Olvidó cargarlo durante la noche, así que lo deja conectado en la mesilla y sale a la terraza para observar un mar tan luminoso que resulta invisible sin gafas de sol. Por el otro lado de la casa se oye el lamento de un claxon que suena dos veces, como si alguien esperase al volante a otra persona y comenzara a impacientarse. Es un sonido tan familiar como el del mar.

Baja al salón para curiosear en el mueble que hay junto a la puerta principal, en uno de cuyos cajones encuentra varias gafas de sol, unas de mujer y otras de hombre. No puede saber si algún par pertenecía a Emilio. Quizá sean de Fran o de Jose. *Charlie* la está esperando fuera, tumbado en las baldosas que rodean el jardín de rocalla, a la sombra alargada del cactus. Rosario no tarda en concluir sus labores domésticas y reunirse con ellos. Los tres juntos recorren un pequeño pinar salpicado de palmitos puntiagudos y acceden a un paseo marítimo en ruinas que avanza entre abundantes grietas, sin ninguna vocación rectilínea, junto a la orilla del mar.

—Al parecer esta zona iba a ser urbanizada por todo lo alto —cuenta Rosario—. El proyecto incluía varios bloques de apartamentos, hoteles con piscina, chalets adosados, jardines y zonas comerciales. Las obras de urbanización comenzaron con las canalizaciones y el paseo marítimo, pero un cambio de última hora en no sé qué ley y el estallido de la burbuja inmobiliaria paralizaron el proyecto.

Celia la mira con gesto interrogativo.

—Me lo ha contado el encargado del supermercado —añade Rosario—. Él estaba afectado porque iba a abrir un local bien grande en la zona comercial.

—No sé qué es una burbuja inmobiliaria —dice Celia.

A veces tiene la sensación de haber olvidado los años más importantes de su vida y prefiere no conocer los detalles de lo que se ha perdido. Tiene miedo de saber que

ha sido feliz y le aterrorizaría descubrir que no lo ha sido. Se detiene un momento. Camina con dificultad, quizá porque se ha puesto los mismos zapatos de tacón bajo que llevaba el día anterior. Se agacha para quitárselos y los deja junto a un arbusto que ha crecido en una de las grietas del paseo. Rosario le ofrece el brazo para que se apoye en ella. Así cogidas, abandonan el paseo y se dirigen hacia el mar, cruzando dunas de arena sobre las que crecen plantas rastreras con flores blancas, algunas de las cuales resultan ser vasos de plástico abandonados allí por la marea.

La orilla del mar trae una brisa fresca que invita a sentarse. Lo hacen sobre la arena seca, a pocos centímetros de la orilla. Rosario se coloca de medio lado, con el peso del cuerpo apoyado en una mano. Celia cruza las piernas como una piel roja. Hay muy poca gente alrededor, alguna pareja paseando en silencio, una caña de pescar apostada entre las rocas, un bulto de ropa de alguien que se ha acercado nadando hasta las boyas. No hay socorrista ni bandera ni retretes móviles. No hay sombrillas ni tumbonas. Solo el mar latiendo sobre la arena, como el corazón de un ser vivo, y las gaviotas graznando alborotadas.

—Es una playa salvaje —dice Rosario.

—¿Te gusta?

Rosario la recorre con la vista, de izquierda a derecha, como si leyera.

—El año pasado fui a una playa con mi hermana y mis sobrinos —dice señalando hacia la derecha—. Era más al sur, no recuerdo dónde. No parecía una playa sino un parque público. Tenía papeleras, bares con terrazas cubiertas por tejadillos de brezo, zonas de columpios, guarderías para niños, toldos con camitas para tumbarse, redes de voleibol y porterías de fútbol. —Hace una pausa y añade—: Esta no tiene nada y me gusta mucho más.

—Ni siquiera tiene paseo marítimo —replica Celia.

Rosario se vuelve un momento para observarlo desde allí.

—Sí que tiene pero parece haber sido víctima de un terremoto, un bombardeo o algo así.

A Celia le gusta precisamente por eso. Su decadencia lo convierte en el protagonista de un pasado tormentoso. Si estuviera bien construido solo sería un lugar para pasear como cualquier otro. *Charlie* ha estado jugando con las olas, yendo y viniendo, persiguiéndolas. Luego ha sacudido todo su pelaje, desde la cabeza a la cola, y se ha tumbado para secarse al sol. Parece una prenda de ropa recién lavada. La lengua le rebosa por entre los colmillos y respira con un sobrealiento de felicidad. Él sí ha reconocido los olores de la playa, las dunas con sus flores de plástico y el paseo marítimo en ruinas.

Han regresado a la casa para comer temprano. De ese modo Celia puede dormir una siesta con la puerta de la terraza abierta para recibir la brisa del mar y escuchar a las gaviotas. Casi dos horas después se despierta confundida y también aliviada al encontrarse en un lugar nuevo y ajeno en el que no hay ninguna referencia que pueda multiplicar su dolor.

Su teléfono móvil ya se ha cargado. Sale a la terraza con él y pasa toda la tarde sentada en una de las sillas de plástico, jugando a la granja de colores, sin más preocupaciones que la alimentación de sus animales, el cultivo de sus campos y la elaboración de sus productos artesanales. Lo hace concentrada y reflexivamente, siguiendo los consejos que le ha ido dando Alba, gracias a lo cual completa un montón de pedidos, asciende dos niveles y tiene la oportunidad de criar caballos.

Rosario ha descolgado las cortinas del salón y los visillos de la cocina para poner una lavadora. Ha quitado el polvo de los muebles y ha cepillado la tapicería del sofá. Luego ha limpiado los cristales y, cuando la lavadora termina, vuelve a colgar las cortinas y los visillos en su sitio. Y sube a ver a su señorita. Sabe que está despierta porque ha escuchado el sonido del agua en el baño y quiere invitarla a dar otro paseo. Sin embargo, la encuentra demasiado ocupada con sus quehaceres virtuales y decide no molestarla. A *Charlie* sí le apetece pasear.

—¿Ha hablado con su hija?

Más tarde cenan en el salón, ocupando solo un extremo de la mesa, sobre un mantel doblado por la mitad.

—Me ha dicho que la ha llamado varias veces —informa Rosario.

—El móvil ha estado sonando, sí —responde Celia.

Da a entender que el sonido del móvil es tan inevitable como el del mar.

—También la ha llamado su agente y su hermana Alicia.

Celia levanta la vista del triángulo de tortilla de patata y cebolla que le ha servido Rosario.

—Lo sé porque, como usted no cogía el teléfono —añade esta—, me han llamado a mí. Querían saber cómo estábamos, si habíamos llegado bien y si necesitábamos algo.

Celia convierte el triángulo de tortilla en un trapecio.

—Solo me he comunicado con Alba —dice.

—¿También la ha llamado?

—Me ha mandado un queso de cabra que necesitaba para servir un pedido.

Rosario no le presta ninguna atención.

—Quieren venir por aquí un fin de semana —dice.

—No deseo ver a nadie —responde Celia.

—¿Ni siquiera a Alba?

—Alba no puede venir sola.

Rosario decide cambiar de tema antes de que el silencio que sigue a estas palabras se lleve la poca presencia de su señorita que queda en la mesa.

—He conocido a unos vecinos de la urbanización —dice—. Me han dado recuerdos para usted.

—¿Quiénes son?

—Un matrimonio que pasa aquí la mayor parte del año.

Celia se queda pensativa unos segundos.

—No los recuerdo.

—Podemos pasar a saludarlos mañana —propone Rosario—. Parecen simpáticos y tienen un perrito minúsculo parecido a un yorkshire. Pese a la diferencia de tamaño, *Charlie* y él se han hecho buenos amigos.

Celia deja la servilleta sobre la mesa. Ha pensado en los vecinos por la mañana, cuando ha oído el sonido del claxon. Tal vez pudieran darle alguna noticia o detalle del tiempo que Emilio pasó en aquella casa.

—No me gustan los perritos minúsculos —dice mirando a *Charlie*.

Y se levanta de la silla.

—¿Tiene sueño? —pregunta Rosario.

Celia niega moviendo el cuello como una autómatas.

—He dormido una buena siesta —dice.

—¿Quiere que conecte la televisión?

—Conéctala si quieres y pon tu programa favorito. Yo me vuelvo a la terraza. Tengo mucho que hacer.

—¿A qué se refiere?

Rosario sabe perfectamente a lo que se refiere.

—Tengo que ordeñar las vacas, limpiar el gallinero, dar de comer a los cerdos, hacer dos pasteles de carne, confeccionar varias prendas de algodón y cepillar a mis nuevos caballos.

—En ese caso, póngase una chaqueta —contesta Rosario—. No vaya a coger frío.

Celia sube a la planta superior seguida de *Charlie*, pero el perro baja a los pocos minutos para comprobar que Rosario sigue en la casa. El pobre pasa más tiempo subiendo y bajando las escaleras que en ningún otro sitio. Está incómodo. No le gusta que las dos personas con las que vive estén separadas. Y odia que su dueña pase tanto tiempo mirando la luz azulada que sostiene en su regazo, sentada inmóvil en una silla de plástico, como si estuviera dormida completamente despierta.

Rosario también habría preferido que su señorita se hubiera quedado a ver la televisión con ella, compartiendo el sofá y una infusión caliente, en vez de perder el tiempo y la vista en un pasatiempo pensado para niños aburridos. Por eso, cuando pasado un rato sube a su dormitorio, no puede evitar tratarla como a una niña, con la misma carga de paciencia y cariño que guarda para Alba.

—Es tarde y hace frío —le dice—. Será mejor que apague el móvil y entre en casa.

—¿Por qué?

—Tiene que tomarse la medicación y acostarse.

—Primero pondré el móvil a cargar.

Celia ha entrado en la habitación y se ha sentado en la cama mientras Rosario la ayuda a ponerse el pijama.

—No debería pasar tanto tiempo jugando con ese trasto —le dice.

—¿Por qué no?

—No es bueno para la vista.

Celia se levanta un momento para que Rosario pueda abrirle la cama.

—Mis animales me necesitan.

—Sus animales no existen.

—No existen —repite Celia.

—Son simples dibujos de colorines que se mueven por una pantalla siguiendo las órdenes de un programa informático. No son reales.

Celia niega para darle la razón a Rosario.

—Por eso me gustan —dice.

—¿Le gustan porque no son reales?

—Me gustan porque no se pueden morir.

Let it go

A la mañana siguiente suena un claxon. Celia se incorpora en la cama y presta atención. Cree que va a oír la voz de su tía Paulina dirigiéndose al panadero, que ha llegado a la puerta de casa con su furgoneta. Le va a pedir una torta de azúcar, dos barras de pan y un bollo recién hecho para su sobrina, tal como sucedía cuando pasaba los veranos en Daroca. Por el contrario, lo que oye es el ladrido de *Charlie* contestando la impaciencia del claxon y la voz de Rosario tranquilizando al perro.

—Ven aquí, mi niño.

A veces lo llama así. Otras, le dice precioso o patojito, como si estuviera en su país. Celia piensa en eso sin mover un músculo. Tiene las manos alrededor del estómago, abrazándose con fuerza para contrarrestar el vacío de la mañana. No le apetece levantarse, pero es consciente de que, si no lo hace, luego tendrá molestias en la espalda y se le dormirán las piernas. Ya nunca mueve los dedos de los pies cuando se despierta.

Antes de ir al baño saluda a *Charlie*, que sube en cuanto ella se levanta de la cama.

—Buenos días, señorita.

Rosario la espera con el desayuno preparado sobre la barra de la cocina. Algunos días le hace un zumo de naranja, otros le corta un kiwi a medallones o una manzana a gajos. O una piña a rodajas. Siempre hay algo de fruta para ella y siempre huele a café, un aroma que a veces se mezcla con el del guiso que Rosario prepara sobre un sofrito de cebolla y pimiento. Otros días solo huele a verduras cocinando a fuego lento.

—Hoy vamos a comer una fideuá de pescado y gambas. Y unas manzanas asadas con canela.

La asistenta le informa del menú y le cuenta algo de lo que ha hecho a primera hora de la mañana, lo que sea, cualquier cosa. Se ha encontrado con los vecinos de al lado, ha conversado con el dueño del supermercado, alguien se ha parado a acariciar a *Charlie*, el mar está picado y trae olas enormes, o al contrario, parece una laguna en la que se reflejan las nubes. A veces *Charlie* ha perseguido a unas gaviotas que tomaban el sol en la playa, un helicóptero del 112 ha pasado volando o el cielo amenaza tormenta. O el sol calienta como en verano.

—Esta noche ha refrescado y hay mucha humedad, así que luego, cuando salgamos, tendremos que coger las chaquetas.

A media mañana recorren el paseo marítimo muy despacio, una junto a la otra cogidas del brazo, haciendo coincidir la alternancia de sus pasos, como si desfilasen por una pasarela de moda. O por una ciudad recién liberada de un asedio. Luego se

sientan sobre la arena seca de la playa, tan cerca del mar como pueden, mientras *Charlie* juega con las olas. Rosario saca un libro y unas gafas de la bolsa que ha traído al hombro y se pone a leer. Está terminando la biografía de Emily Brontë. Celia lleva sus gafas de sol puestas e incluso así se ve obligada a achinar los ojos cuando concentra su mirada en el mar.

Ha descubierto que las olas tienen una naturaleza matemática. No suceden desordenada ni aleatoriamente sino siguiendo patrones numéricos determinados que se repiten mecánicamente, día tras día, con independencia de la fuerza que las trae, la dirección de los vientos o el color del mar, que unos días es azul marino, otros gris ceniciento y otros verde esmeralda, como un mar del Caribe. No lo hace ni piensa hacerlo, pero se siente capaz de anotar esos patrones numéricos en su cuaderno para tratar de encontrar una fórmula que los prediga.

Cuando *Charlie* se cansa de jugar con el agua, sacude su cuerpo y se sienta junto a ellas, aunque no demasiado cerca porque se sabe mojado. Pasa unos minutos frente al mar, ofreciéndole su lengua rosada, y luego se tumba al sol del mediodía. No muy lejos de allí están la camiseta, la toalla y las chancletas de un hombre que cada día nada hasta la boya. Celia lo observa mientras va y vuelve, tratando de calcular su edad. No se le escapa que pudo conocer a Emilio. Quizá fueron amigos.

—A veces, por la mañana, creo que Emilio va a salir del mar y va a venir a despertarme completamente mojado —dice sin mirar a Rosario.

Esta aparta la vista del libro pero no contesta.

—A veces creo que ese hombre que nada hasta la boya es Emilio —añade Celia.

Y lo señala con el gesto. El hombre lleva un gorro de baño amarillo y parece una boya en movimiento. Celia lo imagina tendido en la orilla, inerte como un ahogado que han traído las olas.

—Si hubieras tenido un hijo —dice—, ¿cómo lo habrías llamado?

—Matías —responde Rosario—, como mi papá.

Celia la mira un segundo con la cabeza ladeada. No se atreve a decirlo pero en el fondo envidia su incapacidad para ser madre.

—Desearía no haber tenido hijos nunca —dice en un susurro.

—No diga eso, señorita.

—¿Por qué no? Tú no los has tenido y eres más feliz que yo.

Rosario le devuelve la mirada con un dedo puesto entre los labios.

—No soy más feliz que usted por no haber tenido hijos —responde.

—¿Te sentirías mejor si hubieras tenido un hijo, lo hubieras llamado Matías y luego lo hubieras perdido?

Rosario la mira con ojos severos. Le molesta su franqueza pero evita cualquier tipo de enfrentamiento. Sabe que su señorita está usando el lenguaje demente del dolor.

—Al menos me quedaría su recuerdo —contesta.

Y, al escuchar cómo Celia suspira muy fuerte por la nariz, como si riera una sola

vez la perversa ironía del destino, no tiene más remedio que aproximarse a ella para disculparse, dispuesta a mantener el contacto físico durante unos minutos, como si ambas formaran parte de una estatua de arena condenada a deshacerse poco a poco entre la brisa.

A mediodía comen en la mesa del salón, siempre en el mismo extremo, con el mantel doblado por la mitad, indiferentes al resto de la mesa, de la estancia y del mundo. Normalmente lo hacen en silencio o comentando asuntos estrictamente relacionados con lo que comen, siguiendo un guion predeterminado en el que la conversación está al servicio de los platos. Rosario sabe que hablar de comida abre el apetito y quiere que su señorita coma. Luego enciende la televisión mientras Celia sube a su habitación para dormir la siesta y *Charlie* se pasea escaleras arriba y abajo, quién sabe si renegando de su instinto de pastor.

Paula la llama todos los días a media tarde.

—¿Te he despertado? —le dice—. ¿Cómo estás?

—¿Cómo estás tú?

—Sigo teniendo mucho sueño.

—Yo también.

Paula emite un suspiro que llega al otro lado de la voz como uno de los bufidos de *Charlie*.

—Ignacio quiere hacerte una revisión —dice.

—Estoy bien, no necesito ninguna revisión.

—¿Tomas la medicación?

—Sabes muy bien que sí.

—¿Tienes mareos?

—No te preocupes. Rosario cuida de mí.

Hay continuos silencios en sus conversaciones, algunos duran solo un par de segundos, quizá tres, pero otros se hacen interminables.

—Alba te manda muchos besos —dice Paula.

—Estamos en contacto todas las tardes.

—Lo sé.

Pese a su aparente indolencia, Celia encuentra el modo de preguntar por Jose. Quiere saber si Paula ha hablado con él pero no obtiene más respuesta que un silencio seguido de una despedida. Así terminan sus conversaciones. Celia se queda entonces mirando la pantalla del móvil hasta que se apaga, hipnotizada por su luz. Después pasa el resto de la tarde en la terraza, a veces con una manta sobre las rodillas o incluso sobre los hombros si la brisa arrecia, concentrando los sentidos en esa pantalla irresistible, exactamente igual que si el universo entero cupiera en su interior.

Ha alcanzado ya el nivel 25 y su granja se ha convertido en uno de aquellos paisajes impresionistas en los que se refugiaba cuando necesitaba huir del presente. Ha gastado un montón de monedas en la compra de vallas de madera, losas de piedra, plantas con flores, arbustos y árboles ornamentales para que su granja parezca un

jardín pintado con trazos imprecisos y colores suaves. Algunos rincones le recuerdan espacios concretos que conserva en la memoria, como el jardín japonés de Monet con su puente de madera sobre el estanque de nenúfares o los huertos soleados de Pissarro.

Muchas veces el teléfono vibra primero y suena después mientras ella está ocupada atendiendo sus tierras virtuales. Por eso mismo nunca atiende las llamadas. Sabe que no es Paula, ni tampoco Alba, porque esta última le avisa antes de llamar enviándole un mensaje desde su propia granja.

—Hoy he aprendido a tocar una canción de la película *Frozen* —le dice—. He grabado un vídeo y lo he subido a YouTube. Si me pasas a Rosario le digo cómo lo he llamado. Así podéis buscarlo y verlo más tarde.

—Prefiero que me cantes por teléfono.

—Se oye peor.

—El directo siempre se oye peor, pero es más emocionante.

—Se titula *Let it go*.

—¿Como la canción de los Beatles?

—Esa es *Let it be*, abuela.

La niña comienza a cantar en inglés acompañándose de acordes de guitarra. Celia se pega el teléfono a la oreja y se tapa el otro oído con un dedo para evitar que los ruidos de la playa interfirieran en la actuación. Se concentra en la música. Incluso llega a cerrar los ojos y entonces se cree indestructible, a salvo de todo, como si la voz de su nieta fuera un salvoconducto contra cualquier clase de limitación, sufrimiento o dolor.

Al final de la actuación vuelve a escuchar los sonidos del presente mientras aplaude entusiasmada con el teléfono sujeto entre las piernas.

—Ha sido estupendo —dice.

—Si quieres, te envío la letra de la canción —responde la niña—. Así podrás cantarla mientras ves el vídeo.

—No me gusta cantar.

Alba hace una pausa silenciosa, y también significativa, porque ya sabe que a su abuela no le gusta cantar.

—Yo canto cuando estoy triste —le dice—. Y así dejo de estarlo.

Aunque sea un gesto inútil, Celia asiente. Es consciente de que hay gente que sonríe porque es feliz y gente que sonríe para estarlo.

—Dile a Rosario que cante contigo —añade Alba—. Lo hace muy bien.

—No creo que Rosario sepa cantar en inglés —dice Celia.

—Claro que sabe —contesta la niña—. Hemos cantado muchas veces juntas.

—Entonces le diré que cante para mí, como has hecho tú.

A última hora de la tarde la casa se llena de olores familiares. Huele a patatas fritas, a rodajas de calabacín y berenjena rebozadas en huevo y harina, a pescado a la plancha o al aceite, el vinagre y las hierbas aromáticas con que Rosario aliña las

ensaladas. Cenar en la barra de la cocina, una a cada lado, como si estuvieran en un bar pero renunciando a adoptar los papeles de camarera y clienta.

Igual que hace por las mañanas, Rosario le cuenta los chismes de la tarde. Ha dado un paseo con los vecinos, que cada día son más simpáticos y atentos con ella y *Charlie*. Quieren saludar a Celia y las han invitado a una barbacoa el fin de semana. También ha hablado por teléfono con su hermana o con alguno de sus sobrinos. Y con Alicia o con Luisa o con cualquiera de las personas que primero llaman a Celia y luego terminan hablando con ella.

—Hoy la ha llamado su agente.

—¿Qué quería?

—Lo que quieren todos —responde Rosario con resignación—. Venir a verla. Celia no gesticula salvo pestañeando.

—No se preocupe —añade Rosario—, ya le he informado de que no quiere ver a nadie.

—Y él, ¿qué ha dicho?

—Ha preguntado si se había traído usted la computadora o la había dejado en Madrid.

Celia achina los ojos.

—Traje todos sus objetos personales —informa Rosario—, incluida la computadora, por supuesto.

—¿Qué más ha dicho?

—Nada —concluye Rosario—. Ha suspirado muy fuerte y ha colgado.

Celia se acuerda a menudo de la contraseña olvidada. No lo hace pensando en Tobias o en sus lectores, ni en el contenido de su libro. Simplemente se ha acostumbrado a vivir con esa incertidumbre. La ausencia de esa palabra forma parte de su existencia desde que despertó del coma y todavía ignora si alguna de las palabras que trajo apuntadas de París o alguna de las que se le han ocurrido desde que está en la playa puede ser la elegida, aunque sospecha que no es así.

Rosario sube a buscar el ordenador y lo enciende sobre la mesa del salón. No quiere dejar pasar ninguna oportunidad de entretenimiento. Todo lo que está sujeto a alguna regla y tiene algún objetivo puede convertirse en un juego. Le pide a Celia que traiga su cuaderno y ella misma va tecleando.

—Lucien, Denise, Patrick, París Saint-Germain, Quai de Valmy, La Grenouillère, Galeries Lafayette —Celia dicta—, Jardin Villemin, Fontainebleau, Port de la Gare, Boulevard des Capucines, Square des Récollets. Y también gol, beso, tatuaje, sirena, peca.

Más tarde salen a tirar la basura a los contenedores que hay en la esquina de la calle y luego, antes de volver a casa, se sientan junto al cactus, sobre el bordillo de la jardinera mientras *Charlie* corretea por la calle, sin alejarse mucho, como un niño pequeño que se entretiene marcando el territorio cerca de su madre.

Celia siente con frecuencia las ganas de fumarse un cigarrillo pero nunca lo hace,

quizá porque Rosario no fuma y no quiere hacerlo sola. No se miran. Tampoco charlan. Es tarde y no quieren molestar a los vecinos. Otra vez los vecinos. A Celia le gustaría hablar con ellos. En el caso de que lo conocieran, quiere saber si Emilio recibía visitas, si bajaba a la playa o se conformaba con disfrutar del mar desde la terraza. Quiere saber si salía por las noches, si era sociable, si acaso se fumaba un cigarrillo allí mismo, sentado sobre el bordillo de la jardinera.

Tal vez debería aceptar la invitación y compartir con ellos una barbacoa el fin de semana, pero antes tendría que vencer la inercia del silencio y arriesgarse a conocer detalles que desea seguir olvidando. No sabe qué hacer y no hace nada, solo concentra la mirada en las idas y venidas de *Charlie* hasta que entran en la casa y Rosario y ella se despiden dándose las buenas noches y dos besos en las mejillas.

—He estado pensando —dice entonces Celia—. Y creo que ya puedes dejar de leer libros de biografías.

—¿Lo dice porque quiere que comience a leer los suyos?

Celia niega con cara de susto, como quien teme haber dado la impresión equivocada.

—No —dice—. No es eso.

—¿Entonces?

—Lo digo porque ya eres una gran mujer.

Y se tumba en la cama con la imagen de Lucien en la cabeza, echando de menos su aliento ácido, sus manos grandes y la puntería de su mirada sobre las pecas de su escote. Quiere despertarse por la mañana abrazada a él, seguramente porque considera que tiene la fuerza necesaria para llenar ese vacío orgánico que amenaza con absorberla de afuera para adentro hasta convertirla en un punto denso y masivo capaz de contener todo su ser, igual que su teléfono móvil es capaz de contener todo su universo.

—Lucien Gagnier.

A veces pronuncia su nombre en voz baja, pidiéndole ayuda, como si pudiera convocar su presencia solo con nombrarlo. Y se da la vuelta con la esperanza de encontrar su melena canosa sobre las sábanas, junto a la pequeña sirena tumbada sobre su antebrazo. Es entonces cuando comienza a notar el efecto de las pastillas para dormir. Su vista se nubla, su pulso se calma y todo su cuerpo concentra su peso sobre un punto que desaparece en sueños.

Ejercicio de enumeración

El claxon la despierta de nuevo pero con un tono distinto y una nueva intención. No es un reproche sonoro ni una queja impaciente sino el saludo de alguien que aparece por sorpresa. A continuación se oyen varios ladridos de *Charlie* y la conversación que Rosario mantiene con otra persona, quizá con la vecina de al lado, que se ha decidido a hacerles una visita matutina.

—¿Qué haces aquí?

Paula ha subido las escaleras seguida de *Charlie*.

—¿Y la niña? —continúa preguntando Celia.

—Alba se ha quedado con Jose —dice Paula—. Yo he venido porque tengo que darte una mala noticia.

Celia está de pie, junto a la cama. Da un paso hacia atrás y se sienta sobre ella.

—El tío Augusto ha muerto —dice Paula.

Celia asiente en silencio.

—¿Qué le ha pasado?

Paula se señala el pecho.

—El corazón.

Celia pestañea muy despacio, como quien escucha la mayor de las obviedades.

—No tenías que haberte molestado en venir —dice—. Podías haberme avisado por teléfono.

—Creí que querrías asistir al entierro. Es mañana por la mañana.

—No tengo ganas de ir a Zaragoza.

—No es en Zaragoza —niega Paula—. El tío dejó escrito que quería ser enterrado en el lugar donde nació.

Celia permanece sentada sobre la cama.

—He traído el coche —añade Paula señalando a su espalda—. Podemos salir dentro de un rato, cuando hayas comido algo y te prepares una bolsa con lo imprescindible para pasar una noche fuera.

—Una noche fuera —repite Celia.

—¿No te apetece volver a dormir en Daroca, en casa de la tía Paulina? He hablado con tu prima Isabel y también estará allí.

—¿Y Rosario? ¿Y *Charlie*?

—Rosario se quedará al cuidado de *Charlie*, no te preocupes. Mañana, después del entierro, puedo volver a traerte.

Celia piensa en Jacqueline y en las residencias de ancianos. Y en lo natural que resulta que un anciano como el tío Augusto se muera. Es un pensamiento

reconfortante que le ayuda a reaccionar. Se levanta de la cama y saca su maleta del armario. Luego baja a la cocina y desayuna un poco más de lo habitual, lo suficiente para no tener que comer hasta dentro de un buen rato.

A Rosario no le importa quedarse con *Charlie* en la playa. Conociéndola, Celia cree que aprovechará su ausencia para cambiar las sábanas de las camas, limpiar los armarios y poner una colada con las colchas y hasta con los cojines del sofá, pero se equivoca. Lo primero que ha pensado Rosario al saber que iba a quedarse sola un par de días ha sido en disfrutar de unas pequeñas vacaciones, viendo la televisión, dando largos paseos con *Charlie* y disfrutando de la compañía de los vecinos.

—Solo tiene esta camisa oscura, señorita —dice la asistenta cuando sube a preparar la maleta—. ¿Quiere llevársela?

Celia consulta a su hija.

—No es necesario ir de luto —dice esta.

—Entonces, le pongo otra más clara.

—Lleva ropa de abrigo —dice Paula—, por si refresca.

—¿Cuánto hace que no voy a Daroca? —le pregunta Celia.

Paula reflexiona mientras observa el cuidado con que Rosario mete los zapatos en una bolsa de plástico antes de encajarlos en el interior de la maleta.

—No tengo ni idea —responde—. ¿Lo recuerdas como algo lejano?

—Remoto.

Paula hace un gesto con los hombros, dando a entender que no es necesario preguntar lo que ya se sabe.

—¿Cuánto hace que no vas tú? —pregunta Celia.

Paula ya se ha hecho esa pregunta con anterioridad.

—Creo que la última vez que estuve allí fue para asistir al funeral de la tía Paulina —responde.

Celia asiente.

—¿Tú te acuerdas de cómo es la casa de la tía Paulina? —pregunta.

—¿Tú no?

—Yo, perfectamente.

Paula la mira con expectación.

—Hay un patio en la entrada con varias puertas —dice Celia—. A la derecha un salón grande, al lado el baño y la cocina, enfrente las escaleras que suben a los dormitorios. Desde la cocina parte un pasillo que conduce a un cuarto de labor con un hogar y una despensa llena de botes de conserva. Desde allí se sale al jardín, aunque la tía Paulina siempre lo llamó el corral, porque en tiempos había conejos, gallinas y pavos. Arriba hay tres dormitorios, dos con balcón a la calle y uno interior que da al corral. Más arriba una buhardilla que servía de granero y olía a manzanas, a patatas y a jamón curado.

Paula trata de no sonreír. No quiere mostrar ninguna clase de satisfacción. Si lo hace, su madre la verá como una profesional de la medicina valorando la

recuperación de una paciente.

—A veces no olía tan bien porque lo llenaban de cebollas y ajos —concluye Celia.

Rosario ha salido del dormitorio y ha vuelto con el maletín que Celia le trajo de París. *Charlie* la sigue a todas partes. Ha comprendido que, pese a sus promesas, su dueña vuelve a marcharse sin él.

—Si no le molesta, me gustaría peinarla como es debido —dice Rosario, abriendo el maletín sobre la mesilla.

Luego se dirige a Paula, cogiéndola de la mano para que se dé la vuelta.

—A usted también puedo peinarla, señora —dice lo más asépticamente posible.

Paula se toca la coleta con la que se ha recogido el pelo. Lo hace con el ceño fruncido, ofendida por lo que significa el ofrecimiento pero sin decir una palabra. Rosario comienza a peinar a su señorita mientras esta deja que su vista se pierda más allá de la barandilla de la terraza.

—Todo el mundo me ha dado recuerdos para ti —dice Paula.

Han cargado la maleta de Celia en su coche y ambas viajan por la AP2 rumbo al oeste.

—¿Quién es todo el mundo?

—Luisa, Tobias, papá, Ignacio y las enfermeras del hospital —especifica Paula.

—¿Y mi hermana?

—La tía Alicia acudirá al entierro con el tío Quique y sus hijos. Me lo ha confirmado hace un rato.

Celia se apoya en el reposacabezas de su asiento.

—Ya han muerto todos —dice suspirando.

Paula la mira un segundo.

—El tío Augusto era el único de su generación que quedaba vivo —aclara Celia.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que soy de las más viejas de la familia.

Paula está a punto de celebrar la exageración del comentario con una carcajada. Si no lo hace es porque se da cuenta de que su madre tiene razón.

—Por eso mismo no podías faltar al entierro —dice.

Celia no contesta. No quiere hablar del presente. Desde que ha subido al coche siente la necesidad de hablar de Emilio, aunque no sabe exactamente de qué. De nada en particular, de todo. Quiere saber cómo es posible que un experto nadador como él pudiera haber muerto en el mar. Quiere saber si el mar estaba particularmente bravo aquel día o si Emilio había tomado más pastillas de la cuenta.

Abre la boca tres veces pero la voz se niega a brotar de su garganta. Parece un pez boqueando en una pecera con ruedas viajando a ciento veinte kilómetros por hora hacia el ocaso. Paula se da cuenta de que su madre está luchando consigo misma y

prefiere concentrarse en la carretera, al margen de todo.

Celia acaba rindiéndose. Suspira profundamente y cierra los ojos. No está cansada ni tiene sueño, solo quiere desaparecer de allí, acelerar el coche de alguna manera para no tener que recorrer uno a uno los kilómetros que faltan. Su cerebro entiende el gesto de otro modo y no tarda en dormirse.

—¿No has entrado en Zaragoza?

Ha dormido más de una hora. Y cuando se ha despertado, ha pasado unos minutos estudiando el paisaje por la ventanilla.

—No ha sido necesario —responde Paula—. Hay una circunvalación alrededor de la ciudad.

—No la recuerdo.

—La construyeron para la Expo de 2008. Ahora se puede rodear la ciudad sin pasar por un solo semáforo.

—¿Como la Périphérique?

—Eso mismo.

Paula agradece la mención. Hace tiempo que quiere preguntarle algo a su madre.

—¿Te has puesto en contacto con Lucien?

Celia niega chasqueando la lengua.

—¿Y no piensas hacerlo? —insiste Paula—. Podrías escribirle un *email*, mandarle un mensaje al móvil o hablar con él a través de Skype.

—Te recuerdo que nací a mediados del siglo xx —responde Celia.

—También puedes llamarlo por teléfono.

Celia no abre la boca, entre otros motivos porque no se fía de las intenciones de Paula. No sabe si ha mencionado a Lucien porque aprueba su relación afectiva o justo por todo lo contrario. Sin mover la cabeza para no dar la impresión de que afirma o niega, continúa observando el paisaje en movimiento.

—Esta no es la carretera que yo conozco —dice después de unos minutos.

—Es una autovía —contesta Paula.

—¿Y la carretera vieja?

—Sigue estando donde siempre ha estado.

—¿Por qué no hemos ido por ella?

—Esta es más rápida.

Celia consulta el reloj del salpicadero. No comprende las prisas de Paula. El entierro no es hasta el día siguiente. Asocia las prisas con el nacimiento de un ser humano, no con su funeral. El coche abandona la autovía a la altura de Cariñena para detenerse en una estación de servicio. Paula aprovecha para tomarse un refresco de cola y un pincho de tortilla. Celia no tiene apetito y prefiere un café con hielo. Las dos han elegido una bebida de color negro, con hielos que chocan entre sí.

Luego prosiguen su camino hacia el sur pero sin incorporarse a la autovía. Viajan por la vieja nacional 330 y el paisaje ha cambiado. Están a punto de atravesar el puerto de Paniza.

—En esa curva me quedé una vez sin agua en el radiador del coche —dice Celia, señalando a la derecha—. Tuve que detenerme ahí mismo y esperar a que pasara algún camión para pedir ayuda.

Paula conoce la anécdota.

—Esta parte del puerto estaba muchas veces nevada —continúa diciendo Celia—. Más de una vez tuvimos que poner las cadenas para continuar.

—Y más o menos por aquí mi hermano se mareaba y teníamos que parar para que le diera el aire —contesta Paula.

Celia no puede evitar un respingo de sorpresa. No esperaba que Paula hablara de Emilio con esa naturalidad.

—Si hubiéramos ido por la autovía —se apresura a decir para enmascarar su sorpresa—, no podríamos disfrutar de estos recuerdos.

Lo dice en un tramo de carretera que discurre paralelamente a la autovía, antes de que esta se apoye sobre unos grandes pilares que atraviesan un barranco dando pasos de gigante. Ambas carreteras, la nueva y la vieja, le parecen dos versiones de la misma realidad. Dos formas de interpretar el paisaje.

Atraviesan la población de Mainar y enfilan una larguísima recta que remueve el interior de Celia. Es inevitable. Cuando era niña y viajaba en el coche de sus padres junto a su hermana Alicia, era ahí mismo, en esa llanura de proporciones marítimas, donde comenzaba a presentir la cercanía de su destino. Por eso pasa el resto del trayecto con la espalda recta, incorporada sobre sí misma, con unas ganas de terminar el viaje que le resultan muy familiares.

—La gasolinera, las piscinas, el campo de fútbol, el restaurante Legido, la plaza de toros, la mina.

Quizá para conjurar la nostalgia o simplemente para demostrar a su hija que se acuerda de todo lo que va viendo, se entrega a este ejercicio de enumeración.

—La Puerta Alta.

Hasta que llegan a una entrada monumental abierta en una muralla de piedra con aspilleras en lo alto. La cruzan muy despacio y entran en el trazado típicamente medieval de la población sin poder evitar la sensación de que están viajando en el tiempo, cada una a su manera: Paula varios siglos atrás, Celia no tanto.

—Escolapios, los portones de madera, las persianas apoyadas sobre los balcones, la plaza de San Pedro, el estanco, la carnicería, la pastelería, el cine...

Paula quiere sumarse a la enumeración.

—Los condenados adoquines —dice dejando que el traqueteo del coche afecte a su dicción.

Y se siente inmediatamente culpable por haber interrumpido a su madre, sin saber que Celia no se ha callado por eso. Simplemente no es capaz de pronunciar todas las palabras que le vienen a la mente. Son demasiadas.

—¿Sabes dónde es? —le pregunta a su hija.

Paula asiente golpeando el volante con su mano derecha.

—No vamos todavía a casa de la tía Paulina —responde—. Primero tenemos que pasar por el velatorio del tío Augusto.

La calle principal discurre por una suave pendiente sobre los ruidosos adoquines, a la manera de un torrente de agua en medio de un barranco urbanizado, hasta que termina en otra puerta abierta sobre la muralla.

—La Puerta Baja —dice Celia.

La atraviesan y abandonan el recinto medieval, como si el viaje en el tiempo hubiera terminado. Desde allí arranca un paseo de árboles de sombra, al final del cual hay varios coches aparcados sobre la acera.

—El tío dejó escrito que su cuerpo fuera velado en casa de sus padres —explica Paula, quitándose el cinturón de seguridad mientras señala con la mirada hacia un callejón que asciende a la derecha—. Es aquí mismo.

—Sé perfectamente dónde es —responde Celia.

Paula le abre la puerta y la sujeta de las dos manos mientras ella pone los pies en el suelo muy despacio. Juntas comienzan a subir la cuesta del callejón por donde bajan varias personas hablando en susurros.

—Celia, Paula.

La prima Isabel ha salido a recibir las.

—Lo sentimos mucho —dice Celia con el sobrealiento del esfuerzo.

Y se dan un abrazo.

—Gracias por venir.

—¿Dónde está tu hermano?

—Dentro.

Isabel se coloca a un lado de Celia, Paula al otro. Las tres entran en una casa vieja y oscura que huele a humedad evaporada por el tiempo. En el patio de entrada yace el tío Augusto dentro de un ataúd que a Celia le parece estrecho y pequeño, como si hubiera sido fabricado para un niño. Hay poca gente allí, seis personas, quizá siete. Los demás están en el callejón, tomando el aire.

Paula se ha acercado al primo de su madre, que está sentado junto al ataúd, para darle un abrazo. Celia lo mira sin reconocerlo.

—Carlos.

Simplemente pronuncia el nombre de su primo dándose cuenta de que se parece al tío Augusto cuando este tenía su edad. Se dan dos besos. Celia se tambalea. No quiere mirar al interior del ataúd, pero tampoco puede resistir el deseo de ver a su tío por última vez. Siente claustrofobia, un ahogo repentino que le impide respirar, pero no consigue saber si es por encontrarse en aquel patio tan mal ventilado o por las dimensiones del ataúd. Su única alternativa es salir de allí.

—¿Te encuentras bien?

Paula ha salido tras ella. Celia se apoya en la pared de la casa, junto a la puerta, como si no pudiera sostenerse en pie.

—No es nada —dice.

Una de las mujeres que hay en el callejón se acerca a ella y le ofrece un abanico.

—Gracias —dice Paula, dando aire a su madre.

En ese momento está tratando de explicarse por qué se ha molestado en ir a buscarla a la playa y la ha conducido hasta allí.

—¿Se te pasa?

Celia asiente, coge el abanico con sus propias manos y lo agita muy despacio.

—Lo mejor será que os vayáis a casa —dice Isabel apareciendo delante de su hermano—. Así Celia podrá comer algo y descansar. Aquí no hay nada que hacer.

Paula asiente, agradecida de poder llevarse a su madre de allí.

—Tu hermana Alicia ha llegado hace un rato y ha ido a organizar la casa —añade Isabel dirigiéndose a su prima.

Celia cierra el abanico y se acerca a su dueña para devolvérselo. Ella corresponde a su gratitud con una sonrisa y ese gesto hace que Celia la reconozca. Las mismas cejas, los mismos ojos achinados. Es una de las chicas que aparecían en aquella foto de adolescencia, concretamente la que posaba junto a Isabel delante de la tapia.

Se miran durante unos segundos, el tiempo que Celia tarda en datar sus sensaciones antes de darse la vuelta y bajar el callejón rumbo al coche con la certeza de que no han vuelto a verse desde entonces, desde que pasaba las vacaciones en aquel escenario medieval.

Tus iniciales bordadas

Regresan al recinto amurallado de la población para recorrer los adoquines en el sentido contrario al del barranco. A mitad de calle giran a la izquierda y se detienen frente a una casa de fachada blanca con dos balcones en el primer piso y dos ventanucos bajo el voladizo de madera del tejado.

Paula toca el claxon tres veces.

—¿Y tu marido y tus hijos?

Alicia ha salido a recibirlas.

—Vendrán mañana a primera hora —responde cogiendo la maleta de Celia del maletero—. No había camas para todos.

Celia entra en la casa. Lo primero que siente es el frío. Luego su olor, el olor del frío de aquella casa, que huele de una manera singular, como a cocina en la que se acaba de poner algo al fuego. Lo mira todo con la curiosidad de quien compara sus recuerdos y sensaciones con la realidad que va encontrando. Está en la cocina, junto a una mesa rectangular vestida con un hule de grandes flores sobre el que hay un plato con madalenas, otro con bollos y un tercero con mantecados.

Se sienta a la mesa y los observa atentamente. Tiene la sensación de que llevan allí años, aunque supone que su hermana los ha comprado hace un rato en la panadería más cercana. Pese al tiempo transcurrido y a que salta a la vista que están recién hechos, tienen la misma apariencia y huelen igual que sus recuerdos.

—Vas muy bien peinada —comenta Alicia sentándose a su lado.

—Rosario se ocupa de peinarme y maquillarme.

—¿Eso es lo que hacéis en la playa?

—También paseamos por un paseo marítimo en ruinas.

Celia se fija en que algunos mantecados tienen forma de estrella.

—¿Por qué está en ruinas? —pregunta Alicia.

—Fue un proyecto que no llegó a ejecutarse.

Paula se acerca con una cafetera humeante y llena los tres vasos que Alicia ha dejado sobre la mesa.

—¿Y en París? —continúa preguntando esta—. ¿Lo pasasteis bien?

Paula asiente, pero es Celia quien contesta.

—Muy bien —dice—. Vimos a Jacqueline, a su hija y a su nieto.

—Y a su vecino de arriba —apunta Paula.

Pero Alicia no sabe de quién está hablando.

—¿Encontraste la palabra perdida?

Celia niega mientras coge un mantecado y lo parte por la mitad. Su sabor coincide

con su apariencia. Sabe igual que los que comía allí mismo cuando era niña. Puede que los actuales panaderos sean los hijos o los nietos de los que había entonces. O quizá estos últimos se preocuparon de traspasar el negocio junto con sus recetas originales.

—¿Cuánto hacía que no coincidíamos aquí las dos?

Alicia mira a su hermana, que es quien ha hecho la pregunta, en el supuesto de que haya querido preguntar algo.

—No tengo ni idea —responde, dando un sorbo a su café.

—¿Alguien viene por aquí de vez en cuando?

—Creo que no.

—¿De quién es esta casa?

—De los cuatro —responde Alicia—. Tuya, mía, de Isabel y de Carlos.

Celia no lo recordaba aunque era lógico suponerlo, dado que la tía Paulina no tuvo hijos ni ningún otro sobrino.

—A *Charlie* le gustaría vivir aquí —dice, mirando a su alrededor—. Hay mucho espacio, un estupendo corral para dormir la siesta y unos montes llenos de pinos para dar largas caminatas.

Paula no responde. No quiere que su madre piense que le disgusta la idea, aunque le disguste. Si su madre viviera allí se alejaría del hospital al que tiene que seguir acudiendo regularmente.

—Quiero ver la casa —dice Celia.

Y se levanta de la silla con la certeza de que en ese momento preferiría estar sola, o en todo caso con *Charlie*, a sus anchas.

—¿Empezamos por el jardín?

Paula no las acompaña. Tiene que subir su bolso y la maleta de su madre al piso superior. Alicia guía a su hermana hasta el cuarto donde la tía Paulina almacenaba las conservas. Abre la puerta del jardín para dejar paso a Celia, pero esta no se mueve.

—¿Qué pasa?

—Estoy recordando aquellos seriales de radio que escuchábamos junto a la tía Paulina, mientras ella cosía o hacía alguna otra labor manual —dice Celia señalando una esquina de la estancia—. Yo me sentaba ahí mismo, al lado de la radio.

Alicia continúa sujetando la puerta del jardín.

—El primer día del verano —dice asintiendo—, en cuanto llegábamos de Zaragoza, la tía tenía que ponernos al día de la trama y los personajes del serial que estaba escuchando, supongo que para que pudiéramos engancharnos.

—No lo hacía por nosotras —replica Celia muy convencida.

—¿No?

—Lo hacía por ella, para asegurarse de que podría seguir escuchándolo todas las tardes.

—A veces mamá también se enganchara —dice Alicia.

A Celia le cuesta recordar a su madre en aquella casa.

—¿Qué pasó con esos seriales? —pregunta.

Alicia hace un gesto con la mano, como si se refiriese a algo lejano.

—Ya no existen —dice—. Fueron sustituidos por los culebrones de la televisión.

Celia sigue sin moverse. De pronto echa de menos el sonido de la radio, pero no aquellos seriales de la infancia sino la voz de Carmen en el transistor de su mesilla.

—Está todo hecho una pena —comenta Alicia saliendo al jardín.

Quizá lo hace a modo de advertencia, para que Celia no trate de comparar ningún recuerdo con la realidad. El corral de la tía Paulina se ha convertido en un solar agrietado cubierto de malas hierbas entre las que son reconocibles algunos rosales, un ailanto descomunal y varios aligustres que han crecido según el capricho y la puntería de los pájaros. En una de las esquinas, bajo un tejadillo, hay un lavadero. Y junto a él unos soportes de metal que en otro tiempo sostuvieron las cuerdas donde la tía Paulina tendía las sábanas. A Celia le habría gustado ver ese jardín sobre un lienzo, pintado al óleo, con las sábanas secándose al sol entre niñas jugando al escondite.

Alicia vuelve a entrar en la casa para conducir a su hermana al piso superior. En el primer dormitorio que hay a la derecha está Paula.

—He supuesto que querrías dormir en tu cuarto de siempre —dice cuando ve a su madre.

Celia recorre el lugar con la mirada. No todo está como lo recordaba pero no le importa. Han pasado muchos años y por fin tiene la sensación de haber llegado a su destino. Se siente en casa.

—Mirad lo que he encontrado.

Alicia habla desde la habitación contigua, la que ocupaba la tía Paulina. Ha abierto uno de los cajones de la cómoda que hay frente a la cama.

—Es el ajuar de la tía.

Se refiere a unos manteles con sus servilletas y a varios juegos de sábanas con las iniciales bordadas.

—PAG —lee Celia.

—Paula Abad Garcés —apunta Alicia.

Lo extienden todo sobre la cama. Las letras están bordadas con hilos de distintos colores, a juego con las sábanas. Celia acaricia los bordados con las yemas de los dedos, como si estuviera firmando en nombre de su tía.

—Cuántas horas de trabajo hay aquí —dice suspirando—. Total para perder a su novio en la guerra y no poder casarse nunca.

Alicia se sienta en la cama.

—Y no sería por falta de pretendientes —dice.

Paula abre otro cajón de la cómoda.

—¿Tuvo otros pretendientes? —pregunta mientras indaga en su interior.

—Tuvo varios, sí —asiente Alicia—, pero los rechazó a todos. Siempre fue fiel a la memoria de su novio. No sé por qué.

—Quizá cumpliera una promesa.

Guardan un respetuoso silencio, quién sabe si reflexionando sobre lo absurdo que puede llegar a ser el culto a la memoria. Y a la palabra dada.

—¿Tú te acuerdas de aquel panadero que venía cada día a vender el pan y los dulces a la puerta de casa? —pregunta Alicia.

—¿El que me despertaba por las mañanas tocando el claxon de su furgoneta?

—Ese fue uno de los pretendientes de la tía.

Celia no puede saber si recordaba ese detalle antes de sufrir el ataque.

—La cortejó durante varios años, trayendo el pan cada día a la puerta de su casa, incluso cuando ya apenas hacía repartos a domicilio, hasta que al final se cansó de esperar y se casó con otra.

Celia vuelve a echar de menos el contacto de *Charlie*. En ese momento le gustaría tenerlo cerca para escuchar su respiración de máquina de vapor. La idea de que su tía sacrificase su felicidad por el recuerdo de un novio desaparecido en combate le afecta más allá de lo razonable. Le parece uno de esos actos de heroicidad que acaban condenados al olvido.

Alicia adivina lo que está pensando su hermana y se levanta de la cama. La conoce y sabe que no es el momento de dirigirse a ella, mucho menos de abrazarla o consolarla de ninguna manera.

—¿Y esto? —Paula ha sacado otro juego de sábanas de uno de los cajones inferiores de la cómoda—. Es parte de tu ajuar, tía.

—A ver.

Alicia se acerca a su sobrina y lee sus iniciales.

—¿Qué hace aquí? —pregunta Paula—. ¿Por qué no te lo llevaste cuando te casaste con el tío Quique?

—No sé. Supongo que cuando me casé ya no se llevaban estas sábanas de algodón.

—Y aquí está parte del tuyo, mamá.

Paula sostiene una sábana cuidadosamente plegada.

—Con tus iniciales bordadas, mira —las lee—: CRA.

—CRA —repite Celia.

—Eres tú —insiste Paula sonriendo.

—Soy yo.

Pronuncia esas palabras mirando hacia la puerta del balcón, como si necesitara la claridad de la luz para entender que acaba de encontrar una parte de sí misma. Está recordando lo difícil que era seguir los patrones de las letras y los pinchazos que se daba en las yemas de los dedos mientras bordaba, siempre bajo la supervisión de su tía Paulina.

—Necesito echarme un rato —dice.

Habla como una autómatas y tiene las fuerzas justas para llegar a su cuarto, quitarse los zapatos y tumbarse sobre la cama. Paula la acompaña para arroparla con una manta que saca del armario. Celia reconoce el aroma de la manta antes de

precipitarse a un sueño inevitable.

Cuando se despierta está sola en la habitación, pero se siente acompañada por las voces que llegan desde la planta inferior. Nadie diría que ha viajado hasta allí a causa de un velatorio y que al día siguiente va a asistir al entierro de un miembro de la familia. Las voces transmiten el sonido de la vida. Reconoce la de su prima Isabel, la de su hermana, la de su hija y luego la del primo Carlos, mezclada con otra que debe de corresponder a su mujer. Quizá haya también alguna vecina.

Se incorpora muy despacio, busca su teléfono móvil y se conecta a su granja virtual. Por nada del mundo quiere defraudar a Alba descuidando sus labores diarias, mucho menos ahora que ha llegado tan lejos y tiene una plantación coqueta y funcional.

—¿Te encuentras mejor?

Le ha costado decidirse a bajar las escaleras y enfrentarse a toda la familia. No es que no quiera verlos, es simplemente la inercia del silencio. Se está convirtiendo en una mujer solitaria.

—Estamos preparando algo para cenar.

Isabel y Alicia se encuentran de espaldas a la mesa, cocinando juntas. Paula habla con su prima Mercedes, la hija de Isabel, y también con la mujer de Carlos. Este ha abierto la mesa para ampliarla y se ha sentado en uno de sus extremos. La cocina se ha llenado de una vida familiar que parecía imposible recrear. Solo falta la tía Paulina organizándolo todo con su laboriosidad habitual.

Celia se sienta a la mesa sonriendo sin necesidad de mover los labios. No echa de menos a su hijo Emilio ni a Carmen ni a su exesposo, ni a nadie que no pertenezca al presente de su infancia. Ella no es una periodista famosa. No ha escrito ningún artículo de opinión ni ningún libro de artículos, aunque es cierto que alguna vez ha fantaseado con la idea de estudiar periodismo, quizá porque le gusta escuchar la radio y no se le da mal redactar, o al menos eso le dicen en el colegio.

—Hemos encontrado el ajuar de la tía Paulina —dice Paula cuando sirven la cena y todos ocupan sus asientos.

—Y el mío y el de mi hermana —añade Alicia.

—Pasamos muchas horas aprendiendo a bordar en el corral —contesta Isabel—, ¿os acordáis?

—Yo era muy torpe —confiesa Alicia—. Y la tía siempre me estaba regañando. Tú en cambio eras muy hábil.

Celia se señala el pecho en un gesto de incredulidad.

—La tía Paulina creía que una mujer sin ajuar no podía casarse —dice Carlos.

—Yo me llevé parte del mío cuando me casé —contesta Isabel—. Y todavía lo conservo, igual que conservo el de mi madre.

Ha tenido que carraspear al terminar la frase, lo que ha puesto de manifiesto que

la escena tiene algo de irreal, como si el tiempo fuera aún más implacable de lo que parece. Luego hay un silencio de cubiertos y loza que se prolonga durante unos segundos y rompe la mujer de Carlos.

—Tenemos todos tus libros —dice dirigiéndose a Celia—. Algún día tienes que pasar por casa para firmarlos.

—Os debo una visita, es verdad.

—¿Cuándo saldrá tu siguiente libro?

—Muy pronto —responde Celia.

—¿De qué trata?

—No tengo ni idea.

Y de nuevo se produce un silencio incómodo.

—Ya no soy una periodista ni una escritora.

Celia habla moviendo las manos, con una naturalidad inesperada, aunque lejos de romper el silencio lo que consigue es acentuarlo. Isabel la mira con cara de preocupación.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ya no me interesan los asuntos del presente.

Su primo Carlos está sentado a su lado.

—Supongo que si no te interesan los asuntos del presente no puedes ser una buena periodista —añade Celia dirigiéndose a él—, ¿no crees?

—¿A qué vas a dedicarte entonces? —pregunta Carlos.

—No lo sé.

—¿En qué vas a trabajar?

—No necesito trabajar —responde Celia—. Lo único que me gusta hacer es pasear con mi perro y mi asistenta, Rosario, jugar al móvil con mi nieta y escucharla cuando canta para mí.

—¿Solo eso?

—También me gusta que Rosario me peine.

Isabel mira a su hermano.

—Lo sé —dice Celia comprendiendo lo que nadie se atreve a decir—: he cambiado mucho.

Paula la observa con ojo clínico, como si estuviera en su consulta ante una de sus pacientes.

—Han pasado los años —añade Celia poniendo una mano sobre la mesa a modo de juramento—, pero sigo siendo la misma niña que se sentaba en esta mesa a desayunar el bollo que me compraba la tía Paulina. Supongo que de alguna manera, no sé cómo ni cuándo, mi profesión me cambió y me convirtió en otra persona.

La piedra de un molino

—Me alegro de haber ido a Zaragoza a visitar al tío Augusto.

Celia y sus primos han salido al corral, como solían hacer las noches de verano cuando eran niños. Alicia y las demás se han retirado a los dormitorios.

—Yo también me alegro de que fueras a verlo —dice Isabel—. Y ojalá hubieras podido despedirte también de mi madre. Le habría gustado verte. Te quería mucho y te nombraba muchas veces.

Celia cabecea sin asentir, resignada al vacío emocional que le causa su mala memoria. Isabel no pretendía herir sus sentimientos ni reprocharle nada. Le pone una mano en el antebrazo para que lo entienda.

—Fuisteis mi familia cuando llegué a Madrid —dice Celia—. Eso no podré olvidarlo nunca.

Hay una intimidad especial entre los tres, como si volvieran a ser los niños que se buscaban a escondidas para contarse sus secretos. Quizá no sea posible comportarse como adultos cuando se está con los compañeros de la infancia, en el lugar donde esta transcurrió, piensa Celia.

—¿Os acordáis de las leyendas que nos contaba la tía Paulina?

Carlos hace un círculo con el dedo en el aire.

—Lo hacía aquí mismo —dice—. Y a vosotras dos os daban mucho miedo.

Celia se concentra. Todavía no ha comprendido que la memoria no tiene nada que ver con la voluntad.

—Solo recuerdo la de los Corporales —acaba diciendo.

Isabel niega.

—Eso lo dices porque es la más conocida —dice—, pero la que de verdad te aterrorizaba era la del ruego.

—¿El ruego?

Las cejas de Celia se levantan primero y se arrugan después.

—¿No la recuerdas?

—Ni siquiera sé lo que es un ruego.

—Es la piedra de un molino —contesta Carlos.

Isabel no puede creer que su prima haya olvidado esa historia.

—Seguro que te acuerdas —dice—. Es la de la tormenta que anega el recinto amurallado de la ciudad.

Celia escucha el ruido de la tormenta en su cabeza, como si la memoria pudiera volver en una décima de segundo convertida en relámpago. Respira hondo y trata de calmarse mientras recuerda el modo en que su tía chasqueaba la lengua al hablar.

—La fuerza de la lluvia bloqueó la Puerta Baja —cuenta Carlos—. No podía abrirse y el agua empezó a subir de nivel hasta alcanzar los primeros pisos de las casas.

Celia ha levantado la vista hacia el tejado, como si estuviera buscando el medio de huir para salvar la vida.

—Cuando todo parecía perdido, la piedra de un molino se desprendió de su eje, cayó rodando por la calle Mayor e impactó con tanta fuerza contra la Puerta Baja que abrió de par en par sus hojas de madera y permitió que el agua siguiera su camino rumbo al barranco.

Se produce un eco imaginario, como de ficción.

—¿La recuerdas ahora? —pregunta Isabel.

A Celia le cuesta admitir que el sueño que la ha perseguido desde que despertó del coma no sea más que una leyenda de la infancia. Nada menos que eso.

—Todavía tengo pesadillas por su culpa —responde entre dientes.

Carlos señala con el mentón hacia delante.

—Antes has pasado por donde se encuentra el ruego —dice—. Le hicieron un monumento conmemorativo. Está al otro lado de la Puerta Baja, en el comienzo del paseo.

Celia se encuentra aturdida y a la vez fascinada por encajar sus sueños en un lugar determinado de la memoria.

—¿La has visto? —insiste su primo.

—No me he fijado.

—Mañana hazlo.

—Esa historia podía contigo —resume Isabel—. La tía no quería contarla nunca cuando estabas tú porque decía que luego, de madrugada, te pasabas a su cama y no la dejabas dormir.

Celia ha cerrado los ojos y ha desaparecido momentáneamente. No le sorprende haberse reencontrado con una piedra capaz de abrir las puertas de una ciudad asolada por el agua de la tormenta. Lo que le sorprende es que esa piedra tenga un nombre tan singular.

—¿Qué sucede?

Isabel cree que su prima se encuentra mal pero no es así. Celia está sonriendo, aunque no sabría decir si es a causa del alivio o la satisfacción. Hacía mucho tiempo que no sentía nada parecido. Es un estallido de júbilo, como si la noche hubiera dado una tregua al recuerdo de los muertos. Por lo que a ella respecta, ni su tío Augusto ni su hijo Emilio están muertos. Y no lo estarán hasta que no amanezca.

Así es como celebra la euforia de haber encontrado la contraseña que lleva tanto tiempo buscando. Tiene que respirar hondo un par de veces. Le cuesta asimilar lo sucedido, quizá porque en el fondo había perdido toda esperanza de que llegara ese momento. Y ahora siente un impulso irreprimible de contárselo a los demás, tal vez para acabar de creérselo ella misma.

Quiere contárselo a Paula, a Alba, a Rosario, a *Charlie*. Y a Tobias, claro. Y a Luisa, a Fran, a Alicia. Y a sus primos. Quiere decirles a todos que, como la mayoría de los ancianos, Jacqueline tenía razón: la palabra que buscaba se había perdido en algún lugar del pasado, en su infancia, de manera que para encontrarla solo había que regresar a él, a ella.

Se acuesta en la cama que hay junto a la de Paula lamentando que su hija no esté despierta. Le habría gustado hablar con ella antes de dormir, dejando que sus miradas se cruzasen en el techo, como hicieron en el hotel Saint-Martin. Trata de dormirse lo antes posible con la esperanza de soñar que llueve torrencialmente y todo a su alrededor se anega de aguas turbias. El sueño ha dejado de aterrorizarla ahora que conoce su procedencia, pero no tiene la más mínima posibilidad de dormirse si mantiene los ojos abiertos. Y está tan emocionada por el descubrimiento que no puede cerrarlos.

Por la mañana vuelve a sentir el vacío angustioso en el estómago. La casa de la tía Paulina le ha devuelto un montón de sensaciones y recuerdos, pero no ha logrado mitigar su dolor. Ni ese vacío que le produce un vértigo paralizante, como si estuviera acostada en la cornisa de un rascacielos. No tiene ganas de bajar a desayunar. Solo quiere quedarse en la cama hasta que Rosario y *Charlie* vengan a buscarla para dar una vuelta entre las grietas del paseo y la arena de la playa. Nada más.

—¿Qué sucede?

Paula ha subido a comprobar si ya se ha despertado.

—Todos se han levantado y estamos desayunando —continúa diciendo—. El entierro es a las diez. No hay tiempo que perder.

Celia se sienta en la cama sin decir nada.

—¿Te pasa algo? —insiste Paula.

—Ayer me llevé una gran alegría —dice su madre—. Volví a esta casa, me reencontré con mis primos, estuvimos hablando mucho rato en el corral.

—Te estuve esperando por si querías contarme algo, pero al final el sueño me venció.

Celia hace un gesto de comprensión.

—Me fui a la cama con la sensación de ser una niña de la edad de Alba —continúa diciendo—, como si el tiempo no hubiera transcurrido y tuviera toda la vida por delante.

—Mamá.

Paula se sienta en la cama, a su lado.

—Y mírame —dice Celia—. Soy la abuela de la niña que creí ser.

Paula da una palmada al aire.

—Es demasiado temprano para este tipo de reflexiones existenciales —contesta en un tono jocosos que sin embargo no sabe mantener—, y muy tarde para llegar al entierro del tío Augusto. Venga.

Intenta levantarse pero Celia se lo impide.

—Es que además he encontrado la palabra perdida —dice.

—¿Cómo?

—La contraseña.

—¿En serio?

Paula no pestañea. Mira a su madre en silencio, esperando que diga algo más. Celia frunce el ceño como una niña ofendida.

—No pienso decírtela, por supuesto —dice.

—¿La has probado en el ordenador?

—Todavía no. Luego llamaré a Rosario para que lo haga.

Entonces sí, Paula se levanta de la cama.

—¿A Rosario sí vas a decirle la contraseña y a mí no?

Ahora la que se está comportando como una niña es Paula.

—Ella es como una prolongación de mí misma —responde Celia—. Decírselo a Rosario es como no decírselo a nadie. Tienes que entenderlo.

—Claro —dice Paula—. Y además yo no leo libros de santos, ¿no es eso?

Aunque admite que siente curiosidad, a Paula no le interesa conocer la palabra en cuestión. Lo único que parece importarle es que la mente de su madre se mantenga alejada del recuerdo de su hermano. Tal vez por eso no se alegra de que crea haberla encontrado. Piensa incluso que el ordenador puede rechazarla, igual que ha hecho con las demás candidatas.

Se da la vuelta y abre el armario para ayudar a Celia a elegir la ropa que debe ponerse. Luego la acompaña abajo y le sirve un café con leche.

A las puertas de la casa natal del tío Augusto hay más gente que la tarde anterior. Celia saluda a su cuñado Quique y a sus sobrinos, que se acercan a ella en cuanto la ven bajar del coche. Ellos también se han despertado esa mañana convertidos en unos adultos. Luego continúa saludando con la mano o dando besos a rostros conocidos que no reconoce, como si aquella mañana todo el mundo hubiera envejecido.

Allí mismo se forma la comitiva fúnebre, con el ataúd delante, montado en un coche señorial, largo y negro, que avanza muy despacio, como una sombra a última hora de la tarde. Los acompañantes caminan detrás, en silencio, siguiendo la costumbre del lugar. Celia reconoce algunos rostros. O al menos eso cree. Hay un anciano con la boina en la mano que camina mirándose los pies. No está segura, pero puede tratarse del panadero que tocaba el claxon por las mañanas, el que traía los bollos recién hechos y pretendía a su tía Paulina. Quizá era amigo del tío Augusto. O tal vez ha venido porque podría haber pertenecido a la familia si finalmente la tía Paulina lo hubiera aceptado como esposo. Está mostrando su duelo por lo que pudo ser y no fue.

Celia no se ha fijado en el monumento del ruego cuando ha cruzado el vano de la Puerta Baja en el coche de Paula. No ha querido darle pistas de su contraseña, pero

ahora camina rodeada de gente y puede mirar a derecha e izquierda sin levantar sospechas, confundida en el silencio de la comitiva.

Al verla la recuerda. Es en efecto una piedra circular con un agujero en el centro, una rueda pesada y compacta. Un reloj de piedra, un planeta orbitando alrededor de la memoria. Está encastrada sobre una peana monolítica, entre adornos de forja que parecen volutas de humo. Parece una estatua representando el busto de una heroína, con la diferencia de que se trata de la heroína original. En persona. Tiene ganas de sacarle una foto con el móvil para mandársela a Rosario.

Poco después descubre que hace mucho tiempo que no pisa una iglesia. Así se lo indican las sensaciones que experimenta cuando entra en la Colegial. Son tan remotas que no parecen suyas. Huele intensamente a cera ardiendo, y a ceniza, y todos los sonidos que escucha, hasta los más inaudibles, provocan un eco que parece infinito y resulta incompatible con ninguna clase de silencio. Hay tan poca luz que apenas se distinguen los colores de las flores que rodean el ataúd. Son flores en blanco y negro.

Paula se coloca a su derecha en un banco de la segunda fila, detrás de sus primos. Celia no puede apartar los ojos del ataúd, quién sabe si porque le sigue pareciendo demasiado pequeño para contener el cuerpo de su tío Augusto. O porque está tratando de compararlo con otros ataúdes que ha visto en el pasado. Recuerda el funeral de su madre pero no el de su tía Paulina. Ni el de Carmen. Y ni siquiera intenta pensar en el de Emilio. Ignora dónde tuvo lugar. No sabe dónde está enterrado su hijo. Ni si quiere saberlo o prefiere seguir viviendo como si todo lo relacionado con Emilio fuera parte de un sueño.

Podría volverse hacia Paula y preguntárselo. Lo más probable es que fuera enterrado en un cementerio de Madrid, el de la Almudena o el de San Isidro. Aunque, si murió en Cambrils, pudo ser enterrado allí mismo, cerca del mar. O en el cementerio de Torrero, en Zaragoza. Niega con la cabeza, tan imperceptiblemente que nadie se da cuenta. No quiere saber una cosa así. No se atreve a provocar el eco de los sonidos inaudibles. Por lo que a ella respecta, su hijo está enterrado en su memoria, en silencio.

Paula se ausenta antes de que termine la misa para ir en busca del coche, que continúa aparcado en casa del tío Augusto. Celia se queda sola en el banco. Y eso la tranquiliza más de lo que imaginaba, probablemente porque siente la cercanía de su tío. Están los dos solos: él con su transistor pegado a la oreja, ella con su libro de pintura entre las piernas.

El cementerio de Daroca está a las afueras, muy lejos del recinto amurallado, en la carretera que lleva a la autovía. El sacerdote reza un padrenuestro antes de que el ataúd se introduzca en el nicho, junto con unos ramos de flores y un trozo de tela que a Celia le cuesta reconocer como la bufanda del Real Zaragoza. Es entonces cuando se suelta del brazo de su hija y está a punto de dar unos pasos hacia delante. Paula la deja ir, creyendo que quiere coger una flor a modo de recuerdo, pero Celia no se mueve de su sitio. Mira al cielo y se deja deslumbrar durante unos segundos por su

luminosidad. Luego recorre con la vista las copas afiladas de los cipreses que circundan los nichos. Todos son de la misma variedad y fueron plantados a la vez, y sin embargo cada uno tiene una altura diferente.

Es un dilema absurdo. Alguno de los cipreses habrá encontrado una zona más fértil del subsuelo y habrá crecido con más facilidad o, al contrario, se habrá visto obligado a prolongar sus raíces hacia el fondo en busca de nutrientes. No hay más opciones. Lo que de verdad le intriga a Celia es saber si se fijó en ese detalle mientras enterraban a su hijo Emilio, en lo que sin duda habría sido una maniobra de fuga de su cerebro aferrándose a cualquier cosa para huir de la amargura que sentía. Si así fuera, tendría al menos un recuerdo del día más triste de su vida.

—¿Qué pretendías coger del nicho?

El entierro ha terminado. Paula continúa a su lado, mientras la prima Isabel y el primo Carlos reciben el último abrazo de los asistentes.

—La bufanda del Real Zaragoza —responde Celia—. Se la regalé cuando fui a visitarlo a la residencia.

—¿Por qué ibas a hacer una cosa así?

—No comprendo por qué la han metido en el nicho —dice Celia—. Quería mantenerla a este lado del mundo, con los vivos, para no olvidarme nunca del tío Augusto.

Dice eso y levanta la cabeza para cruzar la mirada con su hija, como si tuviera que recordarle que son los vivos quienes tienen que recordar a los muertos. Y no al revés. Paula no insiste. Ya casi no queda nadie en el cementerio y respira tranquila. Le preocupaba que su madre recordase algún detalle del entierro de su hermano y se viniera anímicamente abajo. Está deseando salir de allí y llevarla a donde ella le diga: a la playa con Rosario, a su casa de Madrid o a cualquier otro sitio.

La prima Isabel se acerca a ellas.

—¿Quieres ver la tumba de la tía Paulina? —pregunta dirigiéndose a Celia.

Campos de maíz

—Has dormido una buena siesta.

Paula se ha sentado en el borde de la cama pero su madre no responde. Está jugando con su teléfono móvil.

—Te he escuchado hablar por teléfono —añade Paula—. ¿Has llamado a Alba?

—He llamado a Rosario.

Paula asiente automáticamente, como si esperase esa respuesta.

—Ya se ha marchado casi todo el mundo —dice con la entonación que se usa para enumerar—. El tío Quique, la tía Alicia, el primo Carlos con su mujer, todos menos la tía Isabel, que ha ido a cerrar la casa de su padre. Y a despedirse de las vecinas.

Celia consulta el reloj de su teléfono móvil. Está tan desorientada que en lugar de la hora está a punto de mirar la fecha del calendario.

—Nosotras también deberíamos pensar en marcharnos —añade Paula—, pero antes me gustaría saber adónde tengo que llevarte.

Celia duda con el gesto de quien ha evitado responder a esa cuestión desde que salió de su casa de la playa.

—Si quieres prolongar tus vacaciones, puedo llevarte de vuelta a Cambrils —dice Paula para ayudarla—, pero en algún momento tendrás que volver a tu piso de Madrid.

—No sé si quiero volver a Madrid.

Celia se incorpora para sentarse sobre la cama con las piernas extendidas.

—¿No quieres vivir en San Mateo con Mejía Lequerica?

Celia mira a su hija fijamente, sorprendida de escuchar su dirección. Por un momento cree estar sentada en el interior de un taxi.

—Allí viví varias semanas creyendo que Emilio estaba vivo —contesta gravemente—. Y no lo estaba.

Paula no soporta la larga mirada de su madre.

—Razón de más para volver —dice.

Celia no la escucha. Tiene una pregunta importante que hacer.

—¿Dónde estaba exactamente cuando me enteré de que tu hermano había muerto?

Paula comprende que se refiere a la primera vez, antes de sufrir el ictus.

—¿Para qué quieres saber una cosa así?

—No lo sé.

—Estabas en Madrid, en tu casa.

Celia busca la luz que entra por el balcón. Necesita que sus pupilas se cierren cuanto sea posible a la realidad.

—Ese lugar me traerá malos recuerdos por partida doble —dice en un susurro, como si recitara una oración.

Paula resopla interiormente sin que su madre llegue a percibirlo.

—¿Dónde vas a vivir entonces? ¿En la playa?

Celia se levanta de la cama y se acerca al balcón.

—¿Por qué no? —dice.

—En invierno hace frío.

—Menos que en Madrid.

—Pero esa casa no tiene calefacción.

—Hay una chimenea.

—No es lo mismo.

Paula no puede entender que su madre se niegue a vivir en el lugar donde se enteró de la muerte de su hermano pero acepte hacerlo en el lugar donde murió.

—Quizá vaya a París —dice Celia sin dejar de mirar al exterior—. Olvidé algo allí.

—¿Algo relacionado con Lucien? —pregunta Paula.

Celia la mira con sus pupilas cerradas.

—Olvidé una bufanda del París Saint-Germain.

Paula se pone en pie.

—De verdad que no entiendo tu repentina pasión por el fútbol —dice negando con la cabeza.

—¿A ti te han dedicado alguna vez un gol en un partido de fútbol? —contesta Celia con una parsimonia en cierto modo ofensiva.

Paula se arruga la frente con una mano.

—No —acaba respondiendo—, nunca.

—Entonces no puedes entenderlo.

—¿Y para qué quieres una bufanda del París Saint-Germain?

—Se la prometí a Alba como regalo de cumpleaños.

Paula se tambalea durante un segundo, dando un paso hacia delante y otro hacia atrás, y vuelve a sentarse en el borde de la cama.

—Quizá te venga bien pasar una temporada en París —dice.

E inmediatamente se lleva las manos al vientre y se abraza a sí misma. Parece un gesto natural de la conversación, como cuando se cruzan los brazos o las piernas, y por eso Celia tarda en darse cuenta de que su hija tiene problemas.

—¿Qué te ocurre?

Paula se ha recostado en la cama, de medio lado.

—Se me pasará enseguida —responde.

Pero lo hace articulando entre dientes. Y tratando además de disimular su dificultad para hablar. Celia mira asustada la mancha oscura que ha dejado sobre la

colcha.

—Estás sangrando —dice.

Ha vacilado durante un par de segundos. Es el tiempo que ha necesitado su cerebro para comprender que se encuentra ante una verdadera emergencia. Se dirige a la cómoda, abre certeramente el cajón donde está su ajuar y saca dos toallas con sus iniciales bordadas.

—Quítate el pantalón y ponte la toalla —dice—. Voy a llamar a una ambulancia.

Saca su teléfono móvil con prontitud pero no sabe a quién llamar. El primer número que le viene a la cabeza es el de Rosario y tiene que descartarlo. No puede llamar a su asistenta para preguntarle por el número de emergencias.

—Lo mejor será ir a Zaragoza —dice Paula desde la cama.

—¿No hay algún sitio más cercano donde puedan atenderte?

—En Zaragoza tengo amigos médicos.

Celia estudia los pros y los contras de la idea.

—En tu estado no puedes conducir —dice.

Paula ha cortado la hemorragia y se acomoda en el asiento del copiloto de su automóvil, sentada sobre una de las toallas que le ha dado su madre para no manchar la tapicería. Celia arranca el motor y maniobra con cuidado, un poco marcha atrás, luego hacia delante. Primero despacio, luego no tanto. Enseguida descubre que la conducción de un vehículo no tiene nada que ver con la memoria. Es una destreza casi lingüística, como el habla.

—¿No irás a llevarme por la carretera vieja? —dice Paula cuando abandonan el núcleo urbano, dejando esta vez la gasolinera a la izquierda y las piscinas a la derecha.

Celia la mira con el ceño que se guarda para las preguntas ridículas.

—Por supuesto que no —dice volviendo a mirar al frente.

Ha descubierto que el coche traza las curvas de la carretera con una precisión irreconocible, ciñéndose al carril con una poderosa sumisión. No trata de comparar esta sensación con ninguna anterior. Sabe que por primera vez en su vida está conduciendo un coche del siglo XXI. A su lado, Paula se ha ido relajando poco a poco, hasta el punto de apoyar la cabeza en el asiento y cerrar los ojos, sin duda porque su madre conduce mejor de lo que esperaba.

—Es mejor que no te duermas —dice Celia.

—Eso es cuando tienes un traumatismo —la corrige Paula.

—¿Qué crees que te ha pasado?

—No lo sé.

Celia no puede permanecer callada. Está demasiado asustada. Habla mirando al frente, sin dirigirse a su interlocutora.

—¿Te había pasado algo así antes?

Paula niega en silencio.

—¿Te duele?

A Paula le molesta el interrogatorio. Parece el preámbulo de lo que su madre quiere saber realmente y no se atreve a preguntar.

—Quizá lo he perdido —dice en voz baja.

—No digas eso.

Celia ha respondido con el corazón, sin pensar, como si fuera uno de los automatismos del vehículo.

—Tal vez sea lo mejor —dice Paula, hablando para sí.

—¿Habías decidido tenerlo?

Celia ha encontrado por fin el valor de hacer la pregunta, aunque para ello haya tenido que carraspear primero.

—No había decidido nada —responde Paula.

—Y todavía no habías hablado con Jose, ¿me equivoco?

Paula tarda un poco en responder.

—Tengo miedo —dice.

Celia no sabe si se refiere al miedo de perder a su hijo en ese momento o, por el contrario, al miedo de tenerlo, criarlo y perderlo después. Sigue mirando al frente, a la larga recta de la autovía, sin reconocer el paisaje. Sabe que algunos tramos corren paralelamente a la carretera vieja pero no encuentra ninguna de sus referencias habituales: el bache, la curva cerrada, el tramo en pendiente donde había que meter segunda, el cambio de rasante. Ese tipo de referencias. Se siente ajena y casi extranjera, como la primera vez que se visita un lugar. Nadie diría que se dirige al lugar donde nació.

—¿A qué hospital quieres que te lleve?

Han entrado por el sur de la ciudad, entre calles aún sin edificar que forman una especie de desierto urbano, otro paisaje completamente desconocido para Celia.

—Al Clínico —responde Paula—. He hecho un par de llamadas y nos están esperando. Tienes que seguir hasta el pirulí de vía Hispanidad, luego todo recto por Gómez Laguna.

—¿Qué pirulí?

Los campos de maíz que ella recordaba haber visto detrás del Hospital Clínico se han convertido en una zona de robustos edificios surcados por avenidas de varios carriles. Por un momento se acuerda de su granja del móvil y piensa en la posibilidad de que, conforme vaya ascendiendo de nivel, sus tierras acaben convertidas en una zona residencial como la que tiene a su alrededor, con edificios por todos lados y un enorme hospital en medio. Es posible que el hospital sea el final de todo, hasta de los juegos del móvil.

Los amigos de Paula las están esperando en una de las salas de urgencias. Celia la deja con ellos y busca un lugar donde aparcar el coche. Cuando regresa a la zona de urgencias, Paula ya no está.

—Se la han llevado a hacer unas pruebas —le informa un celador—. Tendrá que esperar en esa salita.

—¿No hay cafetería?

—La cafetería está al otro lado del edificio —responde el celador estirando el brazo—, accediendo por la entrada principal.

La salita de espera está circundada por asientos de plástico. Celia se sienta en uno de ellos, junto a una anciana acompañada de su hijo, una pareja más o menos de su edad y una mujer embarazada que se abanica con una revista. Unos minutos después aparece el marido de la embarazada, que también había ido a aparcar el coche. En una de las paredes hay dos máquinas expendedoras, entre ellas la puerta de acceso a unos lavabos. Celia tiene el estómago tan vacío que suena como un eco intestino. No quiere que nadie lo oiga. Necesita comer algo. Se toma un cortado descafeinado y una chocolatina. Luego sale un momento al exterior para hablar con Rosario, pero no menciona lo que le ha sucedido a Paula. Solo le dice que ha encontrado la contraseña.

Rosario corre en busca del ordenador. Mientras lo enciende le cuenta que tanto ella como *Charlie* están bien, aunque el perro, que en ese momento está ladrando de impaciencia, la busca sin descanso por toda la casa, como si se hubiera escondido en alguna parte. Sin embargo, no ha perdido el apetito ni está triste, quizá porque ha hecho buenas migas con los demás perros que pasean por la playa.

En el exterior del hospital soplan rachas de un viento seco y frío característico del lugar. Celia no va suficientemente abrigada, así que cuelga el teléfono para regresar a la salita de espera. Lo hace con la sensación de haber estado allí otras veces, quién sabe si porque se ha puesto enferma estando en Zaragoza o porque ha acompañado a alguien, tal vez a su hijo Emilio.

Se sienta en el mismo lugar que antes y se da cuenta de que todavía lleva el móvil en la mano. Podría llamar a Tobias para informarle de lo que acaba de suceder al probar la contraseña en el ordenador, pero no lo hace. No quiere hablar de una cosa así delante de nadie. Y la tarde está demasiado fría para volver a salir fuera. Todo lo que puede hacer es acomodarse en su asiento y atender como es debido las necesidades de su granja.

La megafonía llama por este orden a la anciana, la señora de su edad y la chica embarazada. La primera entra con su hijo y la segunda con su marido, pero el marido de la embarazada prefiere seguir esperando en la salita, junto a Celia. Ambos intercambian una conversación de circunstancias en la que Celia, sin saber por qué, le confiesa que va a ser abuela. Se dan la enhorabuena mutuamente. Mientras tanto otros pacientes y acompañantes ocupan los asientos de plástico. Y el joven sale a la calle a fumarse un cigarrillo.

Celia recoge sus cosechas de cereal. Hace pan, azúcar, aceite, queso de oveja, tartas de distintos sabores y varias prendas de algodón y lana. Luego abandona el juego y se queda mirando la única fotografía que tiene en el móvil. La acaricia con la yema de sus dedos para ampliar la cabezota de *Charlie* y los ojos negros de Rosario.

El teléfono emite entonces un pitido doble amenazando con quedarse sin batería. Y ella sin entretenimiento. Vuelve a la máquina de las chocolatinas y saca una barrita de cereales que se come de pie, mirando hacia la puerta de salida, como si estuviera esperando el regreso del joven padre para evitar quedarse a solas con sus pensamientos.

Está harta de estar allí. Se dirige al mostrador de información para preguntar por su hija. Ya lo ha hecho anteriormente y nadie ha sabido decirle nada. Incluso ha tratado de llamarla por teléfono pero, como cabría esperar, su número no está disponible. El joven padre tampoco regresa. Quizá a esas alturas ya haya nacido su hijo o, al contrario, se encuentre conduciendo a su mujer de vuelta a casa porque todo ha sido una falsa alarma.

Y además echa de menos a Alba. Lo que más le gustaría en ese momento sería escuchar una de sus canciones al teléfono. Podría cargar el móvil y llamarla, pero no ha cogido el cargador. Han salido de casa de la tía Paulina a toda prisa. Tampoco ha cogido sus pastillas, aunque eso no le importa demasiado. No puede pasarle nada malo. Está en un hospital.

Como una terapia

—¿Qué ha pasado?

Uno de los celadores ha ido a buscar a Celia a la salita de espera y le ha dado el número de habitación donde se encuentra Paula.

—He sufrido una fuerte hemorragia —contesta esta.

Solo está diciendo algo evidente que no aporta ninguna información, pero su madre no insiste. Puede que simplemente esté ahorrándole un tecnicismo médico. Lo que Celia quiere preguntar es si el feto está bien, aunque no encuentra el modo de hacerlo, entre otras cosas porque ni siquiera sabe cómo nombrarlo.

—He estado a punto de perder al bebé —añade enseguida Paula.

Lo dice con voz firme y ademán serio, igual que una locutora de radio dando las noticias, pero al final suspira sin disimular su alivio.

—Me alegro de que no haya sido así —dice Celia.

Paula continúa hablando.

—Voy a estar en observación toda la noche. Mañana me harán otra ecografía y, si todo va bien, puede que me den el alta médica.

Celia arrastra el sillón que hay frente a la cama para colocarlo junto a ella.

—¿Quieres que avise a alguien? —pregunta una vez que se sienta.

—Yo llamaré a Jose.

—No lo decía por él.

Paula mueve la cabeza hacia uno de sus hombros en un gesto de amonestación.

—Claro que lo decías por él —dice.

—Alguien debería comunicarle que va a ser padre.

—Lo haré yo, no te preocupes —repite Paula—, pero antes tengo que encontrar el modo de hacerle entender que quiero el divorcio.

Celia frunce el ceño a la vez que se le seca la garganta.

—¿Has pensado en Alba? —pregunta.

—He pensado en Alba y en mi hijo —contesta Paula poniendo su mano derecha sobre la colcha, a la altura del vientre.

—Necesitan a su padre.

—Podrán verlo siempre que quieran.

—Pero no vivirán con él.

Paula muestra signos de flaqueza.

—Si lo que insinúas es que van a necesitar el contacto con un macho —dice suspirando—, bastará con que vengas a vernos lo más a menudo que puedas en compañía de *Charlie*.

Celia cruza los dedos de las manos.

—Paula, por favor —dice.

—Tú misma lo dijiste.

—Lo dije en broma.

—La mayor parte de las cosas importantes se dicen en broma.

Celia no quiere que Paula se enfade. No al menos mientras siga tendida en la cama de un hospital con un gotero en su brazo izquierdo.

—Está bien —dice dispuesta a cambiar de tema—. Ya hablaremos de eso más adelante. ¿Quieres que avise a alguien más?

—Si no lo has hecho ya, quiero que llames a la tía Isabel. Dile que solo ha sido un susto y que siento mucho haber manchado la colcha de la tía Paulina.

—Se lo diré.

—No le digas nada a Alba.

—Ni siquiera se lo he dicho a Rosario —contesta Celia a modo de confesión.

Paula asiente con los párpados.

—¿Has comido algo? —pregunta.

—Un café y unos dulces de una máquina de monedas.

—Ya casi es la hora de cenar —dice Paula, consultando el reloj de pulsera que hay sobre la mesilla—, prométeme que buscarás un sitio donde comer un pescado a la plancha o algo así, ligero y saludable. Hay un montón de cafeterías y restaurantes alrededor del hospital.

Celia desvía la mirada hacia la ventana de la habitación, como si quisiera comprobarlo desde allí.

—¿Dónde vas a pasar la noche? —pregunta Paula.

—En el piso de la calle Delicias.

Paula se extraña y siente alivio al mismo tiempo.

—¿En el piso de los abuelos?

Celia asiente. No hay ningún otro piso en la calle Delicias al que hubiera podido referirse.

—¿Tienes las llaves?

—Tu tía Alicia las deja en el buzón.

—¿Y las llaves del buzón?

—No cierra bien, se abre con el dedo.

Se miran con un gesto de impotencia para aludir al exceso de confianza de Alicia. Y acaban sonriendo.

—Tu tía es un desastre.

—¿La has perdonado? —pregunta Paula.

—Creo que sí —Celia duda—, pero ha sido de una manera completamente inconsciente.

Paula vuelve a sonreír.

—¿Cómo se puede perdonar a alguien de una manera inconsciente?

Celia reflexiona un momento antes de contestar.

—Tal como sospechaba mi cerebro ha olvidado las cosas importantes de mi vida —dice—, tanto las positivas como las negativas. No recuerdo la muerte de Emilio, ni la de Carmen ni la de mi tía Merche. Tampoco recuerdo haber hecho el amor con Lucien cuando era joven, ni con tu padre, ni con ningún otro hombre. No recuerdo haber escrito brillantes artículos y columnas de opinión ni haber publicado ningún libro. Y sin embargo recuerdo perfectamente cómo descubrí a tu tía Alicia recostada sobre tu padre, ambos desnudos de cintura para abajo, follando en mi cama de matrimonio el día de Año Nuevo, a las seis y media de la tarde.

Paula se lleva una mano a la boca, sin dejar claro si es un gesto de sorpresa o una manera de reprimir una risa que podría resultar inoportuna.

—Si hubiera sido un acontecimiento importante, algo que me hubiera causado un tremendo sufrimiento, ten la seguridad de que lo habría olvidado —añade Celia—. Pero no es así. Lo recuerdo y por tanto no tengo más remedio que perdonarlo.

—Espero que, si alguna vez se lo dices, lo hagas de otro modo —le recomienda Paula.

Celia se pone en pie. Es hora de marcharse.

—No te preocupes —dice—, no pienso decírselo nunca.

Arrastra el sillón hasta los pies de la cama haciendo un ruido insoportable.

—Voy a cenar algo —dice mirando a su hija.

—Luego vete a casa. Aquí estoy bien atendida.

Celia no pensaba volver.

—¿Has aparcado el coche? —pregunta Paula.

—Está abajo. —Celia señala la ventana—. Mañana vendré a buscarte y, si te dan el alta, te llevaré a Madrid.

—De acuerdo —acepta Paula—, pero conduciré yo.

—De ninguna manera.

—Si me dan el alta médica, significará que estaré completamente recuperada y podré conducir, ¿no?

—No lo digo por ti. —Celia se toca el pecho—. Lo digo por mí. He descubierto que me encanta conducir.

—Te encanta conducir —repite Paula con incredulidad.

—Me gusta el café y me encanta conducir, sí.

Paula no encuentra argumentos para rebatir una declaración tan legítima.

—¿Y luego qué harás? —pregunta.

—Me volveré a la playa.

—¿Es ahí donde has decidido vivir?

Celia se acerca a la cama.

—No sé aún dónde voy a vivir —dice pensando en la fotografía que lleva en el móvil—, pero sé al menos con quién quiero hacerlo.

Luego apoya la mano izquierda en el almohadón y besa a su hija en una sola

mejilla, como hacía cuando era una niña como Alba y le deseaba felices sueños antes de dormir.

—¿Qué ha pasado con la contraseña? —pregunta Paula—. ¿La has probado en tu ordenador?

—Sí.

—¿Y?

—Me temo que no ha funcionado.

—¿No? ¿Cuál era?

—Ruejo.

Paula duda un momento.

—¿La piedra de la leyenda?

—La misma.

Entonces asiente con un gesto de admiración, reconociendo que era la contraseña perfecta.

—Hemos probado todas las combinaciones posibles —explica Celia—, escribiéndola con y sin artículo, en mayúsculas y minúsculas, con el nombre del pueblo y sin él. De mil maneras.

Hace una pausa y respira profundamente con una mano levantada para indicar que va a seguir hablando.

—Y resulta que no es —acaba diciendo.

—Pero tú la habías reconocido, ¿no es así?

Celia cruza los brazos delante del pecho.

—Lo que reconocí fue el origen del miedo que siempre he tenido a las tormentas y las lluvias torrenciales —dice—. Solo eso. Creí que si la piedra de un molino había sido capaz de abrir las puertas de Daroca, también podría servir para abrir mis documentos.

A Paula le parece una explicación coherente.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Nada.

Se queda pensativa, casi ausente, como si en efecto no estuviera pensando en nada.

—Mañana llamaré a Tobias y le haré llegar el archivo de mi libro tal como está. Alguien lo abrirá en la editorial y podrá ser publicado en los plazos que establece el contrato de edición.

Paula levanta la cabeza para volver a posarla sobre el almohadón en dirección a su madre. De ese modo puede mirarla sin torcer el cuello.

—¿Vas a repasar el texto?

Celia niega muy despacio.

—Ni siquiera sé de qué trata ese libro —dice.

Y mira a Paula con ojos desnudos.

—Trata de Emilio y de lo que significa sobrevivir a la pérdida de un hijo —

responde Paula.

Celia no mueve ni un músculo. No respira. Ni siquiera pestañea. No sabe por qué pero en ese momento le gustaría escuchar algo rítmico, como su latido cardiaco, unos pasos acercándose o el tictac de un reloj de pared.

—Tenía que haberlo imaginado —dice en un susurro.

—Lo escribiste como una terapia.

Celia se mira las manos sin responder. Ha tomado la decisión de no leerlo. No lo considera un libro suyo. Lo ha escrito otra persona. Una desconocida. Pasa unos minutos recogida en sí misma con la mirada desenfocada y el gesto tranquilo, como si estuviera a punto de dormirse.

—¿Has pensado cómo vas a llamar al bebé?

Paula asiente y traga saliva.

—Si es niño se llamará Emilio —dice.

Celia lo aprueba. Ella también lo había pensado.

—Aunque yo lo llamaré siempre Émile —añade Paula.

La cabeza de su madre se tuerce en un gesto interrogativo.

—¿Émile?

—Pronunciado en francés, sí —explica Paula—. Ya sé que no lo recuerdas, pero así es como llamabas a mi hermano cuando era pequeño.

Celia se tapa la boca con la mano izquierda conteniendo una respiración imposible.

—Émile —repite en voz baja.

—¿Qué pasa? —exclama Paula.

—Creo que has dado con la contraseña.

Paula se incorpora con cuidado de no soltar el gotero de su brazo. Celia busca algo en su bolso.

—Voy a llamar a Rosario para que la pruebe en el ordenador ahora mismo.

—No es necesario —dice Paula.

—¿Por qué no?

Paula niega con la cabeza.

—Porque has acertado —dice—. Émile es tu contraseña.

Celia tarda un segundo en reaccionar.

—¿Cómo puedes saberlo tú? —pregunta—. ¿Llegué a decírtela alguna vez o has pedido ayuda a algún informático?

Paula señala el borde de la cama para que su madre tome asiento.

—Nunca usaste una contraseña —le dice cuando lo hace.

—¿Nunca usé una contraseña? —repite Celia.

—No. —Paula suspira hondo—. Fui yo quien protegí tus documentos.

Celia tensa la espalda para separarse unos centímetros de su hija.

—¿Por qué hiciste eso? —dice.

—Tuve que hacerlo. Compréndelo.

—No lo comprendo.

—Te estaba protegiendo a ti.

Celia se ha levantado de la cama y ha dado dos pasos hacia atrás hasta situarse junto a la ventana.

—¿De qué me estabas protegiendo? —dice.

—De la verdad.

Celia se da la vuelta para mirar al exterior.

—¿Usaste el nombre de tu hermano para protegerme? —pregunta echando de menos los campos de maíz.

Paula asiente desde la cama. Celia ve su gesto reflejado en el cristal de la ventana, pero no se vuelve hacia ella. No quiere que su hija la vea sonreír.